

UC-NRLF



φB 246 570



IBLIOTECA

CLÁSICA.



SAN AGUSTÍN

LA CIUDAD DE DIOS



BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CLXXIV

LA
CIUDAD DE DIOS

OBRA ESCRITA POR EL PADRE DE LA IGLESIA

SAN AGUSTÍN

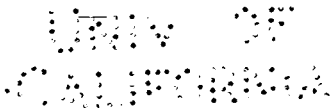
OBISPO DE HIPONA

traducida directamente del latín

POR

D. JOSÉ CAYETANO DÍAZ DE BEYRAL

—
TOMO III



MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.^a

calle del Arenal núm. 11

—
1893

5465
A7456
1793
113

J. G. CERRIÁN

DE
LA
VIUDA DE
HERNANDO Y C.^a

LA CIUDAD DE DIOS

LIBRO DÉCIMOTERCIO

CAPÍTULO I

De la caída del primer hombre, por quien heredamos el ser mortales.

Ya que hemos ventilado las escabrosas y difíciles cuestiones sobre el origen de nuestro siglo y del principio del humano linaje, parece exige el orden metódico que continuemos ya la disputa acerca de la caída del primer hombre, ó por mejor decir, de los primeros hombres, y del origen y propagación de la muerte del hombre; porque no crió Dios á los hombres de la misma condición que á los ángeles, los que, aunque pecasen, no pudiesen morir; sino de tal condición, que, cumpliendo con la obligación de la obediencia, pudiesen alcanzar, sin intervención de la muerte, la inmortalidad angélica y la eternidad bienaventurada, y siendo inobedientes incurriesen en pena de muerte por medio de una justísima condenación, como lo insinuamos ya en el libro anterior.

CAPÍTULO II

De la muerte que puede sufrir el alma, libre del cuerpo, y de aquella á que está sujeta el alma unida al cuerpo.

Paréceme llegado el momento de tratar con más exactitud y escrupulosidad de los dos géneros de muerte: pues aunque con verdad se dice que el alma del hombre es inmortal, sin embargo, padece también su peculiar muerte, y por eso se dice inmortal, porque en cierto modo nunca deja de vivir y sentir; pero el cuerpo por eso es mortal, porque puede faltarle totalmente la vida, y por sí mismo no puede vivir de modo alguno: así que la muerte del alma sucede cuando la desampara el Señor, así como la del cuerpo cuando la deja el alma: por lo cual la muerte del uno y del otro, esto es, de todo el hombre, sucede cuando el alma, desamparada de Dios, desampara al cuerpo; porque así ni ella vive con Dios, ni el cuerpo con ella; y á esta muerte de todo hombre se sigue aquella á quien la autoridad de la Sagrada Escritura llama muerte segunda, la cual nos significó el Salvador cuando dice (1): «temed á aquel que tiene potestad para arrojar para siempre al cuerpo y al alma en el infierno»: lo cual, como no acontece antes que el alma se haya juntado con el cuerpo, de modo que no haya motivo que pueda ya dividirlos y apartarlos, puede causar admiración, que digamos, que el cuerpo muere con muerte, sin que le desampare el alma; antes sí, estando animado y sintiendo, muere atormentado: porque en aquella pena última y eterna (de la cual trataremos cuando sea conducente en su res-

(1) Apocalip., cap. XXI. *Eum timete, qui habet potestatem, et corpus et animam perdere in gehennam.*

pectivo lugar), muy bien puede decirse que muere el alma porque no vive cón Dios; pero que muera el cuerpo, ¿cómo puede suceder, si vive con el alma? No podría de otra conformidad sentir los tormentos corporales que ha de sufrir después de la resurrección. ¿Dirémos acaso que por cuanto la vida, cualquiera que sea, es un singular bien, y el dolor un mal, por eso tampoco debe decirse que vive el cuerpo donde el alma no es causa del vivir, sino de padecer con dolor? Así que, vive el alma con Dios cuando vive bien, porque no puede vivir bien sino es obrando Dios en ella lo que es bueno; pero el cuerpo vive con el alma cuando el alma vive en el cuerpo, ya viva ella, ya no viva con Dios; porque la vida de los impíos en los cuerpos no es vida de las almas, sino de los cuerpos, la cual les pueden dar las almas aunque estén difuntas, esto es, desamparadas de Dios, sin que las deje la propia vida, cualquiera que sea, por la cual son también inmortales; mas en la última y final condenación, aunque el hombre no dejará de sentir, con todo, porque el mismo sentido ni será suave por el deleite, ni saludable por la quietud, sino penoso por el dolor, no sin razón la llaman mejor muerte que vida, y por lo mismo segunda, porque es después de la primera, con que se hace la división de las naturalezas que estaban juntas, ya sea de Dios y del alma, ya sea del alma y del cuerpo: así que de la primera muerte del cuerpo puede decirse que es buena para los buenos, y mala para los malos; pero la segunda, sin duda que como no es de ningún bien, así para ninguno es buena.

CAPÍTULO III

Si la muerte, que por el pecado de los primeros hombres se comunicó á todos los hombres, es también en los santos pena del pecado.

Pero se ofrece una duda que no es razón omitirla: si realmente la muerte, con que se dividen el alma y el cuerpo, es buena para los buenos. Porque si es así, ¿cómo podrá defenderse que ella sea también pena del pecado? Pues no incurrieran en ella seguramente los primeros hombres si no pecaran; ¿y de qué manera podrá ser buena para los buenos la que no pudo suceder sino á los malos? Y, por otra parte, si no podía suceder sino á los malos, ya no podía ser buena para los buenos, sino ninguna; ¿pues para qué había de haber pena donde no había que castigar? Por lo cual hemos de confesar que, aunque Dios crió á los primeros hombres de suerte que si no pecaran no incurrieran en ningún género de muerte, sin embargo, á estos que primeramente pecaron de tal conformidad, los condenó á muerte, que todo lo que naciese de su descendencia estuviese también sujeto al mismo castigo, mediante á que no había de nacer de ellos otra cosa de lo que ellos habían sido, porque la condenación por la gravedad de aquella culpa empeoró la naturaleza de tal conformidad, que lo que precedió penalmente en los primeros hombres que pecaron, eso mismo siguiese como naturalmente en los demás que fuesen naciendo, en atención á que no se formó el hombre de otro hombre, así como se formó el hombre del polvo, porque el polvo para hacer al hombre sirvió de materia; pero el hombre para engendrar al hombre sirvió de padre, y no es la carne lo que es la tierra, aunque de la tierra se hizo la

carne; mientras que lo que es el hombre padre, es también el hombre hijo. Todo el linaje humano que se había de propagar por medio de la mujer en sus hijos y generación, existió en el primer hombre cuando los dos primeros casados recibieron la divina sentencia de su condenación; y lo que se hizo el hombre, no cuando le crió Dios, sino cuando pecó y fué castigado, eso fué lo que engendró respecto al origen del pecado y de la muerte. No quedó el hombre reducido con el pecado ó con la pena á la ignorancia y flaqueza de ánimo y cuerpo que observamos en los niños, que en esta ignorancia é imbecilidad quiso Dios que entrasen en la vida, como los hijos de las bestias, los tiernos hijos de los padres que había condenado á una vida y muerte propia de bestias, como lo dice la Sagrada Escritura: «el hombre, cuando vivía honrado en la justicia original, no entendió, no usó de la razón, y pecando, vino á ser semejante á las bestias que no tienen discurso ni razón, siendo mortal como ellas» (1); y aun observamos en los niños que en el uso y movimiento de sus miembros, y en el sentido de apetecer ó evitar, son aun más débiles é indolentes que los más tiernos hijos de los demás animales; como si la virtud humana con tanta mayor excelencia se aventajase sobre todos los demás animales, cuanto más se detiene en dilatar su imperio retirándole atrás como saeta cuando entran y flechan el arco; así que no sólo cayó el primer hombre con aquella su ilícita y vana presunción, ó le arrojaron y condenaron con justísimo decreto á la rudeza y flaqueza de niños, sino que la naturaleza humana quedó en él corrupta y mudada, de manera que padeciese en sus miembros la inobediencia y repugnancia

(1) Salmo 48. *Homo cum in honore esset, non intellexit; comparatus est pecoribus non intelligentibus, et similis factus est illis.*

de la concupiscencia, y quedase sujeta á la necesidad de morir, y así engendrarse lo que vino á ser por su culpa y por la pena y castigo que en él hicieron, esto es, hijos sujetos al pecado y á la muerte. Y cuando los niños se libran de esta sujeción del pecado por la gracia de Jesucristo nuestro mediador y redentor, sólo pueden padecer la muerte que aparta y divide al alma del cuerpo; pero no pasan á aquella segunda de las penas eternas, porque están ya libres de la obligación del pecado.

CAPÍTULO IV

Por qué á los que están absueltos del pecado por la gracia de la regeneración, no los absuelven de la muerte, esto es, de la pena del pecado

Pero si alguno dificultase en creer que sufren también esta muerte, si ésta es asimismo pena del pecado, aquellos cuya culpa se perdonó por la gracia (ya está tratada y averiguada esta cuestión en otro libro que intitulé del Bautismo de los niños) donde dije que la causa porque quedaba al alma el haber de pasar por la experiencia de la separación del cuerpo, aunque estuviese absuelta ya del vínculo del pecado era porque si consiguientemente al sacramento de la regeneración se siguiera luego la inmortalidad del cuerpo, la misma fe perdiera su fuerza y vigor, la cual entonces es fe, cuando se aguarda con la esperanza lo que aun no se ve por la obra. Y con la virtud y contraste de la fe en la edad madura habian de llegar á vencer los hombres el temor de la muerte, lo cual principalmente resplandeció en los santos mártires; de este contraste y pugna, no hubiera, sin duda, ni victoria ni gloria, porque tam-

poco pudiera haber este mismo contraste y batalla, si después de la regeneración y bautismo no pudieran los santos padecer muerte corporal. ¿Y quién habría que, con los pequeñuelos que se han de bautizar, no acudiese á la gracia de Jesucristo, principalmente por no apartarse y dividirse del cuerpo? No se estimaría, pues, la fe por el premio invisible, ni sería ya fe, hallando y recibiendo de contado el premio de sus fatigas. Pero de esta otra conformidad con mucha mayor y más admirable ventaja de la gracia del Salvador, vemos la pena del pecado convertida en utilidad y aprovechamiento de la justicia; porque entonces dijo Dios al hombre: «morirás si pecares», y ahora dice al mártir: «muere porque no peques»; entonces les dijo: «si quebrantáseis el mandamiento, moriréis de muerte»; ahora les dice: «si rehusárais la muerte, quebrantaréis el precepto». Lo que entonces debió ponerles freno y temor para no pecar, ahora lo deben admitir y abrazar para que no pequen; y de esta manera, por la inefable misericordia de Dios, la misma pena de los vicios se convierte y trueca en armas para la virtud, y viene á ser mérito del justo aun el castigo del pecador, porque entonces se ganó la muerte pecando, y ahora se cumple la justicia muriendo. Pero esto se entiende en los santos mártires, á quienes el tirano les propone una de dos, ó que abjuren la fe ó padezcan la muerte, porque los justos más quieren, creyendo, padecer lo que al principio, no creyendo, padecieron los pecadores; pues si estos no pecaran no murieran; pero aquellos pecarán si no mueren. Así que murieron aquéllos porque pecaron, éstos no pecan porque mueren; sucedió por culpa de aquellos que incurriesen en el castigo; sucede por la pena de éstos que no caigan en la culpa, no porque la muerte se haya convertido en cosa buena, siendo antes mala, sino porque Dios dió tanta gracia á la

fe, que la muerte que, según es notorio, es contraria á la vida, se viniese á hacer instrumento por el cual se pudiese pasar á la vida.

CAPÍTULO V

Que así como los pecadores usan mal de la ley, que es buena, así los justos usan bien de la muerte, que es mala.

Porque el apóstol, queriendo demostrar cuán poderoso era el pecado para causar males cuando falta la ayuda de la gracia, no dudó llamar á la misma ley que prohíbe el pecado, virtud del pecado (1): «el aguijón, dice, ó el arma con que mata la muerte es el pecado, y la ley es la virtud, potencia ó estímulo del pecado», y con mucha verdad ciertamente; porque la prohibición acrecienta el deseo de la operación ilícita cuando no amamos la justicia; de modo que con el gusto y deleite de ella vencemos el apetito de pecar, y para que amemos y nos deleite la verdadera justicia, no nos ayuda y alienta sino la divina gracia; pero porque no tuviésemos por mala á la ley, porque la llama virtud del pecado, por eso él mismo, tratando en otro lugar de esta cuestión, dice de esta manera (2): «la ley sin duda es santa, y los mandamientos santos, justos y buenos; luego lo que es bueno, me ha causado por sí

(1) San Pablo, I. ep. á los corintios, cap. XV. *Acculeus mortis est peccatum; virtus autem peccati, lex.*

(2) San Pablo, ep. á los romanos, cap. VII. *Lex quidem sancta, et mandatum sanctum et justum et bonum: ¿Quod ergo bonum est, mihi factum est mors? absit. Sed peccatum, ut appareat peccatum, per bonum mihi, operatum est mortem, ut fiat supra modum peccator aut peccatum per mandatum.*

la muerte? En manera alguna, sino el pecado, por manifestarse pecado, esto es, porque campease la grandeza de su impulso por medio del mismo bien, tomando ocasión de la ley, me obró y causó la muerte para mostrarse el pecado sobremanera pecador, esto es, para manifestar todo su veneno y la inmensidad de su malicia»; sobremanera, dijo, porque también se añade pecado cuando habiendo aumentado en sí el apetito de pecar, se desprecia también la misma ley. Pero ¿á qué fin hemos dicho esto? Para que veamos que así como la ley no es mala cuando acrecienta el apetito de los que pecan, así tampoco la muerte es buena cuando aumenta la gloria de los que padecen, cuando la ley, ó se deja por el pecado y forma prevaricadores y transgresores, ó cuando la muerte se recibe por la verdad, y hace mártires; y por eso la ley, aunque es buena porque prohíbe el pecado, y la muerte es mala porque es la paga, recompensa y premio del pecado, sin embargo, así como los malos y pecadores usan mal, no sólo de las cosas malas, sino también de las buenas, así los buenos y justos usan bien, no solamente de las buenas, sino también de las malas; de donde dimana que los malos usan mal de la ley aunque la ley sea buena, y que los buenos mueren bien aunque la muerte sea mala.

CAPÍTULO XVI

Del mal de la muerte general, con que se divide la sociedad del alma y del cuerpo.

Por lo cual, en cuanto toca á la muerte del cuerpo, esto es, á la separación del alma del cuerpo, cuando la padecen los que decimos que mueren, para ninguno es

buena, porque el mismo impulso con que se separa lo uno y lo otro, que estaba en el viviente unido y trabado, tiene un sentimiento áspero y contrario á la naturaleza en tanto que dura, hasta que se extinga y pierda todo el sentido que resultaba de la misma unión del alma y del cuerpo. Toda esta molestia á veces la ataja un golpe en el cuerpo ó un trastorno del alma, y no permite que se sienta, anticipándola con la presteza; pero todo aquello que, en los que mueren, con el grave sentimiento, quita el sentido, sufriendolo piadosa y fielmente, acrecienta el mérito de la paciencia, mas no la quita el nombre de pena; y así, siendo la muerte sin duda, por la descendencia continuada desde el primer hombre, una pena del que nace, con todo, si se emplea por la piedad y justicia, viene á ser gloria del que renace, y como la muerte es retribución y recompensa del pecado, á veces impetra y alcanza que no se dé castigo al pecado.

CAPÍTULO VII

De la muerte que padecen por la confesión de Jesucristo los que no están bautizados.

Todos aquellos que sin haber recibido el agua de la regeneración mueren por la confesión de Jesucristo, les vale ésta tanto para obtener la remisión de sus pecados, como si se lavasen en la fuente santa del bautismo; pues si dijo Jesucristo «que el que no renaciere con el agua y con el Espíritu Santo, no entrará en el reino de los cielos», en otro lugar le eximió, cuando con expresiones no menos generales, dijo: «al que me confesare delante de los hombres le confesaré yo tam-

bién delante de mi Padre, que está en los cielos»; y en otra parte: «el que perdiera por mí su vida, ese la llamará»; y por eso dice el real profeta (1): «que es preciosa en los ojos del Señor la muerte de los santos». ¿Pues qué objeto más precioso y estimable que la muerte, por la que consigue el hombre que se le perdonen todos sus pecados y se le acrecienten más colmadamente los merecimientos? Porque no participan de un mérito tan relevante los que, no pudiendo diferir la muerte, se bautizaron y pasaron de esta vida remitidos todos sus pecados, como le gozan los que, pudiendo dilatar la muerte, no la difirieron, porque más quisieron confesando á Jesucristo acabar esta vida mortal, que, negándole, conseguir su bautismo; lo cual seguramente si lo practican, también se les perdonara en aquel admirable lavatorio el pecado con que, por el temor de la muerte, negaron á Jesucristo; mediante á que en el mismo lavatorio se les perdonó igualmente aquel tan enorme crimen á los que crucificaron á Jesucristo. ¿Pero cómo, sinó con la abundancia de la gracia de aquel soberano espíritu, que donde quiere inspira, pudieran amar tanto al Salvador, que en peligro tan inminente de la vida, pudiendo, con negarle, alcanzar el perdón, no quisieran hacerlo? Así que la preciosa muerte de los santos (á quienes adelantadamente con tanta gracia se les comunicó y pagó la muerte de Jesucristo, que para alcanzarle y gozar de él no dudaron emplear y dar voluntariamente su vida), demostró bien llanamente que lo que antes estaba puesto para castigo del que pecase, se había ya convertido en instrumento de donde naciese al hombre más copioso y abundante el fruto de la justicia. Así, pues, la muerte no debe parecer bue-

(1) Salmo 115. *Pretiosa in conspectu Domini mors Sanctorum ejus.*

na porque la vemos transformada en una utilidad tan considerable, no por virtud suya, sino por la divina gracia, la cual determina que la que entonces se propuso por terror y freno para que no pecaran, ahora se proponga que la padezcan para que no se cometa pecado, y para que el cometido se perdone y se conceda á tan plausible victoria la debida palma de la justicia.

CAPÍTULO VIII

Que en los santos, la primera muerte que padecieron por la verdad fué absolucíon de la segunda muerte.

Si lo reflexionamos con más atención, cuando uno muere fiel y loablemente por la verdad, también huye de la muerte, pues padece algún tanto de ella, porque no se le apodere toda y llegue juntamente la segunda, que jamás se acaba. Sufre que le separen el alma del cuerpo, para que no se aparte ésta del cuerpo cuando Dios se encuentre apartado del alma, y cumplida la primera muerte de todo hombre, venga á caer en la segunda y eterna. Por lo cual la muerte, como insinué, cuando la padecen los que mueren y hace en ellos que mueran, para ninguno es buena; pero se sufre loablemente por conservar ó alcanzar el sumo bien. Mas cuando están en ella los que se llaman ya muertos, no sin motivo se dice que para los malos es mala, y para los buenos buena; porque las almas de los justos, separadas de sus cuerpos, están ya en descanso, y las de los impíos están satisfaciendo sus debidas penas, hasta que los cuerpos de las unas resuciten para la vida eterna, y los de las otras para la muerte eterna, que se dice la segunda.

CAPÍTULO IX

Si el tiempo de la muerte en que pierden los que mueren el sentido de la vida, se ha de decir que está en los muertos.

Pero ¿cómo hemos de llamar aquel tiempo en que las almas, separadas de sus cuerpos, están, ó participando del sumo bien, ó padeciendo el mayor mal? ¿Diremos que es el momento mismo de la muerte, ó el tiempo que sigue después de la muerte? Porque si es después de la muerte, ya no es la misma muerte, que ya ha pasado, sino la vida presente del alma que sigue inmediatamente, ó buena ó mala. En atención á que la muerte entonces les será mala cuando ella era, esto es, cuando la padecían los que morían, por serles grave y molesto lo que sentían; y de este mal y penalidad usan bien y se aprovechan los buenos; pero la muerte que ya ha pasado, ¿cómo puede ser, ó buena ó mala, supuesto que ya no es? Y si todavía quisiéremos considerarlo con más escrupulosidad, advertiremos que no será muerte la que dijimos que sentían grave y molesta los que morían; porque entre tanto que sienten, aun viven, y si todavía viven, mejor diremos que están ó existen antes de la muerte, que no en la muerte; porque cuando ésta llega quita todo el sentido, el cual, aproximándose la muerte, es penoso y molesto al cuerpo, y por lo mismo es difícil declarar, como decimos que mueren ó están en la muerte los que aún no son muertos, sino que acercándose ya la muerte, están padeciendo una extrema y mortal aflicción; aunque de éstos digamos con propiedad que se están muriendo; mas cuando llega la muerte que los amenaza, ya no decimos que se mueren, sino que están muertos. Todos los que están muriendo están vivos, porque el que se halla en

el último período de la vida, como están, según decimos, los que se encuentran ya dando el alma, mientras no carecen de alma, todavía viven: luego juntamente uno mismo es el que está muriendo y el que vive, aunque se va acercando á la muerte y apartándose de la vida, pero todavía con la vida, porque reside el alma en el cuerpo, y aun no está en la muerte, porque aun no se ha despedido del cuerpo. Y si cuando se ha despedido ya tampoco está entonces en la muerte, sino después de la muerte, ¿quién podrá decir cuándo está en la muerte? Porque tampoco habrá alguno que esté muriendo, si nadie puede juntamente estar muriendo y viviendo, porque entre tanto que está el alma en el cuerpo, no podemos negar que vive. Y si es mejor decir que está muriendo aquel en cuyo cuerpo ya empieza á mostrarse la muerte, y nadie puede juntamente estar viviendo y muriendo, no sé cuándo diremos que está viviendo.

CAPÍTULO X

Si la vida de los mortales debe llamarse mejor muerte que vida.

Porque desde el momento que el hombre comienza á existir y residir en este cuerpo mortal que ha de morir, no puede evitar que venga sobre él la muerte, pues lo que hace su mutabilidad en todo el tiempo de la vida mortal (si es que debe llamarse vida) es que se acabe por llegar á la muerte. No hay alguno que no esté más próximo á ella al fin del año que lo estaba antes del principio del año, y más cercano mañana que hoy, y más hoy que ayer, y más poco después que ahora, y más ahora que poco antes; porque todo el tiempo que

vamos viviendo lo desfalcamos del espacio de la vida, y cada día se va disminuyendo más y más lo que resta: de manera que no viene á ser otra cosa el tiempo de esta vida que una precipitada carrera á la muerte, donde á ninguno se permite ni parar un sólo instante, ni caminar con paso alguno más tardo, sino que á todos los lleva un igual movimiento; ni les obligan á que caminen con diferente paso, porque el que tuvo vida más breve no pasó más apriesa sus días que el que la disfrutó más larga, sino que, como al uno y al otro les fueron arrebatando igualmente unos mismos momentos, el uno tuvo más cerca y el otro más distante el término adonde ambos corrían con una misma velocidad; y una cosa es el haber andado más camino y otra el haber caminado con paso más lento. Así que, el que consume más dilatados espacios de tiempo hasta llegar á la muerte, no camina más lentamente, sino que anda más camino; y si desde aquella hora principia cada uno á morir, esto es, á estar en la muerte desde que comenzó en él á hacerse la misma muerte, es decir, desde que empezó á desfalcársele la vida, porque en concluyendo de desfaltarla estará ya después de la muerte, y no en la muerte, sin duda que desde la hora que comienza á estar en este cuerpo está en la muerte; porque ¿qué otra cosa se hace todos los días, horas y momentos, hasta que, consumida aquella muerte que se iba fabricando, se cumpla y acabe, y principie ya á ser después de la muerte el tiempo, que cuando ya se iba desfalcando la vida estaba en la muerte? Luego nunca se halla el hombre en la vida desde la hora que está en el cuerpo, y aun le podemos decir más muerto que vivo, supuesto que juntamente no puede estar en la vida y en la muerte. ¿O acaso diremos que antes está juntamente en la vida y en la muerte; en la vida porque vive hasta que se le desfalque toda, y en la muerte porque ya mue-

re cuando se le defrauda la vida? Porque si no está en la vida, ¿qué es lo que se le desfalca hasta que se consuma del todo? Y si no está en la muerte, ¿qué es aquello que se le desfalca y quita de la vida? No en vano, en habiendo faltado toda vida al cuerpo, decimos que ya es después de la muerte, sino porque estaba en la muerte cuando se le desfalcaba, porque si acabado ya de desfalcar, el hombre no está en la muerte, sino después de la muerte, ¿cuándo, sino cuando se desfalca, estará en la muerte?

CAPÍTULO XI

Si puede uno juntamente estar vivo y muerto.

Y si es un absurdo el decir que el hombre antes que llegue á la muerte está ya en la muerte (porque ¿á qué muerte diremos que se va acercando cuando va cumpliendo los días de su vida, si ya está en ella?), especialmente que es cosa muy dura y extraordinaria el que se diga que á un mismo tiempo está viviendo y muriendo, supuesto que no puede estar en un solo instante velando y durmiendo; resta saber cuándo estará muriendo, porque antes que venga la muerte no está muriendo, sino viviendo, y cuando hubiere ya venido estará muerto, y no muriendo. Así que aquello es ya todavía antes de la muerte, y esto ya después de la muerte. ¿Cuándo, pues, está en la muerte? Porque entonces está muriendo, para que así como son tres cosas cuando decimos antes de la muerte, en la muerte y después de la muerte, así á cada una de éstas acomodamos otras tres, á cada una la suya cuando está viviendo, muriendo y muerto. ¿Cuándo diremos que es-

tará muriendo, esto es, en la muerte, adonde ni esté viviendo, que es antes de la muerte, ni muerto, que es después de la muerte, sino muriendo, que es en la muerte? Con gran dificultad puede determinarse, porque entre tanto que reside el alma en el cuerpo, principalmente si está con sus sentidos, sin duda que vive el hombre, que consta de alma y cuerpo, y, por consiguiente, hemos de decir que todavía es antes de la muerte, y no en la muerte: y cuando se hubiere partido el alma y quitado todo el sentido del cuerpo, ya decimos que es después de la muerte, y que está muerto; falta, pues, y desaparece entre lo uno y lo otro el cuándo está muriendo ó en la muerte; porque si todavía vive es antes de la muerte, y si dejó de vivir ya es después de la muerte. Así que nunca puede entenderse y comprenderse cuándo esté muriendo ó en la muerte: así también en el discurso del tiempo buscamos el presente y no le hallamos, porque no tiene espacio alguno aquello por donde se pasa del futuro al pretérito. Pero conviene fijar la atención bastante para que no vengamos de esta manera á decir que no hay muerte alguna del cuerpo, porque sí la hay, puesto que no forma parte integrante del cuerpo, ni el cuerpo de ella. Cuando se vive, aun todavía no está, porque esto es antes de la muerte, y no en la muerte; y si se dejó de vivir, ya no está, porque también esto es ya después de la muerte, y no en la muerte. Y, por otra parte, si no hay muerte alguna antes ó después, ¿qué es lo que llamamos antes de la muerte ó después de la muerte? Porque también lo diremos vanamente, si no hay muerte alguna, y pluguiera á Dios que, viviendo bien en el Paraíso, hubiéramos hecho que en realidad de verdad no la hubiera; pero ahora no sólo la hay, sino que también la que hay es tan molesta, que en ninguna manera tenemos palabras para explicarla ni traza alguna para excusarla.

Hablemos, pues, conforme al uso y á la costumbre, porque no es razón que hablemos de otro modo, y digamos antes de la muerte primero que suceda la muerte, como lo dice la sagrada Escritura: «Antes de la muerte (1) no alabes á ningún hombre». Digamos también cuando sucediere: después de la muerte de fulano ó de zutano, sucedió ésto ó aquéllo; digamos también del tiempo presente como pudiéremos, así como cuando decimos: muriendo fulano hizo testamento, y muriendo dejó ésto y aquéllo á fulano y á zutano, aunque esto en ninguna manera lo pudo hacer nadie sino viviendo, y lo hizo antes de la muerte, y no en la muerte. Racionemos también, como lo hace la Escritura, que sin escrúpulo alguno llama también muertos, no á los que se llaman después de la muerte, sino en la muerte, y así dice el real Profeta (2): «Porque en la muerte no hay quien se acuerde de ti». Pues hasta que vivan y resuciten se dice muy bien que están en la muerte, como decimos que está uno metido en el sueño hasta que despierta, aunque á los que están en el sueño decimos que están durmiendo; con todo, no podemos decir del mismo modo á los que ya han muerto que están muriendo, porque no mueren todavía los que, cuanto á la muerte del cuerpo, de que tratamos ahora, están ya separados de los cuerpos, sino que esto es lo que dije que no se podía explicar con palabras; ¿cómo á los que mueren decimos que viven, ó cómo á los que ya han muerto, aun después de la muerte todavía decimos que están en la muerte? Porque ¿cómo se hallan después de la muerte, si aun están en la muerte, principalmente no pudiendo decir que están muriendo? Como á los que

(1) *Eclesiást., cap. II. Ante mortem ne laudes hominem quemquam.*

(2) *Salmo 6. Quoniam non est in morte, qui memor sit tui.*

están en el sueño decimos que están durmiendo; y á los que en el trabajo, trabajando; y á los que en la pena, penando; y á los que en la vida, viviendo. Pero á los muertos, antes que resuciten, decimos que están en la muerte; y, sin embargo, no podemos decir que están muriendo, por lo cual muy á propósito, y no sin que le cuadre, me parece que sucedió (cuando no fuese por industria humana, quizá por juicio divino) que este verbo *moritur*, que es morirse, en el idioma latino no le pudieron declinar los gramáticos por la regla que suelen declinarse sus semejantes, porque del verbo *oritur* se deriva el pretérito *ortus est*, y otros semejantes que se declinan por los participios del tiempo pretérito: pero del verbo *moritur*, si preguntásemos el tiempo pretérito, responderán *mortuus est*, duplicando la letra *u*, porque así decimos *mortuus*, como *fatuus*, *arduus*, *conspicuus*, y otros tales que no son del tiempo pretérito, sino que, como son nombres, se declinan sin tiempo: mas para que se decline lo mismo que puede declinarse, pónese y constitúyese un nombre por participio del tiempo pretérito. Sucedió, pues, muy bien, que así como aquello que significa no puede declinarse, por más que uno haga, viviendo, así el mismo verbo no puede declinarse, hablando. Podemos, sin embargo, con el auxilio y gracia de nuestro Redentor, á lo menos declinar la muerte segunda, porque ésta es la más grave y el colmo de todos los males, la cual sucede, no por la división del alma y del cuerpo, sino antes con la conjunción de ambos para la pena eterna, en la que, por el contrario, no estarán los hombres antes de la muerte, ni después de la muerte, sino que siempre se hallarán en la muerte; y, por consiguiente, viviendo, ni jamás muertos, sino muriendo sin fin; pues nunca le sucederá al hombre peor en la muerte que en donde habrá la misma muerte sin muerte.

CAPÍTULO XII

Con cual especie de muerte amenazó Dios á los primeros hombres, si quebrantasen su mandamiento.

Cuando se pregunta ¿con qué especie de muerte amenazó Dios á los primeros hombres si quebrantaban el mandamiento que les puso, y si no le guardaban obediencia; si con la del alma ó la del cuerpo, ó con la de todo el hombre, ó con la que se dice segunda? Respondemos que con todas, porque la primera consta de las dos, y la segunda totalmente de todas: pues así como toda la tierra consta de muchas tierras y toda la Iglesia de muchas Iglesias, así toda la muerte de todas; porque la primera consta de las dos, de la del alma, y de la del cuerpo; de manera, que la primera sea muerte de todo el hombre, cuando el alma sin Dios y sin el cuerpo paga por cierto tiempo sus penas; en la segunda queda el alma sin Dios y con el cuerpo, y satisface las penas eternas: así que, cuando Dios dijo al primer hombre, á quien colocó en el Paraíso sobre el manjar que le mandaba no comiese, «el día que comiereis de él moriréis de muerte», no sólo comprendió aquella amenaza la primera parte de la primera muerte, donde el alma queda privada de Dios, ni sola la última, donde el cuerpo queda privado del alma, ni tampoco solamente toda la primera, donde el alma padece sus penas separada de Dios y del cuerpo, sino que comprendió todo lo que hay de muerte hasta la última, que se llama la segunda, después de la cual no hay otra que la suceda.

CAPÍTULO XIII

Cuál fué el primer castigo dela culpa de los primeros hombres.

Apenas quebrantaron nuestros primeros padres el precepto, cuando los desamparó luego la divina gracia y quedaron confusos y avergonzados de ver la desnudez de sus cuerpos; y así también, con las hojas de higuera, que fueron acaso las primeras que, estando turbados, hallaron á mano, cubrieron sus partes vergonzosas, que antes, aunque eran los mismos miembros, no les causaban vergüenza. Sintieron, pues, un nuevo movimiento de su carne inobediente como una pena recíproca de su obediencia; porque ya al alma que se había deleitado y usado mal de su propia libertad, y se había desdeñado de obedecer á Dios, la iba dejando la obediencia que le solía guardar el cuerpo; y porque con su propia voluntad y albedrío desamparó al Señor, que era superior, al criado, que era su inferior, no le tenía á su albedrío, ni del todo tenía ya sujeta la carne como siempre la pudo tener, si perseverara ella guardando la obediencia y subordinación á su Dios: entonces, pues, la carne comenzó á desear contra el espíritu, y con esta batalla y lucha nacimos, trayendo con nosotros el origen de la muerte, y trayendo en nuestros miembros y en la naturaleza viciada y corrupta la guerra continuada con ella ó la victoria contra el primer pecado.

CAPÍTULO XIV

De las cualidades con que crió Dios al hombre, y en la desventura que cayó por el albedrío de su voluntad.

Dios crió al hombre recto, como verdadero autor de las naturalezas, y no de los vicios; pero como éste se depravó de su propia voluntad, y por ello fué justamente condenado, engendró asimismo hijos malvados y condenados, puesto que todos nos representamos en aquel uno, cuando todos fuimos aquel uno que por la mujer cayó en el pecado, la cual fué formada de él antes del pecado. Aun no había criado y distribuido Dios particularmente la forma en que cada uno habíamos de vivir; pero era ya la naturaleza seminal y fecunda de donde habíamos de nacer: de modo que estando ésta corrupta y viciada por causa del pecado, obligada al vínculo de la muerte y justamente condenada, no podía nacer del hombre otro hombre que fuese de distinta condición: y así del mal uso del libre albedrío nació el progreso y fomento de esta calamidad, la cual desde su origen y principio depravado, como de una raíz corrupta, trae al linaje humano con la trabazón de las miserias hasta el abismo de la muerte segunda, que no tiene fin, á excepción de los que se escapan y libentan por beneficio de la divina gracia.

CAPÍTULO XV

Que pecando Adán, primero dejó él á Dios que Dios le dejase á él, y que la primera muerte del alma fué el haberse apartado de Dios.

Por lo cual cuando les dijo Dios *morte moriemini*, moriréis de muerte, ya que no dijo de muertes, si quisier-

remos entender sólo aquella que sucede cuando el alma queda desamparada de su vida, que para ella es Dios que no la desamparó para que ella desamparase, pues para el daño suyo primero es su voluntad, mientras para su bien primero es la voluntad de su Criador; así para criarla cuando no era, como para restaurarla y redimirla cuando, pecando, se perdió. Por ello decimos que Dios les amenazó y denunció esta muerte al decir (1): «el día que comiereis de él moriréis de muerte»; como si dijera: «el día que me dejareis por la inobediencia, os desampararé por la justicia»: sin duda que en aquella muerte les amenazó y notificó también las demás que infaliblemente se habían de seguir de ella, porque cuando nació en la carne del alma inobediente el movimiento rebelde y desobediente, por el cual cubrieron sus partes vergonzosas, entonces sintieron la primera muerte con que desamparó Dios al alma: esta la significaron aquellas palabras cuando escondiéndose el hombre despavorido de miedo, le dijo Dios (2): «¿Adán, dónde estás?» no como quien le busca por ingorar donde estaba, sino por advertirle con la reprensión, que considerase dónde estaba al no estar Dios con él; pero cuando la misma alma viene ya á desamparar al cuerpo menoscabado por la edad y deshecho por la senectud, sucede la otra muerte, de la cual dijo Dios al hombre, procediendo todavía contra el pecado: «tierra eres (3), y á la tierra volverás», para que con estas dos se acabase de cumplir aquella primera muerte que es la de todo hombre, tras la cual se sigue al último la segunda, si no se escapa y libra el hombre por el beneficio de la divina gracia; porque

(1) *Génesis*, cap. II. *Qua die ederetis ex illo, morte moriemini.*

(2) *Génesis*, cap. III. *¿Adam, ubi es?*

(3) *Génesis*, cap. III. *Terra es, et in terram ibis.*

el cuerpo, que es de tierra, no volviera á la tierra si no fuera por su muerte, la cual le sucede cuando le desampara su vida, esto es, su alma. Y así consta entre los cristianos que tienen la verdadera fe católica, que tampoco la muerte del cuerpo nos vino por ley de la naturaleza, porque en ella no dió Dios muerte alguna al hombre, sino que nos la dió en pena y castigo del pecado; pues castigando Dios el pecado dijo al hombre, en quien entonces estábamos comprendidos todos: «tierra eres, y á la tierra volverás».

CAPÍTULO XVI

De los filósofos que opinan que la separación del alma y del cuerpo no es por pena ó castigo del pecado de desobediencia.

Pero los filósofos de cuyas calumnias procuramos defender la ciudad de Dios, esto es, su Iglesia, se ríen y mofan de lo que decimos, que la división y separación que hace el alma del cuerpo, se debe numerar entre sus penas; porque, efectivamente, ellos sostienen que viene á ser perfectamente bienaventurada, quedando, despojada íntegramente de todo lo que es cuerpo, simple, sola, y en cierto modo desnuda vuelve á Dios: en lo cual, si no hallara en la doctrina de los filósofos fundamentos con que refutar esta opinión, mas prolijidad hubiera de costarme el demostrarles que el cuerpo no es trabajoso y pesado al alma, sino solamente el cuerpo corruptible, y esto mismo quiso decir el sabio (cuyo testimonio citamos en el libro precedente) cuando dijo «que el cuerpo corruptible es el que agrava al alma» (1); pues

(1) Sapient., cap. IX. *Corpus enim corruptibile aggravat animam.*

añadiendo esta voz, *corruptible*, dice que agrava al alma, no cualquier cuerpo, sino el que hizo el pecado, con las calidades que se le siguieron con el castigo: y aun cuando esto no lo añadiera, no deberíamos entender otra cosa. Pero confesando con toda claridad Platón que los dioses hechos y formados por mano del sumo Dios tienen cuerpos inmortales, é introduciendo al mismo Dios que los crió, prometiéndoles por singular beneficio el que hará que vivan eternamente con sus cuerpos, y que con ninguna especie de muerte se separen de ellos, ¿por qué nuestros adversarios, por solo el hecho de perseguir la fe cristiana fingen ignorar lo que saben, contradiciéndose á sí mismos, por no dejar de contradecirnos? Estas son las palabras de Platón como las refiere Cicerón en latín, introduciendo al sumo Dios, hablando y diciendo á los dioses que crió: «Vosotros, que nacisteis por generación de los dioses, atended que las obras que yo he hecho son indisolubles á mi albedrío, aunque todo lo que está ligado se puede disolver; pero no es bueno disolver lo que está atado con discreción. Porque habéis nacido, no podéis ser inmortales é indisolubles; no obstante, jamás os disolveréis, ni hado alguno de muerte os quitará la vida, ni será más poderoso que mi idea y voluntad, que es vínculo mayor y más fuerte para vuestra perpetuidad, que el hado á que quedasteis obligados cuando principió vuestra generación». Y ved aquí cómo Platón dice que los dioses, por la mezcla del cuerpo y del alma, son mortales, y que, sin embargo, son inmortales por la voluntad del Dios que los hizo: luego si es pena del alma el residir en cualquier cuerpo, ¿por qué hablándoles Dios como temerosos de que se les entrase casualmente la muerte por sus puertas, esto es. de que se separen del cuerpo; les asegura de su inmortalidad, no por su naturaleza, que es compuesta, y no simple, sino

por su invicta voluntad con que puede hacer que ni lo engendrado se corrompa, ni lo compuesto se resuelva, sino que perseveren incorruptiblemente? Y si es verdad ó no lo que en este particular dice Platón de las estrellas, es otra cuestión: porque no hemos de concederle incontinenti que estos globos resplandecientes ó estas estrellas que con su luz corpórea alumbran ó de día ó de noche la tierra, viven con sus almas propias, y estas intelectuales y bienaventuradas, lo cual asimismo constantemente afirma del mismo mundo, como de un animal inmenso donde se contienen todos los demás animales: pero esta (como llevo insinuado) es otra cuestión, la cual no tratamos por ahora de averiguarla; sólo quise insinuarla para refutar á los que se glorían de ser llamados platónicos, ó quieren seguir su doctrina, y por la vanidad y soberbia de este nombre se ruborizan de ser cristianos, porque tomando el apellido común con el vulgo, no se les disminuya y apoque el de los del palio filosófico, que viene á ser tanto más vano cuanto es menor el número que se halla de ellos, y buscando que tachar y reprender en la cristiana doctrina, dan contra la eternidad de los cuerpos, como si fuera entre si contradictorio el que indaguemos la bienaventuranza del alma y queramos que ésta esté siempre en el cuerpo, como encerrada en una molesta y miserable prisión; confesando su jefe y maestro Platón que es merced y beneficio que el sumo Dios hizo á los dioses formados de su mano que nunca mueran, esto es, que nunca se separen y dividan de los cuerpos con que una vez los juntó.

CAPÍTULO XVII

Contra los que dicen que los cuerpos terrenos no pueden hacerse incorruptibles y eternos.

Pretenden también estos filósofos que los cuerpos terrestres no pueden ser eternos, sosteniendo, por otra parte, que toda la tierra es miembro de su Dios, aunque no del sumo, sino del grande, esto es, de todo este mundo visible y sempiterno. Habiéndoles, pues, criado aquel Dios sumo, á otro que ellos imaginan que es Dios, esto es, á este mundo, digno de preferirse á todos los demás dioses que están debajo de él, y defendiendo que éste mismo es animal, es á saber, adornado del alma, según dicen racional é intelectual, encerrada en la inmensa máquina de su cuerpo, y habiendo puesto los cuatro elementos como miembros de su cuerpo, dispuestos y ordenados en sus respectivos lugares, cuya trabazón y composición, por que jamás se les muera un Dios tan grande, sostiene que es indisoluble y eterna; ¿qué razón hay para que en el cuerpo de este animal mayor, la tierra, como medio de sus miembros, sea eterna, y los cuerpos de los otros animales terrestres no puedan ser eternos, si Dios quiere que lo sean como aquél? Pero dirán que la tierra debe volver á la tierra, de la que se compusieron y formaron los cuerpos terrestres de los animales, por lo cual sucede, dicen, que necesariamente se disuelvan y mueran, y que de este modo se restituyan á la tierra estable y eterna, de donde fueron sacados. Si alguno afirmase esta doctrina en la propia conformidad por lo respectivo al fuego, y dijere que han de volver al fuego los cuerpos que se tomaron de él para formar los animales celestes, ¿acaso no viene á destruirse con la violencia de esta doctrina

la inmortalidad que á semejantes dioses, como por boca del sumo Dios les prometió Platón? ¿O dirán por ventura que esto no será así en los animales celestes, porque Dios no lo quiere, á cuya voluntad, como insinúa Platón, ninguna fuerza es superior? ¿Por qué causa no podrá hacer Dios esto mismo de los cuerpos terrestres? supuesto que confiesa Platón que Dios es poderoso para hacer que las cosas que tienen ser por generación no mueran; que las que son compuestas no se disuelvan; que los que se tomaron de los elementos no vuelvan á ellos, y que las almas residentes en los cuerpos jamás los desamparen, gozando con ellos de la inmortalidad y de la eterna bienaventuranza. ¿Porqué motivo no será bastante poderoso para que tampoco mueran los terrestres? ¿O acaso no es tan poderoso Dios como creen los cristianos, sino cuanto quieren los platónicos? Porque, en efecto, ¿pudieron los filósofos, y no pudieron los profetas tener exacta noticia de la voluntad y poder de Dios, siendo antes al contrario, que á los Santos profetas los iluminó y enseñó el divino espíritu, para que manifestasen y publicasen su voluntad, en cuanto les concedió facultad para ello, y que á los filósofos, en tener noticia de ella los engañó la humana confianza? Pero no fuera razón que se engañaran tanto, no sólo dejándose llevar de la ignorancia, sino también de la obstinación, de modo que se contradicen claramente á sí mismos con grandes y prolijas disputas, afirmando, por una parte, que el alma, para que sea bienaventurada, no sólo debe huir del cuerpo terreno, sino de todo género de cuerpo, y asegurando, por otra, que los dioses disfrutan de almas beatísimas, y que, sin embargo, las tienen en cuerpos eternos, aunque los celestiales en cuerpos ígneos, y que el alma del mismo Júpiter, que quieren que sea este mundo, está inclusa ó encerrada por todos los elementos corpóreos de que consta toda

esta máquina, principiando desde la tierra hasta el cielo, por cuanto esta alma imagina Platón que se difunde y extiende por números músicos, desde el íntimo medio de la tierra, que los geómetras llaman centro, hasta las últimas y extremas partes del cielo; de suerte que este mundo sea un animal inmenso, beatísimo y eterno, cuya alma, por una parte, tenga perfecta felicidad de sabiduría, no desamparando su propio cuerpo, y por otra que este su cuerpo viva por ella eternamente, y que, sin embargo de no ser simple, sino compuesto de tantos y tan grandes cuerpos, no por eso la puede embotar y entorpecer. Permitiendo toda esta licencia á sus imaginaciones y sospechas, ¿por qué no quieren creer que, por la divina voluntad y poder, pueden los cuerpos terrenos venir á ser inmortales, donde las almas, sin separarse de ellos con ninguna especie de muerte, sin gravamen ni apego á ellos, vivan eterna y felizmente, así como aseguran que pueden vivir sus dioses en los cuerpos ígneos, y el mismo Júpiter, rey-monarca de todos los númenes, en todos los elementos corpóreos? Porque si el alma, para ser bienaventurada, debe huir y escaparse de todo lo que es cuerpo, huyan sus dioses de los globos de las estrellas, huya Júpiter del cielo y de la tierra, ó, si no pueden, repútenlos por miserables. Pero ni lo uno ni lo otro quieren, mediante á que ni se atreven á dar á sus dioses la separación de los cuerpos, porque no parezca que los adoran siendo mortales, ni la privación de la bienaventuranza, por no confesar que son infelices. Así que, para conseguir la eterna felicidad, no es necesario huir de cualesquiera cuerpos, sino de los corruptibles, molestos, graves y mortales, no cuales los crió la bondad de Dios á los primeros hombres, sino cuales les obligó á ser la pena del pecado.

CAPÍTULO XVIII

De los cuerpos terrenos que dicen los filósofos que no pueden estar en los cielos, porque á lo que es terreno, su peso natural lo llama y atrae á la tierra.

Con todo esfuerzo, dicen, que el peso natural en la tierra detiene los cuerpos terrenos, ó los conduce impelidos por fuerza á la tierra, por lo que no pueden estar en el cielo. De los primeros hombres sabemos que estuvieron en una tierra poblada de bosques y fructífera, que se llamó Paraíso; mas porque á esta objeción hemos de responder igualmente, así por el cuerpo de Jesucristo, con que subió glorioso á los cielos, como por los demás santos, quienes los tendrán en la resurrección, es bien que consideremos con alguna más singular atención los dichos pesos terrenos: porque si el ingenio humano puede hacer con ciertos artificios que algunos vasos fabricados de metal, cuya materia, colocada sobre el agua, luego se hunde, anden todavía nadando sobre ella, ¿cuánto más creíble y eficazmente puede Dios con un oculto y secreto modo de su divina operación, con cuya omnipotentente voluntad, dice Platón, que ni las cosas que no tienen ser por generación se corrompen, ni las compuestas se disuelven, siendo más digno de admiración que estén unidas las incorpóreas con las corpóreas, que cualesquiera cuerpo con cualesquiera cuerpos, puede, digo, dar á los cuerpos y máquinas terrenas impulso para que no los deprima y tire hacia la tierra ningún peso, y á las demás almas, que son ya perfectísimamente bienaventuradas, que pongan donde quieran sus cuerpos, aunque terrenos, pero ya incorruptibles, y que los muevan donde quieran con una disposición y movimiento facilísimo? Y si pueden los

ángeles arrebatat cualesquiera animales terrenos de cualesquiera parte, y ponerlos donde quieran, ¿hemos acaso de creer que no lo pueden hacer sin molestia, ó que sintiesen el peso y la carga? ¿Y por qué no creemos que las almas de los santos, que por especial gracia y beneficio de Dios son perfectos y bienaventurados, pueden llevar sin dificultad sus cuerpos donde quisieren, y ponerlos donde fuese su voluntad? Pues siendo cierto que acostumbramos imaginar llevando á cuestas el peso de los cuerpos terrenos, que cuanto mayor es la cantidad tanto mayor es la gravedad, de suerte que oprime y fatiga más lo que más pesa; sin embargo, el alma más fácil y ligeramente lleva los miembros de su cuerpo cuando están sanos y robustos, que cuando están enfermos y flacos: y siendo más pesado, cuando le llevan otros, el sano y robusto que el flaco y enfermo, con todo, él mismo, para mover y traer su cuerpo, es más ágil cuando, estando bueno y sano, tiene más cantidad y máquina que cuando en la pestilencia ó hambre tiene menos fuerza. Tanto puede para sustentar, aun los cuerpos terrenos, aunque todavía corruptibles y mortales, no el peso de la cantidad, sino el modo del temperamento. ¿Y quién podrá explicar con palabras la diferencia tan grande que hay entre la sanidad presente que decimos y la futura inmortalidad? No arguyan y reprendan, pues, nuestra fe los filósofos por los pesos y los cuerpos: porque no quiero preguntarles ¿por qué causa no creen que puede estar en el cielo el cuerpo terreno, viendo que toda la tierra se sustenta en nada? Porque quizá parezca verosímil la razón y el argumento que se toma del mismo lugar medio del mundo, puesto que acude á él todo lo que es grave: sólo quiero decir si los dioses menores, á quienes Platón dió facultad para hacer, entre los demás animales terrestres, al hombre, pudieron, como dice, separar del fuego la cali-

dad que tiene de quemar y dejarle la del resplandecer, como es la que sale y resplandece por los ojos, ¿por qué no concederemos al sumo Dios (á cuya voluntad y potestad concedió el mismo el privilegio de que no se corrompan y mueran las cosas que tienen ser por generación, y que cosas tan diversas é incomparables, como son las corpóreas é incorpóreas entre sí unidas y conglutinadas no puedan desunirse y descomponerse de modo alguno) que pueda desterrar del cuerpo del hombre, á quien hace gracia de la inmortalidad, la corrupción, dejarle la naturaleza, conservarle la congruencia de la figura y de los miembros y quitarle la gravedad del peso? Pero al fin de esta obra, si fuese la voluntad de Dios, trataremos más particularmente de la fe de la resurrección de los muertos y de sus cuerpos inmortales.

CAPÍTULO XIX

Contra la doctrina de los que no creen que fueran inmortales los primeros hombres si no pecarán.

Ahora declararemos lo que principiámos á decir de los cuerpos de los primeros hombres, á quienes ni esta muerte, que dicen es buena para los buenos, y que la conocen no sólo algunos pocos inteligentes ó creyentes, sino que es notoria á todos; muerte con que se hace la división del alma y del cuerpo; con la cual, sin duda, el cuerpo del animal que evidentemente vivía, evidentemente muere, no les pudiera suceder si no se siguiera el mérito del pecado. Pues aunque no es lícito dudar que las almas de los difuntos piadosos y justos viven en perpetuo descanso, con todo, les fuera tanto mejor vivir con

sus cuerpos buenos y sanos, que aun aquellos que son de parecer que de todas maneras es mayor la felicidad de estar sin cuerpo, convéncense de esta opinión, aunque contraria á su propio dictamen; porque ninguno se atreverá á anteponer sus hombres sabios, los que han de morir, ó los ya muertos, esto es, los que carecen de cuerpos ó han de dejar los cuerpos, á los dioses inmortales, á quienes el sumo Dios, según Platón, por grande beneficio, les permite una vida indisoluble, esto es, una compañía eterna con sus cuerpos. Y al mismo Platón le parece particular felicidad la de los hombres cuando, habiendo pasado esta vida santa y justamente separados de sus cuerpos, son admitidos en el seno de los mismos dioses que nunca dejan sus cuerpos, «para que, en efecto, olvidados de lo pasado, puedan volver otra vez al mundo y empiecen á desear el volver á nuevos cuerpos» (1): lo que celebran haberlo dicho Virgilio siguiendo la doctrina de Platón, porque de esta manera entiende que las almas de los mortales no pueden estar siempre en sus cuerpos, sino que, con la necesidad de la muerte, se vuelven á disolver, y que tampoco sin los cuerpos duran perpetuamente, sino que por sus tandas y alternativas piensa que sin cesar se hacen los vivos de los muertos, y los muertos de los vivos; de modo que parece que la diferencia que hay de los sabios á los demás hombres es ésta: que los sabios, después de la muerte, suben á las estrellas á descansar cada uno algún tiempo más en el astro y constelación que más le agrada, y, desde allí, otra vez, olvidado de la miseria pasada, y vencido del deseo de volver á su cuerpo, vuelve á los trabajos y miserias de

(1) Virgilio, libro VI. *Eneida*:

*Scilicet inmemores supera ut convexa revisant,
Rursus, et incipiant in corpora velle reverti.*

los mortales; pero los que vivieron neciamente, al momento vuelven á los cuerpos conforme á sus méritos, ó de hombres ó de bestias. Este estado tan duro lo atribuye Platón también á las almas buenas y sabias, á las cuales no les reparte y distribuye cuerpos con que puedan vivir siempre inmortalmente, sino que es de suerte que ni pueden permanecer en los cuerpos, ni sin ellos pueden durar en la eterna pureza. Ya dijimos en los libros anteriores cómo Porfirio en los tiempos cristianos se avergonzó de esta doctrina de Platón, y que no sólo eximió á las almas de los hombres de los cuerpos de las bestias, sino que también quiso que las de los sabios de tal manera fuesen libres de los vínculos del cuerpo, que, huyendo de todo lo que es cuerpo, estuviesen junto al Padre gozando de la bienaventuranza sin fin. Así que por no parecer inferior á Jesucristo, que promete á los santos vida eterna, también él á las almas purificadas las colocó en la eterna felicidad, sin que tengan necesidad de volver á las miserias pasadas; y por contradecir á Jesucristo, negando la resurrección de los cuerpos incorruptibles, dijo que habían de vivir para siempre, no sólo sin los cuerpos terrenos, sino totalmente sin ningunos cuerpos. Sin embargo, á pesar de dicha opinión, no se atrevió á prohibir á estas almas que se sujetasen y respetasen con reverencia religiosa á los dioses corpóreos, porque no creyó que, á pesar de no tener cuerpo alguno, fueran mejores que ellos. Por lo cual, si no han de atreverse, como entiendo que no lo han de efectuar, á anteponer las almas de los hombres á estos dioses felicísimos, aunque tengan cuerpos eternos, ¿por qué les parece absurdo lo que enseña la fe cristiana, de que á los primeros hombres los crió Dios de tal suerte, que, si no pecaran, no se apartaran con ninguna muerte de sus cuerpos, sino que por los méritos de la obediencia fielmente observada,

remunerados con la inmortalidad, vivieran con ellos eternamente; y que los santos, en la resurrección, han de tener de tal manera los mismos cuerpos en que aquí fueron afligidos, que ni á su carne les ha de poder acontecer corrupción alguna ó dificultad, ni á su bienaventuranzá algún dolor ó infelicidad?

CAPÍTULO XX

Que los cuerpos de los santos que descansan ahora con esperanza, se han de venir á reparar con mejor calidad que la que tuvieron los de los primeros hombres antes del pecado.

Y por eso al presente las almas de los santos difuntos no sienten pesar por la muerte con que las separaron de los cuerpos, porque su carne descansa con esperanza, por más ignominias que parezca que han recibido, estando ya fuera de todo sentido; y no desean, como opinó Platón, olvidarse de sus cuerpos, sino antes porque se acuerdan de la promesa de aquel Señor que á ninguno engaña, el cual les aseguró que no perderían ni aun un cabello (1), con gran deseo y paciencia esperan la resurrección de sus cuerpos en que padecieron muchos trabajos para no sentirlos ya jamás en ellos, pues si no aborrecían á su carne (2) cuando ella con su flaqueza resistía al espíritu, y la reprimían por el derecho natural del espíritu, ¡cuánto más la amarán habiendo ella de ser también espiritual! Porque así como muy

(1) Luc., cap. XXI. *Capillus è capite vestro non peribit.*

(2) San Pablo, ep. á los ephesios, cap. V. *Carnem suam nemo odio habuit.*

á propósito se llama carnal el espíritu que sirve á la carne, así la carne que sirve al espíritu se llamará muy bien espiritual, no porque se haya de convertir en espíritu, como algunos piensan, porque dice la Escritura *seminatur corpus animale, resurget corpus spirituale*; «siémbrese (esto es, muere como semilla, que muere para llevar fruto) el cuerpo animal, y resucita cuerpo espiritual», sino porque con suma y admirable facilidad y obediencia se sujeta al espíritu hasta cumplir la segura voluntad de la indisoluble inmortalidad, libre ya de todo género de molestia, corruptibilidad y pesadumbre. Pues no sólo será cual es ahora, cuando está más robusta y más sana, pero ni cual fué en los primeros hombres antes que pecaran; los cuales, aunque no hubiesen de morir si no pecaran, con todo, usaban como hombres de alimentos, trayendo consigo cuerpos terrenos, aun no espirituales sino animales, los cuales, aunque no se estragasen con la seneclitud, de manera que necesariamente llegasen á morir (el cual estado por gracia de Dios se les concedía por virtud del árbol de la vida, que estaba juntamente con el árbol vedado en medio del Paraíso); con todo, comían también de todos los otros manjares, exceptuando sólo un árbol del que les mandó Dios que no comiesen, no porque el árbol fuese malo, sino por recomendarlos lo bueno de la pura y simple obediencia, que es una grande virtud de la criatura racional, subordinada debajo de su Criador y Señor; porque donde no era malo lo que se tocaba, sin duda que si estando vedado se tocaba, pecábase sólo por la inobediencia. Así, pues, se sustentaban comiendo de otros manjares para que los cuerpos animales no sintiesen molestia alguna con el hambre y la sed, y del árbol de la vida comían porque no se les entrase la muerte de ninguna suerte, ó consumidos de la vejez, en corriendo y pasán-

do los espacios del tiempo se muriesen, como si todos los demás manjares les sirviesen de sustento y alimento, y aquel del árbol de la vida de Sacramento, de manera que entendamos que sirvió el árbol de la vida en el Paraíso corporal, como en el espiritual, esto es, en el Paraíso inteligible, la sabiduría de Dios, de quien dice el sagrado texto: *lignum vite est omnibus amplectentibus eam*: «que es árbol de vida para los que lo abrazaren».

CAPÍTULO XXI

De cómo el Paraíso donde estuvieron los primeros hombres, se puede bien entender que nos figura y significa alguna cosa espiritual, salva la verdad de lo que la historia refiere del lugar corporal.

Algunos alegorizan y refieren todo el Paraíso, donde dice verdaderamente la Sagrada Escritura que estuvieron los primeros hombres, padres del linaje humano, á las cosas inteligibles, y convierten todos aquellos árboles y plantas fructíferas en virtudes y costumbres arregladas para vivir bien, como si no hubiera habido aquellas cosas visibles y corporales, sino que se dijeron ó escribieron así para significarnos las cosas inteligibles. Pero no debe deducirse de esto que no pudo haber Paraíso corporal, por cuanto podemos entenderle igualmente que el espiritual, y tanto valdría asegurar que no hubo dos mujeres, Agar y Sara, y dos hijos de Abraham habidos en ellas, uno de la esclava y otro de la libre, porque dice el apóstol que se figuraron en ellas los dos Testamentos; ó que no corrió el agua de la piedra que hirió Moisés con la vara, porque allí, por una significación figurada puede entenderse también Jesucristo,

supuesto que dice San Pablo: *petra autem erat Christus*; «que la piedra era Cristo». Así, pues, ninguno contradice que por el Paraíso puede entenderse la vida de los bienaventurados; por sus cuatro ríos, las cuatro virtudes cardinales, prudencia, fortaleza, templanza y justicia; por sus árboles todas las artes útiles; por el fruto de los árboles las costumbres de los justos; por el árbol de la vida la misma sabiduría, madre de todos los bienes; y por el árbol de la ciencia del bien y del mal la experiencia del precepto violado, porque puso Dios la pena muy á propósito, supuesto que la puso justamente á los pecadores y, aunque no por su bien, la experimenta el hombre. Podemos también acomodar toda esta doctrina á la Iglesia, para que así lo entendamos mejor, tomando estos objetos como figuras y profecías de lo venidero; por el Paraíso á la misma Iglesia, como se lee de ella en los Cantares; por los cuatro ríos del Paraíso, los cuatro Evangelios; por los árboles fructíferos, á los santos; por su fruta, sus obras; por el árbol de la vida, el santo de los santos, que es Jesucristo, y por el árbol de la ciencia del bien y del mal, el propio albedrío de la voluntad, pues ni aun de sí mismo puede el hombre usar sino muy mal si desprecia la voluntad divina. Con esta exposición llega á saber la diferencia que hay cuando abraza el bien común á todos, ó cuando gusta del suyo propio; porque amándose á sí mismo, se premia á sí mismo, para que, viéndose por ello lleno de temores y tristezas, diga aquella expresión del real profeta, si es que siente sus males, «en mí propio se me ha turbado el alma» (1), y, enmendado ya, diga: «mi fortaleza, Señor, la dejaré en tus manos» (2). Si estas cosas, y otras semejantes, pueden decirse más cómoda-

(1) Salmo 41. *Ad me ipsum anima mea turbata est.*

(2) Salmo 58. *Fortitudinem meam ad te custodiam.*

mente para que entendamos espiritualmente el Paraíso, díganla en hora buena sin contradicción alguna, con tal que creamos también la certeza de aquella historia que nos refiere fielmente lo que pasó en realidad de verdad.

CAPÍTULO XXII

Que los cuerpos de los santos, después de la resurrección, serán espirituales de manera que no se convierta la carne en espíritu.

Así que, los cuerpos de los justos que han de hallarse en la resurrección, ni tendrán necesidad de árbol alguno, para que ni la enfermedad ni la senectud los menoscabe y mueran, ni de otros cualesquiera corporales alimentos contra la molestia de la hambre ó de la sed, porque infaliblemente y en todas maneras gozarán del don y beneficio inviolable de la inmortalidad, de suerte que si quieren comer podrán hacerlo, pero no por necesidad, como tampoco comieron los ángeles cuando aparecieron visible y tratatablemente, porque tenían necesidad, sino porque querían y podían por acomodarse con los hombres, usando de cierta benignidad humana en su ministerio: pues no debemos creer que los ángeles comieron imaginaria y fantásticamente cuando acertaron á ser huéspedes de los hombres, aunque á los que ignoraban si eran ángeles les pareciese que comían con la misma necesidad que acostumbramos nosotros. Y esto es lo que dice el ángel en el libro de Tobías (1): «me veáis comer, pero sólo me veáis á

(1) Liber Tobias, cap. XII. *Videbatis me manducare, sed visu vestro videbatis.*

vuestro parecer», esto es, pensabais que comía por necesidad que tenía de reparar el cuerpo, como lo hacéis vosotros. Pero aunque de los ángeles quizá se puede sostener otra opinión que sea más creíble, sin embargo, la fe cristiana no pone duda que nuestro Salvador, después de la resurrección, teniendo ya el cuerpo espiritual, comió y bebió con sus discípulos, porque lo que vendrán á perder semejantes cuerpos será la necesidad, no la potestad ó posibilidad, y así serán espirituales, no porque dejarán de ser cuerpos, sino porque se substantarán y perseverarán con el espíritu que los vivifica.

CAPÍTULO XXIII

Qué es lo que debemos entender por el cuerpo animal y por el cuerpo espiritual, y quiénes son los que mueren en Adán y quiénes los que se vivifican en Cristo.

Porque así como estos que aun no poseen un espíritu vivificante, sino una alma viviente, se llaman cuerpos animales, no siendo almas, sino cuerpos, así se denominan espirituales aquellos cuerpos; con todo, de ninguna manera debemos creer que han de ser espíritus, sino cuerpos que han de tener substancia de carne, pero que no han de padecer con el espíritu vivificante imperfección ni corrupción carnal. Entonces el hombre no será más ya terreno, sino celestial; no porque el cuerpo que se formó de la tierra no será el mismo, sino porque, por don del cielo, será tal que convenga también para morar en el cielo; no por haber perdido su naturaleza, sino por haber mudado de calidad, porque al primer hombre, como era de la tierra terreno, le hizo Dios ánima viviente y no espíritu vivificante, lo cual se le

reservaba que viniera á serlo por mérito de la obediencia. Por eso su cuerpo (que tenía necesidad de comer y de beber para no tener hambre y sed, y le guardaba de la necesidad de la muerte y le conservaba en la flor de la juventud, aunque no tuviera la inmortalidad absoluta é indisoluble, sino el árbol de la vida) indudablemente no era espiritual, sino animal; aunque por ninguna razón muriera si no incurriera pecando en la sentencia con que Dios le había amenazado, y fuera del Paraíso. También no faltándole los alimentos, pero no dejándole gustar del árbol de la vida, viniera á acabar más tarde con el tiempo y la senectud sólo aquella vida, la cual en el cuerpo, aunque animal (hasta que se hiciera espiritual por el mérito de la obediencia), pudo tenerla perpetua en el Paraíso, si no pecara; por lo cual, aun cuando entendamos que juntamente les significó Dios esta muerte manifiesta con que se hace la división del alma y del cuerpo en el anatema con que rigurosamente les amenazó que en el día que comiesen del árbol vedado morirían de muerte, no por eso debe parecer absurdo, porque no dejaron los cuerpos incontinenti aquel mismo día en que comieron de la fruta vedada y mortífera; pero desde este día se empeoró y corrompió la naturaleza, y quedando justamente excluída del árbol de la vida, se la siguió la necesidad de la muerte corporal, con cuyo fatal destino hemos nacido nosotros. Por eso nos dice el apostol (1): «que el cuerpo morirá por causa del pecado: que el cuerpo está muerto por causa del pecado; pero que el espíritu vive por la justificación». Después prosigue y dice (2):

(1) San Pablo ep. á los Rom., cap. VIII. *Corpus quidem mortuum est propter peccatum: corpus quidem mortuum est propter peccatum, spiritus autem vita est propter iustitiam.*

(2) Id. Apost. loc. citat. *Si autem spiritus ejus, qui suscitavit Christum á mortuis, habitat in vobis, qui suscitavit Christum á*

«Mas si aquel espíritu que resucitó á Jesucristo de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó á Cristo de entre los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales por el espíritu de Dios, que habita en vosotros». Así que, entonces será espíritu vivificante el cuerpo que ahora tiene alma viviente; y, sin embargo, le llama el apóstol muerto, porque está ya constituido en la dura necesidad de morir. Pero en el Paraíso, de tal modo era el alma viviente, aunque no espíritu vivificante, que no se podía decir con propiedad, muerta, por cuanto no podía tener necesidad de morir, sino es cometiendo el pecado. Habiéndonos Dios significado cuando dijo: ¿Adán, adónde estás? la muerte del alma que se efectuó desamparándola el Señor; y cuando dijo: tierra eres, y á la tierra volverás; la muerte del cuerpo que se verifica al separarse el alma del cuerpo, debemos creer que no hizo mencion de la muerte segunda, porque quiso que estuviese oculta por causa de la dispensación del Nuevo Testamento, donde expresamente se nos manifiesta la muerte segunda para que primero se nos hiciese ver que aquella primera muerte, que es común á todos, vino y procedió de aquel pecado que en uno fué común á todos; pero la muerte segunda no es común á todos, *propter eos, qui secundum propositum vocati sunt sancti, quos ante præscivit, et prædestinavit, conformes fieri imaginis filii sui, ut sit ipse primogenitus in multis fratribus*: «por aquellos que según el propósito y elección divina son llamados á la santidad, á los cuales antevió y predestinó, como dice el apóstol, que fuesen conformes á la imagen de su Hijo, para que él fuese el primogénito entre muchos hermanos», á quienes la gracia de Dios, por el mediador, libertó de la segunda muer.

mortuis, vivificavit, et mortalia corpora vestra per inhabitatem Spiritum ejus in vobis.

te. Así que, hablando en estos términos el apóstol, nos da á entender que fué criado el primer hombre en cuerpo animal; pues queriendo distinguir este cuerpo animal que al presente tenemos, del espiritual que ha de haber en la resurrección, *seminatur in corruptione, surget in gloria: seminatur in infirmitate, surget in virtute: seminatur corpus animale, surget corpus spirituale*. «Siémbrese como semilla, dice, en la sepultura nuestro cuerpo, sujeto á la corrupción, y se levantará y resucitará incorruptible; siémbrese ignominioso y feo, y resucitará claro y glorioso; siémbrese sujeto á mil flaquezas, y resucitará con mucha virtud y vigor; siémbrese cuerpo animal sujeto á hambre y á sed, y resucitará sutil y espiritual, sin necesidad de comer ni beber.» Después, para probar esta doctrina, *si est corpus animale, est et spirituale*: «si hay, dice, cuerpo animal, hay también cuerpo espiritual». Y para demostrar qué cosa es cuerpo animal añade, *sic scriptum est, factus est primus homo in animam viventem*: así lo dice la Sagrada Escritura: «hizo Dios al primer hombre alma viviente». De este modo nos quiso manifestar qué cosa es cuerpo animal, aunque el sagrado texto no dijo del primer hombre, que se llamó Adán, cuando Dios con su aliento y soplo crió aquella alma: *et factus est homo in corpore animali*: «crió Dios al hombre en cuerpo animal»; sino, *factus est primus homo in animam viventem*: «hizo Dios al primer hombre alma viviente»: luego cuando dice el sagrado texto: hizo Dios al primer Adán alma viviente, quiso el apóstol que entendiésemos el cuerpo animal del hombre, y cómo hemos de entender el espiritual nos lo patentizó, añadiendo: *novissimus autem Adam in spiritum vivificantem*: «pero al último Adán le hizo Dios espíritu vivificante»; aludiendo sin duda á Cristo, que resucitó de entre los muertos, de suerte que no puede ya más morir. Después prosigue y dice: *sed non primum quod*

spirituale est, sed quod animale postea spirituale: «aunque no fué primero el cuerpo espiritual, sino el animal, y después el espiritual», donde con más claridad nos dió á entender cómo nos quiso significar el cuerpo animal en aquella expresión de la Escritura, «que hizo Dios al primer Adán alma viviente»: y cuerpo espiritual en la otra, donde dice: «y al último Adán espíritu vivificante»; porque primero es el cuerpo animal, como le tuvo el primer Adán (aunque no cuerpo que muriera si no pecara) como le tenemos nosotros ahora, de una naturaleza tan trocada y corrupta, como se trocó en él después que pecó; por lo cual le sobrevino la necesidad de morir. Así también al principio quiso y se dignó tener cuerpo Jesucristo por nosotros, aunque no por necesidad, sino por potestad. Después es el cuerpo espiritual; y cual precedió ya en Cristo, como en cabeza nuestra, sucederá también en sus miembros en la última resurrección de los muertos. Añade después el apóstol la evidentísima diferencia que hay entre estos dos hombres, diciendo: *primus homo de terra, terrenus, secundus homo de caelo, caelestis. Qualis terrenus, tales et terreni, qualis caelestis, tales et caelestes: et quomodo induimus imaginem terreni, induamus et imaginem ejus, qui de caelo est*: «el primer hombre fué de la tierra, terreno, y el segundo del cielo, celestial, y cual fué aquél terreno, tales son también los terrenos, y cual es el celestial, tales también los celestiales; como representamos, pues, y vestimos la imagen del terreno, así también representemos y nos vistamos la imagen de aquel que vino del cielo». Esta doctrina la describió el apóstol de manera que se realice ahora en nosotros, según el sacramento de la regeneración, como lo dice en otro lugar (1): «todos los que os habéis bautizado en

(1) San Pablo, ep. á los Galat., cap. III. *Quotquot in Christo baptizati estis, Christum induistis*.

Cristo os habéis vestido de Cristo»; esto es, os habéis hecho conformes y semejantes á él. Pero realmente se acabará de hacer y cumplir esta semejanza en nosotros, cuando lo que en nosotros es animal por el nacimiento se hubiere hecho espiritual por la resurrección, porque usando nuevamente de sus expresiones, dice: «nuestra salvación ha sido en esperanza» (1), esto es, que aunque ahora no la veamos con nuestros ojos, con todo, el rescate se efectuó de suerte que esperamos salvarnos perfectamente. Vestímonos de la imagen y semejanza del hombre terreno por la propagación del pecado y de la muerte, de que nos hizo herederos la regeneración, pero de la imagen y semejanza del hombre celestial nos vestimos por la gracia del perdón y de la vida eterna, de que nos hace herederos la regeneración por virtud de Jesucristo, hombre mediador de Dios y de los hombres, que es á quien entiende por el hombre celestial, porque vino del cielo para vestirse del cuerpo de la mortalidad terrena, y vestir después al cuerpo de la celestial inmortalidad. Por eso llama también celestiales á los otros; pues por la gracia vienen á ser miembros suyos, de modo que Cristo viene á ser uno con ellos, como la cabeza y el cuerpo. Esto lo dice más claro en la misma carta con estas palabras (2): «por un hombre entró la muerte, y por otro hombre la resurrección de los muertos, porque así como morimos todos en Adán, así en Cristo todos resucitaremos á la vida eterna, y esto será ya con el cuerpo espiritual, que será espíritu vivificante»; no porque todos los que mueren en Adán hayan de ser miembros de Cristo, supuesto que la mayor parte de ellos irán condenados eternamente á

(1) San Pablo, ep. á los Rom. cap. VIII. *Spe salvi facti sumus.*

(2) San Pablo, I ep. á los Corinth., cap. XV. *Per hominem mors, et per hominem resurrectio mortuorum: sicut enim in Adam omnes moriuntur, ita et in Christo omnes vivificabuntur.*

la muerte segunda, sino que por eso dijo todos, en los unos y en los otros, en los que mueren y en los que vivirán; porque así como ninguno muere en cuerpo animal si no es en Adán, así ninguno revive y resucita en cuerpo espiritual si no es en Cristo. Por eso por ningún motivo debemos imaginar que en la resurrección hemos de tener el cuerpo de la misma cualidad que le tuvo el primer hombre antes del pecado; ni aquella expresión con que dice: *qualis terrenus, tales et terreni*: «que cual es el terreno, tales serán también los terrenos», debe entenderse según lo que se hizo, cometiendo el pecado; porque no debemos pensar que antes que pecara tuvo cuerpo espiritual, y que por el pecado y su mérito se mudó en animal. Los que así opinan atienden poco á palabras de un tan ilustre doctor, que dice: *si est corpus animale, est et spirituale, sicut scriptum est, primus homo Adam factus est in animam viventem*, «si hay cuerpo animal, hay también cuerpo espiritual, como leemos en el *Génesis*, que hizo Dios al primer hombre alma viviente después del pecado»: ¿fué acaso después de la culpa, cuando éste era el primer estado del hombre á que alude el santo apóstol, para demostrar que era cuerpo animal, tomando dicho testimonio de la ley?

CAPÍTULO XXIV

Cómo debe entenderse aquel soplo de Dios con que hizo al primer hombre alma viviente, ó aquel de Cristo nuestro Señor, cuando dijo: tomad el Espíritu Santo.

Del mismo modo entendieron algunos con poca consideración aquellas palabras: *inspiravit Deus in faciem ejus spiritum vite, et factus est homo in animam viventem*,

«inspiróle Dios soplando en su rostro el espíritu de vida, y quedó hecho el hombre alma viviente», que no le infundió Dios entonces primeramente al hombre alma, sino que á la que ya tenía la vivificó con el Espíritu Santo. Se persuaden á creerlo por advertir que Cristo nuestro Señor, después que resucitó de los muertos inspiró y sopló, diciendo á sus discípulos *accipite Spiritum Sanctum*, «tomad el Espíritu Santo», y por eso piensan que se hizo aquí parte de lo que allá pasó, como si aquí también, prosiguiendo el santo evangelista, dijera: *et facti sunt in animam viventem*, «hízolos Dios alma viviente», lo cual, si seguramente lo dijera, entenderíamos que el espíritu de Dios es una especie de vida de las almas racionales, sin el cual éstas deben tenerse por muertas, aunque con la presencia de ellas parezca que viven los cuerpos. Pero que esto no fué así cuando crió Dios al hombre, bastantemente lo declaran las palabras del Génesis, donde se lee: *et formavit Deus hominem pulverem de terra*, «y formó Dios del polvo de la tierra al hombre»; cuya expresión, queriendo algunos interpretarla con más claridad, dijeron: *et finxit Deus hominem de limo terræ*, «hizo Dios al hombre del limo ó barro de la tierra», porque había dicho arriba: *fons autem ascendebat de terra, et irrigabat omnem faciem terræ*, «subía de la tierra una fuente y regaba toda la faz de la tierra», como si por eso debiera entenderse el légamo que se forma y congela de la humedad de la tierra. Pero, dicho esto, continúa diciendo la Escritura: «y formo Dios del polvo de la tierra al hombre», como se lee en los códigos griegos, de cuyo idioma se tradujo en el latino la Sagrada Escritura, y cuando uno quería decir *formavit* ó *finxit*, que en griego dice *eplasen*, aquí no importa nada, aunque más propiamente se dice *finxil*; pero los que dijeron *formavit* quisieron huir de la ambigüedad, porque en latín es más común decir *ingere*, con respecto

á los que componen alguna cosa fingida y disimulada. A este hombre, pues, formado del polvo de la tierra ó del légamo, porque era el polvo húmedo, á éste, digo, por decirlo más expresamente, como lo insinúa la Escritura, polvo de la tierra, nos enseña el apóstol que le hizo Dios cuerpo animal cuando le infundió el alma, *et factus est iste homo in animam viventem*, «hizo Dios á este hombre alma viviente», esto es, á este polvo formado le hizo alma viviente. Pero dirán que ya tenía alma, porque de otra suerte no se llamara hombre, pues el hombre no es el cuerpo solo ó el alma sola, sino el que consta de alma y cuerpo. Verdaderamente no es el alma todo el hombre, sino la parte más noble del hombre, ni todo el hombre es el cuerpo, sino parte inferior del hombre; pero cuando está lo uno y lo otro junto se llama hombre, el cual nombre, sin embargo, tampoco lo pierden el cuerpo y el alma de por sí, aun cuando hablemos de cada uno de ellos separadamente; porque, ¿quién quita que no se diga por ley recibida en el lenguaje ordinario, tal hombre murió, y ahora está en descanso ó en penas, pudiendo sólo decirse esto del alma, y tal hombre se enterró en tal ó en tal lugar, no pudiéndose entender sino de solo el cuerpo? Y si dijeren que no suele hablar así la Sagrada Escritura, antes bien ella nos lo confirma de manera que aun cuando estas dos cualidades están unidas y vive el hombre, sin embargo, á cada cosa de por sí la llama ella con nombre de hombre, es á saber, llamando al alma hombre interior y al cuerpo hombre exterior, como si fueran dos hombres, siendo lo uno y lo otro junto un hombre. Pero conviene saber en qué sentido se dice el hombre imagen y semejanza de Dios, y en cuál se dice el hombre tierra, y qué es lo que ha de ir á la tierra; porque lo primero se dice según el alma racional, cual Dios la infundió al hombre, esto es, al cuerpo del hombre, soplando, ó,

como se dice más á propósito, inspirando, y lo último se dice respecto al cuerpo, que formó Dios al hombre del polvo á quien infundió el alma para que se hiciera cuerpo animal, esto es, el hombre animal viviente, y por eso en lo que practicó Jesucristo nuestro Señor cuando sopló diciendo: «tomad el Espíritu Santo», quiso darnos á entender que el Espíritu Santo no sólo es Espíritu del Padre, sino también del mismo Unigénito, porque un mismo Espíritu es el del Padre y el del Hijo, con quien es Trinidad, el Padre, y el hijo, y el Espíritu Santo, no criatura, sino Criador. Pero aquel soplo corporal que salió de la boca carnal, no era substancia ó naturaleza del Espíritu Santo, sino una significación suya, ó para que entendiéramos, como insinué, que el Espíritu Santo era común al Padre y al Hijo, porque no tiene cada uno el suyo, sino que uno mismo es el de ambos. Y siempre este Espíritu en la sagrada Escritura en griego se dice *Pneuma*, como también en este lugar le llamó el Señor cuando le repartió á sus discípulos, significándole con el soplo de su boca corporal; y no me acuerdo que se llame jamás de otra manera en toda la Escritura: pero donde se lee *et finxit Deus hominem pulverem de terra, et insuflavit, aut inspirabit in faciem ejus spiraculum vite*, «y formó Dios al hombre del polvo de la tierra, y le infundió, soplándole con el rostro, el espíritu de vida», no pone el idioma griego esta voz *Pneuma*, que suele significar el Espíritu Santo, sino *Pnoen*, lo cual más de ordinario se lee por la criatura que por el Criador; y así también algunos latinos, para diferenciarlos, quisieron mejor interpretar este mismo nombre, y llamarle, no espíritu, sino soplo, por cuanto éste mismo se halla también en griego en Isaías, donde dice Dios (1): «Yo hice todos los soplos», significando,

(1) Isaías, cap. LVII: *Omnem flatum ego feci.*

sin duda, todas las almas. Por ello lo que en griego se dice *Pnoen*, los nuestros lo interpretan algunas veces soplo, otras espíritu, otras inspiración ó aspiración, y otras también alma; pero la palabra *Pneuma* siempre es espíritu, ya sea del hombre, como cuando dice el apóstol (1): «¿qué hombre puede saber lo que está encerrado en el pecho del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él?»; ya sea de las bestias, como se lee en el Eclesiastes (2): «¿quién sabe si el espíritu del hombre sube al cielo, y si el espíritu de la bestia baja á la tierra, y perece juntamente con el cuerpo?», ya sea este espíritu corpóreo, que también llamamos viento, porque este nombre se halla en el salmo, donde dice: *ignis, grando, nix, glacies, spiritus tempestatis*, «el fuego, el granizo, la nieve, la helada y el espíritu tempestuoso»; ya sea, no el espíritu criado, sino el Criador, como lo es cuando dice el Señor en el Evangelio: *accipite Spiritum Sanctum*, «tomad el Espíritu Santo», significándonosle con el soplo corporal de su santísima boca; y donde dice: *Ite, baptizate omnes gentes in nomini Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*, «andad y bautizad á todas las gentes en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo»; donde excelentemente y con la mayor evidencia se nos encomienda y declara la Santísima Trinidad, y donde dice: *Deus spiritus est*, «Dios es espíritu», como en otros muchos lugares de la Escritura; pues en todos ellos en la versión griega vemos que dice, no *Pnoen*, sino *Pneuma*, y en la latina, no soplo, sino espíritu. Por lo cual, si cuando dijo, inspiró ó, si se dice con más propiedad, sopló en su cara, le in-

(1) S. Pablo, I ep á los Corinth. cap. II: *¿Quis enim scit hominum quæ sunt hominis, nisi spiritus hominis, qui in ipso est?*

(2) Eccles., cap. III, Numer., cap. XXI: *¿Quis scit si spiritus hominis ascendat sursum in cælum, et spiritus pecoris descendat deorsum in terram?*

fundió el espíritu de vida, en la versión griega no se pusiera *Pnoen*, como en ella se lee, sino *Pneuma*; y tampoco podría deducirse que necesariamente debíamos entender el Espíritu Criador, que propiamente se llama en la Trinidad el Espíritu Santo, supuesto que consta, como hemos dicho, que *Pneuma* se suele decir, no sólo del Criador, sino también de la criatura. Pero dirán que cuando dijo espíritu no añadiera de vida, si no quisiera entender allí el Espíritu Santo, y cuando dijo *factus est homo in animam*, «hizo Dios al hombre alma» no añadiera *viventem*, viviente, si no significara la vida del alma que se le comunicó por don y gracia del Divino Espíritu; porque viviendo el alma, dicen, con su propia cualidad de vida, ¿qué necesidad había de añadir viviente, sino para que se entendiese la vida que se le da por el Espíritu Santo? Y esto ¿qué es sino defender con mucho cuidado la parte de la sospecha humana, y no atender sino con mucho descuido á la sagrada Escritura? porque ¿qué mucho era, sin ir muy lejos, leer en el mismo libro poco más arriba *producat terra animam viventem*, «produzca la tierra el alma viviente», cuando crió Dios todos los animales terrestres? Después, interponiendo algunos pocos capítulos, aunque en el mismo libro, ¿que mucho era advertir lo que dice, *et omnia quæ habebam spiritum vitæ, et omnis qui erat super aridam, mortuus est*, «que todo lo que tenía espíritu de vida y estaba sobre la tierra había perecido»? Luego si hallamos también en las bestias alma viviente, y espíritu de vida, según el estilo de la Sagrada Escritura, y habiendo dicho el griego asimismo en este lugar donde se lee, todo lo que tenía espíritu de vida, no *Pneuma*, sino *Pnoen*, ¿por qué no preguntamos qué necesidad había de añadir viviente, supuesto que no puede ser alma si no vive? ¿Ó qué necesidad había de añadir, de vida, habiendo dicho espíritu? Enten-

demos que la Escritura, según su estilo, dijo espíritu de vida y alma viviente, queriendo dar á entender los animales, esto es, los cuerpos animados que por el alma participan también de estos sentidos visibles del cuerpo: pero en la creación del hombre no reparamos en cómo suele hablar la Escritura, habiendo hablado totalmente conforme á su estilo, por darnos á conocer que el hombre, aun después de haber recibido el alma racional (la cual quiso dar á entender que fué criada, no de la tierra, ni del agua, como las demás carnes, sino del aliento y soplo de Dios), fué, sin embargo, criado de modo que viviese en cuerpo animal, lo que sucede viviendo en él el alma, como viven aquellos animales de quienes dijo: produzca la tierra almas vivientes, y asimismo los que dijo que tuvieran en sí espíritu de vida, donde también el griego no escribe *Pneuma*, sino *Pnoen*, declarando con este nombre, sin duda, no el Espíritu Santo, sino el alma de estos animales. Pero, no obstante, dicen ellos, se deja entender que el soplo de Dios salió de la boca de Dios, el cual, si creyerémos que él es el alma, habremos de confesar que es de su misma substancia, que dice: *Ego ex ore Altissimi providi*, «yo salí de la boca del Altísimo». Pero es de advertir que no dijo la sabiduría que la sopló Dios de su boca, sino que ella salió de su boca; porque así como nosotros podemos hacer, no de nuestra naturaleza, como hombres, sino de este aire que nos circunda y con que respiramos, un soplo cuando soplamos, así Dios todopoderoso, no de su naturaleza ni de alguna materia criada, sino de la nada, pudo hacer un soplo, el cual con mucha conveniencia se dijo que le inspiró y sopló para infundirle en el cuerpo del hombre, siendo él incorpóreo y el soplo también incorpóreo, pero él inmutable y el soplo mudable; porque siendo él no criado, le infundió criado. Mas para que entiendan los que quieren hablar de las Escritu-

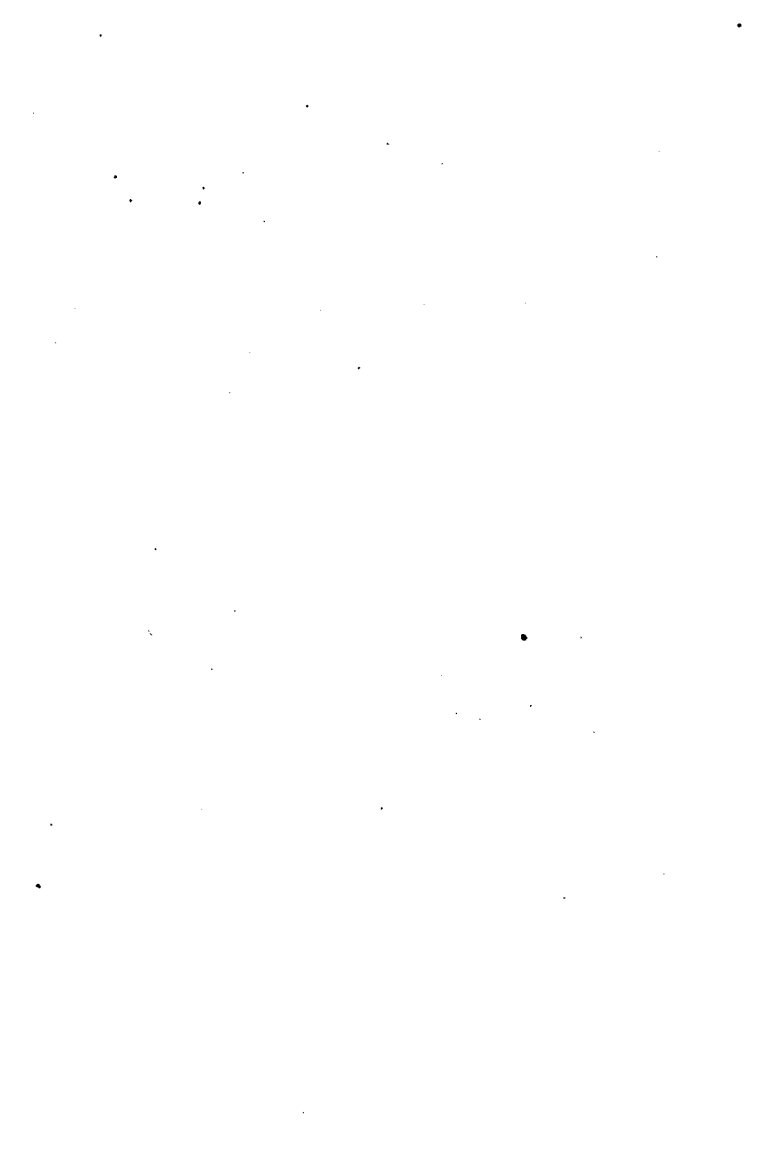
ras, y no advierten las frases y metáforas con que habla la Escritura, que no solamente se dice que sale de la boca de Dios lo que es su igual ó de su misma naturaleza, oigan ó lean lo que dice Dios en el sagrado texto: «porque eres tibio, y no cálido ni frío, te comenzaré á lanzar de mi boca» (1): así que no hay razón alguna para que resistamos ó contradigamos á las palabras evidentes y claras del apóstol, cuando, distinguiendo el cuerpo animal del cuerpo espiritual, esto es, este en que en la actualidad existimos de aquel en que hemos de estar después, dice (2): «arrojóse como semilla en la sepultura el cuerpo animal, y vuelve á nacer y á levantarse cuerpo también espiritual: hay cuerpo animal y hay cuerpo espiritual, conforme á lo que dice la Escritura que hizo Dios al primer hombre, Adán, alma viviente, y al último Adán espíritu vivificante, aunque no fué primero el cuerpo espiritual, sino el animal y luego el espiritual: el primer hombre de tierra fué terreno, el segundo hombre del cielo fué celestial; cual es el terreno, tales son asimismo los terrenos, y cual es el celestial, tales serán también los celestiales; luego así como nos vestimos la imagen y semejanza del terreno, vistámonos igualmente la imagen y semejanza de aquél que es del cielo»; sobre todas las cuales palabras del apóstol hemos ya racionado, y por esto el cuerpo ani-

(1) Apocal., cap. III: *Quoniam tepidus es, et neque calidus neque frigidus, incipiam te evomere de ore meo.*

(2) S. Pablo., I ep. á los corinth., cap XV: *Seminatur corpus animale, surget corpus spirituale; si est corpus animale, est et spirituale, sicut scriptum est, factus est primus homo Adam in animam viventem, novissimus Adam in spiritum vivificantem; sed non primum quod spirituale est, sed quod animale; postea quod spirituale. Primus homo de terra, terrenus; secundus homo de cælo, cælestis: qualis terrenus, tales et terreni; qualis cælestis, tales et cælestes: et quo modo induimus imaginem terreni, induamus et imaginem ejus qui de cælo est.*

mal, con el que dice San Pablo que hizo Dios al primer hombre, Adán, era formado de suerte, no que no pudiese morir, sino de manera que no muriera si el hombre no pecara. Pero aquel que con el espíritu vivificante será espiritual é inmortal, no podrá de ningún modo morir; así como el alma que fué criada inmortal, la cual, aunque se dice que muere con el pecado, careciendo de una especie de vida suya, esto es, del espíritu de Dios, con que podía vivir sabia y bienaventuradamente, sin embargo, no deja de vivir con una vida suya propia, aunque miserable, porque la crió Dios inmortal. También á los ángeles apóstatas, aunque en cierto modo murieron pecando, porque apostataron y desampararon la fuente de la vida, que es Dios, bebiendo de la cual podían vivir virtuosa y felizmente, no obstante, no pudieron morir de suerte que totalmente dejasen de vivir y sentir, porque los crió Dios inmortales; y así después del juicio final los arrojará y condenará á la muerte segunda, de manera que ni aun allí carezcan de vida, supuesto que no han de carecer de sentido, habiendo de vivir en dolor y tormento. Pero los hombres que participan de la gracia de Dios, ciudadanos de los santos ángeles que viven en la bienaventuranza, se vestirán los cuerpos espirituales de modo que ni pequen ya más ni se mueran, sino que gozarán de aquella inmortalidad que, como la de los ángeles, no pueda perderse con el pecado, quedándoles, con todo, la naturaleza de la carne, pero sin rastro de ninguna corruptibilidad ó imperfección carnal. Réstanos por explorar una cuestión que es indispensable la tratemos, y con el auxilio soberano del Señor de la verdad, decidamos formalmente si en los primeros hombres, cuando los desamparó la gracia divina, el apetito de los miembros corporales inobedientes nació del pecado de la desobediencia (por lo que vinieron á abrir los ojos sobre su desnudez, esto

es, la miraron con más curiosidad, y porque el movimiento desvergonzado y torpe resistía al albedrío de la voluntad, cubrieron sus partes vergonzosas), cómo vinieran á engendrar y propagar sus hijos, si, como Dios los crió, perseveraran sin pecar? Pero por cuanto es ya tiempo de concluir este libro, y una cuestión tan célebre no es justo atropellarla, siendo cortos en su examen y exposición, la suspenderemos para tratarla con más comodidad y claridad en el libro siguiente.



LIBRO DÉCIMOCUARTO

CAPÍTULO I

Que por la inobediencia del primer hombre todos cayeran en la eternidad de la segunda muerte, si la gracia de Dios no librara á muchos.

Dijimos ya en los libros precedentes, cómo Dios, para unir recíprocamente en sociedad á los hombres, no sólo con la semejanza de la naturaleza, sino también para estrecharlos en una nueva unión y concordia con el vínculo de la paz por medio de una cierta cognación y parentesco, quiso criarlos y propagarlos de un solo hombre; y cómo ningún individuo del linaje humano faltara ni muriera, si los dos primeros, de los cuales al uno crió Dios de la nada y al otro del primero, no lo merecieran por su inobediencia, los cuales cometieron un pecado tan enorme, que con él se transformó y empeoró la humana naturaleza, trascendiendo hasta sus más remotos descendientes la dura pensión del pecado y la necesidad irreparable de la muerte, la cual, con su despótico dominio, de tal suerte se apoderó de los corazones humanos, que el justo y condigno rigor de la pena llevaba á todos como despeñados á su precipicio, que era la muerte segunda, que no tiene fin ni término, si de aquel terrible caos de confusión y de acerbos tormentos no libertara á algunos la no debida, gratuita y

particular gracia de Dios, de que ha resultado como consiguiente que no obstante el haber tantas y tan dilatadas gentes y naciones esparcidas por todo el orbe habitado, que viven entre sí con diferentes leyes y costumbres distintas unas de otras, con diversidad de idiomas, armas y trajes, con todo no haya habido más que dos clases de sociedades, compañías ó congregaciones de hombres, á quienes, conforme á nuestras santas Escrituras, con justa causa podemos llamarlas dos ciudades, porque la una es de los hombres que desean vivir según la carne, y la otra de los que obran según el espíritu, cada una en su paz respectiva, y que, consiguiendo lo que apetecen, viven en su peculiar paz.

CAPÍTULO II

Que el vivir según la carne, debemos entenderlo no sólo de los vicios del cuerpo, sino también de los del alma.

Conviene, pues, que examinemos en primer lugar qué es vivir según la carne, y qué según el espíritu; porque cualquiera que de improviso oyese estas proposiciones, ó ignorando, ó sin meditar como se expresa la Sagrada Escritura, podría imaginar que los filósofos epicúreos son los que viven según la carne, en atención á que colocan el sumo bien y la bienaventuranza humana en la fruición del deleite corporal. Así hay otros que en cierto modo han opinado que el bien corporal es el sumo bien del hombre, como también el del alucinado vulgo de los filósofos, que sin seguir doctrina alguna, ó sin filosofar de esta manera, estando inclinados á la sensualidad, no saben gustar sino de los deleites que reciben por los sentidos corporales. Solo los estoicos, que colocan el

sumo bien en el alma, son los que viven según el espíritu, mediante á que el alma humana no es otra cosa que un espíritu: sin embargo, atendido el común lenguaje de las sagradas letras, es cierto que unos y otros viven según la carne, porque llama carne no sólo al cuerpo del animal terreno y mortal, como cuando dice: *non omnis caro, eadem caro; sed alia quidem hominis, alia autem caro pecoris, alia volucrum, alia piscium*, «no todas las carnes son de una misma especie; diferente es la carne del hombre y la de las bestias, y diferente la de las aves y la de los peces», sino que usa con enérgica diversidad de la significación de este nombre; y entre estos distintos modos de hablar, muchas veces también al mismo hombre, esto es, á la naturaleza humana suele llamar carne, tomando conforme al estilo retórico el todo por la parte, como cuando dice: *ex operibus legis non justificabitur omnis caro*, «no hay carne alguna que se justifique por las obras de la ley». ¿Qué quiso dar aquí á entender, sino *ningún hombre?* según que con mayor claridad lo dice después: «ningún hombre se justificará por la ley»: y escribiendo á los gálatas, les dice (1): «sabiendo que ningún hombre puede justificarse por las obras de la ley». Conforme á esta doctrina se entiende aquella expresión del sagrado cronista (2): «el Verbo eterno se hizo carne», esto es, hombre: la cual, como no la comprendieron bien algunos, imaginaron que Jesucristo no tuvo alma humana, porque así como el todo se toma por la parte en el sagrado Evangelio, cuando dice la Magdalena: «han llevado de aquí á mi Señor, y no sé donde le han puesto», hablando solamente de la carne de Jesucristo, á

(1) San Pablo, ep., á los Galat., cap. II. *Scientes quia non justificabitur homo ex operibus legis.*

(2) San Juan, cap. I. *Et Verbum caro factum est.*

la cual, habiéndola sepultado, pensaba que la habían extraído de la sepultura: así también por la parte se entiende el todo, y diciendo la carne se entiende el hombre, como en los lugares que arriba hemos alegado. De modo que, tomando la Sagrada Escritura la carne en muchas significaciones, las cuales sería largo el quererlas buscar y referir, para que podamos sacar rastreando, y deducir qué cosa sea el vivir según la carne (lo cual sin duda es malo, aunque no sea mala la misma naturaleza de la carne), examinemos con particular cuidado aquel lugar de la epístola de San Pablo que escribió á los gálatas, donde dice (1): «las obras de la carne son bien notorias y conocidas; como son los adulterios, fornicaciones, inmundicias, lujurias, idolatrías, tósigos, enemistades, contiendas, competencias, iras, disensiones, bandos, envidias, embriagueces, glotonerías y otros vicios semejantes, de los cuales os advierto, como ya os tengo dicho, que los que cometen semejantes maldades no conseguirán el reino de los cielos». Todo este lugar del apóstol, considerado con la madurez y atención correspondiente para el negocio presente, podrá resolvernó esta cuestión; qué es el vivir según la carne: porque entre las obras de la carne que dijo que eran notorias, y, refiriéndolas, las condenó, no sólo hallamos las que pertenecen al deleite de la carne, como son las fornicaciones, inmundicias, disoluciones, embriagueces y glotonerías, sino también aquellas con que se manifiestan los vicios del ánimo que son ajenos del deleite carnal; porque ¿quién hay que ignore que la

(1) San Pablo, ep., á los Galat., cap. III. *Manifesta autem sunt opera carnis, quæ sunt adulteria, fornicationes, immunditiæ, luxuriæ, idolorum servitus, veneficia, inimicitia, contentiones, æmulationes, animositates, dissensiones, bæreses, *invidiæ, ebriitates, comessiones, et his similia: quæ prædico vobis, sicut et prædixi, quoniam qui talia agunt, regnum Dei non possidebunt.*

idolatría, el usar de los tósigos y venenos, las enemistades, rivalidades, competencias, iras, disensiones, bandos y las envidias, más son vicios del espíritu que de la carne? Puede suceder que por la idolatría ó por el error de alguna secta, se abstenga uno de los deleites carnales; sin embargo, aun entonces se llega á comprender, por esta autoridad del apóstol, que vive el hombre según la carne, aunque parezca, que modera y refrena los apetitos de la carne. ¿Quién hay que no tenga las enemistades en el ánimo? ¿Quién hay que de su enemigo ó de quien piensa que es su enemigo no diga: mala carne, por decir mal ánimo tienes contra mí? Finalmente, así como si uno oyese, por decirlo así, carnalidades, no dudaría atribuir las á la carne, así oyendo animosidades, no hay duda que las atribuirá al ánimo: ¿por qué, pues, á estas cosas y á otras tales «el doctor que predica y enseña á las gentes la fe y la verdad» (1) las llama obras de la carne, sino porque por aquel modo de hablar con que se significa el todo por la parte, quiere que por la carne entendamos el mismo hombre?

CAPÍTULO III

Que la causa del pecado provino del alma y no de la carne, y que la corrupción que heredamos del pecado no es pecado, sino pena.

Y si alguno dijere que, en la mala vida, la carne es la causa de todos los vicios, porque así vive el alma que está pegada á la carne, sin duda que no advierte bien

(1) San Pablo, I. ep. á Timoth., cap. II. *Doctor Gentium in fide et veritate.*

ni pone los ojos generalmente en toda la naturaleza humana, porque aunque es indudable (1), «que el cuerpo corruptible agrava y deprime el alma», y así también el mismo apóstol, tratando de este cuerpo corruptible, de quien poco antes había dicho (2) «que aunque este nuestro hombre exterior se corrompa, sin embargo, sabemos (dice) que si esta nuestra morada terrena en que ahora vivimos se deshiciere, que tenemos por la merced de Dios otra no temporal, ni hecha por mano de artífices, sino eterna en los cielos; porque esta es por la que también suspiramos, deseando vernos y abrigarnos en aquella nuestra mansión celestial, esto es, deseando vestirnos de la inmortalidad é incorruptibilidad, lo cual conseguiremos si no nos halláremos desnudos, sino vestidos de Cristo; porque entretanto que vivimos en esta morada suspiramos con el peso de la carne, pues no gustaríamos despojarnos del cuerpo, sino vestirnos sobre él de aquella gloria celestial, de manera que la vida eterna embebiese y consumiese, no el cuerpo, sino la corrupción y mortalidad». Así, pues, nos agrava y oprime el cuerpo corruptible; pero sabiendo que la causa de este pesar no es la naturaleza ó la substancia del cuerpo, sino su corrupción, no querríamos despojarnos del cuerpo, sino llegar con él á la inmortalidad. Y aunque entonces será también cuerpo, como no ha de ser corruptible, no gravará. Por eso ahora agrava y oprime al alma el cuerpo corruptible, «y esta morada nues-

(1) Sapien., cap. VI. *Corpus corruptibile aggravat animam.*

(2) San Pablo, ep. II á los Corinth., cap. IV y V. *Etsi exterior homo noster corrumpitur: scimus, quia si terrena nostra domus hujus habitationis dissolvatur, ædificationem habemus ex Deo, domum non manufactam æternam in cœlis, etenim in hoc ingemiscimus, habitaculum nostrum, quod de cœlo est superindui cupientes; si tamen et induti, non nudi inveniamur. Etenim quandiu sumus in hac habitatione, ingemiscimus gravati: eo quod nolumus spoliari, sed supervestiri, ut absorbeatur mortale à vita.*

tra de tierra no deja alentar al espíritu con el peso de tantos pensamientos y cuidados» (1). Los que creen, pues, que todas las molestias, afanes y males del alma le han sucedido y provenido del cuerpo, se equivocan sobremanera, porque aunque Virgilio (2) en aquellos famosos versos donde dice, «tienen estas almas en su origen un vigor de fuego y una raza y descendencia del cielo, en cuanto no las fatiga y abruma el dañoso cuerpo y las embotan los terrenos y mortales miembros», parece que nos declara con toda evidencia la sentencia de Platón, y, queriendo darnos á entender que todas las cuatro perturbaciones, agitaciones ó pasiones del alma tan conocidas, el deseo, el temor, la alegría y la tristeza, que son como fuentes y manantiales de todos los vicios y pecados, suceden y provienen del cuerpo, añada y diga: «de este terreno peso les proviene el dolerse, desear, temer, gozarse; ni de la lóbrega y obscura cárcel en que están pueden, ó contemplar su ser ó soltarse» (3); con todo, muy disonante y distinto es lo que sostiene y nos enseña la fe; porque la corrupción del cuerpo, que es la que agrava al alma, no es causa, sino pena del primer pecado; y no fué la carne corruptible la que hizo pecadora al alma, sino al contrario, el alma pecadora hizo á la carne que fuese corruptible. Y aunque de la corrupción de la carne procedan algunos

(1) Sapient., cap. IX. *Et deprimit terrena inhabitatio sensum multa cogitantem.*

(2) Virgilio, lib. VI, *Eneida*:

*Igneus est illis vigor, et cœlestis origo
Seminibus, quantum non noxia corpora tardant,
Terrenique hebetant artus morihundaque membra.*

(3) Virgilio, in lib. VI, *Eneida*:

*Hinc metuunt cupiuntque, dolent gaudentque, nec auras
Suspiciunt, clausæ tenebris et carcere cæco.*

motivos é incitaciones de los vicios y los mismos apetitos viciosos, sin embargo, no todos los vicios de nuestra mala vida deben atribuirse á la carne; porque no eximamos de todos ellos al demonio, que no está vestido de la carne mortal, pues no obstante que no podamos llamar con verdad al príncipe de las tinieblas fornicador ó borracho, ó con otro dicitario semejante alusivo al deleite carnal, aunque es secreto instigador y autor de semejantes pecados, con todo, es sobremanera soberbio y envidioso; el cual vicio de tal modo se apoderó de su vano espíritu, que por él se halla anatematizado ó condenado al eterno tormento en los lóbregos calabozos y cavernas de este aire tenebroso. Y estos vicios, que son los principales que tiene el demonio, los atribuye el apóstol á la carne, de la cual es cierto que no participa el demonio; porque dice que las enemistades, contiendas, competencias, iras y envidias son obras de la carne, de todos los cuales vicios, la fuente y cabeza es la soberbia que, sin carne, reina en el demonio. ¿En dónde hay otro enemigo mayor que aquel que lo es de los Santos? ¿Quién hay que sea contra ellos más solícito, más animoso, más contrario y envidioso? Y teniendo todas estas deformes cualidades sin estar vestido de la carne, ¿cómo pueden ser obras de la carne sino porque son obras del hombre, á quien, como insinué, llama carne? Porque no por tener carne (la cual no tiene el demonio), sino por vivir conforme á sí propio, esto es, según el hombre, se hizo el hombre semejante al demonio, porque también quiso éste vivir conforme á sí propio «cuando no perseveró en la verdad» (1), para hablar mentira, movido, no de Dios, sino de sí propio, que no sólo es mentiroso, sino padre de la mentira, porque él fué el primero que mintió, por quien

(1) San Juan, cap. VIII. *Quando in veritate non stetit.*

principió el pecado y por él mismo tuvo su origen la mentira.

CAPÍTULO IV

¿Qué es vivir según el hombre ó vivir según Dios?

Así que cuando vive el hombre según el hombre y no según Dios, es semejante al demonio; porque ni aun el ángel debió vivir según el ángel, sino según Dios, para que perseverara en la verdad y hablara verdad, que es fruto propio de Dios y no mentira, que es de su propia cosecha; por cuanto aun del hombre, dice el mismo apóstol en otro lugar (1), «y si con mi mentira campea más y sale más ilustre y tersa la verdad de Dios», á la mentira la llamó mía y á la verdad de Dios. Por eso cuando vive el hombre según la verdad, no vive conforme á sí mismo, sino según Dios; porque el Señor es el que dijo: «Yo soy la verdad»; y cuando vive conforme á sí mismo, esto es, según el hombre y no según Dios, sin duda que vive según la mentira, no porque el mismo hombre sea mentira, siendo Dios autor y criador del hombre, que no es autor ni criador de la mentira, sino porque de tal suerte crió Dios recto al hombre, para que viviese no conforme á sí mismo, sino conforme al que le crió, esto es, para que hiciese, no su voluntad, sino la de su Criador, que el no vivir en el mismo estado en que fué criado para que viviese, es la mentira; porque quiere ser bienaventurado aun no viviendo de modo que lo pueda ser; ¿y qué cosa hay más falsa y

(1) San Pablo, ep. ad Rom., cap. III, v. 7. *Si autem veritas Dei in meo mendancio abundabit.*

mentirosa que esta voluntad? Así, pues, no fuera de propósito puede decirse que todo pecado es mentira, porque no se forma el pecado sino con aquella voluntad con que queremos que nos suceda bien ó con que no queremos que nos suceda mal; luego mentira es lo que, haciéndose para que nos vaya mejor, antes por ello nos va peor. ¿Y de dónde proviene esto sino de que sólo le puede venir el bien al hombre de Dios, á quien, pecando, desampara; no de sí mismo, expuesto siempre al pecado? Así que, como ya insinuamos que de aquí procedieron dos ciudades entre sí diferentes y contrarias, porque los unos vivían según la carne y los otros según el espíritu, así podemos también decir que los unos viven según el hombre y los otros según Dios, porque claramente dice San Pablo (1): «Y supuesto que hay entre vosotros emulaciones y contiendas, ¿acaso no sois carnales y vivís según el hombre?» luego lo que es vivir según el hombre, eso es carnal, pues por la carne, tomada como parte del hombre, se entiende el hombre. Poco antes había llamado animales á los hombres á quienes después llama carnales, diciendo así (2): «Así como ningún hombre sabe los secretos del corazón humano si no es el espíritu del hombre que está en él, así los de Dios ninguno los sabe si no es el espíritu de Dios, y nosotros no hemos recibido el espíritu de este mun-

(1) San Pablo, I ep. á los Corinth., cap. III. *¿Cum enim inter vos sint æmulatio et contentio, nonne carnales estis, et secundum hominem ambulatis?*

(2) San Pablo, II ep. á los Corinth., cap. II. *¿Quis enim scit hominum, quæ sunt hominis, nisi spiritus hominis, qui in ipso est? Sic et quæ Dei sunt, nemo scit nisi spiritus Dei. Nos autem non spiritum hujus mundi accepimus, sed spiritum qui ex Deo est, ut sciamus quæ a Deo donata sunt nobis; quæ et loquimur, non in sapientiæ humanæ doctis verbis, sed doctis spiritu, spiritualibus spiritualia comparantes: animalis homo non percipit quæ sunt spiritus Dei: stultitia est enim illi,*

do, sino el espíritu que procede de Dios para conocer las mercedes y gracias que Dios nos ha hecho, las cuales, como las conocemos así las predicamos, no con palabras artificiosas y acomodadas á la sabiduría humana, sino con las que hemos aprendido del espíritu, declarando los misterios espirituales con términos y palabras espirituales, porque el hombre animal no entiende ni admite las cosas del espíritu de Dios, teniendo por necesidad cuanto se aparta de lo que su sentido alcanza.» Y á estos tales, esto es, á los carnales, dice poco después (1): «Y yo, hermanos, no os pude hablar como á espirituales, sino como á carnales»; lo cual se entiende igualmente según la misma manera de hablar, esto es, tomando el todo por la parte, porque por el alma y por la carne, que son partes del hombre, se puede significar el todo, que es el hombre, y así no es otra cosa el hombre animal que el hombre carnal, sino que lo uno y lo otro es una misma cosa, esto es, el hombre que vive según el hombre; así como tampoco se entiende otra cosa que hombres cuando se dice: «Ninguna carne se justificará por las obras de la ley» (2), ó cuando dice (3): «setenta y cinco almas bajaron con Jacob á Egipto», porque en estos lugares por ninguna carne se entiende ningún hombre y por setenta y cinco almas se entienden setenta y cinco hombres. Lo que dijo, «no con palabras artificiosamente compuestas y acomodadas á la humana sabiduría», pudo decirse también á la carnal sabiduría; así como lo que dijo: «Vivís según el hombre», pudo decirse según la carne; y más se decla-

(1) San Pablo, I ep. á los Corinth., cap. III. *Et ego, fratres, non potui loqui vobis quasi spiritualibus, sed quasi carnalibus.*

(2) San Pablo, ep. á los Rom., cap. III. *Ex operibus legis non justificabitur omnis caro.*

(3) Génesis, cap. XXXVI. *Septuaginta quinque animæ descenderunt cum Jacob in Egyptum.*

ró esto, cuando añadió: «Porque diciendo unos, yo soy de Pablo, y otros, yo soy de Apolo, acaso no manifestáis que sois hombres». Lo que antes dijo, sois animales y sois carnales, más clara y expresamente lo dice aquí, sois hombres, que es vivir según el hombre y no según Dios, que si según él viviéseis, seríais dioses.

CAPÍTULO V

Que aunque es más tolerable la opinión de los platónicos que la de los maniqueos sobre la naturaleza del cuerpo y del alma, con todo, también aquellos son reprobados, porque las causas de los vicios las atribuyen á la naturaleza de la carne.

Así que en nuestros vicios y pecados no hay motivo para que acusemos con ofensa é injuria del Criador á la naturaleza de la carne, la cual en su orden y especie es buena; pero el vivir según el bien criado, dejando el bien, que es su Criador, no es bueno, ya elija uno vivir según la carne, ó según el alma, ó según todo el hombre que consta de alma y carne, que es por donde le podemos llamar también con solo el nombre del alma, y con solo el nombre de la carne. Porque el que estima como sumo bien á la naturaleza del alma y acusa como mala á la naturaleza de la carne, sin duda que carnalmente ama al alma, y que carnalmente aborrece á la carne; pues, lo que siente, lo siente con vanidad humana y no con verdad divina. Y aunque los platónicos no procedan con tanto error como los maniqueos, aborreciendo los cuerpos terrenos como á naturaleza mala, supuesto que atribuyen todos los elementos de que este mundo visible y espectable está compuesto, y todas sus cualidades á Dios como á su verdadero artífice, con

todo, opinan que las almas de tal suerte constan de miembros terrenos y mortales, que de aquí les proceden los afectos de los deseos y temores, de la alegría y de la tristeza; en cuyas cuatro perturbaciones, como las llama Cicerón, ó pasiones, como muchos palabra por palabra lo interpretan del griego, consiste todo el vicio de la vida humana; lo cual, si es cierto, ¿por qué en Virgilio se admira Eneas de esta opinión oyendo en el infierno á su padre que las almas habían de volver á sus cuerpos, y exclamando : «¡Oh, padre mío! (1) ¿Es posible que hemos de creer que algunas de estas almas han de subir desde aquí á ver el cielo, y que han de volver á encerrarse en la estrecha concavidad de los cuerpos? ¿Qué deseo tan horrible y abominable es este que tienen de vivir los miserables?» ¿Por ventura este tan detestable deseo aun permanece en aquella tan celebrada pureza de las almas, heredado de los terrenos é inmortales miembros? ¿Acaso dice que no están ya limpias y purgadas de todas estas pestes corpóreas cuando otra vez principian á querer volver á los cuerpos? De donde se infiere que aunque fuera positivo lo que es totalmente falso, el que sea una alternativa sin cesar la purificación y profanación de las almas que van y vuelven, con todo, no puede decirse con verdad que todos los movimientos malos y viciosos de las almas nacen y provienen de los cuerpos terrenos, supuesto que, según ellos (como el famoso poeta lo dice), es tanta verdad que aquel horrible deseo no procede del cuerpo, de modo que al alma que está ya purificada de toda pestilencia y contagio corporal, y fuera de todo lo

(1) Virgilio, lib. VI. *Eneida*;

*O Pater, anne aliquas ad cælum hinc ire putandum est
Sublimes animas? iterumque ad tarda reverti
Corpora? Quæ lucis miseris tam dira cupido?*

que es cuerpo, la puede compeler y forzar á que vuelva al cuerpo; y así también, por confesión de ellos, el alma no sólo se altera y turba movida de la carne, de manera que desee, tema, se alegre y entristezca, sino que también de suyo y de sí propia puede moverse con estas pasiones.

CAPÍTULO VI

De la calidad de la humana voluntad, según la cual las pasiones del alma vienen á ser ó malas ó buenas

Pero lo que importa es que tal sea la voluntad del hombre, porque si es mala, estos movimientos serán malos, y si es buena, no sólo serán inculpables, sino dignos de elogios, mediante que en todos ellos hay voluntad, ó, por mejor decir, todos ellos no son otra cosa que voluntades; porque, ¿qué otra cosa es el deseo y alegría sino una voluntad conforme con las cosas que queremos? ¿Y qué es el miedo y la tristeza sino una voluntad disconforme á las cosas que no queremos? Pero cuando nos conformamos deseando las cosas que queremos, se llama deseo, y cuando nos conformamos gozando de los objetos que nos son más agradables y apetecibles, se llama alegría, y asimismo cuando nos es menos conforme y huímos de lo que no queremos que nos acontezca, tal voluntad se llama miedo, y cuando nos desconformamos y huímos de lo que contra nuestra voluntad nos sucede, tal voluntad es tristeza, y sin duda alguna que según la variedad de las cosas que se desean ó aborrecen, así como se paga de ellas ú ofende la voluntad del hombre, así se muda y convierte en estos ó aquellos afectos; por lo que el hombre

que vive según Dios y no según el hombre, es necesario que sea amigo de lo bueno, de donde se sigue que aborrezca lo malo; y porque ninguno naturalmente es malo, sino que es malo por su culpa y vicio, el que vive según Dios debe aborrecer de todo corazón á los malos (1), de suerte que ni por el vicio aborrezca al hombre, ni ame el vicio por el hombre, sino que aborrezca al vicio y ame al hombre, porque, quitando el vicio, resultará que todo deba amarse y nada aborrecerse.

CAPÍTULO VII

Que el amor y dirección indiferentemente se halla en la Sagrada Escritura en buena y en mala parte.

Porque todo el que quiere amar á Dios, y no según el hombre, sino según Dios, amar al prójimo como también á sí mismo, sin duda que por este amor se llena de buena voluntad, que en la Escritura suele llamarse más ordinariamente caridad, y también se llama amor según las sagradas letras, porque hasta el apóstol (2) dice «que debe ser amador ó amigo de lo bueno aquel que él manda elegir para gobernar el pueblo», y el mismo Señor, preguntando y diciendo al apóstol San Pedro: «¿me quieres más que á éstos?» respondió: «Señor, tú sabes que te amo». En otra ocasión le preguntó, no si le amaba, sino si le quería Pedro, quien respondió otra vez: «Señor, tú sabes lo que te amo»; pero en la tercera pregunta tampoco dice el Salvador ¿me quieres? sino ¿me amas? donde prosiguiendo el evangelista,

(1) Salmo 138. *Perfecto odio oderam illos.*

(2) San Pablo, ep. á Tito, cap. II.

dice «que se entristeció Pedro porque tercera vez le preguntó si le amaba». Habiendo dicho el Señor, no tres veces sino una, «¿me amas?» y dos veces «¿me quieres?» se da á entender claramente que cuando asimismo decía el Señor «¿me quieres?» no decía otra cosa que «¿me amas?» Pero San Pedro no mudó la palabra de su interior sentimiento, que era una misma, sino que también tercera vez respondió: «Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo». He dicho esto, porque algunos piensan que una cosa es la dilección ó caridad, y otra el amor, pues dicen que la dilección debe tomarse en buen sentido y el amor en malo: sin embargo, es innegable que ni aun los autores profanos han usado de esta distinción, y, así, adviertan los filósofos si ponen diferencia en esta expresión, ó cómo la ponen, en atención á que sus libros con bastante claridad nos insinúan cómo estiman y aprecian al amor en buena parte, y para con el mismo Dios; sin embargo, fué necesario manifestar cómo las escrituras de nuestra santa religión, cuya autoridad antepone á otra cualesquiera literatura ó ciencia, no constituyen diferencia entre el amor y la dilección ó caridad, porque ya hemos demostrado cómo también el amor se dice en buen sentido. Mas porque ninguno imagine que el amor se dice en buena y en mala parte, y que la dilección no, sino en buena, advierta lo que dice el real profeta: «quien pone su dilección ó cariño en la iniquidad, aborrece á su alma» (1); y el apóstol San Juan: «si alguno pusiere su corazón y dilección en el mundo, en este tal no hay dilección y caridad de Dios.» Y ved aquí en un mismo lugar la dilección en bueno y en mal sentido, y que el amor se tome en malo, porque en bueno ya le hemos demostrado, lean lo que dice la Sagrada Escritura: «serán enton-

(1) Salmo 10, *Qui autem diligit iniquitatem, odit animam suam.*

ces, dice, los hombres amigos y apasionados de sí propios y amadores del dinero» (1). De modo que la voluntad recta es buen amor, y la voluntad perversa mal amor; el amor, pues, que desea tener lo que ama es codicia, y el que le tiene ya y goza de ella alegría; el amor que huye de lo que le es contrario es temor, y si lo que le es contrario le sucede, sintiéndolo es tristeza; y así estas cualidades son malas si el amor es malo, y buenas si es bueno. Pero probemos y comprobémoslo con las sagradas letras. El apóstol dice (2): «desea morir y hallarse con Cristo», ó si se dice más acomodadamente: «deseó mi alma grandemente en todo tiempo aficionarse á tus preceptos y mandamientos, y el amor de la sabiduría nos conduce al reino eterno» (3); pero comúnmente está recibido que si decimos codicia ó concupiscentia, si no añadimos de qué es la codicia ó la concupiscentia, no se pueda tomar sino en mala parte; la alegría en el salmo se toma en buena parte (4): «alegraos en el Señor y regocijaos los justos (5); diste alegría en mi corazón (6), y me llenarás de alegría con tu presencia». El temor se halla en buen sentido en el apóstol (7), donde dice: «atended á lo que toca á vuestra salvación con temor y temblor, y (8) no te engrías y

(1) San Pablo, ep. á Timotheo, cap. III. *Erunt enim homines seipsos amantes, amatores pecuniæ.*

(2) San Pablo, ep. á los philip.; cap. I. *Concupiscit dissolvi, et esse cum Christo.*

(3) Sapient., cap. VIII. *Concupiscentia sapientiæ perducit ad Regnum.*

(4) Salmo 30. *Lætamini in Domino, et exultate justi.*

(5) Salmo 4. *Dedisti lætitiã in corde meo.*

(6) Salmo 15. *Adimplebis me lætitiã cum vultu tuo.*

(7) San Pablo, ep. á los philip., cap. II. *Cum timore et tremore vestram ipsorum salutem operamini.*

(8) San Pablo, ep. á los romanos, cap. XI. *Noli altum sapere, sed time.*

ensoberbecas, sino teme; y (1) temo no suceda que, como la serpiente con su astucia embaucó y engañó á Eva, así se profanen vuestras potencias interiores, y se desvíen de la castidad y pureza que se debe á Cristo». Pero acerca de la tristeza, á la que llama Cicerón *ægritudo*, y Virgilio *dolor*, donde dice *dolent, gaudentque*, duélese, y se alegran (sin embargo, yo tuve por más conveniente llamarla tristeza, porque la *ægritudo* ó el *dolor* más ordinariamente se dice y acomoda á los cuerpos) es más dificultosa la duda, sobre si puede entenderse en buena parte.

CAPÍTULO VIII

De las tres perturbaciones ó pasiones que quieren los estoicos que se hallen en el ánimo del sabio, excepto el dolor ó la tristeza, lo cual no debe admitirse ó sentir la virtud del ánimo.

Porque de las que los griegos llaman *eupathias*, y nosotros las podemos decir pasiones buenas, y Cicerón en idioma latino las llamó constancias, los estoicos no quisieron que hubiese en el ánimo del sabio más que tres en lugar de tres pasiones, por el deseo voluntad, por la alegría gozo, por el temor cautela; pero en lugar de la egritud ó dolor á que nosotros, por huir de la ambigüedad, quisimos llamar tristeza, dicen que no puede haber objeto alguno en el ánimo del sabio; porque la voluntad, dicen, apetece y desea lo bueno, lo que hace el sabio; el gozo es del bien conseguido, lo que en donde quiera alcanza el sabio; la cautela evita el mal, lo que

(1) San Pablo, ep. á los corintios, cap. XI. *Timeo autem, ne sicut serpens Evam seduxit astutia sua, sic et vestre mentes corrumpantur à charitate, quæ est in Christo.*

debe obviar el sabio. Pero la tristeza, porque es del mal que ya sucedió, son de opinión los estoicos que ningún mal puede suceder al sabio, y dicen que en lugar de ella no puede haber otra igual en su ánimo; así que, les parece que, fuera del sabio, no hay quien quiera, se goce y se guarde, y que el necio no hace sino desear, alegrarse, temer y entristecerse; y que aquellas tres son constancias, y estáis cuatro perturbaciones, según Cicerón, y, según muchos, pasiones. En griego aquellas tres, como insinué, se llaman *eupathias*, y estas cuatro *pathias*. Buscando yo con la mayor diligencia que pude si este lenguaje cuadraba con el de la Sagrada Escritura, hallé lo que dice el profeta (1): «no se gozan los impíos, dice el Señor»; como que los impíos pueden más alegrarse que gozarse de los males, porque el gozo propiamente es de los buenos y piadosos, y asimismo en el Evangelio se lee: «todo lo que queréis que os hagan los hombres, eso mismo haréis vosotros con ellos», y parece que lo dice porque ninguno puede querer algún objeto mal ó torpemente, sino desearlo: finalmente, algunos intérpretes por el estilo común de hablar, añadieron todo lo bueno, y así interpretaron: «todo el bien que queréis que os hagan á vosotros los hombres»; porque les pareció que era necesario excusar que ninguno quiera que los hombres le hagan operaciones no honestas é indebidas, y por callar las torpes, á lo menos los banquetes excesivos y superfluos, en los cuales, haciendo el hombre lo mismo, le parezca que cumplirá con este precepto. Pero en el Evangelio citado en idioma griego, de donde se tradujo en el latino, no se lee lo bueno, sino *quæcumque vultis ut faciant vobis homines, hæc et vos facite illis*: «todo lo que queréis que hagan con vosotros los hombres, eso mismo haréis vosotros con ellos»: imagi-

(1) Isaias, cap. LVIII. *Non est gaudere impiis, dicit Dominus.*

no que lo dice así, porque cuando dijo, *queréis*, ya quiso entender lo bueno, porque no dice *cupitis*, lo que deseáis; sin embargo, no siempre debemos estrechar nuestro lenguaje con estas propiedades, sin que algunas veces usemos de ellas; y cuando las leemos en aquellos de cuya autoridad no es lícito desviarnos, entonces se deben entender, cuando el buen sentido no pueda hallar otro éxito, como son las autoridades que por ejemplo hemos alegado, así de los profetas como del Evangelio. Porque ¿quién ignora que los impíos se regocijan y alegran? Sin embargo, dice el Señor que no se gozan los impíos; ¿y por qué, sino porque cuando este verbo *gaudere* ó *gozarse*, se pone propiamente y en su peculiar sentido, significa otra cosa? Asimismo, ¿quién puede negar que no está mal mandado que lo que deseamos que otros hagan con nosotros, eso mismo hagamos nosotros con ellos, para que no nos demos unos á otros, y nos correspondamos con deleites y gustos torpes? Y con todo, es precepto muy saludable y verdadero «todo lo que queréis que hagan los hombres con vosotros, eso mismo haréis vosotros con ellos». Y esto ¿por qué, sino porque, en este lugar, la voluntad esta puesta en cierto modo propio que no se pueda tomar en mala parte? Pero ¿no diríamos en el lenguaje más común que usamos «no queráis mentir toda mentira», si no hubiese también voluntad mala, de cuya malicia se diferencia aquella voluntad que nos anunciaron y predicaron los ángeles, diciendo: «paz en la tierra á los hombres de buena voluntad»; porque por demás se puso de buena, si no puede ser sino buena? ¿Y qué cosa grandiosa hubiera dicho el apóstol en elogio «de la caridad, que no se huelga del pecado» (1), sino porque así se lisonjea la

(1) San Pablo, I ep. á los Corint., cap. XIII. *Non gaudet super iniquitate.*

malicia? Pues hasta en los autores profanos se halla esta diferencia de palabras, [porque Cicerón, famoso orador, dijo: «deseo, padres conscriptos, ser clemente»: habiendo puesto este verbo *cupio* en bien, ¿quién hay tampoco erudito que no diga que mejor debía decir *volo* que *cupio*? Y en Terencio, un mancebo distraído, llevado de un furioso y deshonesto apetito, dice: «no quiero otra cosa sino á Filomena»: y que esta voluntad era deshonesta, bastantemente lo manifiesta la respuesta que allí da un criado anciano, porque dice á su amo: «¿cuánto mejor te sería procurar arbitrar un medio para desechar ese temor de tu corazón, que hablar expresiones con que en vano vayas encendiendo más y más el voraz fuego de tu apetito?» Y que lo que es *gaudium* ó gozo lo hayan también descrito en mal sentido, lo manifiesta aquel verso de Virgilio, donde con suma brevedad comprendió estas cuatro perturbaciones: «de este terreno peso les proviene dolerse, desear, temer, gozarse» (1). Dijo también el mismo poeta: «los malos gozos del alma por los ilícitos placeres» (2). Y así los buenos y los malos quieren, se guardan, temen y gozan; y por decir lo mismo con otras palabras, los buenos y los malos desean, temen y se alegran; pero los unos bien y los otros mal, según que es buena ó mala la voluntad de los hombres. Y aun la tristeza, en cuyo lugar dicen los estoicos que no se puede hallar cosa alguna en el ánimo del sabio, se halla usada en buena parte, y principalmente entre los nuestros; porque el apóstol elogia á los corintios de que se hubiesen entristecido según Dios. Pero dirá alguno acaso que el apóstol les dió

(1) Virgilio, lib. VI. *Eneida*:

Hinc metuunt, cupiunt que, dolent, gaudentque.

(2) Virgilio, lib. VI. *Eneida*:

Mala mentis gaudia.

el parabién de que se hubiesen melancolizado haciendo penitencia, y semejante tristeza no la puede haber sino en los que pecaron; porque dice así (1): «veo que aquella carta, aunque sólo por algún tiempo, os entristeció; pero ahora me lisonjeo y lleno de placer, no porque os habéis melancolizado, sino porque os habéis entristecido para hacer penitencia; pues os habéis contristado según Dios, de manera que por mí no os ha venido ningún daño ó detrimento, porque la tristeza que es según Dios, causa en el hombre para su salud espiritual una penitencia y arrepentimiento inarrepentible; pero la tristeza del mundo motiva la muerte, porque ya veis como esto mismo que es entristecerse según Dios, cuánta solicitud y cuidado pone en nosotros.» Y conforme á esta doctrina pueden los estoicos responder por su parte que la tristeza parece muy útil para que se duelan y arrepientan de su pecado, y que en el ánimo del sabio no puede haber causa, porque no hay pecado cuyo arrepentimiento le cause tristeza, ni puede existir algún otro mal cuya pasión y dolor le constituya en el estado melancólico; porque aun de Alcibiades refieren (si no me engaña la memoria en el nombre de la persona), que creyendo era bienaventurado, y oyendo los discursos é instrucciones de Sócrates, quien manifestóle que era miserable por ser necio é ignorante, se cuenta, digo, que lloró. Así que la ignorancia y estolidez fué aquí la causa propia de esta

(1) San Pablo, II ep. á los Corint., cap. VII. ait: *Video, quod epistola illa, et si ad horam contristavit vos; nunc verò gaudeo, non quia contristati estis, sed quia contristati estis ad penitentiam: contristati enim estis secundum Deum, ut in nullo detrimentum patiamini ex nobis. Quæ enim secundum Deum est tristitia, pœnitentiam in salutem impœnitendam operatur; mundi autem tristitia mortem operatur: ecce enim id ipsum secundum Deum contristari! quantam perficit in nobis industriam!*

útil é importante tristeza con que el hombre se duele de no ser lo que debe ser; mas los estoicos no dicen que en el necio no cabe tristeza, sí sólo en el sabio.

CAPÍTULO IX

De las perturbaciones del ánimo, cuyas afecciones los justos las tienen rectas en su vida.

Pero á estos filósofos, por lo respectivo á la cuestión sobre las perturbaciones del ánimo, ya les respondimos cumplidamente en el libro IX de esta obra, manifestando cómo ellos controvertían, no tanto sobre las cosas como sobre las palabras; mostrándose más aficionadas á disputar y porfiar ridículamente que á investigar de raíz la verdad; pero entre nosotros (conforme á lo que dicta la Sagrada Escritura y una doctrina sana) los ciudadanos de la ciudad santa de Dios, que en la peregrinación de la vida mortal y pasajera viven según Dios; estos, digo, temen, desean, se duelen y alegran. Y por cuanto su amor ó voluntad es recta é irreprehensible, todas estas afecciones las poseen también rectas, temen el castigo eterno, duélnense verdaderamente por lo que sufren: «porque ellos aquí entre sí mismos gimen y suspiran, para que se verifique en ellos la adopción, esperando la redención é inmortalidad de su cuerpo» (1): alégranse por la esperanza, «porque se cumplirá ciertamente lo que está escrito en caracteres indelebles; que la muerte quedará sorbida y

(1) San Pablo., ep á los. Rom., cap, VIII. *Quia ipsi in semetipsos adhuc ingemiscunt adoptionem, expectantes redemptionem corporis sui.*

vencida por el triunfo y victoria de Jesucristo» (1). Asimismo temen pecar y ofender á la Majestad Divina; desean perseverar en la gracia; duélnense de los pecados cometidos, y se alegran de las buenas obras; pues para que teman el caer en la culpa, les dice el Salvador: «que crecerá tanto la iniquidad, que se entibiará la caridad de muchos»; y para que deseen perseverar, les dice: «el que perseverase hasta el fin, se salvará». Para que se duelan de los pecados, les advierte San Juan: «si dijésemos que no tenemos pecado, nosotros propios nos alucinamos y engañamos, y no se halla verdad en nosotros». Para que se llenen de gozo por las buenas obras, les certifica San Pablo (2): «que ama Dios al que da lo que da con alegría y de buena voluntad»; y asimismo, según son imbéciles ó fuertes, temen ó apetecen las tentaciones; porque, para temerlas, oyen «si alguno, dice el apóstol (3) cayere en algún crimen, vosotros, los que sois más espirituales, mirad por él, procurando levantarle con espíritu de mansedumbre, considerando cada uno en sí mismo que puede también precipitarse en el abismo del pecado»; y para desearlas, oyen que dice un varón fuerte de la Ciudad de Dios, esto es, el real profeta David (4): «pruébame Señor, y tiéntame, abrasa y consume mis riñones y mi corazón». Para que se duelan en ellas: advierten como llora agriamente San Pedro, para que se alegren de ellas, escuchan, como

(1) San Pablo., I, ep. á los Corinth., cap. XV. *Quia fiet sermo, qui scriptus est: absorpta est mors in victoriam.*

(2) San Pablo., II, ep., á los Corinth., cap. IX. *Hilarem datorem diligit Deus.*

(3) San Pablo., ep. á los Galat., cap. VI. *Si quis præoccupatus fuerit in aliquo delicto, vos qui spirituales estis, instruite hujusmodi in spiritu mansuetudinis, intendens te ipsum, ne et tu tenteris.*

(4) Salmo XXIV. *Proba me Domine, et tenta me, ure renes meos, et cor meum.*

dice Santiago (1): «estimad por sumo contento cuando os vieseis afligidos de varias tentaciones». Y no sólo por sí propios se mueven con estos afectos, sino también por las personas que desean eficazmente que se salven, temen que se pierdan, sienten entrañablemente si se pierden, y se alegran sobremanera si se salvan: porque tienen puestos los ojos en aquel santo y fuerte varon (2) que se gloria en sus dolencias y aflicciones (por remitirnos los que hemos venido á la iglesia de Jesucristo de en medio de los gentiles á aquel que es con especialidad doctor de las gentes (3) por lo respectivo á lá fe y á la verdad (4), el cual trabajó más que todos sus compañeros los apóstoles, y el que con más cartas instruyó al pueblo de Dios, no sólo á los que veía presentes, sino también á los que antevía que habían de venir, porque tenían, digo, puestos los ojos en aquel San Pablo, campeón y atleta de Jesucristo, enseñado é instruido por el mismo Salvador, ungido por él, crucificado con él, glorioso y triunfante en él, á quien en el teatro de este mundo, donde vino á ser «un espectáculo de los ángeles y de los hombres» (5), le miramos con vista apacible y placentera, y con los ojos de la fe, como legítimamente combate en el gran negocio, certamen ó principal empresa, «prosiguiendo (6) en demanda de la palma y gloria de la soberana vocación, y caminando siempre adelante», viéndole cómo «se alegra con los alegres y llora con los que lloran» (7), como afuera pa-

(1) San Jacob in sua ep., cap. I. *Omne gaudium existimate, fratres mei, cum in tentationes varias incideritis.*

(2) San Pablo, I, ep. á los Corinth., cap. XII.

(3) San Pablo, I., ep. á Timoth., cap. II.

(4) San Pablo, I, ep. á los Corinth., cap. V.

(5) San Pablo, I. ep. á los Corinth., cap. IV.

(6) San Pablo, ep. á los Philip., cap. III.

(7) San Pablo, ep. á los Roman., cap. XII.

dece persecuciones, y dentro temores» (1), deseando «apartarse ya de su cuerpo, y hallarse con Cristo» (2) con ansia de ver «á los romanos (3) por tener algún fruto en ellos como én las demás gentes», celando «á los corintios, y temiendo con los mismos celos que no les engañen y desvíen sus almas de la fe y pureza que deben á Cristo» (4), teniendo «una gran tristeza y continuo dolor de corazón por los israelitas» (5), porque, ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya, no estaban sujetos á la justicia de Dios» (6), y no sólo manifestando su dolor, sino «también sus lágrimas por algunos que habían pecado y no habían hecho penitencia de sus deshonestidades y fornicaciones» (7). Si estos movimientos y afectos que proceden del amor del bien y de una caridad santa se deben llamar vicios, permitamos asimismo que á los verdaderos vicios los llamen virtudes; pero siguiendo estas afecciones á la buena y recta razón, cuando se aplican donde conviene, ¿quién se atreverá á llamarlas en este caso flaquezas ó pasiones viciosas? Por lo cual el mismo Señor, queriendo pasar la vida humana en forma y figura de siervo, pero sin tener pecado, usó también de ellas cuando le pareció conveniente, porque de ningún modo, en el que tenía verdadero cuerpo de hombre y verdadera alma de hombre era falso el afecto humano. Cuando se refiere del Redentor en el Evangelio «que se entristeció con enojo por la dureza del corazón de los judíos» (8), y

(1) San Pablo, ep. II á los Corinth., cap. VII.

(2) San Pablo, ep. á los Philip., cap. I.

(3) San Pablo, ep. á los Roman., cap. I.

(4) San Pablo, ep. á los Corinth., cap. II.

(5) San Pablo Apost., ep. á los Roman., cap. IX.

(6) San Pablo Apóst., ep. á los Roman., cap. X.

(7) San Pablo Apóst., ep. á los Corinth., cap. XII.

(8) San Marcos, cap. X. *Quod super duritia cordis judæorum, cum ira contristatus sit.*

cuando dijo: «me alegro por causa de vosotros, para que creáis», cuando habiendo de resucitar á Lázaro lloró, cuando deseó comer la pascua con sus discípulos, cuando acercándose su pasión estuvo triste su alma hasta la muerte, sin duda que esto no se refiere con mentira; pero el Señor, por cumplir seguramente con el misterio de la Encarnación, admitió estos movimientos y extrañas impresiones con ánimo humano cuando quiso; así como cuando fué su divina voluntad se hizo hombre: y por eso no puede negarse, aun cuando tenemos estos afectos rectos, y según Dios, que efectivamente son de esta vida, y no de la futura que esperamos, y muchas veces nos rendimos á ellos, aunque contra nuestra voluntad. Así que, en algunas ocasiones, aunque nos movamos, no con pasión culpable, sino con amor y caridad loable, aun sin embargo de no querer, lloramos. Tenémoslos, pues, por la flaqueza de la condición humana, pero no los tuvo así Cristo Señor nuestro, cuya flaqueza estuvo también en su mano y omnipotencia. Pero entretanto que conducimos con nosotros propios la humana debilidad de la vida mortal, si carecemos totalmente de afectos, por el mismo hecho es prueba de que no vivimos bien: porque el apóstol reprendía y abominaba de algunos (1), diciendo de ellos que no tenían afecto. También culpó el real profeta á aquellos de quienes dijo (2): «esperé quien me hiciera compañía en mi tristeza, y no hubo uno solo»: porque no dolerse del todo mientras vivimos en la mortal miseria, verdaderamente como lo sintió también, y dijo uno de los filósofos de este siglo: «no puede ser ó existir sin que el ánimo esté dominado de una fiera

(1) San Pablo, ep., á los Rom., cap. I.

(2) Salmo LXVIII. *Sustinui, qui simul contristaretur, et non fuit.*

inhumanidad y el cuerpo de un imponderable pasmo y entorpecimiento». Por lo cual aquella que en griego se llama apatía, que si pudiese ser, en latín se diría impasibilidad, si la hemos de entender (porque sucede en el ánimo y no en el cuerpo) de forma que vivamos sin los afectos y pasiones que se revelan contra la razón y perturban el alma, sin duda que es buena, y que principalmente debe desearse; pero tampoco se halla ésta en la vida actual, porque no son de cualesquiera, sino de los muy piadosos, justos y santos aquellas palabras: «si dijéremos que no tenemos pecado, á nosotros propios nos engañamos, y no se halla verdad en nosotros» (1). Habrá, por consiguiente, apatía ó impasibilidad cuando no haya pecado en el hombre; pero al presente bastante bien se vive si se vive sin pecado que sea grave; y el que piensa que vive sin pecado, lo que consigue es, no el carecer de pecado, sino el no alcanzar perdón. Y si ha de decirse apatía ó impasibilidad cuando totalmente en el ánimo no puede haber algún afecto, ¿quién no dirá que este pasmo ó entumecimiento es peor que todos los vicios? Por eso, sin que sea absurdo notable, puede decirse que en la perfecta bienaventuranza no ha de haber estímulo ó vestigio de temor ó de tristeza; pero que no haya de haber en la celestial patria amor y alegría, ¿quién lo puede decir sino el que estuviere del todo ajeno de la verdad? Más si es apatía ó impasibilidad no tener miedo alguno que nos espante, ni dolor que nos aflija, la debemos huir en esta vida si queremos vivir rectamente, esto es, según Dios: aunque de aquella bienaventurada que se nos promete para siempre, debemos desterrar el temor; porque el temor de quien dice el apóstol San Juan, «que en la ca-

(1) San Juan I ep., cap. I. *Si dixerimus, quoniam peccatum non habemus, nos ipsos seducimus, et veritas in nobis non est.*

ridad no hay temor, antes la caridad perfecta echa fuera ó desaloja al temor. porque este anda asociado de pena y de tristeza, y el que teme no ha llegado á la perfección de la caridad», no es ciertamente de la calidad de aquel con que temía el apóstol San Pablo (1) que los corintios fuesen seducidos y engañados con alguna infernal astucia, porque este temor no sólo le hay en la caridad, sino que sólo le hay en la caridad: aquél es un temor que no se halla en la caridad, del que dijo el mismo apóstol San Pablo (2), «no habéis vuelto á recibir el espíritu de servidumbre y temor»: pero el temor casto y santo «que permanece en los siglos de los siglos» (3) si es que ha de existir también en el otro siglo (porque cómo puede entenderse de otra manera que permanece en los siglos de los siglos), no es temor que nos refrena y aparta del mal que puede acontecer, sino que persevera en el bien que no puede perderse, porque donde hay amor inmutable del bien conseguido, sin duda, si puede decirse así, seguro está el temor de que ha de guardarse del mal. Con el nombre de temor casto se nos significa aquella voluntad con que será necesario que no queramos ya pecar, y que nos guardemos del pecado; no porque temamos que nuestra flaqueza, nos induzca al pecado, sino por la tranquilidad con que la caridad evitará el pecado, y no ha de haber temor de ninguna especie en aquella cierta seguridad de los perpetuos y bienaventurados gozos y alegrías. Así se dijo: «el temor del Señor es casto y santo, perdurable en los siglos de los siglos» (4), como se dijo:

(1) San Pablo, II ep., á los Corinth, cap. II.

(2) San Pablo, ep. á los Roman., cap. VIII. *Non enim accepistis spiritum servitutis iterum in timorem.*

(3) Salmo XVIII. *Permanens in sæculum sæculi.*

(4) Salmo XVIII. *Timor Domini castus permanens in sæculum sæculi.*

«la paciencia de los pobres no perecerá eternamente» (1); porque la paciencia no ha de ser eterna, supuesto que no es necesaria sino donde se hayan de padecer trabajos, mientras que será eterna la felicidad á donde se llega por la tolerancia. Por eso se dijo que el temor santo permanece y dura por los siglos de los siglos; porque permanecerá aquello á donde nos conduce el mismo temor. Y siendo esto cierto, ya que hemos de vivir una vida recta é irreprehensible para llegar con ella á la bienaventuranza, todos estos afectos los tiene rectos la vida justificada, y la perversa perversos. La vida bienaventurada y la que será eterna tendrá amor y gozo, no sólo recto, sino también ya cierto, y no tendrá temor ni dolor: por donde se deja entender y se nos descubre con toda evidencia que tales deben ser en esta peregrinación los ciudadanos de la Ciudad de Dios, que viven según el espíritu y no según la carne, esto es, según Dios, y no según el hombre, y que tales serán en aquella inmortalidad á donde caminan: porque la ciudad, esto es, la sociedad de los impíos que viven según el hombre, y no según Dios, y que en el mismo culto falso y en el desprecio del verdadero Dios siguen las doctrinas de los hombres ó de los demonios, padece los combates de estos perversos afectos como unas malignas enfermedades y turbaciones del ánimo, y si hay algunos ciudadanos en ella que parece que templan y moderan semejantes movimientos, la arrogante impiedad los ensoberbece de manera que por lo mismo son en ellos mayores las hinchazones, cuanto son menores los dolores. Y si algunos, con una vanidad tanto más intensa cuanto más rara, han pretendido y deseado que ningún afecto los levante ni engrandezca, y que ninguno los abata y humille, más bien con esto han venido

(1) Salmo I. *Patientia pauperum non peribit in æternum.*

á perder toda la humanidad, que llegado á conseguir la verdadera tranquilidad: pues no porque alguna materia esté dura está recta, ó lo que esté pasmado é insensible está sano.

CAPÍTULO X

Si es creíble que los primeros hombres en el Paraíso, antes que pecaran, no sintieron pasión ó perturbación alguna.

Pero muy á propósito se pregunta si el primer hombre ó las primeras personas (porque entre dos fué la conjunción y unión del matrimonio) tenían estos afectos y pasiones en el cuerpo animal antes del pecado, cuales no los hemos de tener en el cuerpo espiritual después de purificado y consumado todo pecado, porque si los tenían, ¿cómo eran tan bienaventurados en aquel tan famoso sitio de la bienaventuranza, esto es, en el Paraíso? ¿Y quién absolutamente se puede llamar bienaventurado que sienta temor ó dolor? ¿Y de qué podían temerse ó dolerse aquellos hombres en un colmo de tantos bienes, donde, ni temían á la muerte, ni alguna mala disposición del cuerpo, ni les faltaba cosa que pudiese alcanzar la buena voluntad, ni tenían cosa que ofendiese á la carne ó al espíritu del hombre en aquella dichosa vida? Había en ellos un amor sin perturbación para con Dios, y entre sí los casados guardaban fiel y sinceramente el matrimonio, y de este amor resultaba un inexplicable gozo, sin faltarles cosa alguna de las que amaban y deseaban para gozarlo. Había una apacible y tranquila declinación del pecado, con cuya perseverancia por ningún otro extremo les sobrevénia mal alguno que les entristeciese. ¿Acaso dirá alguno

que deseaban tocar el árbol cuya fruta les estaba prohibido que comiesen, pero que temían morir, y que, según esto, ya el deseo, ya el miedo, inquietaba á aquellos espíritus en aquel delicioso jardín? Mas librenos Dios de imaginar que hubiera cosa semejante donde no había género de pecado; porque no deja de ser pecado desear lo que prohíbe la ley de Dios, y abstenerse de ello por temor de la pena, y no por amor á la justicia. Dios nos libre, digo, que antes de haber pecado alguno, cometiesen ya allí el de hacer respecto del árbol de la fruta prohibida, lo que de la mujer dice el Señor: «Que el que mira á la mujer para desearla, ya peca con ella en su corazón». Así pues, tan felices como fueron los primeros hombres sin padecer perturbación alguna de ánimo, y sin ofenderles incomodidad alguna del cuerpo, tan dichosa fuera la sociedad humana si ni ellos cometieran el mal que traspasaron á sus descendientes, ni alguno de sus sucesores cometiese pecado alguno por donde mereciera ser condenado. Y permaneciendo esta felicidad hasta que por aquella bendición les dijo Dios «creced y multiplicaos» (1) se llenara y cumpliera el número de los santos predestinados, y consiguieran y se les diera otra mayor, cual se les dió á los bienaventurados ángeles, donde tuvieran seguridad cierta de que ninguno había de pecar, y que ninguno había de morir; y fuera tal la vida de los santos después de no haber sabido qué cosa era trabajo ó dolor ni muerte, cual será después la experiencia de todas estas cosas en la incorrupción é inmortalidad de los cuerpos, cuando hubieren resucitado los muertos.

(1) *Génesis*, cap. I: *Crescite et multiplicamini*.

CAPÍTULO XI

De la caída del primer hombre, en quien crió Dios buena la naturaleza, y que no la pudo reparar sino su autor.

Mas porque Dios antevió y supo todas las cosas, y por eso no pudo ignorar que el hombre también había de pecar, como el Señor lo previó y dispuso, debemos hablar de la Ciudad Santa según su presciencia, y no, según lo que no pudo llegar á nuestra noticia, afirmar que no estuvo en la previsión de Dios. Porque de ningún modo pudo el hombre con su pecado perturbar el divino consejo, como obligando á Dios á mudar lo que había determinado, habiendo previsto Dios con su presciencia lo uno y lo otro, esto es, cuán malo había de ser el hombre á quien crió bueno, y lo bueno que aun así había de hacer de él. Pues aunque se dice que muda Dios lo que una vez tenía determinado (y así en la Sagrada Escritura (1) vemos que metafóricamente dice que Dios se arrepiente): dícese, de lo que el hombre esperaba, ó según la disposición y orden de las cosas naturales, y no conforme á lo que Dios todopoderoso supo que había de hacer. Formó pues, Dios, como lo insinúan las sagradas letras (2) al hombre recto, y por consiguiente de buena voluntad, porque no fuera recto si no tuviera buena voluntad, y así la buena voluntad es obra de Dios, porque con ella crió Dios al hombre; pero la mala voluntad primera, porque precedió en el hombre á todas las obras malas, antes fué un apartamiento ó abandono de la obra de Dios, que obra alguna positiva. Y fueron ma-

(1) *Génesis*, cap. VI y I, Reg. cap. XV.

(2) *Eccles.*, cap. VII, v. 30.

las estas obras de la mala voluntad porque las hizo el hombre conforme á sí propio, y no según Dios, de suerte que la voluntad fuese como un árbol malo que produjo malos frutos, ó si se quiere como hombre cuando tiene mala voluntad. Aunque esto no sea conforme á su naturaleza sino contra la naturaleza, porque es vicio, con todo, es de la naturaleza del vicio, el cual no le puede haber sino en la naturaleza, es decir, en aquella que fué criada de la nada, y no en lo que engendró el Criador de sí mismo, como engendró al Verbo por quien fueron criadas todas las cosas. Pues aunque formó Dios al hombre del polvo de la tierra, la misma tierra y toda la materia y máquina terrena la crió absolutamente de la nada, y criando el alma de nada la infundió en el cuerpo cuando hizo al hombre. Y en tanto grado se aventajan y exceden los bienes á los males, que aunque los males se permitan para manifestar cómo puede también usar bien de ellos la providente justicia del Criador, sin embargo, pueden hallarse los bienes sin los males, como es el mismo verdadero y sumo Dios, y como son sobre este caliginoso aire las criaturas celestiales é invisibles; pero los males no se pueden hallar sin los bienes, porque las naturalezas en que se hallan, en cuanto son naturalezas, son, sin duda, buenas. Quitase el mal de donde está no quitando naturaleza alguna que suceda en su lugar ó alguna parte suya, sino corrigiendo y sanando la que había sido viciada, corrupta y depravada. El albedrío de la voluntad es verdaderamente libre, cuando no sirve á los vicios y pecados: tal nos le dió Dios, que en perdiéndole por nuestro propio pecado, no le podemos volver á cobrar sino por mano del que nos le pudo dar. Y así dice la misma Verdad: «si os librare el Hijo, entonces seréis verdaderamente libres», que es lo mismo que si se dijera: si el Hijo de Dios os salvare, entonces seréis ciertamen-

te salvados; porque es Salvador por el mismo motivo que es libertador.

Vivía, pues, el hombre según Dios en el Paraíso corporal y espiritual; porque el Paraíso no era corporal por los bienes del cuerpo, ni espiritual por los del espíritu, sino espiritual para que se gozara por los sentidos interiores, y corporal para que se gozara por los exteriores. Era verdaderamente lo uno y lo otro, por lo uno y por lo otro; pero después de que aquel ángel soberbio, y, por consiguiente, envidioso, por un efecto de aquella misma soberbia, convirtiéndose de Dios á sí propio, y escogiendo con una arrogancia casi tiránica gustar más de tener súbditos que ser súbdito, cayó del Paraíso espiritual, de cuya caída y de la de sus compañeros, que de ángeles de Dios se hicieron ángeles suyos, bastantemente traté, según mi posibilidad, en los libros XI y XII de esta obra. De-seando con cautelosa astucia insinuarse y apoderarse del sentido del hombre, á quien, porque perseveraba en su estado, habiendo él caído del suyo, tenía envidia, escogió á la serpiente en el Paraíso corporal, donde con aquellas dos personas, hombre y mujer, vivían también los demás animales terrestres sujetos y pacíficos sin hacer daño alguno, escogió, digo, á la serpiente, animal deleznable y que se mueve con unos torcidos rodeos, acomodado á su traza y designio para poder hablar por ella, y habiéndola rendido por la presencia angélica y por la naturaleza más excelente con astucia espiritual y diabólica, y usando de ella como instrumento, cautelosamente principió á tomar plática con la mujer, comenzando, en efecto, por la parte inferior de aquella humana conjunción y compañía, para de lance en lance llegar al todo, estimando que el varón no era tan crédulo y que no podía ser engañado con error, sino cediendo y dejándose llevar del error del otro.

Así como Aarón no consintió con el engañado pueblo en la construcción del ídolo siendo él. engañado, sino que cedió y se dejó llevar forzado; ni es creíble que Salomón con error pensase que tenía obligación de servir á los ídolos, sino que le compelieron á ejecutar semejantes sacrilegios los halagos y caricias de las mujeres, así se debe creer que Adán creyó á su mujer, como cree uno á otro, el hombre á los hombres, el marido á su mujer; para quebrantar la ley de Dios, no engañado y persuadido de que le decía verdad, sino por condescendencia con ella, y la obedeció por el amor que la tenía. Porque no en vano dijo el apóstol (1) «Adán no fué engañado, la mujer fué la engañada», porque ella tomó como verdadero lo que le dijo la serpiente, y él no quiso apartarse de su única consorte ni aun en la comunión y participación del pecado. Mas no por eso fué menos reo y culpable, sino que, sabiéndolo y viéndolo, pecó; y así no dice el apóstol no pecó, sino no fué engañado, porque ya manifiesta seguramente que pecó cuando dice (2): «por un hombre entró el pecado en el mundo»; y poco después más claramente «á semejanza del pecado de Adán» (3). Por engañados quiso, pues, se entendiesen aquellos que piensan que lo que hacen no es pecado; pero Adán lo supo; porque de no saberlo, ¿cómo sería verdad que Adán no fué engañado?; aunque como no tenía experiencia del divino rigor y severidad, pudo engañarse en pensar y creer que el pecado era venial; y así por este camino, aunque no fué engañado en lo que la mujer lo fué, se engañó en cómo había de tomar y juzgar Dios la excusa que había de

(1) San Pablo, ep. á Timoth. cap. II. *Adam non est seductus, mulier autem seducta est.*

(2) San Pablo, ep. á los Rom., cap. V. *Per unum hominem intravit peccatum in mundum.*

(3) Id. Ap. eod. loc. *In similitudinem prævaricationis Adæ.*

dar, diciendo (1): «la mujer que me diste por compañera, ella me lo dió y comí». ¿Para qué, pues, nos cansamos y alargamos en esto? Verdad es que ambos no fueron engañados, pero ambos pecaron, y por ello quedaron presos y enredados en los lazos del demonio.

CAPÍTULO XII

De la calidad del primer pecado que cometió el hombre.

Si alguno dudase por qué la naturaleza humana no se muda con los otros pecados, como se mudó por el pecado de aquellos dos primeros hombres, de suerte que vino á sujetarse á tan grande corrupción como vemos y sentimos, y por ella á la muerte, y se vino á turbar y á padecer tanto número de afectos tan poderosos y entre sí tan contrarios, de todo lo cual no sintió ella nada en el Paraíso antes del pecado, aunque estuviese en cuerpo animal; si alguno dudase, repito, y le hiciere esto dificultad, no por eso debe pensar que fué ligera y pequeña aquella culpa porque se hizo en cosa de comida, que no era mala ni dañosa sino en cuanto era prohibida; porque no criara Dios cosa mala ó la plantara en aquel lugar de tanta felicidad, sino que en el mandamiento les encargó y encomendó Dios la obediencia, virtud que en la criatura racional es en cierto modo madre y custodia de todas las virtudes; porque crió Dios á la criatura racional de manera que le es útil é importante el ser sujeta y muy pernicioso hacer su

(1) *Génesis*, cap. III. *Mulier, quam dedisti mihi sociam, ipsam mihi dedit et manducavi.*

propia voluntad y no la del que la crió. Así que este precepto y mandamiento de no comer de un solo género de comida, donde había tanta copia y abundancia de otras cosas, mandamiento tan fácil y ligero de guardar, tan breve y compendioso para tenerle en la memoria, principalmente donde aun el apetito no contradecía á la voluntad, lo cual se siguió después de la pena de la infracción del precepto, con tanta mayor injusticia se violó y quebrantó, con cuanta mayor facilidad y observancia se pudo guardar.

CAPÍTULO XIII

Que en el pecado de Adán para hacer la mala obra precedió mala voluntad.

Pero antes principiaron á ser malos en secreto que viniesen á dar y caer en aquella manifiesta inobediencia, porque no llegaran á ejecutar aquel horrendo pecado «si no precediera mala voluntad». Y el principio de la mala voluntad, ¿qué pudo ser sino la soberbia? Porque (1) «la cabeza y fuente de todos los pecados es la soberbia». ¿Y qué es la soberbia sino una ambición y apetito de una perversa grandeza? Porque es maligna alteza querer el alma en algún modo hacerse y ser principio de sí misma, dejando el principio con quien debe estar unida. Esto sucede cuando uno se complace demasiado á sí mismo, y complácese á sí mismo de esta manera, cuando declina y deja aquel bien inmutable que debió agradarle más que ella á sí propia. Esta declinación y defecto es espontáneo y voluntario, porque si

(1) Eccles., cap. X. *Initium omnis peccati superbia est.*

la voluntad permaneciera estable en el amor del bien superior inmutable, que era el que la ilustraba y alumbraba para que viviese y la encendía para que amase, no se desviara de allí para agradarse á sí misma ni se quedara sin luz á obscuras ni sin amor helada; de manera que ni Eva creyera que la decía verdad la serpiente, ni Adán antepusiera al precepto de Dios el gusto de su esposa, ni imaginara que sólo pecaba venialmente si á la compañera inseparable de su vida la acompañaba también en el pecado. Así que no hicieron la obra mala, esto es, aquella transgresión y pecado comiendo del manjar prohibido, sino siendo ya malos; aquella fruta era mala porque provenía del árbol malo, y el árbol hízose malo *contra naturam*; porque si no es por vicio de la voluntad, el cual es contra el buen orden de la naturaleza, no se hiciera malo; que el depravarse y estragarse con el vicio, no sucede sino en la naturaleza formada de la nada. Así, pues, el ser naturaleza lo tiene por la parte que es criatura de Dios, y el degenerar y declinar de aquel que la hizo, tiénelo por la parte que fué hecha de la nada. Pero tampoco de tal manera declinó ó degeneró el hombre que del todo fuese nada, sino que, inclinándose á sí mismo, vino á ser menos de lo que era cuando estaba unido con aquel que es Sumo y tiene suma esencia; y por esto, dejando á Dios, pretender ser en sí mismo, esto es, agradarse y complacerse de sí mismo, no es ser ya nada sino acercarse á la nada, por lo cual la Sagrada Escritura llama por otro nombre á los soberbios «gente que se agrada y paga de sí», porque bueno es tener el corazón levantado ó elevado, pero no á sí propio, que es efecto de soberbia, sino á Dios, que lo es de obediencia, la cual no se halla sino en los humildes. Tiene la humildad cierta cualidad que con modo admirable levanta el corazón, y tiene cierto atributo la soberbia que depri-

me y abate el corazón, y aunque parece casi contradictorio que la soberbia esté debajo y la humildad encima, sin embargo, la santa humildad, como se sujeta al superior, y no hay otra cosa más superior que Dios, ensalza y eleva al que la posee; pero la altivez que hay en el vicio por el mismo hecho de rehusar la sujeción y subordinación, cae de aquel que no tiene cosa superior, y por lo mismo viene á ser inferior, sucediendo lo que dice la Sagrada Escritura (1): «los abatiste cuando ya iban subiendo y ensalzándose»; y no dijo cuando estaban ya elevados y ensalzados, de modo que primero estuviesen ensalzados y después los derribase y abatiese, sino que cuando iban subiendo, entonces los abatió y derribó; porque el mismo acto de subir y ensalzarse ya es principiar á abatirse, por lo cual al presente en la Ciudad de Dios y á la Ciudad de Dios que anda peregrinando en este siglo, se recomienda principalmente la humildad, y que esta es la que en su Rey, que es Cristo, singularmente se celebra; porque el vicio de la soberbia, contrario á esta virtud, nos manifiestan las sagradas letras que domina y reina principalmente en su cruel enemigo, que es el demonio. Verdaderamente es esta una notable diferencia con que se distingue y conoce la una y la otra Ciudad de que vamos hablando, es á saber, la compañía de los hombres santos y piadosos y la de los impíos y pecadores, cada una con los ángeles que la pertenecen, en quienes precedió por la una parte el amor de Dios y por la otra el amor de sí propio. Así que el demonio no instruyera al hombre en un pecado tan manifiesto, haciendo lo que Dios había prohibido que se hiciese, si no hubiera él empezado á agrardarse y á complacerse de sí mismo. Porque de aquí nació también el causarle complacencia lo que le dijeron:

(1) Salmo. 72. *Dejecisti eos, cum extollerentur.*

«sereis como dioses», lo cual pudieron serlo mejor estando conformes y unidos con el sumo y verdadero principio por la obediencia, que no haciéndose ellos principio suyo por la soberbia, porque los dioses criados no son dioses por virtud propia, sino por la participación del verdadero Dios. Cuando el hombre apetece más es menos, y queriendo ser bastante para sí mismo, declinó de aquel que era verdaderamente bastante para él. El mal de agradarse á sí mismo y complacerse el hombre, como si él también fuera luz, apartándole de aquella luz que, si quisiera, también haría luz al hombre, aquel mal, digo, precedió en secreto para que se siguiera este mal que se cometió en público, porque es verdad lo que dice la Escritura (1), «que antes que caiga se sube y eleva el corazón, y antes que llegue á alcanzar la gloria se humilla y abate». La caída que se hace en secreto precede á la caída que se hace en público, mientras no se piensa que aquella no es caída; porque ¿quién hay que imagine que la exaltación es caída, hallándose ya allí el defecto y caída cuando desamparó al Excelso? ¿Y quién no advertirá que es caída cuando se traspasa evidentemente el mandato? Por eso Dios prohibió un hecho que, una vez cometido, no se pudiese excusar ni defender con ninguna imaginación de justicia, y por eso me atrevo á decir que es de importancia para los soberbios el caer en un pecado público y manifiesto, para que se desagraden á sí mismos los que, por agradarse y pagarse de sí incurrieron en el más enorme reato. Más útil é importante le fué á Pedro (2) el desagradarse á sí cuando lloró, que el agradarse y pagarse de sí cuando presumió; y esto es lo mismo que

(1) Proverb., cap. XVI. *Ante ruinam exaltatur cor, et ante gloriam humiliatur.*

(2) San Mateo, cap. XXVI.

dice el santo real Profeta (1): «cárgalos, Señor, de confusión é ignominia para que busquen tu nombre», esto es, para que tú les agrades y se paguen de ti buscando tu nombre, los que buscando el suyo se agradaron y pagaron de sí.

CAPÍTULO XIV

Cómo la soberbia de la transgresión fué peor que la misma transgresión.

Sin embargo, es peor y más detestable la soberbia cuando hasta en los pecados manifiestos se pretende la acogida de la excusa, como sucedió en aquellos primeros hombres, entre quienes dijo la mujer: *serpens seduxit me et manducavi*: «la serpiente me engañó y comí»; y el hombre: *mulier quam dedisti mihi, hæc mihi dedit de ligno et edi*: «la mujer que me diste, esa me dió del fruto del árbol y comí». De ninguna manera se acuerdan en este caso de pedir perdón; por ningún motivo piden el remedio y la medicina, porque aunque éstos no niegan, como Caín, el pecado que cometieron, no obstante, todavía la soberbia procura cargar á otro la culpa que ella misma tiene; la soberbia de la mujer á la serpiente y la soberbia del hombre á la mujer. Pero lo que hace al caso más es la acusación que no la excusa, cuando manifiestamente quebranta el divino precepto, porque no dejaron de pecar porque lo hiciera la mujer á persuasión de la serpiente, y el hombre á instancias de la mujer, como si pudiera haber cosa que se debiera creer ó anteponer á Dios.

(1) Salmo 82. *Imple facies eorum ignominia, et quærent nomen tuum, Domine.*

CAPÍTULO XV

De la justa paga que recibieron los primeros hombres por su inobediencia.

Y por cuanto no atendieron al mandato de Dios, que los había criado, que los había hecho á su imagen y semejanza, que los había designado por superiores y señores de todos los demás animales, que los había colocado en el Paraíso, que les había dado salud y abundancia de todas las cosas, que ni les cargó de preceptos que fuesen muchos ni graves, ni dificultosos, sino que les dió uno solo, y ése compendioso y levísimo, para la conservación de la obediencia y de la subordinación con que les advertía que él era Señor sobre aquella criatura á quien le estaba bien una libre servidumbre, fueron justamente condenados, y condenados en tal conformidad, que el hombre, que si observara puntualmente el mandamiento, fuera también espiritual en la carne, fuese carnal asimismo en el espíritu. Y porque con su soberbia se había agrado y pagado de sí, por justicia de Dios fuese entregado á sí propio para que no estuviese como había pretendido en su omnímota, absoluta é independiente potestad, sino que, desavenido igualmente consigo propio, pasase debajo de aquel con quien se había avenido, pecando, una dura y miserable esclavitud, en lugar de la libertad que solicitó, habiendo muerto voluntariamente en el espíritu, y habiendo de morir contra su voluntad en el cuerpo; y supuesto que había desamparado la vida eterna, fuera también condenado á la muerte eterna, si no le liberase la gracia. Y el que piensa que semejante condenación es demasiada ó injusta, sin duda que no sabe medir ni tantear la gravedad de la malicia que hubo en el peca-

do, donde había tanta facilidad en no pecar; porque así como no sin razón se celebra por grande la obediencia de Abraham, porque en sacrificar á su hijo le mandaron una operación dificultosísima, así también en el Paraíso tanto mayor fué la inobediencia, cuanto más fácil era lo que se les mandaba. Y así como la obediencia del segundo Adán es más célebre y digna de perpetuarse en los fastos y anales del mundo, porque fué obediente hasta la muerte, así la inobediencia del primero fué más abominable, porque fué inobediente hasta la muerte. Porque cuando hay impuesta rigurosa pena á la inobediencia, y lo que manda el Criador es fácil en la ejecución, ¿quién podrá encarecer bastante-mente cuán grave maldad sea no obedecer en un precepto tan obvio, y más á un mandamiento de tan soberana potestad, y so pena tan horrible? Y, en efecto, por decirlo en breves palabras, en la pena y castigo de aquel pecado, ¿con qué castigaron ó pagaron la inobediencia sino con la inobediencia? ¿Porque cuál otra cosa es la miseria del hombre sino padecer contra sí propio la inobediencia de sí propio, y que ya que no quiso lo que pudo, quiera lo que no puede? Porque aunque en el Paraíso, antes de pecar, no podía todas las cosas, con todo, lo que no podía no lo quería, y por eso podía todo lo que quería; pero ahora, como lo vemos en su descendencia y lo insinúa la Sagrada Escritura, *homo vanitati similis factus est*: «el hombre se ha vuelto semejante á la vanidad»; pues ¿quién podrá referir cuánta inmensidad de cosas quiere que no puede, entretanto que él mismo á sí propio no se obedece, esto es, no obedece á la voluntad el ánimo, ni la carne, que es inferior al ánimo? Porque á pesar suyo, muchas veces el ánimo se turba y la carne se duele, se envejece y muere, y todo lo demás que padecemos no lo sufriéramos contra nuestra voluntad, si nuestra naturaleza

obedeciese de todas maneras y por todas partes á nuestra voluntad; pero, á la verdad, padece algunas cosas la carne que no la dejan servir. ¿Qué ímporta en lo que esto consiste con tal que por la justicia de Dios, que es el Señor, á quien siendo sus súbditos no quisimos servir, nuestra carne, que fué nuestra súbdita, no sirviéndonos, nos sea molesta? Bien que nosotros, no sirviendo á Dios, pudimos hacernos molestos á nosotros y no á él; porque no tiene el Señor necesidad de nuestro servicio, como nosotros del de nuestro cuerpo, y así es nuestra pena lo que recibimos, no suya; lo que hicimos, y los dolores que se llaman de la carne, del alma son en la carne y por la carne. Porque la carne ¿de qué se duele por sí sola? ¿Qué desea? Cuando decimos que desea ó se duele la carne, ó es el mismo hombre, como anteriormente dijimos, ó alguna parte del alma que excita la pasión carnal, la cual afección, si es áspera causa dolor, si suave deleite; pero el dolor de la carne sólo es una ofensa del alma que procede de la carne, y un cierto desavenimiento de su pasión ó apetito; como el dolor del alma que llamamos tristeza es un desavenimiento de las cosas que nos suceden contra nuestra voluntad. A la tristeza las más veces la precede el miedo, el cual también está en el alma, y no en la carne; pero al dolor de la carne no le precede un cierto miedo de la carne que antes del dolor se sienta en la carne. Al deleite le precede un cierto apetito que se siente en la carne, como un deseo suyo, por ejemplo, el hambre y la sed, y el que en los miembros vergonzosos más comúnmente se llama *libido*, siendo éste un vocablo general para designar todos los apetitos: porque aun la ira, dijeron los antiguos que no era otra cosa que *libido*, ó un apetito de venganza, aunque á veces también el hombre se enfada y enoja con las cosas inanimadas, donde no hay sentido alguno de venganza, de

manera que de enojo y cólera, porque no escribe bien la pluma, la rompe y arroja. Sin embargo; también esto, aunque menos razonable, es un cierto apetito de venganza, y no sé qué, por llamarlo así, como sombra de retribución, que los que mal hacen mal padezcan. Así pues, hay apetito de venganza, que se llama ira; hay apetito ó codicia de poseer, que se llama avaricia; hay apetito ó deseo, como quiera, de vencer, que se llama pertinacia; hay apetito y ansia de gloriarse ó jactarse, que se llama jactancia; hay muchos y varios apetitos que en idioma latino se dicen *libidines*, que algunos de ellos tienen asimismo sus voces propias, y otros no las tienen; porque ¿quién podrá fácilmente decir cómo se llama el apetito de dominio y señorío, del cual, no obstante, nos muestra y testifica la funesta experiencia de las guerras civiles, que es muy poderoso y señor absoluto de los corazones y ánimos de los tiranos?

CAPÍTULO XVI

De la malicia del apetito, que en latín se llama *libido*, cuyo nombre, aunque cuadre á muchos vicios propiamente, se atribuye á los movimientos torpes y deshonestos del cuerpo.

Aunque los apetitos de muchas cosas llámanse en latín *libidines*, cuando se escribe solo *libido*, sin decir á qué pasión se refiere, casi siempre se entiende el apetito con que se incitan y mueven las partes vergonzosas del cuerpo; apetito que, no sólo se apodera del cuerpo en lo exterior, sino también en lo interior, y conmueve de tal modo á todo el hombre juntando y mezclando el afecto del ánimo con el deseo de la carne, que resulta el mayor de los deleites del cuerpo; de suerte que cuando

se llega á su fin, se anega y pasma la agudeza y vigilia del entendimiento.

¿Qué amigo de la sabiduría y de goces y de contentamientos santos y honestos habrá que, en el estado de matrimonio, como lo advirtió el apóstol *sciens vas suum possidere in sanctificatione et honore, non in morbo desiderii, sicut et Gentes que ignorant Deum* «sabiendo poseer su vaso santa y honradamente, no conforme á los desarreglados deseos de la intemperancia, como los paganos que ignoran á Dios», no preferirá, si puede, engendrar á sus hijos sin ese torpe apetito, de suerte que aun en el acto de la generación y propagación de la especie humana, los miembros que crió Dios para este efecto obedezcan y sirvan á la razón como los demás, distribuídos y acomodados para su peculiar servicio, movidos por la voluntad y no estimulados y arrebatados por la furia del torpe apetito?

Además, los mismos aficionados á este deleite no están idóneos cuando quieren, ya sea para el débito del matrimonio, ya para la satisfacción de sus liviandades, porque las excitaciones de la carne unas veces les importunan y otras les abandonan cuando las desean con más ardor, y mientras el apetito hierve en el ánimo, en el cuerpo está muerto y helado; de modo que, por maravilla este deseo, no sólo no sirve ni acude á la voluntad de la generación, sino tampoco á los apetitos de deleites é impurezas, y unas veces contrarresta el ánimo y deseo y otras lucha consigo mismo, por que, excitando el ánimo, no le obedece moviendo también el cuerpo.

CAPÍTULO XVII

De la desnudez de los primeros hombres y de cómo, después que pecaron, les pareció torpe y vergonzosa.

Con razón nos avergonzamos de este apetito y con razón también los mismos miembros que, por decirlo así, lo alientan ó refrenan no del todo á nuestro albedrío, se llaman vergonzosos; lo cual no fueron antes de que pecara el hombre. Porque, como dice la Escritura: *Nudi erant, et non confundebantur*, «estaban desnudos y no se avergonzaban; no porque dejasen de ver su desnudez, sino porque ésta no era aun vergonzosa; porque ni los órganos de la generación movían el deseo fuera de su albedrío, ni en manera alguna la carne con su inobediencia daba en rostro al hombre acusándole de la suya.

No crió Dios ciegos á los primeros hombres, como piensa el necio vulgo, porque Adán vió los animales á quienes puso los nombres, y de Eva dice el Evangelio: *Vidit mulier, quia bonum lignum in escam, et quia placet oculis ad videndum*, «vió la mujer que era buena la fruta del árbol y agradable á la vista». Tenían, pues, los ojos abiertos, pero no atendían y miraban de manera que conociesen lo que la gracia les encubría, cuando sus miembros ignoraban lo que es desobedecer á la voluntad. Al faltar esta gracia, para que la inobediencia fuese castigada con pena recíproca, hallóse en el movimiento del cuerpo una desvergonzada novedad, que convirtió en indecente la desnudez y los dejó vergonzos y confusos. De aquí que, después que quebrantaron al descubierto el mandamiento de Dios, diga de ellos la Escritura: *Et aperti sunt oculi amborum, et cognovero quia nudi erant, et consuerunt folia fici, et fecerunt sibi campestria*, «y se

abriéron los ojos de entrambos, y conocieron que estaban desnudos y entrelazaron hojas de higuera y se hicieron sendos ceñidores.» Abriéronse, dice, los ojos de entrambos, no para ver, porque también antes veían, sino para discernir y conocer el bien que habían perdido y el mal en que habían caído. De aquí que el árbol que daba este conocimiento á los que comían su fruto contra la prohibición del mandamiento, tomase el nombre de árbol de la ciencia del bien y del mal; porque con la experiencia de los trabajos que se padecen en la enfermedad, apréciase mejor el gusto de la salud.

Conocieron, pues, que estaban desnudos, estándolo, en efecto, de aquella gracia que era la que hacía que ninguna desnudez del cuerpo (porque la ley del pecado no repugnaba á su espíritu) los avergonzase y confundiese. Conocieron, pues, lo que, por fortuna suya, hubieran ignorado si, siendo siempre fieles y obedientes á Dios, no hubieran cometido un pecado que les forzó á tocar y sentir por experiencia el daño que causan la infidelidad y la inobediencia. Confusos, pues, y avergonzados por la inobediencia de su carne, testigo y pena de la suya propia, acomodaron unas hojas de higuera en la forma que algunos traductores latinos llaman *campestris*, esto es, *succintoria* ó ceñidores para cubrirse las vergüenzas. Prefiero la palabra *campestris*, que es latina, y significa calzón, vestido corto que usaban los jóvenes que, desnudos, se ejercitaban luchando en el campo, cubriendo solo sus partes vergonzosas, y de aquí que á los así ataviados les llame el vulgo *campes-tratos*.

Así, pues, lo que en pena de la culpa de inobediencia movía el apetito inobediente contra el fuero de la voluntad, cubriálo con empacho la vergüenza. De aquí que todas las gentes, por descender de aquel tronco, tan cuidadosamente acostumbran á cubrirse las ver-

güenzas, que algunos bárbaros ni aun en los baños se las desnudan, pues se laban teniéndolas cubiertas, y aun los gimnosophitas, filósofos que van en cueros y habitan en lugares solitarios de la India, cúbrense aquellas partes, llevando lo demás del cuerpo desnudo.

CAPÍTULO XVIII

Del pudor de la cópula, no sólo la vulgar, sino también la conyugal.

Cuando se quiere satisfacer deseos lujuriosos, no ya con estupro que obligan á buscar las ocultaciones para evitar el rigor de las leyes humanas, sino en el uso común de las rameras, torpeza que considera lícita la sociedad terrenal, quien lo hace, aunque esta licencia la permitan ó toleren las leyes, huye de que nadie le vea. Los mismos burdeles, por la natural vergüenza, procuran el secreto, y más fácilmente la deshonestidad pudo no tener ley ni pena que la prohibiese, que la desvergüenza quitar los escondrijos y secretos de aquella torpeza, llamada así hasta por los mismos que la aman, sin atreverse á hacer ostentación de ella.

El acto conyugal, que conforme á las leyes del matrimonio se hace para la generación de los hijos, aunque sea lícito y honesto, ¿no busca también aposento donde no sea visto? ¿Por ventura no se echa fuera á todos los criados? Y hasta los mismos paraninfos y padrinos, y cuantos la amistad ó el parentesco les había dado allí entrada, ¿no son despedidos antes de que el esposo comience á acariciar á la esposa?

Un gran maestro de la elocuencia dice que todas las buenas obras piden la luz, es decir, aspiran á ser cono-

cidas; y ésta, por lícita y honesta que es, quiere ser conocida, pero no vista. ¿Quién no sabe, en efecto, lo que pasa entre los esposos para la procreación de los hijos, puesto que, para ello, verificanse los matrimonios con tantas ceremonias y solemnidades? Pues, sin embargo, cuando se reúnen marido y mujer, no consienten que estén con ellos ni sus hijos, si ya los tienen. ¿De dónde nace esto sino de que, al practicar lo que es lícito por naturaleza, le acompaña también lo que es vergonzoso por la pena?

CAPÍTULO XIX

Los impulsos de la ira y de la liviandad se mueven tan viciosamente, que es necesario, para moderarlos, el freno de la razón.

Los filósofos que se acercaron más á la verdad confesaron que la ira y el apetito sensual eran dos partes viciosas del alma, porque se mueven tan turbadamente y sin orden, aun en las cosas que la razón no prohíbe, que tienen necesidad del gobierno de la razón, la cual, siendo, según dicen, la tercera parte del alma, está puesta en lugar preeminente para regir á aquellas dos partes, á fin de que, mandando la razón y obediéndola la ira y la liviandad, pueda conservar el hombre en todas las partes de su alma, la justicia. Las citadas partes, pues, que según dichos filósofos aun en el hombre sabio y templado son viciosas, para que la razón las refrene y desvíe, apartándolas de las cosas á que injustamente se mueven ó las suelte para las que permite y concede la ley de la sabiduría, como es la ira para ejercer el justo castigo, y el apetito sexual para la propagación de la especie humana; las citadas partes, repito,

no eran viciosas en el Paraíso antes del pecado, porque no se inclinaban á cosa contraria á la recta voluntad que exigiera contenerlas con el freno de la recta razón. El moverse ahora de modo que los que viven templada, justa y santamente las modifiquen á veces con facilidad, y otras con dificultad las repriman y refrenen, no es, sin duda, salud propia de la naturaleza, sino enfermedad que procede de la culpa.

Si los actos que provienen de la ira y de los demás afectos, consistan en palabras ó en obras, no procura la vergüenza encubrirlos y esconderlos, como hace con los que proceden del apetito sensual y se ejecutan con los órganos genitales, débese á que los miembros del cuerpo que se emplean en la ejecución de aquéllos no dependen en sus movimientos de las pasiones, sino de la voluntad, que es quien los domina. Porque el que enojado y con cólera dice alguna palabra ofensiva ó hiere á otro, no pudiera hacer tales cosas si la voluntad no moviera la lengua ó las manos, miembros á quienes también mueve la voluntad, aun cuando no haya ira ó cólera alguna. Pero respecto á los órganos genitales, de tal manera está apoderado de ellos el apetito sensual, que sólo obedecen á la excitación de éste, sea espontánea ó estimulada. Esto es lo que da vergüenza y lo que ruboriza á quien lo vé, y por ello prefiere el hombre, cuando se enoja injustamente con otro, que le miren cuantos quieran, á que le vea alguno cuando, conforme á la razón, cumple el débito matrimonial.

CAPÍTULO XX

De la vanísima torpeza de los cínicos.

La antedicha razón no la tuvieron presente los filósofos caninos, es decir los cínicos, al defender la opi-

nión bestial encaminada á suprimir el pudor, alegando que, por ser legítimos los actos de la procreación entre marido y mujer, no debe inspirar vergüenza realizarlos públicamente en cualquier parte, hasta en las calles ó en las plazas. El pudor natural, sin embargo, ha podido más que esta opinión. Porque aun cuando han escrito que hizo esto Diógenes con arrogancia, gloriándose de ello y pensando que sería su secta más famosa si quedara arraigada en la memoria de las gentes esta famosa desvergüenza suya, con todo, después desistieron de esto los cínicos, y más pudo en ellos la vergüenza y el respeto que mutuamente se deben los hombres, que el error y el disparate conque los hombres afectaban ser semejantes á los perros. Por lo cual entiendo que aquel ó aquellos de quienes se refiere que hicieron tal cosa, hicieron ostentación y dieron á entender á los ojos de los que no sabían lo que se encubría debajo del palio filosófico, que ejercitaban aquellos actos torpes, pero sin conseguir por completo aquel deleite á vista de los hombres; porque estos filósofos no tenían vergüenza de aparentar que querían echarse torpemente con la mujer en parte donde el mismo apetito torpe se avergonzaría de levantarse. Ahora también vemos filósofos cínicos, porque lo son todos los que no sólo visitan el palio, sino llevan también su báculo; pero ninguno se atreve á hacer tal cosa, porque si alguno se atreviera, no diré que le apedrearán, sino que por lo menos, á puro escupirle, le echarán del mundo.

Así, pues, la naturaleza humana se avergüenza, y con razón, de este apetito torpe que sujeta los órganos genitales á su albedrío, apartándolos de la jurisdicción de la voluntad, y esta inobediencia prueba claramente el pago que se dió á la inobediencia del primer hombre; cosa que principalmente convino se echase de ver en aquellas partes de donde resulta la generación de la

misma naturaleza, que se mudó y empeoró con aquel primero y gravísimo pecado de cuyos lazos nadie puede escapar, si lo que se cometió en perjuicio y daño de todos, estando todos en uno, y lo castigó la divina justicia, no lo perdona á cada uno de por sí la divina gracia.

CAPÍTULO XXI

De la bendición que echó Dios al hombre antes del pecado para que creciese y se multiplicara, no destruida por la prevaricación, y de cómo adquirió el hombre el apetito sensual.

No creamos en manera alguna que los dos casados que estuvieron en el Paraíso habrían de cumplir por medio de este apetito sensual que les llenó de vergüenza hasta hacerles cubrir los órganos genitales, lo que en su bendición les dijo Dios: *Crescite et multiplicamini, implete terram*. «Creced y multiplicaos y henchid la tierra», porque este torpe apetito nació después del pecado, y después del pecado, la naturaleza, que no es deshonesta, al perder la potestad y jurisdicción bajo la cual el cuerpo en todas sus partes le obedecía y servía, echó de ver este apetito, lo consideró, se avergonzó y lo cubrió.

Pero la bendición del matrimonio para que los casados creciesen, se multiplicasen y llenaran la tierra, aunque quedó también para los delincuentes, siendo anterior á su falta, quedó para que se conociese que la generación de los hijos es cosa que toca á la honra del matrimonio, y no á la pena del pecado.

Algunos que ignoran sin duda la felicidad que hubo en el Paraíso, creen que no se pudieron engendrar hijos

sino del modo que ellos han experimentado, esto es, por el apetito torpe de que vemos se avergüenza aun la misma honestidad del matrimonio. Otros no aceptan totalmente la Divina Escritura, donde se lee que, después del pecado, se avergonzaron de verse desnudos y cubrieron sus órganos genitales; y, como infieles, se ríen de ella. Otros, aunque aceptan y honran la Escritura, no quieren, sin embargo, que se entienda la frase *Crescite et multiplicamini*, «creced y multiplicaos» en el sentido de la multiplicación de la carne, porque encuentran otra que se refiere á la multiplicación del espíritu: *Multiplicabis in ánima mea virtutem*, «multiplicarás y acrecentarás en mi alma la virtud y fortaleza», y en lo que continua diciendo el Génesis: *Et implete terram, et dominamini ejus*, «y henchid la tierra y sed señores de ella», entienden que la palabra *tierra* quiere decir el cuerpo que anima el alma con su presencia y que domina y sujeta cuando las virtudes se multiplican en ella. Pero añaden que *los hijos* carnales, ni aun entonces los pudieron engendrar, como tampoco ahora pueden, sin el torpe apetito que nació, se vió, se confundió y se cubrió después del pecado; y que dentro del Paraíso no engendraron los hijos, sino fuera de él; como así sucedió; porque después que los echaron de allí, juntáronse para la generación de los hijos y los engendraron.

CAPÍTULO XXII

De cómo Dios ordenó y bendijo la cópula del matrimonio.

Pero en manera alguna dudamos nosotros que el crecer y multiplicar y henchir la tierra conforme á la bendición de Dios, es don del matrimonio que instituyó

Dios desde el principio, antes del pecado, cuando crió al varón y la hembra, cuya diferencia clara y evidentemente se halla en la carne; pues á esta obra que hizo Dios fué á la que también echó su bendición, segun dice la Escritura: *Masculum, et femina fecit eos*, «hízolos Dios varón y hembra», é inmediatamente añade: *Et benedixit eos Deus, dicens: crescite et multiplicamini, et implete terram et dominamini ejus, etc.*, «y bendijolos Dios, diciendo: creced, y multiplicaos, y henchid la tierra, y sed señores de ella, etc.»

Aunque todo esto pueda entenderse en un sentido espiritual, sin embargo, no puede decirse que las palabras *varón y hembra* deban aplicarse á dos cosas que se encuentran en un solo hombre, con pretexto de que dentro de él una cosa es la que gobierna y otra la gobernada; sino, como evidentemente se echa de ver en cuerpos de diferentes sexos, los crió Dios varón y hembra para que, engendrando hijos, creciesen y se multiplicasen y llenaran la tierra. El empeño en contradecir sentido tan claro es grandísimo disparate; porque ni del espíritu que manda, ni de la carne que obedece, ó del animal racional que rige y del apetito irracional que es regido, ó de la virtud contemplativa, que es preeminente y de la activa, que es inferior, ó de la razón del alma y del sentido del cuerpo, sino claramente del vínculo del matrimonio á que se obliga y sujeta uno y otro sexo, dijo el Señor, preguntado si era lícito por cualquiera causa despedir la mujer, porque Moises, atendiendo á la dureza de corazón de los israelitas les permitió repudiarla: *Non legistis quia qui fecit ab inicio, masculum et femina fecit eos, et dixit: Propter hoc dimittet homo patrem, et matrem, et adhærebit uxori suæ, et ærunt duo in carne una? Itaque jam non sunt duo, sed una caro. Quod ergo Deus conjuxit, homo non separet*, «¿no habeis leído que el que los crió al principio los crió varón y hembra, y dijo:

«Por esto dejará el hombre á su padre y á su madre y se juntará con su mujer, y los dos serán una misma carne?» No son, pués, ya dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios unió no lo separe el hombre».

Es, pues, indudable que desde el principio fueron creados los dos sexos en dos seres distintos, como ahora existen, y que se les llama un solo hombre ó por la unión del matrimonio ó á causa del origen de la mujer, formada del costado del hombre; origen que aprovecha el apóstol para recomendar que los hombres amen á sus mujeres.

CAPÍTULO XXIII

Si Adán y Eva hubiesen tenido hijos en el Paraíso, en el caso de no pecar.

Los que defienden que Adán y Eva no engendraran hijos si no pecaran ¿defienden acaso otra cosa sino que, para aumentar el número de los santos, era necesario el pecado del hombre? Porque si no podían engendrar sino pecando, y si no engendraban quedaban sólo, para que hubiese no ya dos hombres, sino muchos, era necesario el pecado. Imposible es defender este absurdo. ¿No es mejor creer que el número de los santos, necesario para poblar aquella bienaventurada ciudad, fuera tan grande, aunque nadie hubiese pecado, como lo es ahora que la gracia de Dios los elige entre la multitud de pecadores, mientras los hijos de este siglo son engendrados y engendran? Así pues, si el primer matrimonio digno de la felicidad del Paraíso no hubiese pecado, tuviera descendencia digna de su amor, y no apetito que lo avergonzara ¿Cómo pudiera ser esto? Ahora no hay ejem-

plo para demostrarlo, pero no debe parecer increíble que los órganos de la generación hubiesen sido sometidos á la voluntad, como lo están tantos otros. Movermos los pies y las manos cuando queremos sin ninguna oposición de su parte, para hacer con ellos lo que deseamos con tanta facilidad como por experiencia vemos en nosotros mismos y en los demás, principalmente en los trabajadores de obras corporales, cuando, para suplir la debilidad de la naturaleza, acuden á recursos de la industria; ¿porque pues, no hemos de creer que para la obra de la generación de los hijos, sin el apetito torpe, que fué el castigo de la inobediencia, no pudiera el hombre servirse de aquellos órganos, como de los demás miembros, á su albedrío? ¿Por ventura Cicerón en los libros de República, hablando de la diferencia de los imperios y presentando una comparación á este propósito, tomada de la naturaleza del hombre, no dijo que á los miembros del cuerpo se les manda como á hijos por la facilidad con que obedecen, pero que las viciosas partes del ánimo se reprimen, como esclavos, con imperio más áspero? En efecto; según el orden natural de las cosas, el espíritu aventaja al cuerpo, y, sin embargo, más fácilmente manda al cuerpo que en sí propio.

Este torpe apetito de que ahora tratamos es tanto más vergonzoso, cuanto que ni deja completa libertad al espíritu para librarse de él, ni le permite dominar al cuerpo para que los órganos genitales dependan más de la voluntad que del apetito carnal. Si así fuera, no serían estos órganos vergonzosos, porque lo que avergüenza al espíritu es la resistencia del cuerpo, que por su naturaleza inferior le está sujeto. Ciertamente la resistencia que el espíritu encuentra en otras pasiones es menos vergonzosa, porque depende de él mismo, siendo él solo vencedor ó vencido; lo cual no impide ser contrario al orden y vicioso que lo que debe estar sometido

á la razón se le imponga. Porque cuando el ánimo ordenadamente se vence á sí de manera que sus movimientos irracionales se sujetan al espíritu y á la razón, si ésta se encuentra también sujeta á Dios, la acción es loable y virtuosa. No siente el espíritu tanta vergüenza al no poder triunfar de sí mismo, como cuando el cuerpo, que es distinto é inferior á él y que no puede vivir sin él, desobedece sus mandatos.

Cúmplese, sin embargo, la castidad cuando la voluntad contiene los demás miembros, sin los cuales aquellos á quienes, á pesar suyo, la concupiscencia excita, no pueden realizar su acción. Esta contradicción, esta repugnancia, esta reñida contienda que hay entre la voluntad y el apetito, no hubiera ocurrido en el Paraíso sin el pecado, pues todos los miembros del cuerpo hubiesen estado completamente sometidos á la voluntad. Sembrara, pues, el campo de la generación el vaso que crió la naturaleza para este efecto, como la mano esparce las semillas en la tierra. Al llegar aquí, el pudor nos impide expresarnos con más claridad en estas materias y nos obliga á guardar respeto á los oídos castos; pero hubiéramos podido tratar libremente la cuestión en el Paraíso, sin miedo á excitar malos pensamientos; porque no tuvieran allí significación las palabras deshonestas, y cuanto pudiéramos decir de los órganos de la generación sería tan honesto, como cuanto dijéramos de los otros miembros del cuerpo. Quien esto lea con impura disposición de ánimo, cúlpese á sí propio y no á la naturaleza; condene su depravado corazón y no las palabras que la necesidad nos obliga á usar. Los lectores castos nos perdonaran fácilmente, en tanto que acaba de convencer á los infieles, que argumentan y discurren, no acerca de la fe en las cosas de que no se tiene experiencia, sino acerca de las que el ánimo tiene experimentadas. Porque sin ofensa leerá esto el que sin horror

oye al apóstol cómo reprende las monstruosas torpezas de las mujeres que *immutaverunt naturalem usum in eum usum qui est contra natura*, principalmente porque no nos referimos á tan abominable liviandad; sino que explicamos como nos es posible los afectos y pasiones de la humana generación, huyendo y excusando palabras deshonestas y torpes.

CAPÍTULO XXIV

Que si perseveraran los hombres en el Paraíso inocentes y con el mérito de la obediencia, usaran de los órganos genitales para la procreación de los hijos como de todos los demás, al albedrío de la voluntad.

Engendrara, pues, el varón y concibiera la mujer cuando fuera y cuanto fuera menester con los órganos genitales, movidos por la voluntad y no estimulados por el apetito torpe. Porque no sólo movemos á nuestro albedrío los miembros que tienen sus músculos y huesos, como son los pies, las manos y los dedos, sino que también los que constan de blandos nervios cuando queremos, los movemos sacudiendo, y los alargamos extendiendo, y los doblamos torciendo, y los endurecemos encogiendo y apretando, como sucede con los que en la boca y en el rostro mueve la voluntad cuanto puede. Los mismos pulmones que, fuera de las médulas, son las partes más muelles y blandas de todas las interiores, y, por tanto, están guardados y murados en la caverna del pecho para alentar y respirar, para emitir la voz ó para modificarla, á manera de fuelles de fragua ó de órgano, sirven al albedrío y voluntad del que sopla, respira, habla, clama ó canta. Nada diré de los anima-

les que mueven la piel que les cubre, sólo en aquella parte en que sienten algo que les incomoda, y no en las demás, ahuyentando así las moscas que se les paran y hasta haciendo caer los dardos que les clavan. No puede hacer esto el hombre, pero ¿acaso no pudo concederle el Criador á los animales que quiso? Posible fué al hombre dominar á su voluntad sus órganos genitales, facultad que perdió por su inobediencia; porque no era difícil á Dios criarle de manera que no se moviera en su cuerpo sino por su voluntad lo que ahora no se mueve sino por su apetito. Hallamos también en algunos hombres propiedades muy diferentes de las que tienen los demás, propiedades que por su rareza son admirables, haciéndolo voluntariamente con su cuerpo cosas que otros en manera alguna pueden hacer, y que, oyéndolas, apenas las creen; porque hay algunos que mueven las orejas, ó cada una de por sí ó ambas juntas; otros que, sin mover la cabeza, atraen á la frente la piel cabelluda y la retiran cuando quieren; otros que de muchas y varias cosas que comen en cantidad increíble, palpando un poco el estómago, sacan de él lo que quieren, como quien saca objetos de un saco; otros imitan los cantos de las aves ó las voces de los animales y de los hombres, tan perfectamente, que, si no se les vé, es imposible notar la diferencia; otros por abajo, sin vergüenza alguna, ventosean sonora y numerosamente á su albedrío, tanto, que parece que cantan por aquella parte. Yo mismo he visto que sudaba un hombre cuando quería; y cosa notoria es que algunos, cuando quieren, lloran y derraman abundantes lágrimas. Lo más increíble, aunque recientemente lo han visto muchos hermanos nuestros, es que había un clérigo presbítero, llamado Restituto, en la parroquia y distrito de la iglesia Calamense, que cuando quería (y rogábanle que lo hiciese los que deseaban ver por sus ojos aquella ma-

ravilla), al oír las voces fingidas de cualquier hombre que se dolía y lamentaba, de tal manera perdía los sentidos y tan como muerto quedaba tendido, que no sólo no sentía que le movieran y punzaran, sino que algunas veces le quemaban con fuego sin que experimentase dolor alguno, salvo el que después le producía la llaga. La inmovilidad de su cuerpo no era por voluntaria resistencia, sino por insensibilidad, lo cual se advertía porque, como en cuerpo muerto, no se le notaba aliento. Decía, después de volver en sí, que cuando los presentes hablaban alto, oía las voces como desde lejos.

Sirviendo, pues, ahora maravillosamente el cuerpo, fuera del uso natural, en muchos movimientos y afectos á algunas personas, aun en esta vida trabajosa y corruptible, ¿qué razón hay para que no creamos que antes del pecado de la inobediencia y de la pena de la corrupción los miembros humanos pudieron servir y obedecer á la voluntad humana sin ningún apetito torpe para la procreación de sus hijos? Entregó Dios al hombre á sí mismo, porque el hombre dejó á Dios, por amarse á sí mismo. No obedeciendo á Dios, tampoco pudo obedecerse á sí propio, y por ello vino á ser más evidente la miseria, porque el hombre no vive á su gusto. De vivir como quisiera, tuviérase por bienaventurado, y ni aun así lo fuera si viviese torpemente.

CAPÍTULO XXV

De la verdadera bienaventuranza, la cual no se consigue en la vida temporal.

Si lo consideramos con madura reflexion, ninguno sino el que es feliz vive como quiere, y ninguno es bienaventurado sino el justo; y ni aun el mismo justo vive

como quiere si no llega á donde en ninguna manera pueda morir, padecer engaño ni ofensa, y le conste y esté asegurado de que siempre será así; porque esto lo apetece y desea la naturaleza, y no será perfectamente cumplida y bienaventurada sino es consiguiendo lo que se apetece. Mas ahora, ¿qué hombre hay que pueda vivir como quiere, cuando el mismo vivir no está en su mano? Porque él quiere vivir, y es indispensable que muera, ¿ha de vivir como quiera el que no vive todo lo que quiere? Y si quisiere morir, ¿como ha de vivir, á su gusto, el que no quiere vivir? Y si acaso quiere morir, no porque no quiere vivir, sino por vivir mejor después de la muerte, aun así no vive como quiere, sino cuando llegare, muriendo, á lo que quiere. Pero demos que viva como quiere, porque se hizo fuerza y mandó á sí propio el no querer lo que no puede y querer lo que puede, como lo dice Terencio. Supuesto que no puedes hacer lo que quieres, te importa querer lo que puedes». ¿Acaso será bienaventurado, porque con paciencia sufra su miseria? Porque la vida no es bienaventurada si no es la que se desea; y si se ama y se posee, es necesario que se ame con mayor afecto que á todo lo demás, pues por esta se debe desear todo lo demás que se ama; y si se ama tanto cuanto merece ser amada, como no es bienaventurado el que no ama la vida eternamente feliz, cual ella merece, no puede ser que el que así la ame no quiera que sea eterna. Luego será bienaventurada cuando fuere eterna.

CAPITULO XXVI

Que se debe creer que la felicidad de los que vivían en el Paraíso pudo cumplir el débito de la generación sin el apetito vergonzoso.

Así que, vivía el hombre en el Paraíso como quería, entretanto que quería lo que Dios mandaba; vivía gozando de Dios, con cuyo bien era bueno; vivía sin mengua ó necesidad de cosa alguna, y así tenía en su potestad el poder vivir siempre. Abundaba la comida porque no tuviese hambre, la bebida porque no tuviese sed. Tenía á mano el árbol de la vida porque no le menoscabase la senectud, ni había género de corrupción en su cuerpo, ni por el cuerpo sentía alguna especie de molestia, no había enfermedad alguna en lo interior, ni en lo exterior temía herida alguna, gozaba de perfecta salud en el cuerpo, y de cumplida tranquilidad y paz en el alma; y así como en el Paraíso no hacía frío ni calor, así para los que en él vivían no había objeto que, por deseado ó temido, alterase su buena voluntad. No había cosa melancólica y triste, nada vanamente alegre. El verdadero gozo se iba perpetuando con la asistencia de Dios, á quien amaban con ardiente caridad, con corazón puro, con ciencia buena y fe no fingida, y entre los casados se conservaba fielmente la sociedad indisoluble por medio del amor casto. Había una concorde vigilancia del alma y del cuerpo y una observancia exacta del divino precepto, sin fatiga. No existía cansancio que molestase al ocio, ni sueño que oprimiese contra la voluntad, donde había tanta comodidad en las cosas y tanta felicidad en los hombres. Dios nos libre de sospechar que no pudieron engendrar sus hijos sin intervención de la torpeza del apetito, sino que aquellos miem-

bros se movieran al albedrío de la voluntad como los demás; y sin ningún lividinoso estímulo del ardor carnal, con grande tranquilidad del alma y del cuerpo, sin corrupción alguna de la integridad, conociera carnalmente el marido á la mujer. Pues no porque no se puede probar por experiencia, no debe creerse que cuando aquellas partes del cuerpo no las moviera el calor turbulento, sino la voluntad espontánea, dejaría de usarlas como fuera menester; no por eso, repito, no debe creerse que pudo entonces acomodarse en el útero de la esposa, salva la integridad del vaso de la mujer, el semen del varón, como puede ahora, salva dicha integridad, salir del útero de la doncella el flujo menstruo de la sangre, pues por el mismo camino podía entrar lo uno que salir lo otro. Porque así como para parir relajara y abriera las entrañas de la mujer, no el gemido del dolor, sino el impulso de la madurez y sazón del parto, así para concebir y dejar en cinta juntaría ambas naturalezas, no el apetito voluptuoso, sino el uso voluntario. Hablamos de cosas que ahora son vergonzosas, y por eso aunque conjeturamos como podemos la manera que pudieran ser antes de que nos diera vergüenza, con todo, es necesario que refrenemos nuestra disputa con el pudor que nos revoca y retira, que no que la alentemos y ayudemos con nuestra escasa elocuencia. Porque como lo que digo no lo experimentaron ni aun los mismos que lo pudieran experimentar (porque como se anticipó el pecado, merecieron que los desterrasen del Paraíso antes de que se uniesen con voluntad tranquila á la obra de la generación) ¿cómo ahora que referimos estas cosas ha de ocurrir al sentido humano sino la experiencia del turbado y torpe apetito, y no la conjetura de aquella voluntad quieta y plácida? De aquí que el rubor contenga nuestra lengua, aunque no le falten razones al discurs-

so del entendimiento; con todo eso, al sumo Dios todopoderoso, y al Criador sumamente bueno de todas las naturalezas, que ayuda y remunera las buenas voluntades y da de mano y condena las malas, y ordena y dispone de las unas y de las otras, no le faltó traza y consejo como poder cumplir el número determinado de los ciudadanos que tenía él predestinado en su sabiduría para su ciudad, aun del linaje condenado de los hombres; no diferenciándolos por anteriores méritos, supuesto que toda la masa, como en raíz dañada y corrupta, quedó condenada, sino escogiéndolos con su gracia y mostrando á los libertados la merced que les hace, no sólo por el bien de la libertad propia, sino también por la miseria de los no libertados; pues conoce cada uno que ha escapado de los males por la bondad, no debida, sino graciosa, cuando se ve libre de la compañía de aquellas personas con quienes con justa razón pudiera comúnmente padecer la pena. ¿Por qué, pues, no había de criar Dios á los que sabía ya que habían de pecar, pues que podía manifestar en ellos y por ellos lo que merecía su culpa y lo que les concedía por su gracia; pues siendo Dios el Criador y dispensador, el perverso desorden de los delincuentes no podía pervertir el orden recto del universo?

CAPÍTULO XXVII

De los pecadores, así ángeles como hombres, cuya perversidad no perturba á la Providencia divina.

Por tanto, no pueden practicar acción alguna los pecadores, así los ángeles como los hombres, por la que puedan impedir, *magna opera Domini, exquisita in omnes*

voluntates ejus: «las obras grandes de Dios, cuya razón pende de sola su voluntad»: porque el que con su providencia y omnipotencia distribuye á cada cosa lo que la pertenece, no sólo sabe usar bien de los bienes, sino también de los males; y así, usando bien Dios del ángel malo, que por el mérito de la primera voluntad mala se condenó, obstinó y endureció de manera que ya no puede tener buena voluntad; ¿por qué razón no había de permitir que fuese tentado por él el primer hombre, al que había criado recto, esto es, de buena voluntad? Supuesto que estaba dispuesto de modo que si confiaba en la ayuda de Dios, el hombre bueno viniera á vencer al ángel malo; y si, agradándose á sí propio con soberbia, dejaba á Dios su Criador y auxiliador, había de ser vencido; teniendo el mérito bueno en la voluntad recta favorecida de Dios, y el malo en la voluntad perversa desamparando á Dios; pues aunque esto mismo, que es confiar en la ayuda de Dios, no le era posible sin la ayuda de Dios, no por eso dejaba de estar en su potestad el apartarse, agradándose á sí propio de estos beneficios de la divina gracia. Porque así como no está en nuestra mano el vivir en este cuerpo sin la ayuda de los elementos, y está en nuestra potestad no vivir en él, como lo hacen los que se matan, así no estaba en nuestra potestad el vivir bien en el cuerpo sin el favor de Dios, aun en el Paraíso; pero estaba en nuestra facultad el vivir mal, aunque con condición de que no había de permanecer la bienaventuranza, sino que había de sobrevenirnos la condigna pena y castigo. Así que, no ignorando Dios esta caída que había de dar el hombre, ¿por qué motivo no le había de dejar tentar por la malignidad del ángel envidioso? Aunque en ningún modo estuviese incierto de si había de ser vencido, sino previendo y sabiendo ya entonces que este mismo demonio sería vencido por

la generación y descendencia del hombre, ayudada de su gracia con mayor gloria de los santos: y así se hizo, que ni á Dios se le escondió cosa alguna de las futuras, ni por su presciencia compelió á pecar á nadie; y manifestó con la experiencia á la criatura racional, angélica y humana la diferencia que hay entre la propia presunción de cada uno y entre su defensa y amparo; porque ¿quién se atreverá á creer ó decir que no estuvo en la potestad de Dios el que no cayese ni el ángel ni el hombre? Pero más quiso no quitarles tal libertad á su albedrío, manifestando de esta manera cuánto mal podía traer la soberbia de ellos, y cuánto bien su divina gracia.

CAPÍTULO XXVIII

De la calidad de las dos ciudades, terrena y celestial.

Así que, dos amores fundaron dos ciudades, es á saber: la terrena el amor propio hasta llegar á menospreciar á Dios, y la celestial el amor á Dios hasta llegar al desprecio de sí propio. La primera puso su gloria en sí misma, y la segunda en el Señor; porque la una busca que le den honor y gloria los hombres, y la otra estima por suma gloria á Dios, testigo de su conciencia: aquélla, estribando en su vanagloria, ensalza su cabeza, y ésta dice á su Dios: *gloria mea, et exaltans caput meum*, «vos sois mi gloria y el que ensalzais mi cabeza»: aquélla reina en sus príncipes ó en las naciones á quienes sujetó la ambición de reinar; en ésta unos á otros se sirven con caridad, los directores aconsejando y los súbditos obedeciendo; aquélla en sus poderosos ama su propio poder; ésta dice á su Dios: *diligan te Domine*,

virtus mea, «á vos, Señor, tengo de amar, que sois mi virtud y fortaleza»; y por eso en aquélla sus sabios, viviendo según el hombre, siguieron los bienes, ó de su cuerpo, ó de su alma, ó los de ambos; y los que pudieron conocer á Dios, *non ut Deum honoraverunt, vel gratias egerunt; sed evanuerunt in cogitationibus suis, et obscuratum est insipiens cor eorum. Dicentes enim se esse sapientes, stulti facti sunt, et inmutaverunt gloriam incorruptibilis hominis, et volucrum, et quadrupedum, et serpentum*: «no le dieron la gloria como á Dios, ó se le mostraron agradecidos, sino que dieron en vanidad con sus imaginaciones y discursos, y quedó en tinieblas su necio corazón; porque, teniéndose por sabios, quedaron tan ignorantes que trocaron y transfirieron la gloria que se debía á Dios eterno é incorruptible por la semejanza de alguna imagen, no sólo de hombre corruptible, sino también de aves, de bestias y de serpientes»: porque la adoración de tales imágenes y simulacros, ó ellos fueron los que la enseñaron á las gentes, ó ellos mismos siguieron é imitaron á otros, *et coluerunt atque servierunt creature, potius quam Criatori, qui est benedictus in sæcula*, «y adoraron y sirvieron antes á la criatura que al Criador, que es bendito por los siglos de los siglos». Pero en esta ciudad no hay otra sabiduría humana sino la verdadera piedad y religión con que rectamente se adora al verdadero Dios, esperando por medio de la amable compañía de los santos, no sólo de los hombres, sino también de los ángeles: *ut sit Deus omnia in omnibus*, «que sea Dios todo en todos.»



LIBRO DÉCIMOQUINTO

CAPÍTULO I

De dos géneros de hombres que caminan á diferentes fines.

Acerca de la felicidad del Paraíso ó del mismo Paraíso, y de la especie de vida que en él hicieran los primeros hombres, de su pecado, pena y condigno castigo, opinaron variamente muchos escritores y dijeron y escribieron con bastante extensión sobre el particular. Nosotros asimismo hemos disputado en los libros precedentes sobre este mismo asunto según lo que resulta de las sagradas letras, ó lo que hemos leído en ellas, y de su lección y meditación hemos podido entender, conformándonos con su autoridad: de las cuales, si quisieramos desmenuzarlas é investigarlas con más particularidad, resultarían ciertamente muchas y varias cuestiones, siendo indispensable llenar con ellas muchos más libros de los que exige esta obra, y la cortedad de tiempo de que disfrutamos; el cual, por ser tan escaso, nos impide detenernos en el examen de todas las dudas y objeciones que pueden ponernos los ociosos y nimiamente escrupulosos, quienes son más prontos á preguntar que capaces para entender. Sin embargo, soy de sentir que quedan plenamente satisfechas y comprobadas las cuestiones más arduas, espinosas y dificultosas que se citan acerca del principio ó fin del

mundo, ó del alma, ó del mismo linaje humano, al cual hemos distribuído en dos géneros, el uno de los que viven según el hombre, y el otro según Dios: y á esto llamamos también místicamente dos ciudades, es decir dos sociedades ó congregaciones de hombres, de las cuales la una está predestinada para reinar eternamente con Dios, y la otra para padecer eterno tormento con el demonio, y esto es el fin principal de ellas, del cual trataremos después. Más ahora, porque de su nacimiento y origen (ya haya sido en los ángeles, cuyo número específico ignoramos, ó en los dos primeros hombres) hemos raciocinado lo bastante; me parece que ya es ocasión de tratar de su discurso y progresos, principiando desde que los hombres empezaron á engendrar, hasta que los tiempos en que dejarán de procrear: porque todo este siglo en que se van los que mueren y suceden los que nacen, es el discurso y progreso de estas dos ciudades de que tratamos. El primero que nació de nuestros primeros padres fué Caín (1), que pertenece á la ciudad de los hombres, y después Abel, que pertenece á la ciudad de Dios; pues así como vemos en el primer hombre (2), según expresión del Apóstol, «que no fué primero en él lo espiritual, sino lo que es animal, y después lo espiritual»: porque nace de raíz corrupta, primero es fuerza que por causa del pecado de Adán sea malo y carnal, y si, renaciendo en Cristo le cupiere mejor suerte, después viene á ser bueno y espiritual. Así en todo el linaje humano, luego que estas dos ciudades, naciendo y muriendo, comenzaron á discurrir, primero nació el ciudadano de este siglo, y después de él el que es peregrino en la tierra y que pertenece á la

(1) *Génesis*, cap. IV.

(2) San Pablo, I ep. á los Corintios, cap. XV. *Non primum, quod spirituale est, sed quod animale, postea quod spirituale.*

ciudad de Dios, predestinado por la gracia, elegido por la gracia, y por la gracia peregrino en el mundo, y por la gracia ciudadano del cielo. En lo respectivo á su naturaleza nació de la misma masa, que originalmente estaba toda inficionada y corrupta; pero Dios, «como insigne alfarero (esta semejanza trae muy á propósito el apóstol), hizo de una misma masa un vaso destinado para objetos de estimación y aprecio, y otro para cosas viles» (1). Sin embargo, primeramente se hizo el vaso para destinos humildes y despreciables, y después el otro para los preciosos y grandes; porque aun en el mismo primer hombre, como insinué, primero es lo réprobo y malo, de donde es indispensable que principiemos, y en donde no es necesario que nos quedemos, y después es lo bueno, en donde, aprovechando espiritualmente, caminemos, y á donde llegando nos quedemos. Por lo cual, aunque no todo hombre malo será bueno, no obstante, ninguno será bueno que no haya sido malo; pero cuanto más breve se muda en lo mejor, tanto más conseguirá que el nombren con el dictadode aquello que aprendió y alcanzó, y con el nombre último encubre lo primero. Así que dice la Sagrada Escritura de Caín que fundó una ciudad; pero Abel, como peregrino, no la fundó, porque la ciudad de los santos es soberana y celestial, aunque produzca en la tierra los hijos, en los cuales es peregrina hasta que llegue el tiempo de su reino, cuando lleguen á juntarlos todos, resucitando con sus cuerpos, y entonces se les entregará el reino prometido (2), donde, con su príncipe, rey de los siglos, reinarán sin fin para siempre.

(1) San Pablo, ep. á los Roman., cap. IX. *Tanquam figulus ex eodem massa fecit aliud vas in honorem, aliud in contumeliam.*

(2) San Mateo, cap. XXV.

CAPÍTULO II

De los hijos de la carne, y de los hijos de promisión.

Una verdadera sombra de esta ciudad, y una imagen profética, más para significárnosla que para ponerla y hacérnosla realmente presente, fué la que sirvió en la tierra cuando convino que se demostrase y llamase también ciudad santa, por el mérito de la imágen que significa, y no de la expresa verdad, como ha de venir á ser. De esta sombra ó imagen que decimos, y de aquella ciudad libre, cuya sombra es, dice el apóstol de este modo escribiendo á los Galatas (1): «respondedme; ¿los que queréis vivir bajo de la ley, no habéis oído lo que dice la ley? Según refiere la Sagrada Escritura (2), Abraham tuvo dos hijos, el uno habido en una esclava, y el otro en su mujer legítima y libre, pero el habido en la esclava nació según la carne, esto

(1) San Pablo, ep. á los Galat., cap. IV. *Dicite mihi sub lege volentes esse, legem non audistis? Scriptum est enim quod Abraham duos filios habuit, unum de ancilla, et unum de libera. Sed ille quidem qui de ancilla, secundum carnem natus est: qui autem de libera per repromissionem: quæ sunt in allegoria. Hæc enim sunt duo testamenta; unum quidem à monte Sina in servitute generans, quod est Agar. Sina enim est mons in Arabia, qui conjunctus est huic, quæ nunc est Jerusalem: servit enim cum filiis suis. Quæ autem sursum est Jerusalem, libera est, quæ est mater nostra. Scriptum est enim, Lætare, sterilis, quæ non paris, erumpe, et clama, quæ non parturis; quoniam multi filii desertæ, magis quam ejus quæ habet virum. Nos autem, fratres, secundum Isaac promissionis filii sumus. Sed sicut tunc qui secundum carnem natus fuerat, persequeretur eum qui secundum spiritum: ita et nunc. ¿Sed quid dicit Scriptura? Ejice ancillam, et filium ejus, non enim hæres erit filius ancillæ cum filio liberæ. Nos autem, fratres non sumus ancillæ filii, sed liberæ, qua libertate Christus nos liberavit.*

(2) Génesis, cap. XX.

es, según el curso natural, sin milagro ó promesa, de joven y fecunda, y el habido de la mujer libre, fuera del común órden de la naturaleza, nació de vieja y estéril por virtud de la divina promesa, lo cual, fuera de la letra, lo debemos entender en sentido espiritual ó alegóricamente. Veamos, pues, qué nos quieren dar á entender en sentido alegórico las dos madres y los dos hijos; las dos madres, pues, nos significan dos Testamentos y dos Iglesias, el Testamento Viejo y la antigua sinagoga de los judíos, y el Testamento Nuevo y la nueva iglesia; de aquél nació un pueblo sujeto á la servidumbre de la ley, y de éste otro pueblo por la fe de Jesucristo, libre de la carga y peso de la ley: el uno empezó en el monte Sina, que engendra los hijos siervos, que es lo que significa Agar: porque Sina es un monte en Arabia, que confina con la que ahora se llama en la tierra Jerusalén, porque sirve con todos sus hijos y vecinos; pero la Jerusalén que está en lo alto es la libre, esposa legítima y madre nuestra, que es lo que nos significa Sara, de la cual estaba profetizado por Isaías, viendo concurrir la multitud de varias gentes y naciones á oír el Evangelio de Jesucristo: alégrate ¡oh Iglesia de las gentes! la que te llamaban ya estéril y que no parías hijos á Dios; prorrumpes en voces de alegría y clama, la que no parías, porque tu Iglesia y congregación de las gentes, que parecía estéril y desamparada por haber dejado á tu Dios; en volviéndote á él has de tener más hijos que la antigua sinagoga, que tenía ley y estaba desposada con ella. Ved aquí dos madres y dos hijos, cabezas de dos gentes y dos pueblos; los que todavía están pertinaces en la ley mosaica, pertenecen á Ismael, habido en la esclava; pero nosotros, hermanos, todos somos hijos de promisión y pertenecemos á Isaac, que nació de la libre, no según el órden de la carne, sino en virtud de la divina promesa. Y más aun

que en esto, concuerda muy á propósito la alegoría en que, así como entonces el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido milagrosamente en virtud de la divina promesa, así sucede ahora. ¿Pero qué dice la Sagrada Escritura? (1) «Echa de casa á la esclava y á su hijo, esto es, al judío con su madre la Sinagoga, porque no ha de entrar en la herencia el hijo de la esclava con el hijo de la esposa libre y legítima (esto es, el judío carnal con el cristiano fiel y espiritual). Nosotros, hermanos, no somos hijos de la esclava, sino de la libre, lo cual debemos á Cristo, que nos puso en libertad.» Esta forma de inteligencia que nos enseña la autoridad apostólica, nos abre camino para saber cómo hemos de entender la Sagrada Escritura, que está distribuída en dos Testamentos, Viejo y Nuevo, porque una parte de la ciudad terrena vino á ser imágen de la ciudad celestial, no significándose á sí, sino á ésta, y por tanto sirviéndola; porque no fué instituída por amor de sí misma, sino para significar á la otra; y con otra precedente significación esta misma que fué figura, fué también ella figurada; pues Agar, la esclava de Sara y su hijo fueron una imagen de esta imagen. Y porque habían de pasar y cesar las sombras en viniendo la luz, dijo Sara la libre, la que significaba la ciudad libre, á quien, para significarla de otro modo, le servía también aquella sombra: «echa á la esclava y á su hijo, porque no ha de ser heredero el hijo de la esclava con mi hijo Isaac», lo que llama el apóstol, con el hijo de la libre. Así que hallamos en la ciudad terrena dos formas, una que nos muestra su presencia, y otra que sirve con su presencia para significarnos la ciudad celestial. A los ciudadanos de la ciudad terrena los pare y produce la naturaleza corrupta con el pecado;

(1) *Génesis*, cap. XXI.

pero á los ciudadanos de la ciudad celestial los pare la gracia, libertando á la naturaleza del pecado; y así los unos se llaman vasos de ira, y los otros vasos de misericordia. Esto mismo se nos significa también en los dos hijos de Abraham, que el uno, que es Ismael, nació naturalmente según la carne, de la esclava llamada Agar; pero el otro, que es Isaac, nació milagrosamente, según la divina promesa, de Sara, que era libre. Uno y otro fueron hijos de Abraham; pero al uno le engendró el curso ordinario, mostrándonos la naturaleza, y al otro le produjo la promesa, significándonos la gracia: en el uno se manifiesta la costumbre y uso humano, y en el otro se nos recomienda el beneficio divino.

CAPÍTULO III

De la esterilidad de Sara, á la cual hizo fecunda la divina gracia.

Porque Sara era estéril y sin esperanza de tener hijos en el orden físico y natural. Deseando siquiera tener de su esclava lo que de sí advertía no podía, dióselo para este efecto á su marido, de quien había deseado parir y no lo había conseguido. Así que de esta manera pidió el débito á su marido, usando de su derecho en el vientre ajeno. Nació, pues, Ismael como nacen los hombres, mezclándose uno y otro sexo conforme á la ley y curso ordinario de la naturaleza; y por eso dijo la Escritura, según la carne, no porque estos beneficios no sean de Dios, ó porque aquello, esto es, la generación, no lo haga Dios, cuya sabiduría, como insinúa el sagrado texto (1),

(1) Sap. cap. VIII *Attingit á fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter.*

«con fortaleza toca de fin á fin, y con suavidad dispone todas las cosas»; sino que donde convino significarnos cómo la gracia concede gratuitamente á los hombres el don de Dios, que no nos es debido, fué necesario dar el hijo como no lo da el curso ordinario de la naturaleza; pues la naturaleza niega ya los hijos al ayuntamiento de hombre y mujer, cual podía haberle entre Abraham y Sara, agregándose también á aquella edad la esterilidad de la mujer, la cual no podía parir entonces cuando le faltaba, no edad á la fecundidad, sino fecundidad á la edad. No debiéndose por ello á la naturaleza que se hallaba en esta disposición el fruto de la posteridad, significa que la naturaleza humana corrompida con el pecado, y con justa causa condenada, no merecía desde entonces gracia que se asemejase á la verdadera felicidad.

Así muy bien nos significa Isaac, nacido en virtud de la divina promesa, los hijos de la gracia, los ciudadanos de la ciudad libre, los compañeros de la paz eterna, donde hay amor, no de la voluntad propia y en cierto modo particular, sino el amor que gusta del bien común é inmutable, y que, de muchos, hace un corazón; esto es, la obediencia del amor, reducida ya á una suma y perfecta concordia.

CAPÍTULO IV

De la guerra ó paz que tiene la ciudad terrena.

Pero la ciudad terrena, que no ha de ser sempiterna, porque cuando estuviere condenada á los últimos tormentos no será ciudad, en la tierra tiene cierto bien

suyo, con cuya compañía se alegra en la forma que puede ser alegría la de tales cosas; y por que no es tal este bien, que libre y excuse de angustias á sus amadores, por eso esta ciudad de ordinario anda desunida y dividida entre sí con pleitos, guerras y batallas, procurando alcanzar victorias, ó mortales, ó á lo menos efímeras; pues por cualquiera parte suya que se quiere levantar haciendo guerra contra la otra parte suya, pretende ser victoriosa y triunfadora de las gentes, siendo cautiva y esclava de los vicios; y si, cuando vence, se vuelve arrogante y soberbia, también así es mortal. Pero si considerando la condición y los casos comunes se aflige más con las cosas adversas que le pueden suceder, que se alegra y regocija con las prosperas que le acontecieron, solamente entonces será ventajosa esta victoria, aunque no podrá, por no ser eterna, dominar siempre á aquellos que pudo sujetar venciendo. Pero no será acertado decir que no son bienes los que apetece esta ciudad, puesto que, en su género, ella misma es un bien, y más excelentes que aquellos otros bienes. Para gozar de éstos desea cierta paz terrena y con tal fin promueve la guerra. Si venciere y no hubiere quien resista, habrá paz, la que no tenían los partidos que entre sí se contradecían y peleaban con miserable mengua y necesidad por las cosas que juntamente no podían tener. Esta paz pretenden las molestas y ruinosas guerras, ésta alcanza la que se estima por gloriosa victoria, y cuando vencen los que tenían causa justa, ¿quién duda que fué digna de parabién la victoria, y que sucedió la paz que se pudo desear? Estos son bienes y sin duda dones de Dios son; pero si, sin hacer caso de los mejores que pertenecen á la ciudad soberana, donde habrá segura victoria en eterna y constante paz, se desean estos bienes; de manera que, ó entiendan que son solos, ó los amen y quieran más que los que

entienden que son mejores, necesariamente resultarán de ello miserias ó se acrecentarán las que ya existan.

CAPÍTULO V

El primer autor y fundador de la ciudad terrena fué fratricida.

Caín, el primer fundador de la ciudad terrena, fué homicida de su hermano, porque vencido de la envidia mató á Abel, ciudadano de la ciudad eterna, que era peregrino en esta tierra, por lo cual nadie debe admirarse que de tanto tiempo después, en la fundación de aquella ciudad que había de llegar á ser cabeza de esta ciudad terrena de que vamos hablando, y la que había de ser señora y reina de tantas gentes y naciones, haya correspondido á este primer dechado que los griegos dicen archétypo, con una imagen de su traza y género; porque también allí, como lo dice un poeta refiriendo la misma desventura, «con la sangre fraternal se regaron las murallas que primeramente se construyeron en aquella ciudad», porque de este modo se fundó Roma cuando Rómulo mató á su hermano Remo, según lo refiere la historia romana. Ambos eran ciudadanos de la ciudad terrena, y los dos pretendían la gloria de la fundación de la República Romana; pero ambos juntos no podían tenerla tan grande como la tuviera uno solo, porque el que quería la gloria del dominio y señorío, menos señorío sin duda tuviera si, viviendo el socio en el gobierno, se enervara su potestad, y por eso para poder tener uno todo el mando y señorío desembarazóse quitando la vida al compañero, y empeorando con esta impía maldad, lo que con inocencia fuera menor y mejor. Mas los hermanos Caín y Abel no

tenían entre sí ambición, como los otros, por las cosas terrenas; ni en esto tuvo envidia el uno del otro, temiendo el que mató al otro que su señorío se disminuyese, pues ambos reinaran y fueran señores.

Abel no pretendía señorío en la ciudad que fundaba su hermano, y éste le mató por la diabólica envidia que apasiona á los malos contra los buenos, no por otra causa sino porque son buenos y ellos malos, mediante á que de ningún modo se atenúa la posesión de la bondad porque con su poseedor concurra ó permanezca también otro en ella, antes la posesión de la bondad viene á ser tanto más anchurosa cuanto es más concorde el amor individual de los que la poseen. En efecto; no podrá disfrutar esta posesión el que no quiere que comúnmente todos gocen de ella, y tanto más amplia y extensa la hallará cuanto más ampliamente amare y deseare en ella compañía, así que lo que aconteció entre Remo y Rómulo nos manifiesta cómo se desune y divide contra sí misma la ciudad terrena; y lo que sucedió entre Caín y Abel nos hizo ver la enemistad que hay entre las mismas dos ciudades, entre la de Dios y la de los hombres. Sostienen entre sí guerra los malos con los malos, y asimismo debaten entre sí los buenos y los malos, pero los buenos con los buenos, si son perfectos, no pueden traer guerra entre sí. Pero los proficientes, los que van aprovechando y no son aun perfectos, pueden también pelear entre sí, como un hombre puede no estar de acuerdo consigo mismo; porque aun en un mismo hombre «la carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne» (1); así que la concupiscencia espiritual puede pelear contra la carnal como pelean entre sí los buenos y los malos, ó á lo

(1) San Pablo, ep. á los Galat., cap. V. *Caro concupiscit adversus spiritum, et spiritus adversus carnem.*

menos las mismas concupiscencias carnales entre sí de dos buenos que no son aun perfectos, como pelean entre sí los malos con los malos, hasta que llegue la sanidad de los que se van curando á conseguir la última victoria.

CAPÍTULO VI

De los achaques que padecen también en la peregrinación de esta vida por la pena del pecado los ciudadanos de la ciudad de Dios, de los cuales se libran y sanan curándolos Dios.

Porque es indisposición y dolencia mortal la inobediencia de que disputamos en el libro XIV, que nos quedó en castigo de la primera desobediencia, pena que no sufrimos por naturaleza, sino por vicio de la voluntad, aconseja el apóstol (1) á los buenos que van aprovechando en la virtud y que viven con fe y esperanza en esta peregrinación terrenal; «ayudaos unos á otros á llevar vuestras cargas, y de esta manera observaréis puntualmente la ley de Jesucristo». Asimismo en otro lugar les dice (2): «corregid á los inquietos, consolad á los pusilánimes, ayudad y alentad á los flacos, y sed con todos pacientes y sufridos; mirad que ninguno vuelva mal por mal». Igualmente en otro lugar añade (3): «si cayere alguno en algún delito, vosotros los

(1) San Pablo, ep. á los Galat., cap. VI. *Invicem onera vestra portate, et sic adimplebitis legem Christi.*

(2) San Pablo, I ep. á los Thesalonicenses, cap. II. *Corripite inquietos, consolamini pusillanimes, suscipite infirmos, patientes stote ad omnes. Videte ne quis malum pro malo alicui reddat.*

(3) San Pablo, ep. á los Galat., cap. VI. *Si prœoccupatus fuerit homo in aliquo delicto, vos qui spirituales estis, instruite hujus modi in spiritu mansuetudinis, intendens te ipsum, ne et tu tenteris.*

que fuereis más espirituales, procurad remediar á este con espíritu de mansedumbre, considerándose cada uno á sí propio; no caigas tú también en la tentación». Y en otra parte: *sol non occidat super iracundiam vestram*: «no se ponga el sol y os anochezca estando enojados y durando el rencor y la cólera». Y en el Evangelio (1): «si peccare contra ti tu hermano, corrígelo entre ti y él á solas». Asimismo de los pecados en que se pretende evitar el escándalo de muchos, dice así el apóstol (2): «á los que pecan repréndelos públicamente delante de todos, para que los demás se recaten y teman». Por eso sobre el perdonarnos mutuamente las ofensas también nos da saludables consejos, recomendándonos con tanto cuidado la paz, «sin la cual ninguno podrá ver á Dios» (3). A cuya doctrina viene muy al caso aquel terror y espanto que excita en nuestros corazones cuando contemplamos que se ordena al otro siervo devolver la deuda de los diez mil talentos que le habían ya perdonado, porque él no remitió la deuda de cien denarios á su consiervo y compañero. Y habiendo propuesto este símil, añadió el buen Jesús y dijo: «así también lo hará vuestro Padre celestial con vosotros, si no perdonare cada uno de corazón á su hermano». De este modo se van curando los ciudadanos de la ciudad de Dios que peregrinan como pasajeros en esta terrena, y suspiran por la paz imperturbable de la soberana patria; y el Espíritu Santo va obrando interiormente en ellos para que aproveche algún tanto la medicina que exteriormente se les aplica; porque de otro modo, aun-

(1) San Mateo, cap. XVIII. *Si peccaverit in te frater tuus, corripe eum inter te ipsum solum,*

(2) San Pablo, I. ep. á Timoth., cap. V. *Peccantes coram omnibus argue; ut et cæteri timorem habeant.*

(3) San Pablo, ep. á los hebreos, cap. XII. *Sine qua nemo poterit videre Deum.*

que el mismo Dios, por medio de la criatura que le está sujeta, hable y predique en especie humana á los sentidos corporales, ya sean los del cuerpo, ó los que se nos ofrecen muy semejantes á estos en sueños, si deja Dios de gobernar el espíritu con su interior gracia, no hace impresión en el hombre ninguna verdad que le prediquen. Y suele Dios hacerlo así, distinguiendo los vasos de ira de los vasos de misericordia con la dispensación que sabe, aunque muy oculta, pero muy justa; porque ayudándonos su Divina Majestad de un modo admirable y secreto cuando el pecado que habita en nuestros miembros (que mejor podemos llamarle pena del pecado) como lo prescribe el apóstol (1): «no reina en nuestro cuerpo mortal para obedecer á sus apetitos y deseos», ni le damos nuestros miembros para que le sirvan como de armas para la maldad, nos convertimos al espíritu que, gobernándole Dios, no consiente, con su auxilio, en cosas malas; y este espíritu le tendrá ahora el hombre, dirigiéndole aquí con más tranquilidad, y después, habiendo ya cobrado eteramente la salud y tomada la posesión de la inmortalidad sin pecado alguno, reinando con paz eterna.

CAPÍTULO VII

De la causa y pertinacia del pecado de Caín, y de que no fué bastante á hacerle desistir de la maldad que había concebido el hablarle Dios.

Por esto mismo, que según nuestra posibilidad hemos declarado, habiendo Dios hablado á Caín de igual modo que acostumbraba hablar con los primeros

(1) San Pablo, ep. á los romanos, cap. VI. *Non regnat in nostro mortali corpore ad obediendum desideriis ejus.*

hombres, por medio de la criatura, como si fuera un compañero suyo, tomando forma competente, ¿qué le aprovechó? ¿Por ventura no puso por obra la maldad que había concebido de matar á su hermano aun después de habérselo avisado Dios? Porque habiendo diferenciado los sacrificios de ambos, mirando á los del uno y desechando los del otro, lo cual indudablemente no pudo menos de conocerlo por alguna señal visible que lo declarase; y habiendo hecho esto Dios porque eran malas las obras de éste y buenas las de su hermano, entristeciéndose grandemente Caín y se le demudó el rostro; pues dice la Sagrada Escritura (1) que le dijo el Señor á Caín: «¿por qué te has entristecido, y por qué se ha caído tu rostro? ¿No ves que si ofreces bien y no repartes bien has caído en pecado? Sosiégate, porque á tí se convertirá él y tú le dominarás». En este aviso que dió Dios á Caín, aquello que dice (2): «¿no ves que si ofreces bien y no repartés bien has pecado?» Porque no está claro á qué fin, ó por qué causa se dijo, de su obscuridad y misterioso énfasis en las expresiones han nacido varios sentidos, procurando los expositores de la Sagrada Escritura declararlo, interpretando cada uno conforme á las reglas seguras de la fe. Porque muy bien y rectamente se ofrece el sacrificio cuando se ofrece á Dios verdadero, á quien sólo se debe el sacrificio; pero no se reparte bien y proporcionadamente cuando no se diferencian bien, ó los lugares, ó los tiempos, ó las mismas cosas que se ofrecen, ó el que las ofrece, ó á quien se ofrecen, ó aquellos á quien la oblación se distribuye

(1) *Génesis*, cap. IV. *Et dixit Dominus ad Cain: ¿Cuare tristis factus es, et quare concidit facies tua? Nonne si recte offeras, rectè autem non divides, peccasti? Quiesce, ad te enim conversio ejus, et tu dominaveris illius.*

(2) *Génesis*, cap. IV. *¿Nonne si recte offeras, rectè autem non divides, peccasti?*

y reparte para comer; de manera que por la división y repartimiento entendamos aquí la discreción, ya sea cuando se ofrece donde no conviene, ó que no conviene allí sino en otra parte, ó cuando se ofrece cuando no conviene, ó lo que no conviene entonces sino en otro tiempo, ó cuando se ofrece lo que en ningún lugar y tiempo se debió ofrecer, ó cuando reserva en sí el hombre cosas más escogidas ó de mejor condición que las que ofrece á Dios, ó cuando la cosa que se ofrece, se comunica y reparte con el profano, ó con otro cualquiera á quien no es lícito. Cuál de estas cosas fué en la que Caín desagradó á Dios, no se puede averiguar fácilmente; pero porque el apóstol San Juan, hablando de estos hermanos, dice: «No como Caín, que no era hijo de Dios, sino del maligno espíritu, y mató á su hermano, ¿y por qué causa le quitó impiamente la vida? Porque sus operaciones eran perversas y detestables, y las de su hermano santas y buenas»: se nos da á entender que no miró Dios á sus oblacones, porque repartía mal, dando á Dios lo peor de sus bienes y reservando para sí los mejores, cual hacen los que, siguiendo, no la voluntad de Dios, sino la suya, esto es, los que viviendo, no con recto, sino con perverso corazón, ofrecen á Dios oblación y sacrificio con que piensan que le obligan, no á que les ayude á sanar de sus perversos apetitos, sino á cumplirlos y llenarlos. Y esto es propio de la ciudad terrena, reverenciar y servir á Dios ó á los dioses para reinar, con su favor, con muchas victorias y en paz terrena, no por amor y caridad de gobernar y mirar por otros, sino por codicia de reinar; porque los buenos se sirven del mundo para venir á gozar de Dios; pero los malos, al contrario, para gozar del mundo se quieren servir de Dios, á lo menos los que creen que hay Dios, ó que cuida de las cosas humanas, porque son mucho peores los que ni aun esto creen.

Viendo, pues, Caín que había mirado Dios al sacrificio de su hermano, y no al suyo, sin duda debía, mudándose, imitar á su virtuoso hermano, y no, ensoberbeciéndose, envidiarle; mas por cuanto se entristeció y decayó su rostro, le reprende principalmente Dios el pecado de la tristeza del bien ajeno, y más del bien de un hermano, porque, reprendiéndole severamente, le preguntó diciendo: «¿por qué motivo te has entristecido y por qué se ha caído tu rostro?» Tenía envidia Caín de su hermano, y esto lo veía Dios y esto era lo que reprendía; pues los hombres que no ven el corazón de su prójimo, bien pudieran dudar y estar inciertos de si aquella tristeza era por el dolor que tenía de su propia malignidad, cuando vió que había desagradado á Dios, ó si era por la bondad con que su hermano agradó á Dios cuando éste miró su sacrificio. Pero dando razón Dios por qué no quiso aceptar su oblación para que antes él se desagradase y se ofendiese de sí propio con razón, que sin razón de su hermano, siendo él injusto porque no repartía rectamente, esto es, no vivía bien, y siendo indigno de que le aceptasen su sacrificio, demuestra y enseña cuán más injusto era en aborrecer sin motivo á su justo hermano. No por eso deja Dios de darle un consejo santo, justo y bueno: «sosiégate, dice, porque á ti se convertirá, más tú serás señor de él». ¿Halo de ser acaso de su hermano? En manera alguna. ¿Pues de quién sino del pecado? Porque había dicho: «¿No ves que has caído en pecado?» Y añade después: «sosiégate, porque á ti se convertirá, y tú serás señor de él».

Puede entenderse también que la conversión del pecado debe ser al propio hombre, para que sepa que no lo debe atribuir á otro alguno cuando peca, sino á sí propio; porque esta es una medicina saludable de la penitencia, y una petición del perdón, no poco conveniente que donde dice: «porque á ti su conversión de él»,

no se entienda *será*, sino *sea*, á modo en fin de precepto, y no de profecía. Porque será cada uno señor del pecado, si no le hiciere señor de sí, defendiéndole, sino se le sujetare haciendo penitencia, pues de otra manera, favoreciéndole al principio le servirá también cuando después impere en su ánimo. Pero para que por el pecado se entienda la misma concupiscencia carnal, de la que dice el apóstol (1) «que la carne apetece contra el espíritu», entre cuyos frutos de la carne comprende también la envidia, que sin duda estimulaba á Caín y le encendía contra su hermano, bien se suple y entiende *será*, esto es, á ti será su conversión, y tú serás señor de él, porque cuando se conmoviera la misma parte carnal, á que llama pecado el apóstol (2), donde dice: «no lo hago yo, sino el pecado que habita en mí»: á cuya parte llaman también los filósofos viciosa, no como quien deba llevarse tras sí al espíritu, sino á quien deba mandar el espíritu, refrenarla y reprimirla, apartándola de las operaciones ilícitas con la razón, cuando esta parte carnal se conmoviere para hacer alguna acción mala, si nos acomodásemos y abrazásemos con el saludable consejo del apóstol (3), «que no demos fuerzas y armemos al pecado con nuestros miembros»: domada y vencida se convierte y vuelve al espíritu para darle la obediencia, y que reine sobre ella la razón. Esto mandó Dios á Caín, que ardía de rencor y envidia contra su hermano, y al que debiera imitar deseaba quitar la vida: «sosiégate, dice, esto es, no pongas las manos en ese pecado (4), no reine él en tu mor-

(1) San Pablo, ep. á los Galat., cap. V. *Caro concupiscit adversus spiritum.*

(2) San Pablo., ep. á los Romanos, cap. VII. *Non ego operor illud, sed quod habitat in me peccatum.*

(3) San Pablo, ep. á los Romanos, cap. VI. *Ne exhibueritis membra vestra arma iniquitatis peccato.*

(4) San Pablo, ep. á los Romanos, cap. VI. *Non regnet pec-*

tal cuerpo, de manera que obedezcas á sus malos deseos y sugerencias, ni les des fuerzas y armas haciendo á tus miembros instrumentos de maldad»; porque á tí será su conversión cuando no le ayudes dándole rienda, sino cuando le refrenares sosegándote, y tú serás señor de él, para que, no dejándole salir con su intento en lo exterior, se acostumbre y habitúe también en lo interior á no moverse, estando bajo la potestad y gobierno del espíritu, que quiere lo bueno. Muy semejante á esto es lo que leemos en el mismo libro del *Génesis* de la mujer, cuando después del pecado, examinando y conociendo Dios de su causa, oyeron las sentencias de su condenación, el demonio en la serpiente, y en sus personas Adán y Eva, porque habiéndole dicho á ella (1) «sin duda que he de multiplicar tus tristezas y dolores, y con ellos parirás tus hijos». Después añadió (2): «y á tu marido será tu conversión, y él será señor de ti»: Lo mismo que dijo á Caín del pecado, ó de la viciosa concupiscencia y apetito de la carne, dice en este lugar de la mujer pecadora, de donde debemos entender que el varón, en el gobierno de su mujer se debe haber como el espíritu en el gobierno de su carne, y por eso dice el apóstol (3): «que el que ama á su mujer á sí propio se ama, porque jamás hubo quien aborreciese su carne». Estas cosas se deben curar y sanar como propias, y no condenarlas como extrañas; pero Caín, como prevaricador, entendió el mandamiento de Dios, por-

catum in tuo mortali corpore, ad obediendum desideriis ejus, nec exhibeas membra tua iniquitatis arma peccato.

(1) *Génesis, cap. III. Multiplicans multiplicabo tristitias tuas, et gemitum tuum, et in tristis paries filius.*

(2) *Génesis, cap. III. Et ad virum tuum conversio tua, et ipse dominabitur tui.*

(3) *San Pablo, ep. á los Ephes., cap. V. Qui diligit exorem suam, se ipsum diligit: nemo enim unquam carnem suam odio habuit.*

que creciendo en él el pecado de la envidia, cautelosamente y á traición mató á su hermano. Tal fué el fundador de la ciudad terrena. Pero de cómo fué Caín figura asimismo de los Judíos que mataron á Cristo, pastor verdadero de las ovejas descarriadas, que son los hombres, y á quien figuraba Abel, pastor de ovejas, que eran bestias; porque en sentido alegórico es cosa de profecía, dejo ahora de referirlo, y me acuerdo que dije lo bastante sobre este asunto en mi libro contra el maniqueo Fausto.

CAPÍTULO VIII

Qué razón hubo para que Caín fundase ciudad al principio del linaje humano.

Ahora parece oportuno defender la historia para que no parezca increíble lo que insinúa la Escritura, que un solo hombre fundó una ciudad en la época en que precisamente no había en todo el orbe habitado más que cuatro, ó, mejor dicho, tres, después que un hermano mató al otro, esto es, el primer hombre, padre de todos, el mismo Caín y su hijo Enoch, de quien tomó su nombre la ciudad. Los que en esto reparan no consideran que el cronista de la sagrada historia no tuvo obligación de referir y nombrar todos los hombres que pudo haber entonces, sino sólo aquellos que pedía el objeto de su obra; porque el fin principal de aquel escritor, por cuyo medio hacía aquel histórico análisis de hechos el Espíritu Santo, fué llegar, por lassu cesiones de ciertas generaciones desde el primer hombre hasta Abraham, y después, por los hijos y descendencia de éste, al pueblo de Dios, en quien, por ser distinto de

las demás naciones, se habían de prefigurar y vaticinar todos los sucesos que en espíritu se preveía que habían de acontecer en aquella ciudad, cuyo reino ha de ser eterno, y á su rey y fundador Jesucristo; pero sin pasar en silencio tampoco lo que fuese necesario referir de la otra sociedad y congregación de hombres que llamamos ciudad terrena, para que de este modo la Ciudad de Dios, cotejada con su adversaria, venga á ser más ilustre y esclarecida.

Así que, como la Sagrada Escritura refiere el número de los años que vivieron aquellos hombres, y concluye diciendo de aquel de quien va hablando que engendró hijos é hijas y que fueron todos los días; que el tal ó el cual vivieron tantos años, y que murió: ¿acaso porque no nombra estos mismos hijos é hijas por eso debemos entender que por tantos años como entonces vivían en la primera edad de este siglo, no pudieron nacer muchos hombres con cuyos enlaces y sociedades se pudieran fundar todavía muchas ciudades? Pero tocó á Dios, con cuya inspiración se escribían estos sucesos, el disponer y distinguir primeramente estas dos compañías con sus diversas generaciones, para que se tejiesen á una parte las generaciones de los hombres, esto es, de los que vivían según el hombre, y á otra las de los hijos de Dios, esto es, de los que vivían según Dios, hasta el Diluvio, donde se refiere la distinción y la unión de ambas sociedades: la distinción, porque se refieren de por sí las generaciones de ambas, la una de Caín, que mató á su hermano, y la otra del otro, que se llamó Seth, porque también éste había nacido de Adán, en lugar del que mató el hermano, esto es, Caín; y la unión porque declinando y empeorando los buenos, se hicieron todos tales que los asoló y consumió con el Diluvio, á excepción de un justo que se llamaba Noé, su mujer, sus tres hijos y sus tres

nueras, cuyas ocho personas merecieron escapar por el auxilio del arca de la sumersión y destrucción universal de todos los mortales. Por ello, pues, de lo que dice la Escritura (1), «que conoció Caín á su mujer, concibió y parió á Enoch, y edificó una ciudad, y llamóla del nombre de su hijo Enoch», no se sigue que hemos de creer que éste fué el primer hijo que engendró, porque no hemos de pensar así porque dice que conoció á su mujer, como si entonces se hubiese juntado la primera vez con ella por la cópula carnal; pues aun del mismo Adán, padre universal del humano linaje, no sólo se dijo esto mismo después de concebido Caín, que parece fué su primogénito, sino que también más adelante dice la Sagrada Escritura (2), «conoció Adán á Eva su mujer, y concibió y parió un hijo, al cual llamó Seth»: de lo que se infiere que acostumbra á hablar así la Escritura, aunque no siempre, cuando se lee en ella que fueron concebidos algunos hombres; pero no precisamente cuando la primera vez se conocieron el varón y la mujer. Ni tampoco es argumento necesario para que opinemos que Enoch fuese primogénito de su padre porque llamó á la ciudad de su mismo nombre, mediante á que no es fuera de propósito que, por alguna causa, teniendo también otros hijos, le amase su padre más que á los otros, pues tampoco Judas fué primogénito de quien tomó nombre la Judea y los judíos sus moradores. Y aunque el fundador de aquella ciudad tuviese este hijo, el primero de todos, no por eso debemos pensar que puso su nombre á la ciudad que fundó cuando nació, supuesto que tampoco uno solo pudo

(1) *Génesis*, cap. IV. *Et cognovit Cain uxorem suam, et concipiens peperit Enoch, et erat ædificans civitatem in nomine filii sui Enoch.*

(2) *Génesis*, cap. V. *Cognovit Adam uxorem suam Evam, et concepit, et peperit filium, et nominavit nomen illius Seth.*

entonces fundar aquella ciudad (que no es otra cosa que una multitud de hombres coligada entre sí con cierto vínculo de sociedad), sino que, creciendo la fama de aquel hombre en tanto número, que tuviese ya cantidad considerable de vecinos, pudo entonces efectivamente suceder que fundase una ciudad, y que á la fundada la pusiese el nombre de su primogénito; porque era tan larga la vida de aquellos hombres, que de los que allí se refieren, cuyos años se omiten, el que menos vivió antes del Diluvio llegó á setecientos cincuenta y tres años, porque muchos pasaron de novecientos, aunque ninguno llegó á mil. ¿Quién hay que pueda dudar que en vida de un hombre se pudo multiplicar tanto el linaje humano que no hubiese gente con que se fundase, no una, sino muchas ciudades? lo cual podemos conjeturar fácilmente, supuesto que de solo Abraham, en poco más de cuatrocientos años, creció tanto el número de la nación hebrea, que cuando salió aquel pueblo de Egipto se refiere que hubo seiscientos mil hombres jóvenes que podían tomar las armas, sin contar la gente de los idumeos, que no pertenece al pueblo de Israel, la que engendró su hermano Esaú, nieto de Abraham, y otras naciones que descendieron del linaje del mismo Abraham, y no por vía de su mujer Sara.

CAPÍTULO IX

De la vida larga que tuvieron los hombres antes del Diluvio, y de cómo era mayor la estatura de los cuerpos humanos.

Todo el que prudentemente considerare las cosas, comprenderá que Caín no sólo pudo fundar una ciudad, sino que la pudo también fundar muy grande en el

tiempo que duraba tanto la vida de los hombres, aunque alguno de los incrédulos é infieles quiera disputar acerca del dilatado número de años que según nuestros autores vivieron entonces los hombres, y diga que á esto no debe darse crédito. Porque tampoco creen que fué mucho mayor en aquella época la estatura y grandeza de los cuerpos de lo que son ahora, y, sin embargo, su nobilísimo poeta Virgilio, hablando de una grandísima peña que estaba fijada por mojón ó señal de término en el campo, la cual en una batalla un valeroso varón de aquellos tiempos la arrebató, corrió con ella y la arrojó, dice: que «doce hombres escogidos según los cuerpos humanos que produce el mundo en nuestros tiempos apenas la hicieran perder tierra», significándonos que hubo tiempo en que acostumbraba la tierra á producir mayores cuerpos. ¡Cuánto más sería en los tiempos primeros del mundo, antes de aquel insigne y celebrado Diluvio! En lo tocante á la grandeza de los cuerpos, suelen convencer y desengañar muchas veces á los incrédulos las sepulturas que se han descubierto con el tiempo, ó por las avenidas de los ríos, ó por otros varios acontecimientos donde han aparecido huesos de muertos de increíble tamaño. Yo mismo vi, y no solo, sino algunos otros conmigo, en la costa de Utica ó Biserta un diente molar de un hombre, tan grande, que si le partieran por medio é hicieran otros del tamaño de los nuestros, me parece que pudieran hacerse ciento de ellos; pero creo que aquél fuese de algún gigante, porque fuera de que entonces los cuerpos de todos generalmente eran mucho mayores que los nuestros, los de los gigantes hacían siempre ventaja á los demás: así como también después, en otros tiempos y en los nuestros, aunque raras veces, pero nunca casi faltaron algunos que extraordinariamente excedieron la estatura y el tamaño de los otros. Plinio el segundo, sujeto doctísimo, dice

que cuanto más y más corre el siglo, produce la naturaleza menores los cuerpos: de lo cual también refiere que en muchas ocasiones se queja Homero en sus obras; no burlándose de ello como ficciones poéticas, sino tomándolo como escritor de las maravillas de la naturaleza, como historias dignas de fe. Pero, como insinué, la grandeza de los cuerpos de los antiguos muchas veces nos manifiestan, aun en los siglos últimos, los huesos que se han descubierto y hallado, porque son los que duran mucho. Del número grande de los años que vivieron los hombres de aquel siglo, no podemos tener en la actualidad experiencia alguna; pero no por eso debemos prescindir de la fe y crédito que se merece la historia sagrada, cuyas narraciones son tanto más dignas de crédito cuanto más ciertamente vemos que se va cumpliendo lo que ella nos dijo que había de suceder. Con todo, dice Plinio que todavía hay gente ó nación donde viven doscientos años. Así que si al presente se cree que en las tierras que no conocemos viven tanto los hombres cuanto nosotros no hemos podido experimentar, ¿por qué no se ha de creer que lo han vivido también en aquellos tiempos? ¿O acaso es creíble que en una región hay lo que aquí no hay, y es increíble que en algún tiempo hubo lo que ahora no hay?

CAPÍTULO X

De la diferencia que parece haber en el número de los años entre los libros hebreos y los nuestros.

Aunque parece que entre los libros hebreos y los nuestros hay alguna diferencia sobre el número de los años, lo cual no sé como ha sido, con todo, no es tan grande

que nõ confirme lo dicho respecto á que entonces los hombres fueron de tan larga vida; porque el mismo primer hombre, Adán, antes que procrease á su hijo, que se llamó Seth, en nuestros libros se halla que vivió doscientos y treinta años, y en los hebreos ciento y treinta; pero después de haberle engendrado, se lee en los nuestros que vivió setecientos, y en los suyos ochocientos, y así en unos y en otros concuerda toda la suma de los años. En la sexta generación en nada discrepan los unos de los otros; y en la séptima, en que nació Enoch, que no murió, sino que, porque agradó á Dios se dice que fué trasladado, hay la misma disonancia que en las cinco anteriores sobre los cien años antes que engendrarse al hijo que refiere allí; pero en la suma hay la misma conformidad, porque vivió antes que fuese trasladado, según los libros de los unos y de los otros, trescientos sesenta y cinco años. La octava generación tiene alguna diversidad, pero menor y diferente de las demás, porque Matusalén, que engendró á Enoch, antes que procrease al que sigue en el orden, vivió, según los hebreos, no cien años menos, sino veinte más, los cuales, por otra parte, en los nuestros, después que engendró á éste se hallan añadidos, y en los unos y en los otros corresponde la suma de todos los años. Solamente en la generación nona, esto es, en los años de Lamech, hijo de Matusalén y padre de Noé, discrepa la suma general, pero no mucho, porque se halla en los hebreos que vivió veinticuatro años más que en los nuestros, pues antes que engendrarse al hijo que se llamó Noé, tiene seis menos en los hebreos que en los nuestros; pero después que le procreó, en ellos treinta más que en los nuestros, y así, quitados aquellos seis, restan veinticuatro, como queda dicho.

CAPÍTULO XI

De los años de Matusalén, cuya edad parece que excede del Diluvio catorce años.

De esta diferencia entre los libros hebreos y los nuestros nace aquella celebrada cuestión donde se saca por la cuenta que Matusalén vivió catorce años después del Diluvio. La Sagrada Escritura dice positivamente que en el Diluvio, de todos los que había sobre la tierra, sólo ocho personas escaparon en el arca de la ruina universal, en las cuales no fué incluido Matusalén. Pero, según nuestros libros, Matusalén, antes que engendrarse á aquel que llamó Lamech, vivió ciento sesenta y siete años; después el mismo Lamech, antes que naciese de él Noé, vivió ciento ochenta y ocho años, que juntos suman trescientos cincuenta y cinco; á éstos se añaden seiscientos de Noé, en cuyo sexcentésimo año acaeció el Diluvio; y todos juntos hacen novecientos cincuenta y cinco desde que nació Matusalén hasta el año del Diluvio. Todos los años que vivió Matusalén se cuenta que fueron novecientos setenta y nueve, porque habiendo vivido ciento sesenta y siete engendró un hijo que se llamó Lamech, y después de haberle procreado vivió ochocientos dos años, que todos ellos, como he dicho, hacen novecientos sesenta y nueve, de los cuales, extrayendo novecientos cincuenta y cinco desde que nació Matusalén hasta el Diluvio, quedan catorce, que se cree que vivió después del Diluvio; por ello imaginan algunos que vivió, aunque no en la tierra, donde es constante que pereció toda la humana generación, que no permite la naturaleza que se conserve y viva en el agua, sino que vivió algún tiempo con su padre, que fué trasladado hasta que pasó

el Diluvio, no queriendo derogar la fe á los libros que tiene recibidos la Iglesia por los más auténticos, y creyendo que los de los judíos son los que no contienen la verdad más bien que los nuestros. Porque no admiten que pudo haber antes aquí error de los intérpretes que falsedad allá en la lengua que se tradujo en la nuestra por medio de la griega, sino que dicen que no es creíble que los setenta intérpretes que juntamente en un tiempo y con un sentido la interpretaron pudiesen errar, ó que donde á ellos no les iba nada quisiesen mentir: pero que los judíos, de envidia de que la ley y los profetas hayan venido á nuestro poder por medio de la interpretación, mudaron algunas cosas en sus libros por disminuir la autoridad de los nuestros. Esta opinión ó sospecha admítala cada uno como le pareciere; con todo, es cosa cierta que no vivió Matusalén después del Diluvio, sino que murió el mismo año, si es verdad lo que se halla en los libros de los hebreos sobre el número de los años. Lo que á mí me parece de los setenta intérpretes lo diré más particularmente en su propio lugar, al llegar, con el favor de Dios, el momento de tratar de aquellos tiempos cuando lo pida la necesidad y estado de esta obra, porque para la duda presente basta que, según los libros de los unos y de los otros, los hombres de aquel siglo tuvieron tan largas vidas que pudo en la edad de uno que nació el primero, de dos padres que tuvo solos la tierra en aquel tiempo, multiplicarse el linaje humano de manera que pudiese fundar una ciudad.

CAPÍTULO XII

De la opinión de los que no creen que los hombres del primer siglo fueron de tan larga vida como se escribe.

Porque de ningún modo deben ser oídos los que imaginan que de otra manera se contaban en aquella época los años, esto es, tan breves, que entienden que uno de los nuestros tiene diez de aquéllos, y por eso dicen cuando oyen ó leen que alguno vivió novecientos años, que deben entenderse noventa, por cuanto diez años de aquéllos hacen uno nuestro, y diez de los nuestros son entre ellos ciento. Según este cálculo, creen que era Adán de veintitres años cuando engendró á Seth, y que este tenía veinte años y seis meses cuando hubo á su hijo Enos, á todos los cuales computa la Escritura por doscientos cincuenta años, pues según el sentir de éstos, cuya opinión vamos refiriendo, entonces un año de los que al presente usamos le dividían en diez partes, á las cuales llamaban años; y cada una de éstas tenía un senario cuadrado, porque Dios finalizó sus obras en seis días para descansar en el séptimo, sobre lo cual dije lo bastante en el libro XI, cap. VIII, y seis veces seis que hacen un senario cuadrado, componen treinta y seis días, los cuales, multiplicados por diez, llegan á trescientos sesenta, esto es, doce meses lunares; porque por los cinco días que faltan, con que se cumple el año solar, y por una cuarta parte del día, la cual, multiplicada cuatro veces en el año que llaman bisiesto ó intercalar, se añade un día; añadían los antiguos después algunos días para que concurriese el número de los años, á cuyos días los romanos llamaban intercalares. Por esta cuenta, Enos, á quien procreó Seth, tenía diez y nueve años cuando hubo á su hijo

Camán, á los cuales años llama el sagrado texto ciento noventa; y después en todas las generaciones en que antes del Diluvio se refieren los años de los hombres, ninguno casi se halla en nuestros libros que de cien años, ó de allí abajo, ó de ciento veinte, ó no mucho más, haya engendrado hijo, sino que los que de menor edad procrearon, se dice que fueron de ciento sesenta años y más, porque ningún hombre, aseguran, puede engendrar de diez años, á cuyo número llamaban entonces cien años; pero á los dieciséis años está madura y perfecta la pubertad, é idónea ya para procrear, á los cuales llamaban en aquella época ciento sesenta. Dado caso que no sea increíble que de otra manera se contasen entonces los años, añaden lo que se halla en muchos historiadores, que los egipcios tuvieron el año de cuatro meses, los acarnanios de seis meses, los lavinius de trece meses. Plinio II, habiendo dicho que se hallaba escrito que un hombre vivió ciento cincuenta y dos años, y otro diez más, y que otros vivieron doscientos años, otros trescientos, y que otros llegaron á quinientos, algunos á seiscientos y otros aun á ochocientos, piensa que todo esto nació por la ignorancia de los tiempos; porque unos, dice, reducían un año á un verano, otros á un invierno, y otros á las cuatro estaciones del año, como los Arcades, dice, cuyos años fueron de tres meses. Añadió también que en cierto tiempo los egipcios, cuyos pequeños años insinuamos arriba que fueron de cuatro meses, en una lunación terminaban su año; así que entre ellos, dice, se cuenta que vivieron mil años. Con estos argumentos como probables, procurando algunos no destruir la fe de esta sagrada historia, sino confirmarla para que no sea increíble lo que refiere que los antiguos vivieron tantos años, se persuadieron á sí mismos y piensan que, no sin razón, lo persuaden á otros, de que entonces un espacio

tan corto de tiempo se llamó año; que diez de aquellos hacían uno nuestro, y diez nuestros ciento de los suyos. La falsedad de este cálculo se prueba con un evidente é irrefragable documento; pero antes de demostrarlo, he creído útil alegar otra, tomada de los libros hebreos, para refutar dicha opinión. En estos libros se halla que Adán tenía, no doscientos treinta, sino ciento treinta años cuando procreó á su tercer hijo. Si estos años hacen trece de los nuestros, sin duda que engendró al primero cuando tenía once años, no mucho más. ¿Quién puede procrear en esta edad conforme á la ley ordinaria y muy conocida en la naturaleza? Pero dejemos á Adán, que quizá pudo hacerlo porque fué criado, y no es creíble que le criara Dios tan pequeño como son nuestras criaturas; pero su hijo no contaba doscientos cinco, como leemos nosotros, sino ciento cinco cuando engendró á Enos, y conforme á este cómputo, según el dictamen de estos, aun no tenía once años. ¿Qué diré de Camán, hijo de éste, quien aunque contaba, según los nuestros, ciento setenta años de edad, según los hebreos era de setenta cuando engendró á Malaléhel? ¿Qué hombre hay que engendre de siete años, si entonces se llamaban setenta años los que ahora son siete?

CAPÍTULO XIII

Si en la cuenta de los años debemos seguir mejor la autoridad de los hebreos que la de los setenta intérpretes.

Pero aun cuando yo estime sentir en esta conformidad, me replican que aquello es ficción ó mentira de los judíos, de lo que bastantemente hemos ya hablado, porque los setenta intérpretes, varones tan celebrados y

alabados, no pudieron mentir. Pero si les preguntare qué sea lo más creíble, ó que toda la nación judaica, que está tan extendida y esparcida por el orbe, pudo de común acuerdo conspirar en escribir esta mentira, y que, por envidiar á otros la autoridad se despojase á sí de la verdad, ó que setenta personas, que también eran judíos, juntos en un mismo lugar, porque para esta famosa operación los había convocado y congregado Ptolomeo, rey de Egipto, enviaron á decir la verdad á los pueblos gentiles, y que de acuerdo hicieron este penoso trabajo, ¿quién no advierte cuál sea más fácil de creer? Ninguno que sea sensato y cuerdo en manera alguna debe creer, ó que los judíos, por más perversos y malévolos que fueran, pudieran hacer esta laboriosa tarea en tan crecido número de libros tan esparcidos y derramados, ó que los setenta varones famosos comunicaron entre sí este particular acuerdo de enviar á los gentiles la verdad. Así que con más verosimilitud podría decirse, que cuando primeramente se comenzó á trasladar y copiar esta historia de la suntuosa biblioteca de Ptolomeo, entonces pudo hacerse algo de esto en un libro, es á saber, en el que primero se copió, del cual se extendió y traspasó á otros muchos, donde pudo también suceder que errase el amanuense. Y aunque no es absurdo sospecharlo así en la cuestión acerca de la vida de Matusalén, y en lo otro donde por sobrar veinte y cuatro años no concuerda la suma y en los demás donde se va continuando la semejanza de una misma errata, de suerte que antes de procrear el hijo que se pone en lista, en una parte sobren cien años y en otra faltan, y que después de engendrado, donde faltaban sobren, y donde sobran faltan, para que venga á concordar la suma, como se halla en la 1.^a, 2.^a, 3.^a, 4.^a, 5.^a, 6.^a y 7.^a generación, parece que el mismo error tiene (si puede decirse) cierta con-

sistencia, y no parece que se ejecutó por acaso, sino de industria. Así que aquella diferencia de números que hay en los libros griegos, latinos y hebreos, donde no se halla esta conveniencia continuada por tantas generaciones de los cien años, añadidos primero y después quitados, se debe atribuir, no á la malicia de los judíos ni á la diligencia exacta ó prudencia de los setenta intérpretes, sino al error del amanuense, que primeramente comenzó á copiar el libro de la librería del dicho rey; porque aun ahora, donde los números no nos llevan con atención á algún objeto que fácilmente pueda entenderse, ó que parezca que nos importa el saberlo, se escriben con descuido, y con más negligencia se corrigen y enmiendan: ¿Quién ha de entender, por ejemplo, que le interesa saber cuántos millares de hombres tuvieron cada una de las tribus de Israel? Porque se entiende que nada importa. ¿Y cuántos hay que adviertan la profundidad de esta importancia? Pero aquí, donde por tantas generaciones que se ponen en lista, en una parte se hallan cien años y en otra faltan, y después de nacido el hijo que se había de contar faltan donde los hubo y los hay donde faltaron, para que venga á concordar la suma; parece que con ello se ha querido persuadir al que hizo la objeción de que vivieron los antiguos tan gran número de años porque los tenían brevísimos, procurando probar y demostrar que la edad no era madura é idónea para engendrar hijos, si por cada cien años debieran entenderse diez de los nuestros, para que los incrédulos no dejasen de creer que habían vivido los hombres tanto tiempo, añadió ciento donde no halló la edad idónea para procrear hijos, y esos mismos los volvió á quitar después de engendrados, á fin de que conviniese y concordase la suma; porque de tal manera quiso hacer creíbles las conveniencias de las edades aptas para engendrar, que no defraudase á to-

das las edades del número de lo que vivió cada uno: y el no haber hecho esto en la sexta generación, es lo que más nos persuade á que por eso lo hizo, cuando el asunto que decimos lo pedía, porque no le hizo donde no lo pedía.

En esta generación halló en los hebreos que Jareth vivió, antes que engendrarse á Enoch, ciento sesenta y dos años que, para él, según la cuenta de los años breves, son diez y seis y algo ménos de dos meses, la cual edad es ya idónea para engendrar. Y así no fué necesario añadir cien años breves para que fuesen veinte y seis de los nuestros, ni quitar los mismos después de nacido Enoch, porque no los había añadido antes que naciese. Así sucedió que en este particular no hubiese variedad alguna entre unos y otros libros. Pero sin duda vuelve á presentárenos la dificultad cuando en la octava generación antes que de Matusalém naciese Lamech, hallándose en los hebreos ciento ochenta y dos años, se hallan veinte menos en los nuestros, donde antes se acostumbraba añadir ciento; y después de engendrado Lamech, se restituyan para cumplir la suma, la cual no discrepa en los unos ni en los otros libros, porque ciento setenta años quería que por la edad madura se entendiesen diez y siete. Así como no debía añadir nada, así tampoco debía quitar, supuesto que había hallado edad idónea para la generación de los hijos, por la cual, en las otras donde no la hallaba, añadía aquellos cien años, y verdaderamente la diferencia de los veinte años con razón pudiéramos imaginar que pudo suceder acaso por yerro, si no procurara después restituirlos como primero los había quitado para que conviniera la suma toda entera. ¿Por ventura creeremos que lo hizo con cierta astucia y cautela para encubrir aquella industria con que primero solía añadir los cien años, y después quitarlos haciendo cierta operación

que frisase ó conviniese con esto donde no fué necesario, quitando primero, aunque no de cien años, sino de cualquier número, y despues añadiéndole? Pero como quiera que esta razón se admita, ya se crea que lo hizo así, ó no se crea, ya finalmente sea así, ó no lo sea, evidentemente será acertado cuando haya alguna diferencia entre unos y otros libros, de suerte que para la fe de la historia no pueda ser verdad lo uno y lo otro, atenernos con preferencia á la lengua original de donde se tradujo en la otra por los intérpretes; porque aun en algunos libros, como es en tres griegos, en uno latino y en otro siriaco, que son conformes entre sí, se halla que Matusalén murió seis años antes del Diluvio universal.

CAPÍTULO XIV

Que los años duraban el mismo espacio de tiempo que ahora en los primeros siglos.

Veamos ya cómo podrá demostrarse con toda evidencia que no fueron tan breves los años que diez de ellos hicieran uno de los nuestros, sino que fueron tan largos como los tenemos ahora, que son los que hace el curso y revolución del sol, los que se cuentan en la vida lóngeva de aquellos hombres; porque dice la Escritura que sucedió el Diluvio en el año de 600 de la vida de Noé, pues se lee en ella que «sucedió el Diluvio sobre la tierra el año de 600 de la vida de Noé, en el mes segundo y á los veinte y siete días de él» (1): si aquel

(1) *Génesis*, cap. VII. *Et aqua Diluvii facta est super terram, sexcentesimo anno vite Noë, secundi mensis, septima et vicesima die mensis.*

año tan corto, que diez de ellos hacen uno nuestro, tenía treinta y seis días; porque año tan pequeño, si es que antiguamente tenía este nombre, ó no tiene meses, ó su mes es de tres días para que venga á tener doce meses, ¿cómo se dice aquí el año de 600, en el mes segundo, á los veinte y siete del mismo mes, sino porque entónces también eran los meses tales como son ahora? Pues á no ser así, ¿cómo dijera que principió el Diluvio á los veinte y siete días del mes segundo? Asimismo después de referir el fin del diluvio, prosigue (1): «y sentóse el arca en el mes septimo, á los veinte y siete del dicho mes, sobre los montes de Ararath, y el agua se fué disminuyendo y menguando hasta el mes undécimo, y en éste el primer día de dicho mes se descubrieron las cumbres de los montes»: luego si eran tales los meses, tales sin duda eran también los años como los tenemos ahora; porque aquellos meses de tres días no podían tener veinte y siete días. Y si la parte trigésima de tres días entonces se llamaba día, para que todo proporcionalmente vaya disminuyéndose, el Diluvio universal debió durar cuatro días nuestros, del cual se dice que duró cuarenta días y cuarenta noches. ¿Quién podrá sufrir este absurdo y desvarío? Por tanto, vaya fuera este error, que quiere confirmar y apoyar la fe irrefragable de nuestra Sagrada Escritura en falsas conjeturas, las cuales en otra parte la destruye. Era entonces tan grande el día como lo es ahora, el cual se divide en veinte y cuatro horas en el discurso de día y noche: tan grande el mes como lo es ahora, limitándole el principio y fin de una luna: tan grande el año como lo es ahora, á quien hacen cumplido los doce me-

(1) *Génesis*, cap. VIII. *Et sedit arca in mense septimo, septima et vicesima die mensis super montes Ararath. Aqua autem minuebatur usque ad undecimum mensem, in undecimo autem mense prima die mensis apparuerunt capita montium.*

ses lunares, añadiendo por causa del curso del sol cinco días, y una cuarta parte del día: tan grande era el segundo mes del año de 600 en la vida de Noé, y tan grande el día veinte y siete del dicho mes cuando principió el Diluvio, en el cual se dice que por cuarenta días continuos cayó inmensa lluvia, cuyos días no tenían dos ó pocas más horas, sino veinte y cuatro continuadas de día y de noche. Y por eso tan dilatados años vivieron los antiguos padres, pasando de novecientos; como los vivió después Abraham hasta el número de ciento setenta y cinco, y después de él su hijo Isaac hasta el de ciento y ochenta, y Jacob, hijo de éste, cerca de ciento y cincuenta (1); y como, después de transcurridos algunos años, Moisés vivió (2) ciento y veinte, y como viven ahora los hombres setenta ú ochenta, y no mucho más, de quienes dijo también la Escritura (3), «que lo que vivían demás era molestia y dolor». La variedad de números que se encuentra entre los libros hebreos y los nuestros no afecta á los muchos años que vivían los antiguos; y si hay algún otro ejemplar tan diverso que no pueda ser verdad lo uno y lo otro, la fe y la verdad de la historia debemos buscarla en el idioma de donde se tradujeron las noticias que tenemos: lo cual, pudiéndolo hacer con facilidad los que quieran, con todo, no es sin oculto misterio que ninguno se haya atrevido á enmendar por los libros hebreos lo que los setenta intérpretes en muchos lugares parece que sientan con notable diversidad; porque aquella diferencia no la han tenido por falsa ó errata, ni yo juzgo que debe tenerse por tal; sino que donde no hay error ó equivocación del amanuense, debe creerse que ellos, donde el sentido confronta con la verdad

(1) *Génesis*, cap. XXV y XXXV.

(2) *Deuteronom*, cap. XXXIV.

(3) *Salmo 89. Et umplius eis labor et dolor.*

y predica lo que es positivo é indudable, con divino espíritu quisieron decir alguna cosa de otra manera, no á modo de intérpretes, sino con libertad de profetas, y así con razón se demuestra que la autoridad apostólica, cuando cita los testimonios de las Escrituras, usa no sólo de los hebreos, sino también de estos mismos. Pero de este particular, con el favor de Dios, ya prometí que trataría más singularmente en otro lugar más oportuno. Ahora quiero concluir con lo que tenemos entre manos, esto es, que no debemos dudar de que pudo el hombre que nació primero del primer hombre, cuando vivían tanto tiempo, fundar la ciudad terrena, no la que llamamos Ciudad de Dios, por la cual y por el deseo de escribir sobre ella largamente nos hemos encargado de la molesta fatiga de una obra tan grande como ésta.

CAPÍTULO XV

Si es creible que los hombres del primer siglo no conocieron mujer hasta la edad en que se dice que engendraron hijos.

Dirá ciertamente alguno: ¿Será posible hayamos de creer que el hombre que había de engendrar hijos y que no tenía resolución firme de ser continente ó célibe, estuviese sin conocer carnalmente mujer alguna por espacio de cien años y más, ó, según los hebreos, no mucho menos, esto es, ochenta, setenta y sesenta años, ó si no dejó de conocerla, que no pudo procrear hijo alguno? A esta duda se satisface de dos modos: porque ó tanto más tardía proporcionalmente fué la pubertad cuanto fué mayor y de más años la edad de toda la vida, ó lo que me parece más creible, que no se refieren aquí los hijos primogénitos, sino los que exige el orden de la

sucesión para llegar á Noé; de quien asimismo vemos que llega hasta Abraham y después hasta cierta cantidad de tiempo, cuanto convenía señalar también, con las generaciones referidas, el curso de la gloriosísima ciudad que peregrina en este mundo y anda en solicitud y pretensión de la patria celestial. Lo que no se puede negar es que Caín fué el primero que nació de la conjunción del varón y de la mujer, porque luego que nació no dijera Adán lo que se lee que dijo: *acquisivi hominem per Deum*, «he adquirido un hombre por la gracia de Dios», si á aquellos dos no se hubiera añadido otro, naciendo el primer hombre. En seguida nació Abel, á quien violentamente quitó la vida su hermano mayor, y fué el primero que prefiguró la Ciudad de Dios que anda peregrinando, la cual había de padecer injustas persecuciones de los impíos y de los hijos (en cierto modo) de la tierra, esto es, de los que gustan del origen de la tierra y se alegran y gozan con la terrena felicidad de la ciudad terrena. Pero cuántos años tuviese Adán cuando los procreó no lo dice la Sagrada Escritura. Sucesivamente se pone el orden de otras generaciones, unas de Caín y otras de aquel que engendró Adán, en lugar del que mató el hermano, cuyo nombre fué Seth, diciendo, como dice la Escritura: *suscitavit enim mihi Deus semen aliud pro Abel, quem occidit Cain*, «Dios me ha dado otro hijo en lugar de Abel, á quien dió muerte Caín». Así que como estas dos líneas de generaciones que descienden, la una de Seth y la otra de Caín, nos insinúan con sus distintos órdenes y genealogías estas dos ciudades de que vamos tratando, la una celestial, que peregrina por la tierra, y la otra terrena, que se entretiene y gusta, como si fueran únicos, de los gustos terrenos, ninguno de la estirpe de Caín, habiéndola contado principiando desde Adán hasta la octava generación, se declara de cuántos años fuese cuando engendró al que re-

fiere la Escritura en seguida de él; porque no quiso el Espíritu Santo notar los tiempos antes del Diluvio en las generaciones de la ciudad terrena, sino en las de la celestial, teniéndolas como por más dignas de memoria, y cuando nació Seth, aunque refiere los años de su padre, ya había procreado á otros. Si fueron solos Caín y Abel, ¿quién se atreverá á afirmarlo?, pues no por ser solos los nombrados con arreglo al catálogo y serie de las generaciones que convenía poner nos debe parecer que fueron solos los que entonces engendró Adán, porque diciendo, después de haber pasado en silencio los nombres de todos los otros que procreó hijos é hijas, ¿quién ha de ser tan presuntuoso, si quiere excusar la nota de temeridad, que afirme cuál fué, según el orden, este hijo?, mediante á que pudo Adán con divina inspiración decir al punto que nació Seth, Dios me dió otro hijo en lugar de Abel, supuesto que había de ser tal que llenase el colmo de santidad de Abel, y no porque fuese el primero que naciese después de él en la sucesión del tiempo. Asimismo lo que insinúa la Escritura (1), «que tenía Seth doscientos cinco años (ó conforme á los hebreos, ciento cinco) cuando engendró á Enos», ¿quién podrá sino el que fuere inconsiderado afirmar que este fué su primogénito, de suerte que nos cause admiración y con razón dudemos cómo en tantos años no usó del matrimonio no teniendo ó estando ligado á voto alguno de continencia?, ó, ¿cómo no procreó estando casado, ya que leemos de él, *et genuit filios et filias, et fuerunt omnes dies Seth duodecim et nongenti anni, et mortuus est?* «¿qué engendró hijos é hijas y fueron todos los días de Seth novecientos doce años y que murió? A este modo, de los que refiere después el sagrado

(1) *Genesis*, cap. V. *Vixit autem Seth quinque et ducentos annos.*

texto no deja de decir que procrearon hijos é hijas, por lo que de ningún modo se echa de ver si el que dice que nació fué el primogénito, antes no es creíble que aquellos padres, en una tan adelantada edad, ó no fuesen idóneos para la generación ó careciesen de esposas ó de hijos. Tampoco es presumible que aquellos hijos fuesen los primeros que tuvieron, sino que como el cronista de la Sagrada Escritura procuraba llegar por la sucesión de las generaciones notando los tiempos hásta el nacimiento y vida de Noé, en cuya época sucedió el Diluvio, sólo refirió las generaciones, no las que primero tuvieron sus padres, sino las que vinieron en el catálogo y orden del árbol genealógico.

Y para que esto se vea más claro y ninguno dude que pudo ser lo que digo, quiero poner un ejemplo. Queriendo el evangelista San Mateo poner, para perpetua recordación de los mortales, la estirpe y descendencia de nuestro Señor Jesucristo, según la carne, por el orden y descendencia de sus padres, principiando por su padre Abraham y procurando venir en primer lugar á David, dice: «que Abraham engendró á Isaac». ¿Por qué no dijo á Ismael, á quién había engendrado primero? Isaac engendró á Jacob. ¿Por qué no dijo á Esaú, qué fué el primogénito? Porque por ellos no podía llegar á David; después prosigue: «Jacob engendró á Judas y á sus hermanos». ¿Acaso Judas fué su primogénito? Judas engendró á Phares y á Zaram; tampoco alguno de estos mellizos fué primogénito de Judas, sino que antes de ellos había ya tenido otros tres. Así que puso en el orden de las generaciones á aquellos por quienes había de llegar á David, y de allí adonde pretendía, de lo cual puede entenderse que entre los hombres de los primeros siglos, antes del Diluvio, tampoco se refieren los primogénitos, sino aquellos por quienes había de continuarse el orden de las generaciones que sucedieron hasta el patriarca

Noé, para que no nos fatigue y dé en qué entender la cuestión obscura y no necesaria de su tardía pubertad, esto es, de cómo tan tarde les llegó la edad idónea para procrear.

CAPÍTULO XVI

Del derecho de los matrimonios y de cómo los primeros fueron diferentes de los que después se usaron.

Teniendo, pues, necesidad el humano linaje, después de la primera cópula carnal del hombre, que fué criado del polvo de la tierra, y de su mujer, que fué formada del costado del hombre, de la conjunción marital de uno y de otro sexo para que se multiplicase con la generación, y no habiendo otros hombres, tomaron por mujeres á sus hermanas, lo cual sin duda cuanto más antiguamente lo hicieron los hombres impeliéndolos la necesidad, más culpable ha sido después prohibiéndolo la religión; prohibición originada por un justo respeto al amor y á la caridad para que los hombres á quienes importa y les está bien la concordia, se uniesen entre sí con diversos vínculos de parentescos y uno solo no tuviese muchos en una familia, sino que todos se derramasen por todas, y de esta conformidad tuviesen muchas personas muchos de estos enlaces y parentescos para que llegase á enlazarse y unir más estrechamente la vida civil, porque padre y suegro son nombres de dos parentescos, teniendo, pues, cada uno á uno por padre y á otro por suegro. A muchos más se extiende el amor y la caridad, pero lo uno y lo otro era preciso que lo fuese Adán de sus hijos y de sus hijas cuando se casaban los hermanos con sus hermanas. Del mismo

modo su mujer Eva para sus hijos é hijas fué madre y suegra. Si fueran dos mujeres, una madre y otra suegra, más copiosamente se uniera el amor civil y social. Finalmente, la hermana, porque venía á ser esposa, siendo una, tenía dos parentescos, los cuales, distribuídos en diferentes personas, de manera que una fuese la hermana y otra la esposa, se acrecentaba la afinidad social con más número de hombres. Pero entonces no había posibilidad de hacerlo así por no haber otros que los hermanos y hermanas, hijos de los dos primeros hombres. Posteriormente, cuando fué posible, se estableció que, habiendo abundancia, recibiesen por esposas y mujeres las que no eran ya hermanas, y que no sólo no hubiese necesidad de hacer aquello, sino que si se hiciese fuese pecado. Porque si los nietos de los primeros hombres que podían ya recibir por mujeres á sus primas, se casaran con sus hermanas, vinieran á formarse en un hombre, no ya dos, sino tres parentescos, cuando lo conveniente era extender estos lazos para estrechar más el amor con una afinidad más numerosa; evitando que un hombre fuese de sus hijos casados, es á saber, del hermano ligado con su hermana, padre, suegro y tío, y su mujer de los mismos hijos comunes madre, suegra y tía, y asimismo los hijos de éstos entre sí no sólo fueran hermanos y maridos, sino también primos, porque eran también hijos de hermanos. Todos estos parentescos que trababan con un hombre tres hombres, trababan con el mismo nueve si se hiciera cada matrimonio con persona de otra familia, de manera que viniera á tener un hombre á una por hermana, á otra por mujer, á otra por prima; á uno por padre, á otro por tío, á otro por suegro; á una por madre, á otra por tía, á otra por suegra; y de esta conformidad el vínculo civil con las frecuentes afinidades y parentescos se extendiera y derramara más copiosa y numerosamente.

Habiendo crecido y multiplicádose el linaje humano, vemos que se observa así aun entre los impíos idólatras, de forma que, aunque por leyes perversas se permitían los matrimonios entre hermanos, con todo, la costumbre más loable es abominar de esta libertad licenciosa. Y habiendo sido lícito en los primeros tiempos del linaje humano el recibir por mujeres á las hermanas, lo extraña hoy de tal modo como si nunca hubiera podido serlo, porque, en efecto, para atraer ó extrañar al sentido humano, es muy poderosa la costumbre, la cual, como en esta causa pone freno á la inmoderación y destemplanza del apetito, con razón se tiene por acción abominable el innovarla y quebrantarla; porque si es cosa inicua é injusta, por codicia de la hacienda, traspasar el límite ó término colocado en un campo, ¿cuánto más inicuo é injusto será por el apetito de gozar una mujer traspasar los límites de las buenas costumbres?

Hemos visto por experiencia en los casamientos de las primas en nuestros tiempos, por el grado de parentesco próximo al grado de hermano, cuántas veces se rechazaba por buena costumbre lo que era lícito hacer por las leyes; porque esto, ni la divina lo prohibió, ni la humana lo había vedado. Sin embargo, rehusaban lo que era lícito por la vecindad de lo ilícito, y lo que se hacía con la prima casi parecía que se hacía con la hermana, porque aun estos entre sí, por el parentesco tan cercano, se llaman hermanos, y lo son casi como nacidos de un padre y de una madre. No obstante, los padres antiguos tuvieron mucho cuidado y diligencia para que el parentesco que se iba paulatinamente apartando y dirimiendo, extendiéndose por las ramas, no se alejase demasiado y dejase de ser parentesco, se volviera á juntar y trabar con el vínculo del matrimonio antes que se alejase mucho y revocarle cuando en cierto modo iba ya

huyéndose. Y así, estando ya el mundo poblado de hombres, gustaban de contraer matrimonio, aunque no con hermanas de parte de padre ó de madre, ó de ambos, con las de su linaje. ¿Y quién hay que dude que con más decoro y honestidad se prohíben también en este tiempo los casamientos de las primas, no sólo por lo que hemos dicho del acrecentamiento y multiplicación de las afinidades, para que no tenga dos cognaciones ó parentescos una sola persona pudiéndolos tener dos y crecer el número de la proximidad, sino también porque, no sé cómo, la modestia humana tiene cierta cualidad natural y loable que refrena el apetito, aunque generativo, realmente libidinoso, absteniéndose de aquella á quien, por razón de la proximidad, debe tener con pudor un honroso respeto, del cual apetito vemos que se ruboriza aun la misma modestia y honestidad de los casados? Así, pues, la conjunción del varón y de la hembra por lo respectivo al linaje humano, es un semillero de la ciudad, aunque sólo la ciudad terrena tiene necesidad de generación, y la celestial sólo de regeneración para libertarse del daño de la generación.

Si hubo alguna señal corporal y visible de la regeneración antes del Diluvio, y si la hubo cuál fué, así como después impuso Dios á Abraham la circuncisión, la sagrada historia no lo insinúa. Con todo, no deja de decir que sacrificaron á Dios aquellos antiquísimos hombres, como se observó ya en los dos primeros hermanos. Y de Noé, después del Diluvio, leemos que luego que salió del arca ofreció á Dios hostias ó víctimas y sacrificios. De esto ya hemos hablado en los libros precedentes, diciendo: que los demonios que se apropian y atribuyen la divinidad y desean que los tengan por dioses, quieren que les ofrezcan sacrificios y se complacen de tales honores, no por otro motivo sino porque saben que el verdadero sacrificio se debe solamente al Dios verdadero.

CAPÍTULO XVII

De los dos padres y jefes que nacieron de un padre.

Siendo, pues, Adán padre y cabeza de ambas generaciones, esto es, de la que pertenece á la ciudad terrena y de la que toca á la celestial, muerto Abel, y habiendo en su muerte figurado un admirable Sacramento y misterio, vinieron á ser dos los padres y progenitores de una y otra generación, Caín y Seth, en cuyos hijos, que fué indispensable nombrarlos, comenzaron á mostrarse con más evidencia en la humana estirpe los indicios y señales demostrativas de estas dos ciudades; porque Caín engendró á Enoch, de cuyo nombre fundó una ciudad terrena, es á saber, la que no peregrina en este mundo, sino la que reposa y descansa en su temporal paz y felicidad: pues interpretada la palabra *Caín* quiere decir posesión, y así cuando nació dijeron su padre y su madre (1): «he adquirido un hombre por don y merced de Dios»; y Enoch quiere decir dedicatoria, porque la ciudad terrena se dedica donde se funda, por tener allí el fin que pretende y apetece. Pero Seth, interpretado, quiere decir resurrección, y Enos, su hijo, quiere decir hombre, no como Adán (que también este nombre significa hombre), porque dicen que Adán es común en lengua hebrea al varón y á la mujer, y así habla de él la Sagrada Escritura (2): «Criólos Dios varón y hembra, bendijolos, y llamólos por nombre Adán». No hay duda que la mujer se llamó Eva con propio nombre, mas de tal manera, que Adán, que quiere decir hombre, fuese nombre común á ambos. Pero

(1) *Genesis*, cap. IV. *Acquisivi hominem per Deum.*

(2) *Genesis*, cap. I. *Masculum et fœminam fecit eos, et benedixit illos, et cognominavit nomen eorum Adam.*

Enos de tal suerte significa hombre, que afirman los instruidos en aquel idioma que no puede acomodarse á la mujer, como hijo de la resurrección, donde ni los hombres ni las mujeres se casarán ni ha de haber allí generación cuando nos lleve allá la regeneración. Por lo cual soy de dictamen, que no en vano debe notarse que en las generaciones que se van sucediendo y multiplicando del que se denomina Seth, aunque se dice que engendró hijos é hijas, no se expresa mujer alguna de las procreadas; pero en las que se suceden y aumentan de Caín al mismo fin, hasta el término de la sucesión se nombra la última mujer engendrada; porque dice el sagrado texto (1): «Matusalén procreó á Lamech, y éste tomó en matrimonio dos mujeres, que la una se llamó Ada y la segunda Sela; Ada parió á Jobel, éste fué padre y cabeza de los que vivían en los tabernáculos apacentando ganado, y el nombre de su hermano fué Jubal. Este fué el que inventó el salterio y la cítara; también Sela parió á Thobel, el cual fué maestro y artífice de labrar el bronce y hierro; y la hermana de Thobel fué Noema.» Hasta aquí se extienden todas las generaciones de Caín, que son desde Adán ocho, incluso el mismo Adán, es á saber, siete hasta Lamech, el cual fué casado con dos mujeres, y es la octava generación en sus hijos, entre quienes se cuenta también la mujer; donde con la mayor elegancia se nos significó que la ciudad terrena hasta su fin había de tener generaciones carnales que dimanar de la conjunción carnal del va-

(1) *Génesis*, cap. IV. *Mathusael genuit Lamech, et sumpsit sibi Lamech duas uxores, nomen uni Ada, et nomen secundæ Sella; et peperit Ada Jobel: hic erat pater habitantium in tabernaculis pecorariorum: et nomen fratris ejus Jubal: hic fuit qui ostendit psalterium et citharam. Sella autem peperit et ipsa Thobel, et erat ærarius et malleator æramenti, et ferri: Soror autem Thobel, Noema.*

rón y de la hembra; y así lo que en ningún otro lugar se halla antes del Diluvio, á excepción de Eva, expresamente se ponen por sus nombres propios también las mujeres de aquel hombre que se nombra aquí en el último lugar por padre. Y así como Caín, que quiere decir posesión, fundador de la ciudad terrena, y su hijo, en cuyo nombre fundó Enoch, que quiere decir dedicatoria, muestran que esta ciudad tiene su principio y su fin todo terreno, donde no se espera más de lo que puede verse en este siglo; así siendo Seth, que quiere decir resurrección, padre y cabeza de las generaciones que se refieren aparte, importa que veamos qué es lo que dice de su hijo esta sagrada historia.

CAPÍTULO XVIII

Qué es lo que se nos significó en Abel, Seth y Enos, que parece pertenecer á Cristo y á su cuerpo, esto es, á su Iglesia.

«A Seth, dice, le nació un hijo, y le puso por nombre Enos. Este esperó invocar el nombre del Señor Dios» (1). Efectivamente, clama el testimonio de la verdad: así como con esperanza vive el hombre hijo de la resurrección, con confianza vive entretanto que peregrina por la tierra la Ciudad de Dios, la cual se funda y engendra de la fe de la resurrección de Jesucristo; porque en aquellos dos hombres, Abel, que quiere decir llanto, y su hermano Seth, que significa resurrección, se nos prefigura la muerte del Salvador, y su vida resucitada de ente los muertos: de la cual se engendra

(1) *Génesis*, cap. IV. *Et Seth natus est filius; et nominabit nomen ejus Enos, hic speravit invocare nomen Domini Dei.*

aquí la Ciudad de Dios, esto es, el hombre que esperó invocar el nombre del Señor Dios. Pues como dice el apóstol (1): «el cumplimiento de nuestra salvación está en la esperanza, pero la esperanza que se ve no es esperanza, porque lo que ve uno y lo que posee ¿cómo puede decirse que lo espera? Y si esperamos lo que no vemos ni poseemos, con paciencia lo aguardamos». ¿Y quién ha de imaginar que esta doctrina carece de algún profundo misterio? ¿Por ventura Abel no invocó con esperanza el nombre del Señor Dios, cuyo sacrificio refiere la Escritura que fué tan aceptable á Dios? Y el mismo Seth ¿acaso no invocó con confianza el nombre del Señor Dios?, por quien se dijo: «Dios me ha dado otro hijo en lugar de Abel» (2). ¿Por qué causa se atribuye, pues, á éste con propiedad lo que se entiende que es común á todos los hombres piadosos, sino porque convenía que en aquel de quien se refiere que nació el primero del padre, progenitor y cabeza de las generaciones recogidas y separadas para la ciudad soberana se figurase el hombre, esto es, la sociedad y congregación de los hombres, que vive, no según el hombre en la posesión de la ciudad terrena, sino según Dios, en la esperanza de la felicidad eterna? Y no dijo la Escritura: «éste esperó en el Señor Dios, ó éste invocó el nombre del Señor Dios» (3). ¿Qué quieren decir las palabras «esperó invocar», sino una profecía de que había de nacer y descender de él un pueblo que, según la elección de la gracia, invocase el nombre del Señor? Esto es lo

(1) San Pablo, ep. á los Rom., cap. VII. *Spe enim salvi facti sumus. Spes autem quæ videtur, non est spes: quod enim videt quis, quid sperat? Si autem quod non videmus, speramus, per patientiam expectamur.*

(2) Génesis, cap. IV. *Suscitavit enim mihi Deus semen aliud pro Abel.*

(3) San Pablo, ep. á los Rom., cap. X. *Hic speravit invocare nomen Domini Dei.*

mismo que ha dicho otro profeta, y el apóstol lo explica de este pueblo que pertenece á la gracia de Dios (1), «que cualquiera que invocare el nombre del Señor, se salvará». Las palabras de la Escritura «y le puso por nombre Enos, que significa hombre», y lo que después añade: «éste esperó invocar el nombre del Señor Dios», bastantemente nos manifiestan que no debe fijar el hombre la esperanza en sí propio, porque, como insinúa en otro lugar la Escritura (2), «maldito es cualquiera que pone su esperanza en el hombre», y, por consiguiente, ni en sí propio; para que sea ciudadano de la otra ciudad que no se dedica, como la del hijo de Caín en este tiempo, esto es, en el presuroso curso de este mortal siglo, sino que se dedica en la inmortalidad de la bienaventuranza eterna.

CAPÍTULO XIX

De la significación que figura la traslación de Enoch.

Esta genealogía, cuyo progenitor y jefe es Seth, tiene su nombre peculiar de dedicatoria en una de sus generaciones, que es la séptima desde Adán, contando á éste; pues haciendo la numeración desde nuestro primer padre, el séptimo que nació fué Enoch, que quiere decir dedicatoria. Este es el que agradó á Dios, porque fué transportado fuera del mundo y es insigne por el número que le cupo en la lista de las generaciones, que

(1) Joel, cap. II. *Et erit, omnis qui invocaverit nomen Domini, salvus erit.*

(2) Jeremías, cap. XVII. *Maledictus omnis qui spem suam ponit in homine.*

es del día consagrado al descanso, es á saber, el séptimo, principiando desde Adán; pero empezando desde el padre y cabeza de esta estirpe que se distingue de la genealogía de Caín, esto es, de Seth, en el sexto, en cuyo día fué criado el hombre y acabó ó cesó Dios todas sus admirables obras. La traslación de Enoch fué una figura de la dilación de nuestra dedicatoria, la cual vino á hacerse en Cristo nuestra cabeza, el cual resucitó para no morir más. Resta aún otra dedicatoria de toda la casa y descendencia, cuyo fundamento es el mismo Jesucristo, la cual se difiere para lo último, cuando vendrá á ser la resurrección de todos los que no han de morir ya más. Llámese casa de Dios, templo de Dios ó Ciudad de Dios, es una misma cosa, y no ajena del estilo con que suelen hablar los latinos, porque también Virgilio á la ciudad imperial ó Metrópoli de tantos imperios la llama casa de Assaraco, aludiendo á los romanos que por parte de los troyanos traen su origen de Assaraco; y á estos mismos los llama casa de Eneas, porque los troyanos, siendo éste su caudillo cuando vinieron á Italia, fundaron á Roma. Aquel poeta imitó á la Sagrada Escritura, en la cual un pueblo tan grande como el de los hebreos se llama casa de Jacob.

CAPÍTULO XX

De cómo la sucesión de Caín termina en ocho generaciones, comenzando desde Adán, y en los sucesores del mismo padre Adán, Noé es el décimo.

Dirá alguno; si pretende el autor de esta historia referir las generaciones desde Adán por su hijo Seth para poder llegar á Noé, en cuyo tiempo sucedió el Diluvio,

y desde él continuar otra vez el catálogo y serie de los que nacían, hasta llegar Abraham, desde el cual el evangelista San Mateo principia las generaciones con que llegó á Cristo, rey eterno de la Ciudad de Dios, ¿qué pretende en las generaciones que comienzan desde Caín, y hasta dónde intenta llegar con ellas? Respóndese que hasta el Diluvio, en que feneció y se consumió todo el linaje de la ciudad terrena; aunque se restableció después en los hijos de Noé, mediante á que no podrá faltar esta ciudad terrena y congregación de hombres que viven según el hombre hasta el fin del siglo, sobre lo cual dice el Señor (1): «los hijos de este siglo engendran y son engendrados». Pero á la Ciudad de Dios que peregrina en este mundo, la regeneración la conduce á otro siglo cuyos hijos ni procrean ni son procreados. Así pues, aquí el engendrar y ser engendrados es común á una y otra ciudad; aunque la ciudad de Dios tenga también en la tierra muchos millares de ciudadanos que se abstienen de la generación, como la otra los tiene igualmente por imitación, aunque viven errados. A esta pertenecen también los que, apartándose de la fe, fundaron diversas sectas erróneas y heréticas, supuesto que viven según el hombre y no según Dios: y los gimnosofistas de la India que se dice filosofan desnudos en los despoblados y desiertos de aquella región, son sus ciudadanos y se abstienen de la generación, aunque esto no es bueno sino cuando se hace según y conforme á la fe del Sumo Bien, que es Dios. Con todo, no se sabe que hiciese esto ninguno antes del Diluvio, pues el mismo Enoch, que era el séptimo empezando desde Adán, y de quien se refiere que fué transportado de este mundo sin que muriese, en-

(1) San Lucas, cap. XX. *Filii hujus sæculi generant, et generantur.*

gendró hijos é hijas antes de su traslación, entre ellos Matusalén, por quien continúa el orden de las generaciones que se han de contar. Y ¿por qué causa se refieren tan pocas sucesiones en la generación que procede de Caín, si convenía llegar con ellas hasta el Diluvio, y no era tan larga la edad que precedía á la pubertad y tiempo idóneo para la generación, que estuviese vacante sin procrear hijos ciento ó más años? Porque si el autor de este libro no pretendía buscar alguno á quien necesariamente hubiese de llegar con el catálogo de las generaciones, como en las que vienen de la estirpe de Seth, y solo deseaba llegar á Noé, de quien nuevamente continuara la lista indispensable, ¿qué necesidad había de dejar los hijos primogénitos para llegar á Lamech, en cuyos hijos fenece aquel catálogo, es á saber, en la octava generación, principiando desde Adán, y en la séptima desde Caín; como si desde allí se hubiera de continuar en adelante para llegar, ó al pueblo israelítico, en el cual la terrena Jerusalén presentó una figura profética á la ciudad celestial ó á Cristo, según su humanidad, el que es sobre todo bendito para siempre, fundador y rey de la Jerusalén celestial, habiendo perecido con el Diluvio toda la prole y descendencia de Caín? Por donde puede colegirse que en el mismo orden cronológico de las generaciones se refirieron los primogénitos. ¿Y por qué son tan pocos si, aunque como va dicho, los hombres no tenían entonces hijos tan pronto como ahora sino según la proporción de aquella larga vida, siendo también tardía la pubertad y edad madura para engendrar? Porque concedido que todos igualmente fuesen de treinta años cuando principiaron á procrear hijos, ocho veces treinta, porque ocho son las generaciones con Adán, y con los que engendró Lamech, son doscientos y cuarenta años. ¿Acaso en todo el tiempo que resta hasta el Diluvio no engendraron? ¿Por

qué razón el que escribió esto no quiso contar y referir las generaciones que siguen? Porque desde Adán hasta el Diluvio hay, según nuestros libros, dos mil doscientos sesenta y dos años, y según los hebreos mil seiscientos cincuenta y seis: y cuando creamos que este número menor es el más verdadero, quítense de mil seis cientos cincuenta y seis años doscientos y cuarenta, ¿por ventura es creíble que por mil cuatrocientos y más años que restan hasta el Diluvio estuvo en inacción, sin engendrar toda la prosapia y descendencia de Caín? Al que convenza esta razón, acuérdesese que cuando pregunté cómo debemos creer que aquellos antiguos hombres pudieron por tantos años estar sin engendrar hijos, de dos maneras resolvimos esta cuestión: ó por la pubertad y edad tardía para procrear según la proporción de una vida tan dilatada, ó porque los hijos que se refieren en las generaciones no eran los primogénitos, sino aquellas por quienes el autor del libro podía llegar al que pretendía llegar, como á Noé en las generaciones de Seth. Por lo cual, si al reseñar las generaciones de Caín notuvo el autor del *Génesis* el mismo propósito que al narrar las de Seth, deberemos acudir á la segunda explicación de la pubertad tardía, de manera que viniesen á ser potentes para engendrar después de cien años de edad, para que corra la lista de las generaciones por los primogénitos, y llegue hasta el Diluvio al justo número de los años. Aunque pudo suceder que por otra causa secreta que ignoro, hasta Lamech y sus hijos refiriese las generaciones de esta ciudad terrena, y después dejase el escritor del libro de contar las demás que pudo haber hasta el Diluvio. Pudo también ser causa de que no continuara la serie de las generaciones por los primogénitos, independientemente de lo tardío de la pubertad y potencia de engendrar en aquellos hombres, que la ciudad que fundó Caín con el nombre de su hijo

Enoch extendiera largamente sus límites y dominio, y que tuviera muchos reyes, no juntamente, sino uno después de otro, de padres á hijos sin guardar orden de primogenitura: el primero de estos reyes pudo ser Caín; el segundo su hijo Enoch, cuyo nombre tuvo la ciudad en donde reinó: el tercero Gaidad, á quien engendró Enoch; el cuarto Manihel, á quien procreó Gaidad; el quinto Mathusael, á quien engendró Manihel: el sexto Lamech, á quien engendró Mathusael, que es el séptimo rey desde Adán por Caín. No era indispensable que los primogénitos sucediesen en el reino á sus padres, sino los que por mérito, por alguna virtud que interesase á la ciudad terrena ó alguna ley, estatuto, costumbre ó buena suerte fueran llamados á la sucesión. Principalmente sucedía al padre por cierto derecho hereditario de reinar, el que el padre amaba más cordialmente que á los demás hijos. Y pudo, viviendo todavía Lamech y reinando, suceder el Diluvio, de forma que se hallase con él y con todos los demás hombres, y los ahogase, á excepción de los que se hallaron en el Arca. No debe maravillarnos que habiendo habido diferente cantidad de grande número de años entre los que se ponen en la genealogía desde Adán hasta el Diluvio, no tuviese una y otra estirpe y descendencia iguales generaciones en número, sino por parte de Caín siete, y por la de Seth diez, porque Lamech es séptimo, contando desde Adán, y décimo Noé. Y se refirieron muchos hijos de Lamech, y no uno solo como en los precedentes, por ser incierto quien le había de suceder en muriendo si quedara tiempo para reinar entre él y el Diluvio.

Como quiera que sea la serie y orden de las generaciones que descienden de Caín por primogénitos ó por reyes, me parece que por ningún pretexto se debe pasar en silencio que, siendo Lamech el séptimo desde Adán,

se citan tantos hijos suyos que llegan al número undécimo, con el que se significa el pecado. Nombra la Escritura tres hijos y una hija, y por lo respectivo á las hembras con quienes estuvieron casados, pueden significar otra cosa de que ahora no nos ocupamos, por tratar sólo de las genealogías, pero no se menciona de quiénes fueron hijas. Como la ley se nos presenta con el número denario, por lo que es tan famoso y memorable el Decálogo, sin duda el número undécimo, porque excede al décimo, nos significa la transgresión de la ley, y por esto el pecado. De aquí dimana que al Tabernáculo del testimonio, que cuando viajaba el pueblo de Dios era como un templo portátil, mandó Dios que se hiciesen once velos cilicinos, esto es, hechòs de pelos de cabras y camellos, porque en el cilicio está la memoria y recuerdo de los pecados por los cabritos que han de estar á la siniestra; y confesando esta verdad nos postramos en el cilicio, como diciendo lo que expresa el real Profeta (1): «mi pecado está siempre delante de mis ojos». Así pues, la stirpe que descende desde Adan por el perverso Caín concluye con el número undécimo, en que se significa el pecado, y el mismo número fenece en mujer en quien tuvo su principio el pecado, por el que morimos todos. Y sucedió que prosiguiese también la sensualidad que resiste al espíritu, porque hasta la misma hija de Lamech, Noema, quiere decir deleite. Pero desde Adan por Seth hasta Noé, se nos insinúa y recomienda el denario, número legítimo, al cual se le añaden tres hijos de Noé. Y habiendo caído y errado el uno, bendice el padre á los dos para que, desechado el réprobo y añadidos los hijos buenos y aceptables al número, se nos presente el número duodenario, el cual igualmente es insigne por el número de los patriarcas

(1) Salmo. 50. *Peccatum meum ante ma est semper.*

y apóstoles y por las partes del septenario, multiplicadas una por otra; pues le forman tres veces cuatro ó cuatro veces tres. Siendo esto positivo, observo que nos resta considerar y decir cómo estas dos prosapias que con sus distintas generaciones nos insinúan dos ciudades, una de los terrígenos y otra de los regenerados, se vinieron después á mezclar y confundir de forma que mereció perecer con el Diluvio todo el humano linaje, exceptuadas únicamente ocho personas.

CAPÍTULO XXI

La Escritura refiere de distinto modo las generaciones de Cain y de Seth.

Pero es digno de advertir cómo en la serie de las generaciones desde Caín, que refiere la Escritura, habiendo contado antes de los demás sucesores á Enoch, que dió nombre á la ciudad fundada por Caín, continuaron los demás hasta el fin que he referido, hasta que aquel linaje y toda la estirpe se acabó y feneció con el Diluvio; pero después de haber numerado á Enos, hijo de Seth, sin proseguir con los demás hasta el Diluvio, interpone un párrafo y dice (1): «Este es el libro y catálogo de la generación de los hombres; el día que crió Dios al hombre le crió á su imagen y semejanza. Criólos varón y hembra, los bendijo y llamó por nombre Adan en el día que los crió»; lo cual en mi opinión que se interpuso para principiar desde aquí otra vez, y desde el mismo Adan,

(1) *Génesis*, cap. V. *Hic liber nativitatis hominum, qua die fecit Deus Adam, ad imaginem Dei fecit illum. Masculum et feminam fecit eos, et benedixit illos, et cognominavit nomen eorum Adam, qua die fecit illos.*

la cuenta y cómputo de los tiempos, la cual no quiso formar el que escribió esto en la ciudad terrena, como si á ésta la refriera Dios de forma que no la quisiese computar. Mas ¿por qué motivo desde aquí vuelve á esta recapitulación después de haber nombrado al hijo de Seth, «hombre que esperó invocar el nombre del Señor Dios», sino porque convenía proponer así estas dos ciudades, la una por el homicida hasta llegar al homicida, porque también Lamech confiesa delante de sus dos mujeres que él cometió homicidio, y la otra por aquel que esperó invocar el nombre del Señor Dios? En esta mortalidad, este es el negocio total y sumo de la Ciudad de Dios que peregrina en este mundo, el cual nos debía recomendar un hombre engendrado por aquel en quien revivía Abel asesinado; porque aquel hombre uno es la unidad de toda la ciudad soberana, aunque no la unidad completa, sino la que se ha de ir cumpliendo y verificando con este diseño y figura profética. El hijo de Caín, esto es, el *hijo de la posesión*, ¿qué nombre ha de tener sino el de la ciudad terrena, que se fundó llamándola de su nombre? Porque, en efecto, es de aquellos de quienes dice el Salmo (1), «que habían de poner los nombres que ellos tenían á sus tierras», y por eso les sucede lo que dice en otro lugar: «Señor, allá en tu ciudad reducirás á nada sus imágenes» (2). Pero el hijo de Seth, esto es, el hijo de la resurrección, el que espera invocar el nombre del Señor, es la figura de aquella sociedad y congregación que dice (3): «yo, como una oliva fructuosa en la casa de Dios, esperé en su divina

(1) Salmo 48 y 72. Numer., cap. XXI. *Invocabunt nomina eorum in terris ipsorum.*

(2) Salmo 51. *Domine in civitate tua imaginem eorum ad nihilum rediges.*

(3) Salmo 39. *Ego autem sicut oliva fructifera in domo Dei, speravi in misericordia Dei.*

misericordia», y de aquella que no pretende en la tierra la gloria vana del nombre célebre, porque «sólo es bienaventurado aquel que pone su confianza en el nombre del Señor y no mira á las vanidades y falsas sandeces de los hombres». Así, pues, habiendo propuesto dos ciudades, una en la posesión de este siglo y otra en la esperanza divina, ambas extraídas como de una común puerta de la mortalidad que se abrió en Adán para que corran y discurren á sus distintos, propios y debidos fines, empieza la cuenta y enumeración de los tiempos, en la cual se añaden asimismo otras generaciones, haciendo la recapitulación desde Adán, de cuyo origen y estirpe condenada como de una masa justamente anatematizada, hizo Dios á unos, para deshonor é ignominia, vasos de ira, y á otros, para honor y gloria, vasos de misericordia; dando á los unos lo que se les debe en pena de su crimen, y haciendo á los otros merced de lo que no se les debe en la gracia; para que por la misma comparación y cotejo de los vasos de ira, aprenda la ciudad soberana que peregrina en la tierra á no confiar en los sentimientos del libre albedrío, sino á esperar invocar el nombre del Señor Dios. Porque la voluntad en la naturaleza, siendo Dios bueno, la hizo buena; pero siendo en sí mismo inmutable, la hizo inmutable, pues la hizo de la nada y puede declinar de lo bueno para hacer lo malo, lo que se ejecuta con el libre albedrío; y puede declinar de lo malo para hacer lo bueno, lo cual no se hace sino con el favor y auxilio de Dios.

CAPÍTULO XXII

De la caída de los hijos de Dios porque se aficionaron á las mujeres extranjeras, por lo que todos, exceptuadas ocho personas, merecieron perecer en el Diluvio.

Propagándose y creciendo el humano linaje con el libre albedrío de la voluntad, participando de la iniquidad, vino hacerse una mezcla y confusión de ambas ciudades, cuya desventura principió nuevamente de la mujer, aunque no del mismo modo que al principio, porque aquellas mujeres no hicieron entonces pecar á los hombres, alucinadas ó seducidas por cautela de alguno, sino que los hijos de Dios, esto es, los ciudadanos de la ciudad que peregrina en el mundo se aficionaron á las que desde el principio se criaron con malas costumbres en la ciudad terrena; es á saber, en la sociedad y congregación de los terrígenos por la gentileza y hermosura de los cuerpos de ellas, cuya hermosura, aunque es un don de Dios bueno y estimable, sin embargo, lo concede también á los malos, porque no les parezca una singular prerrogativa y gracia á los buenos. Así que, desamparando el bien incomparable, propio y característico de los buenos, se abatieron y humillaron al bien mínimo, no peculiar de los buenos, sino común á los buenos y á los malos. Y de este modo los hijos de Dios se enamoraron de las hijas de los hombres, y para alcanzarlas por mujeres y gozar de su hermosura, se pasaron y acomodaron á las costumbres de la sociedad y congregación terrígena, desertando de la piedad que guardaban fielmente en la sociedad y congregación santa. Porque se aprecia mal la hermosura del cuerpo, que es un bien criado por Dios, bien que es temporal, carnal é inferior, dejando á Dios, bien eterno, inter-

no y sempiterno, así como desamparando la justicia aman también los codiciosos el oro sin culpa ó pecado del oro, sino por culpa del hombre, y lo mismo sucede en todas las criaturas, porque como son buenas pueden ser bien y mal amadas; es, á saber, bien, guardando el orden, y mal perturbando el orden, lo cual en estos versos, breve y concisamente, dijo un sabio en elogio del Criador:

*Hæc tua, sunt, bona sunt, quia tu bonus ista creasti.
Nihil nostrum est in eis, nisi quod peccamus amantes,
Ordine neglecto, pro te, quod conditur abs te.*

. Esto es: «Estas cosas tuyas son, y son buenas; porque tú que eres bueno las criaste; no hay cosa nuestra en ellas, sino que pecamos, amando sin orden, en tu lugar, á la criatura.» Pero el Criador, si verdaderamente es amado, esto es, si se le ama á él mismo y no á otra cosa en su lugar que no sea él, no se puede amar mal, porque hasta el mismo amor debe ser amado ordenadamente con aquel tributo con que se ama bien lo que debe amarse, para que haya en nosotros la virtud con que se vive bien; por lo cual soy de dictámen que la definición compendiosa y verdadera de la virtud es un orden de amar ó amor ordenado. Y así en los Cantares canta la Esposa de Jesucristo que es la Ciudad de Dios, y pide (1) «que ordene en ella el amor».

Trastornando, pues, y turbando el orden de este amor y caridad, despreciaron los hijos de Dios á Dios, y amaron á las hijas de los hombres, con cuyos dos nombres bastante se distingue y conoce una y otra ciudad; pues tampoco aquellos naturalmente dejaban de ser hijos de los hombres, sino que habían comenzado á tener otro nombre por la gracia; porque hasta en la

(1) Cantic. cap. II. *Ordinate in me charitatem.*

misma Escritura, donde dice que los hijos de Dios se aficionaron á las hijas de los hombres, á los mismos los llama también ángeles de Dios, por cuyo motivo muchos han imaginado que aquéllos no fueron hombres, sino ángeles.

CAPÍTULO XXIII

Si es creíble que los ángeles, siendo de substancia espiritual, se enamoraron de la hermosura de las mujeres, se casaron con ellas y de ellos nacieron los gigantes.

Hemos tocado de paso en el libro III de esta obra, dejándola por resolver, la cuestión sobre si pueden los ángeles, siendo espíritus puros, conocer carnalmente á las mujeres; porque dice la Sagrada Escritura (1), «que hace Dios ángeles suyos á los espíritus», esto es, que aquellos que por su naturaleza son espíritus hace que sean ángeles suyos, encargándoles el honor de ser nuncios y legados suyos: pues lo que en el idioma griego se dice *angelus*, en el latino significa nuncio ó mensajero. Pero es aun controvertible y dudoso, si cuando consecutivamente dice *et ministros suos ignem ardentem*, «y á sus ministros fuego ardiente,» habla de sus cuerpos, ó si es que sus ministros deben estar encendidos en caridad, como un cuerpo espiritual. Porque la misma infalible Escritura afirma que los ángeles aparecieron á los hombres en tales cuerpos, que no sólo los pudiesen ver, sino también tocar. Pero hoy es axioma común y vulgarizado, y muchos, de cuya buena fe no se duda, lo confirman por haberlo experimentado ú oído, que los Silvanos, Sátiros y Faunos, á quienes el

(1) Salmo 108. *Qui facit angelos suos spiritus.*

vulgo llama incubos, han sido repetidas veces traviosos con las mujeres, y que las han pretendido y conocido carnalmente; y que ciertos demonios á quienes los galos llaman Dusios, procuran y efectivamente cumplen en ellas la cópula carnal. Porque lo afirman tantos y tan graves escritores que negarlo parece desatino ó arrogancia, no me atrevo á determinar aquí inconsiderada y temerariamente sobre si algunos espíritus de cuerpos aéreos (porque este elemento cuando se mueve con un bieldo ó aventador se deja sentir con el sentido y tacto del cuerpo) pueden padecer esta torpeza, de manera que, como les es posible, se mezclen sensiblemente con las mujeres; pero que los santos ángeles de Dios pudiesen caer en este enorme crimen en aquel tiempo, no lo puedo creer, ni que de éstos habló el apóstol San Pedro, cuando dijo (1): «Dios no perdonó á sus ángeles cuando pecaron, si no que dió con ellos en las prisiones caliginosas ó tenebrosas del infierno para castigarlos y reservarlos para el juicio final», sino que habló de aquellos que, apostatando y dejando á Dios, cayeron al principio con el demonio, su caudillo y príncipe, que fué quien de envidia, con cautela y fraude serpentina engañó al primer hombre. Y que los hombres de Dios se llamaron también ángeles, la misma Sagrada Escritura claramente lo testifica; pues aun de San Juan dice: *Ecce mitto angelum meum ante faciem tuam, qui præparabit viam tuam*, «yo enviaré mi ángel delante de ti, el cual dispondrá tu camino»; y el profeta Malachías por cierta gracia propia, esto es, por la que á él propiamente se le comunicó, se dijo y llamó ángel.

Pero lo que hace dudar á algunos es, que de los

(1) San Pedro Cap. II. *Si enim Deus angelis peccantibus non pepercit, sed carceribus caliginis inferi retrudens tradidit, in iudicio puniendos reservari.*

que se llaman ángeles de Dios, y de las mujeres que amaron, leemos que nacieron, no hombres como los de nuestra especie, sino gigantes, como si no hubieran nacido también en nuestros tiempos algunos que en la elevada estatura de sus cuerpos han excedido extraordinariamente la medida ordinaria de nuestros hombres, como lo tengo ya referido arriba. ¿No hubo en Roma, hace pocos años, antes de la ruina y estragos que los godos hicieron en aquella suntuosa ciudad, una mujer con su padre y madre, cuyo cuerpo en cierto modo gigantesco sobrepujaba y excedía notablemente á todos los demás, y que solo para verla acudía singular concurso de todas partes, causando particular admiración que sus padres no eran más altos que los más altos que ordinariamente vemos? Pudieron, pues, nacer gigantes aun antes que los hijos de Dios, que se dijeron también ángeles de Dios, se mezclasen con las hijas de los hombres, esto es, de los que vivían según el hombre, es á saber, los hijos de Seth con las hijas de Caín; porque la Sagrada Escritura donde leemos esto, dice así: *Et factum est, postquam ceperunt homines multi fieri super terram, et filie nateæ sunt illis; videntes autem angeli Dei filias hominum, quia bonæ sunt, sumpserunt sibi uxores ex omnibus, quas elegerant: et dixit Dominus Deus: non permanebit spiritus meus in hominibus. his in æternum, propter quod caro sunt: erunt autem dies eorum centum viginti anni. Gigantes autem erant super terram in diebus illis: et post illud cum intrarent filii Dei ad filias hominum, et generabant sibi, illi erant gigantes, à sæculo hominis nominati.* «Y sucedió después que comenzaron á multiplicarse los hombres sobre la tierra, y tuvieron hijas. Viendo los ángeles de Dios las hijas de los hombres que eran buenas y de buen aspecto, escogieron entre todas mujeres para sí, con quienes se casaron, y dijo el Señor Dios: «no permanecerá mi espíritu, esto

es, la vida que les he dado, en estos hombres para siempre, porque son carnales y serán sus días ciento y veinte años. En aquellos días había gigantes en la tierra, y después de esto, entrando ó mezclándose los hijos de Dios con las hijas de los hombres, engendraron para sí hijos: estos fueron los gigantes, hombres tan famosos y celebrados desde el principio del mundo». Estas palabras del sagrado texto, bien claro nos manifiestan que ya en aquellos tiempos había habido gigantes en la tierra cuando los hijos de Dios se casaron con las hijas de los hombres, amándolas porque eran buenas, esto es, hermosas, pues acostumbra la Sagrada Escritura llamar buenos también á los hermosos en el cuerpo. Pero después que acaeció esta novedad, nacieron asimismo gigantes, pues dice así: «En aquellos días había gigantes sobre la tierra, y después de esto, mezclándose los hijos de Dios con las hijas de los hombres, etc». Luego los hubo ya antes en aquellos días y después de ellos. Y lo que dice «y engendraban para sí hijos», bastantemente da á entender que antes de caer en aquella flaqueza los hijos de Dios engendraban hijos para Dios, no para sí; esto es, no dominando en ellos el apetito de la torpeza, sino sirviendo al cargo de la generación y propagación; no familia para su fausto y soberbia, sino para que fuesen ciudadanos de la Ciudad de Dios, y asimismo para anunciarles como ángeles de Dios (1) «que pusiesen en Dios su esperanza», imitando á aquel que nació de Seth, hijo de resurrección, y que esperó invocar el nombre del Señor Dios, á efecto de que con esta esperanza fuesen coherederos con sus descendientes y sucesores de los bienes eternos, y, debajo de un Dios Padre, hermano de sus hijos. Pero no se debe entender que de tal manera fueron ángeles de Dios, que

(1) Salmo 77. *Ut ponerent in Deo spem suam.*

no fuesen hombres, como algunos imaginan. Sin duda alguna la misma Escritura testifica que fueron hombres; pues habiendo dicho que, viendo los ángeles de Dios á las hijas de los hombres que eran hermosas, tomaron mujeres de todas las que escogieron; luego prosigue y dijo el Señor: «No permanecerá mi espíritu en estos hombres para siempre, porque son carnales»: mediante á que con el espíritu de Dios vinieron á ser ángeles de Dios é hijos de Dios; pero declinando á las cosas inferiores de la tierra, los llama hombres con nombre de la naturaleza, y no de la gracia. Llamó también á los espíritus desertores, que desamparando á Dios, fueron desamparados, carne ó carnales. Aunque los setenta intérpretes nombraron á éstos ángeles de Dios é hijos de Dios, lo cual seguramente no está así en todos los libros, porque algunos sólo dicen hijos de Dios; y Aquila, á quien los judíos anteponen á los demás intérpretes, traduce, no ángeles de Dios ni hijos de Dios, sino hijos de los dioses; lo uno y lo otro es positivo; porque asimismo eran hijos de Dios, debajo de cuyo Padre eran también hermanos de sus padres y eran hijos de los dioses por haber nacido de los dioses, con quienes ellos mismos eran igualmente dioses, conforme á la expresión del Real Profeta (1): «Yo digo que sois dioses, y todos hijos del Altísimo.» Porque con razón se cree que los setenta intérpretes tuvieron espíritu profético para que cuando mudasen alguna dicción con la autoridad del Espíritu Santo, y dijesen lo que interpretaban de un modo distinto de aquel que realmente había, no se dudase que esto lo decía el Espíritu Santo; aunque esto, dicen, que en el hebreo está ambiguo, de forma que se pudo interpretar hijos de Dios é hijos de los Dioses.

(1) Salmo 81. *Ego dixi: Dii estis, et filii Excelsi omnes.*

Abandonemos, pues, las fábulas de aquellas Escrituras que llaman apócrifas, por que de su principio, por ser obscuro, no tuvieron noticia clara los Padres, quienes han transmitido las verdaderas é infalibles Escrituras con ciertísima y notoria fe y crédito hasta llegar á nosotros. Y aunque en estos libros apócrifos se halla alguna verdad, con todo, por las muchas mentiras que comprenden, no tienen autoridad canónica. No podemos negar que escribió algunas cosas divinas Enoch, aquel que fué el séptimo desde Adán, pues lo ratifica así el apóstol San Judas Tadeo en su epístola canónica. Con todo, no sin motivo están los libros de Enoch fuera del Canon de las Escrituras que se custodiaban en el Templo del pueblo hebreo, por la exacta diligencia de los sacerdotes que se iban sucediendo. ¿Y por qué fué esto sino porque por su ancianidad los tuvieron por sospechosos, y no podían averiguar si su contenido era lo mismo que el Santo había escrito, no habiéndolas publicado personas tales que por el orden de la sucesión se descubriese que las hubiesen guardado legítimamente? De igual modo, respecto á las cosas que bajo su nombre se publican, conteniendo estas fábulas de los gigantes que no fueron hijos de hombres, con razón creen los prudentes que no se deben tener por suyas, como otras muchas que debajo del nombre de otros profetas, y otras modernas, debajo del nombre de los apóstoles, publican los herejes; todo lo cual, con nombre de apócrifo, con diligente examen está desterrado de la autoridad canónica. Conforme á las Escrituras canónicas hebreas y cristianas, no hay duda de que antes del Diluvio hubo muchos gigantes, y que éstos fueron ciudadanos de la sociedad terrígena de los hombres; y que los hijos de Dios, que según la carne descendieron de Seth, declinaron y se pasaron á esta congregación, dejando la justicia. Y no es maravilla

que de ellos pudiesen nacer gigantes, no porque no fueran todos gigantes, sino porque hubo muchos más entonces que en los tiempos que sucedieron después del Diluvio, á quienes quiso criar el Criador para manifestarnos por este efecto su omnipotencia, que no sólo la hermosura corporal, pero ni su grandeza ni fortaleza las debe estimar el sabio, cuya bienaventuranza consiste en los bienes espirituales é inmortales, que son mucho mejores y más sólidos, y son propios de los buenos, y no comunes á los buenos y á los malos. Así nos lo refiere el Profeta cuando dice (1): «Allí fueron aquellos gigantes tan nombrados desde el principio, de grande estatura y belicosos. No escogió el Señor á éstos, ni les comunicó el verdadero camino de la sabiduría, sino que perecieron; y porque les faltó la sabiduría se perdieron por su inconsideración».

CAPÍTULO XXIV

Cómo se debe entender que á los que habían de perecer con el Diluvio, les dijo el Señor: «Serán sus días ciento y veinte años.»

Lo que dijo el mismo Dios (2): «Serán sus días ciento y veinte años», no se debe entender como si les anunciara que después de la ruina universal del orbe, la vida de los hombres no había de pasar de ciento y veinte años, pues hallamos que aun después del Diluvio pa-

(1) Barruch, cap. III, v. 26. *Ibi fuerunt gigantes illi nominati, qui ab initio fuerunt staturosi, scientes prælium. Non hos elegit Dominus, nec viam scientiæ dedit illis, sed interierunt; et quia non habuerunt sapientiam, perierunt propter inconsiderantiam.*

(2) Génesis, cap. VI.

saron de quinientos; sino que debe entenderse que se explicó así el Señor cuándo andaba Noé próximo á cumplir quinientos años, esto es, en los cuatrocientos y ochenta de su vida (á los cuales llama á su modo la Escritura quinientos, significando muchas veces con el nombre del todo la mayor parte, y casi toda), porque á los seiscientos años de Noé, en el mes segundo, sucedió el Diluvio (1); y así dijo Dios, que de ciento y veinte años sería la vida de los hombres que entonces habían de perecer, los cuales cumplidos, habían de acabar con el Diluvio. Y no sin razón se cree que sucedió el Diluvio, cuando no se halló ya en la tierra quien no mereciese fenecer con tal muerte, con la que Dios castigó á los impíos, no porque tal grado de muerte cause á los buenos (que alguna vez han de morir) alguna sensación que pueda dañarles después de la muerte. Sin embargo, de los que hace mención la Sagrada Escritura que descendieron del linaje de Seth, ninguno murió con el Diluvio. La causa del Diluvio la refiere el Espíritu Santo de esta manera (2): «Viendo el Señor, dice, que se había multiplicado la malicia de los hombres en la tierra, y que cada uno no trataba de otra cosa en su corazón que de maldades, y esto continuamente, pensó Dios como había hecho al hombre sobre la tierra, y reflexionándolo, dijo: «Destruiré al hombre que crié sobre la tierra, desde el hombre hasta las bestias, y desde las sabandijas y reptiles que andan arrastrán-

(1) Génesis, cap. VII.

(2) Génesis, cap. VI. *Videns Dominus Deus, quia multiplicatae sunt malitiae hominum super terram, et quia unusquisque cogitat in corde suo diligenter super maligna omnes dies, et cogitavit Deus, quia fecit hominem super terram, et recogitavit, et dixit Deus. Delebo hominem, quem feci à facie terræ ab homine usque ad pecus et à reptilibus usque ad volatilia cæli, quia iratus sum, quoniam feci eos.*

dose, hasta [las aves del cielo, porque estoy enojado de haberlas criado».

CAPÍTULO XXV

Que la ira y enojo de Dios no perturba su inmutable tranquilidad.

La ira y enojo de Dios no es cierta perturbación de su ánimo, sino un juicio y sentencia con que da su respectiva pena y castigo al pecado; y su pensamiento y meditación es la razón inmutable de las cosas que han de mudarse, porque no es Dios como el hombre, que le pesa de alguna acción que haya ejecutado, teniendo sobre todas las cosas su dictamen y determinación tan fija y constante, como es cierta é infalible su presencia. Pero si no usara la Escritura de tales voces, no se insinuara, en cierto modo, tan familiarmente á toda suerte de personas, cuya utilidad espiritual procura, bien poniendo terror á los soberbios, alentando y despertando á los negligentes y ejercitando á los que trabajan y la buscan, ó alimentando y sustentando á los inteligentes; lo cual no haría si primero no se inclinase, y en algún modo descendiese hasta los que están postrados y humillados. Y el notificarles asimismo la muerte de todos los animales de la tierra y aves del cielo, no es amenazar con la muerte á los animales irracionales, como si hubieran éstos pecado, sino declarar y ponderar la grandeza del estrago que sucedería.

CAPÍTULO XXVI

Que el arca que mandó hacer Dios á Noé, en todo significa á Cristo y á su Iglesia.

El ordenar expresamente Dios á Noé, hombre justo, y como dice la verdadera Escritura, entre todos los de su tiempo el más perfecto (aunque no como lo han de llegar á ser los ciudadanos de la Ciudad de Dios en aquel estado de inmortalidad en el que se igualarán con los ángeles de Dios, sino como puede haber perfectos en esta peregrinación en la tierra) que construyese una arca para salvarse de la inundación del Diluvio con los suyos, esto es, con su mujer, hijos, nueras y los animales que por orden de Dios entraron con él en el arca, es, sin duda, una figura representativa de la Ciudad de Dios que peregrina en este siglo, esto es, de la Iglesia que se va salvando, y llega al puerto deseado por el leño en que estuvo suspenso el Mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús; porque aun las mismas medidas y el tamaño de su longitud, altura y latitud significan el cuerpo humano, con el cual real y verdaderamente, según estaba profetizado, había de venir y vino; mediante á que la longitud de un cuerpo humano, desde la cabeza hasta los pies, tiene seis veces más que la latitud, que es la que se toma de un lado á otro, y diez veces más que la altura, cuya medida se toma en el lado, desde las espaldas al vientre, como si midiésemos un hombre tendido boca arriba ó boca abajo, tiene de largo desde la cabeza hasta los pies seis tantos más que el lado desde la siniestra á la diestra, ó de la diestra á la siniestra, y diez tantos cuanto tiene de altura de la tierra. Así se hizo el arca de trescientos codos de largo, cincuenta de ancho y treinta de alto. Y el

haberle hecho puerta en el lado, sin duda que significa aquella llaga que con la lanza abrieron en el costado del Crucificado, porque por ella entramos los que caminamos á él, y de ella dimanaron los Sacramentos con que los fieles se santifican. Y el mandar que se hiciese de madera quebrada significa la estabilidad que tiene por todas partes la vida de los santos, porque donde quiera que volviereis el cuadrado está firme: Y todo lo demás que se dice de la fábrica de esta arca son señales y designaciones ciertas de las cosas, pero sería hacer una larga digresión el quererlas especificar ahora; ya tratamos de este particular en los libros que escribí contra el maniqueo Fausto, que negaba que en los libros de los hebreos hubiese profecía alguna de Jesucristo. Puede ser que las explicaciones que se den sean unas mejores que otras y algunas mejores que la nuestra, con tal que se refieran á la Ciudad de Dios de que tratamos, y que anda peregrinando como en un Diluvio en este perverso y corrompido siglo, si el que lo explique no quiere desviarse del sentido literal del autor que escribió esta historia; v. gr.: como si alguno, esto que dice el sagrado texto (1): «las partes inferiores harás de dos y de tres cámaras», no quiere que se entienda, como lo que expresé en los citados libros, que porque de todas las gentes y naciones se junta y compone la Iglesia, lo de dos cámaras se dijo por dos clases de gentes, es á saber, por los circundados y los que no lo estaban, á quienes el apóstol en otra frase llama judíos y griegos; y lo de tres cámaras, porque todas las naciones se reconstituyeron después del Diluvio, procediendo de los tres hijos de Noé; y da otra explicación que no sea ajena ni contradiga al Canon de la fe. Porque como qui-

(1) *Genesis*, cap. VI. *Inferiora bicamerata et tricamerata facies ea.*

so Dios que el arca tuviese habitaciones ó cámaras, no sólo en las partes inferiores, sino también en las superiores, á esta disposición llamó dos cámaras; y por haber en las superiores otra cámara, díjose que habia tres cámaras, de modo que, desde lo bajo á lo alto, eran primera, segunda y tercera habitación; por las cuales se pueden entender aquí aquellas tres excelentes virtudes que recomienda el apóstol (1): la fe, la esperanza y la caridad; y con más propiedad y conveniencia los tres frutos evangélicos de treinta, sesenta y ciento: de conformidad que en lo más bajo tenga su morada la castidad conyugal; sobre ésta la de la viuda, y sobre todas la virginal. Estas y otras mejores interpretaciones pueden darse, con tal de que quepan dentro de la fe cristiana. Lo mismo digo de todo lo demás que aquí se hubiese de declarar, que puede explicarse de diversas maneras, pero atendiendo siempre á una sólida concordia de la fe católica.

CAPÍTULO XXVII

Del arca y del Diluvio, y de que no debe creerse á los que admiten sólo la historia sin significación alguna alegórica, ni á los que defienden sólo las alegorias, desechando la verdad de la historia.

Sin embargo, ninguno debe imaginar, ó que escribió esto en vano, ó que sólo debemos indagar la verdad de la historia sin atender á significación alguna alegórica, ó al contrario, que nada de esto sucedió, sino que sólo son figuras verbales, ó sea lo que fuere, nada tiene

(1) San Pablo, I ep. ad Corinth, cap. XIII.

que ver con las profecías de la Iglesia. Porque ¿quién, si no es un insensato ó demente, ha de decir que son libros inútilmente escritos los que se han conservado y custodiado por tan dilatados millares de años con tanta religión, veneración, observancia y puntualidad de una continuada serie y sucesión? Ó que debe atenderse sólo á la historia, donde á lo menos, omitiendo otras particularidades, si por la multitud de los animales era fuerza que se construyera una arca tan capaz, ¿qué precisión había para que se introdujesen de los animales inmundos dos de cada especie, y siete de los limpios, pudiéndose conservar unos y otros en igual número? ¿Ó acaso Dios, que para conservar las especies prescribió que los guardasen, no podía recrearlos del modo que los crió? Y los que sostienen que nada de esto sucedió, sino que sólo son figuras para significar otras cosas, piensan en primer lugar que no pudo ser tan grande y ruinoso el Diluvio que sobrepujase la creciente del agua quince codos las cumbres de los más elevados montes, por causa ó en comparación de la cima del monte Olimpo, sobre el cual dicen que no pueden subir las nubes, porque es tan elevado como el cielo, y de conformidad que no puede experimentarse allí este aire craso y denso donde se engendran los vientos, nieblas y aguas: y no consideran los autores de este argumento que hay allí tierra, que es el más craso de los elementos, á menos que nieguen que sea tierra la cumbre del monte. Por qué ¿quieren probar que pudo la tierra levantarse hasta los dilatados espacios del cielo y el agua no pudo, afirmando los que miden y ponderan los elementos que el agua es superior y menos pesada que la tierra? ¿Y qué razón es la que dan para que la tierra, que es más grave é inferior, haya llegado y ocupe lugar del cielo más quieto y tranquilo por tantas revoluciones de años, y que al agua, que es más leve y superior, no se

le haya permitido que haga esta ascensión, siquiera por un corto espacio de tiempo?

Dicen también que en aquella arca no pudo haber tanta especie de animales, macho y hembra, dos de cada clase de todos los inmundos y siete de los limpios; pero advierto que sólo cuentan trescientos codos de longitud, cincuenta de latitud y treinta de altura, no considerando que hay otro tanto en las partes superiores ó segundo piso, y asimismo otro tanto en las superiores de las superiores, esto es, en el tercer piso, y que, por consiguiente, multiplicando tres veces aquellos codos, hacen por lo largo novecientos, por lo ancho ciento y cincuenta, y noventa por lo alto. Y si quisiésemos pensar lo que Orígenes, no sin agudeza dijo, que Moisés, hombre de Dios, y como dice la Escritura, «versado en todas las ciencias de los egipcios», que fueron aficionados y dados al estudio de la geometría, pudo significar los codos geométricos, los cuales afirman que uno vale por seis de los nuestros: ¿quién no advierte lo que pudo caber en aquella máquina tan grande? El argumento de que no pudo hacerse una arca de tanta grandeza y extensión es calumnia muy necia, observando que se han fabricado ciudades inmensas y muy dilatadas, sin atender á los cien años que se consumieron en la construcción del arca; sino es que por acaso pueda juntarse piedra con piedra con sola cal, de modo que venga á rodear y circuir un muro muchas millas, y que sea imposible unir maderos con tarugos, abrazaderas, clavos y brea para una arca, con líneas no curvas, sino rectas, la cual no había de ser necesario echarla al mar á fuerza de brazos, sino que la moviera y levantara el agua cuando viniera con el orden natural de los pesos, y que la gobernara sobre las aguas más la divina providencia que la humana prudencia, á efecto de que en ninguna parte padeciera naufragio.

Respecto á los que preguntan con demasiada curiosidad si de las sabandijas más pequeñas, no sólo los ratones y lagartijas, sino también las langostas, escarabajos, y en fin, moscas y pulgas, hubo más cantidad en el arca de la que ordenó y mandó Dios, deben advertir primeramente los que dudan de esta circunstancia, que lo que dice la Sagrada escritura (1), «los animales que van arrastrando sobre la tierra», se debe entender de modo que no fué necesario conservar en el arca; no solo los que andan debajo de ella, como los peces, sino también los que viven sobre ella, como varias aves; y cuando dice *masculus et femina erunt*, «serán macho y hembra», sin duda que se entiende que lo dice para reparar la especie, y que, según esto, tampoco fué necesario que hubiese allí los animalejos que pueden nacer sin ayuncamiento de macho y hembra de cualquiera materia, ó de cualquiera corrupción, ó que si los hubo, como los suele haber en las casas, pudieron ser sin determinación de cantidad, ó que si el misterio sacratísimo que se hacia, y la figura de una tan grande maravilla, en realidad de verdad no podía cumplirse de otra manera sino estando allí, en el arca, determinado número todos los animales que no podían, prohibiéndoselo su naturaleza vivir en las aguas, no estuvo esto á cargo de aquel hombre, ó de aquellos hombres, sino al de Dios: porque Noé no los buscaba y metía en el arca, sino que, conforme llegaban, los dejaba entrar, y á esto alude lo que dice, *intrabunt ad te*, «entrarán contigo», es á saber, no por operación ó diligencia humana, sino por voluntad divina. De conformidad que no se crea que hubo allí los que carecen de sexo; porque estaba ordenado que fuesen macho y hembra, pues hay algunos animales que nacen de cualquie-

(1) *Genesis*, cap. LXXVIII, *Quæ repunt super terram*.

ra cosa, sin haber conjunción de macho y hembra, y despues se vienen á juntar y engendrar, como son las moscas; y otros en quienes no hay macho y hembra, como son las abejas. Pero aquellos en quienes hay macho y hembra, y con todo no engendran, como son los mulos y las mulas, maravilla fuera que se hallaran allí, bastando que estuvieran sus padres, es á saber, la especie del caballo y del asno; y lo mismo puede decirse de algunos otros que con la mezcla de diferentes especies procrean otra, aunque si esto importaba para el misterio, allí se hallarían, porque también esta especie tiene macho y hembra.

Preguntan además algunos respecto de los manjares que allí podían tener los animales que se sabe que no se sustentan sino de carne, si además del número determinado hubo allí algunos otros sin quebrantar el mandato, á los cuales obligase á encerrar allí la necesidad de mantener á los otros, ó lo que es más verosímil, si, fuera de las carnes, pudo haber algunos alimentos que conviniesen para todos: porque conocemos muchos animales que se sustentan de carne, que comen legumbres y frutas, y principalmente higos y castañas. ¿Qué maravilla, pues, si aquel varón sabio, justo y además instruído por Dios de lo que necesitaba cada uno, aprestó y guardó para cada especie, además de las carnes, el nutrimento acomodado que le convenía? ¿Y qué cosa no les haría comer el hambre? ¿O qué pudo hacer Dios que no les fuese suave y saludable, pudiendo por divino privilegio concederles que vivieran sin comer, si no conviniera también que comieran para el cumplimiento de la figura de tan grande misterio? No cabe, pues, dudar, como no sea por terquedad, que tantas y tan diversas señales de sucesos acaecidos no sirvan para figurarnos la Iglesia; porque ya las gentes de tal suerte la han poblado y propagado, y los limpios y los inmun-

dos, hasta que llegue á cierto y determinado fin, de tal suerte están comprendidos y trabados con el vínculo de su estrecha unión, que por sólo esto, que es evidentísimo, no es lícito dudar de las demás cosas que se dicen con más obscuridad, y con más dificultad pueden entenderse. Y siendo así, ninguno, por inflexible y obstinado que sea, se atreverá á pensar que esto se escribió inútilmente, ni tampoco que, habiendo sucedido, no tuvo cierta significación, ni que sólo son dichos significativos y no hechos. Ni puede decirse probablemente que son ajenos de representar ó significar la Iglesia, sino que antes debe creerse que se escribieron con mucho acuerdo y sabiduría, que realmente sucedieron, que significaron algún misterio, y que éste consiste en figurarnos la Iglesia. Pero ya que hemos llegado á este punto, será bien concluir este libro, para continuar en el siguiente el curso de ambas ciudades, la terrena, que vive según el hombre, y la celestial, que vive según Dios, después del Diluvio y durante los demás sucesos que efectivamente acaecieron.

LIBRO DÉCIMOSEXTO

CAPÍTULO I

Si después del Diluvio, desde Noé hasta Abraham, se hallan algunas familias que viviesen según Dios.

Después del Diluvio, si los vestigios y señales del curso y camino de la Ciudad Santa se continuaron ó se interrumpieron con la intervención de los tiempos perversos, de conformidad que no hubiese hombre que reverenciase y adorase á un sólo Dios verdadero, es problema difícil de averiguar exactamente; no habiendo otras noticias que las que nos suministran las historias, porque en los libros canónicos posteriores á Noé, que con su esposa, sus tres hijos y sus tres nueras mereció salvarse en el arca de la ruina universal del Diluvio, no hallamos que la Sagrada Escritura celebre con testimonio evidente é infalible la piedad y religión de ningún hombre hasta Abraham, á excepción de que el mismo Noé nos alaba y recomienda sus dos hijos Sem y Japhet en una bendición profética, fijando la vista y vaticinando lo que, transcurridos muchos años, había de suceder. Por esto también á su hijo mediano, esto es, menor que el primogénito y mayor que el último, que había pecado contra su padre, le maldijo, no en su propia persona, sino en la de su hijo y nieto desde Noé, con estas terribles palabras: «Maldito será el joven Canaam,

siervo será de sus hermanos». Porque Canaan era hijo de Can, quien no cubrió, antes sí, descubrió la desnudez de su padre cuando dormía. Y así también lo que prosigue, que es la bendición de sus hijos el mayor y el menor, diciendo: *Benedictus Dominus Deus Sem, et erit Chanaan puer illius: lætificet Deus Japhet et habitet in domibus Sem*, esto es, «bendito el Señor Dios de Sem, sea Canaan su siervo; bendiga Dios á Japhet y habite en las casas de Sem», está lleno de sentidos proféticos y cubierto de obscuridad y de velos misteriosos, como lo está el plantar el mismo Noé la viña, el tomar el vino de ella, el dormir desnudo y todo lo demás que allí pasa y se escribe en la Sagrada Escritura.

CAPÍTULO II

Qué es lo que se figuró proféticamente en los hijos de Noé.

Pero habiéndose cumplido efectivamente en sus descendientes estos vaticinios que estaban oscuros y encubiertos debajo del enfático velo, están ya bien claros y perceptibles; porque, ¿quién hay que, considerándolos con exactitud, meditación y discreción, no los reconozca en Cristo? Sem, de cuyo linaje según la carne, nació Jesucristo, quiere decir nombrado. ¿Y qué cosa más nombrada que Cristo, cuyo augusto nombre derrama por toda la redondez de la tierra su admirable fragancia, de manera que en los Cantares, publicándolo hasta la misma profecía, se compara al unguento derramado, en cuyas casas, esto es, en la iglesias, habita la inmensa multitud de las gentes? Porque Japhet quiere decir amplitud, pero Cam significa cálido y el mediano de

los hijos de Noé, el del medio, como diferenciándose de uno y de otro y quedándose entre ambos, ni en las primicias de los israelitas ni en la plenitud de los gentiles. ¿Qué significa sino el linaje y generación cálida y astuta de los herejes, no con el espíritu de la sabiduría, sino de la impaciencia con que suele hervir el pecho y corazón de los herejes y perturbar la paz de los santos? Aunque todo esto viene á redundar en utilidad de los proficientes, conforme á la expresión del apóstol (1) «que conviene que haya herejías para que los buenos se echen de ver entre vosotros»; y por eso mismo dice la Escritura: *filius eruditus sapiens erit, imprudente autem ministro utetur*; «el hijo atribulado y ejercitado en las penalidades será sabio, y del imprudente y malo se servirá como de ministro y siervo». Porque muchas cosas que pertenecen á la fe católica, cuando los herejes con su cautelosa y astuta inquietud las turban y desasosiegan, entonces, para poderlas defender de ellos, se consideran con más escrupulosidad y atención, se perciben con mayor claridad, se predicán con mayor vigor y constancia, y la duda ó controversia que excita el contrario sirve de ocasión propicia para aprender.

No sólo los que están manifiestamente separados, sino también todos los que se glorían y precian del nombre cristiano y viven mal, pueden ser figurados en el segundo hijo de Noé, porque la pasión de Cristo, que fué significada con la desnudez de aquel hombre, la predicán con su profesión y con su perversa vida, la desacreditan y deshonoran. De ellos se dijo: «que por el fruto que dan y por sus obras los conoceremos». Por eso fué maldito Can en su hijo como en fruto suyo, esto es, en su obra, y su hijo Canaam quiere decir movimiento su-

(1) San Pablo, II ep. á los Corinth., cap. XI. *Oportet hæreses esse, ut probati manifesti flant in vobis.*

yo, lo cual, ¿qué otra cosa es que obra suya? Sem y Japhet figuran la circuncisión y el prepucio, ó como los denomina el apóstol, los judíos y griegos, los que, llamados y justificados, habiendo entendido como quiera la desnudez de su padre con que se significaba la pasión del Redentor, tomaron su vestidura, pusiéronla sobre sus espaldas y entraron caminando hacia atrás, cubrieron la desnudez de su padre y no vieron lo que por respeto y reverencia cubrieron; porque en cierto modo en la pasión de Cristo honramos lo que se hizo por nosotros y abominamos la maldad de los judíos. La vestidura significa el Sacramento, las espaldas la memoria de lo pasado, porque á la pasión de Cristo, en tiempo que ya vivía Japhet en las casas de Sem, y el mal hermano en medio de ellos, la Iglesia la celebra como ya pasada y no la mira como futura.

Pero el mal hermano en su hijo, esto es, en su obra, es el joven, es decir, siervo de sus buenos hermanos, cuando los buenos con cordura se aprovechan de los malos ó para el ejercicio de la paciencia ó para el aprovechamiento de la sabiduría. Hay algunos (según lo dice el apóstol) que predican á Jesucristo no sincera y fielmente; «pero como quiera, dice (1), que prediquen á Cristo ó por alguna ocasión ó verdaderamente, yo me alegro y lisonjeo de ello y aun me complaceré más»; porque él es el que plantó la vida de quien dice el profeta (2): «esta viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel», y él bebió de su vino; ya se entienda aquí aquel cáliz del cual dice: «¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?» y también: «Padre, si es posible, pase de mí este cáliz», con que sin duda significa su pasión, ya

(1) San Pablo, ep. á los Philip., cap. I. *Sed sive occasione, sive veritate Christus annuntietur, in hoc gaudeo, sed et gaudebo.*

(2) Isaias, cap. V. *Vinea Domini Sabaoth, domus Israel est.*

sea que, como el vino es fruto de la viña, antes nos quiso significar con esto que de la misma viña, esto es, del linaje de los israelitas, tomó por nosotros, para poder padecer, carne y sangre y se embriagó, esto es, padeció y se desnudó, porque allí se desnudó, es decir, se descubrió su flaqueza, de la cual dice el apóstol (1): «que fué crucificado por la flaqueza de la carne», añade (2): «lo que parece flaco en Dios es más fuerte que los hombres y lo que parece loco es más sabio que la sabiduría de los hombres». Y al hablar de Noé, la Escritura, después de haber dicho «y se desnudó» (3), añadió: «en su casa» (4), mostrándonos enérgicamente que había de padecer en la cruz y afrentosa muerte por manos de gente de su carne y linaje y de los domésticos de su sangre, esto es, de los judíos.

Esta pasión de Cristo la predicán los réprobos sólo en lo exterior con el sonido de la voz, porque no entienden lo que predicán; pero los buenos en lo interior conservan este tan grande misterio y dentro del corazón reverencian y honran lo flaco y necio de Dios, que es más fuerte y sabio que los hombres. Figura á los primeros Cam, que, saliendo fuera, anunció y divulgó la desnudez de su padre; pero Sem y Japhet para encubrirle y velarle, es, á saber, para honrarle y reverenciarle se entraron, esto es, hicieron esto interiormente.

Estos secretos de la Sagrada Escritura los vamos rastreando como podemos, más ó menos congruamente unos que otros; pero teniendo fielmente por cierto que estas cosas no se hicieron ni escribieron sin significa-

(1) San Pablo, II ep. á los Corinth., cap. XIII. *Etsi crucifixus est ex infirmitate.*

(2) San Pablo, I ep. á los Corinth., cap. I. *Infirmum Dei fortius est hominibus, et stultum Dei sapientius est hominibus.*

(3) Génesis, cap. IX. *Et nudatus est.*

(4) Génesis, cap. IX. *In domo sua.*

ción alguna y figura de las cosas futuras, y que no se deben referir sino á Cristo y á su Iglesia, que es la Ciudad de Dios, la cual no se dejó de predicar desde el principio del linaje humano, cuya predicación vemos que por todas partes se cumple. Así que, después de la bendición de los dos hijos de Noé y de la maldición del uno, que fué el mediano, por más de mil años hasta Abraham, no se mencionan ya hombres justos que piadosamente reverenciasen y adorasen á Dios. Y no puedo creer que hubo falta de ellos, sino que fuera alargarse demasiado si se hubieran de referir todos, lo cual sería más diligencia histórica que providencia profética. Así que, el escritor de las sagradas letras, ó por mejor decir, el Espíritu Santo, prosigue la relación de los sucesos, con la que no sólo nos refiere los pasados, sino también nos anuncia los futuros, digo, los que pertenecen á la Ciudad de Dios. Porque aun todo lo que se dice aquí de los hombres que no son sus ciudadanos, se refiere con el objeto de que ella, con la comparación de sus contrarios, ó aproveche ó salga victoriosa; aunque no todo lo que se relaciona que sucedió debemos entender que tiene su significación propia, sino que, con las cosas que significan, se entremeten las que nada significan, pues aunque sólo con la reja se surca la tierra, para poderlo hacer son necesarias asimismo todas las demás partes del arado; y en las cítaras y semejantes instrumentos músicos, aunque se acomodan sólo las cuerdas para tocar, sin embargo, para colocarlas se ponen con ellas todas las demás cosas de que constan los instrumentos músicos y que no las tocan los músicos, sino que se traban con las que tocadas suenan. Así en la historia profética también se refieren algunas cosas que nada significan, pero que están enlazadas y en cierto modo trabadas con las que tienen su determinada significación.

CAPÍTULO III

De las generaciones de los tres hijos de Noé.

Resta ya que consideremos las generaciones de los hijos de Noé, y que lo que pareciese conducente tratar de ellas lo coloquemos y describamos en esta obra, en la que vamos demostrando, siguiendo el orden de los tiempos, el discurso, estado y progresos de una y otra ciudad, es á saber, de la terrena y de la celestial. Principia, pues, á referirlas la Sagrada Escritura por el hijo menor, que se llamó Japhet, y nombra ocho hijos suyos, y siete nietos de dos hijos de éstos; tres del uno y cuatro del otro, que en todos hacen quince; cuatro de los de Cam, esto es, del hijo segundo de Noé, y cinco nietos de un hijo suyo, y dos biznietos de un nieto, que en todos son once. Y habiendo referido éstos, retrocede como al principio y raíz diciendo (1): «Chûs engendró á Nemrod; éste empezó á ser gigante en la tierra; éste fué gigante cazador contra el Señor Dios; y por eso se dice como un Nemrod, gigante cazador contra el Señor: comenzó á reinar en Babilonia Orech, Archad y Chalanne en la tierra de Sennaar, de la cual salió Asur, y edificó á Nínive y á la ciudad de Robooth (2) y á Ca-

(1) *Génesis, cap. X. Chus autem genuit Nemroth, hic cepit esse gigas super terram: hic erat gigas venator contra Dominum Deum: propter hoc dicunt: sicut Nemroth gigas venator contra Dominum, et factum est initium regni ejus Babylon, Oreg, Archad, et Chalanne in terra Sennaar. De terra illa exiit Assur, et ædificavit Nini-
vum, et Robooth civitatem, et Calach, et Dasem inter medium Ni-
nivis, et Calach, civitas magna.*

(2) Rhesen ó Robooth era una insigne ciudad situada entre Nínive y Chalach.

lach y á Dasem, entre Nínive y Calach. Esta es la ciudad grande».

Este Chûs, padre del gigante Memrod, es el primero que nombra entre los hijos de Cam, cuyos cinco hijos y dos nietos había ya contado; pero á este gigante, ó le procreó después de nacidos sus nietos, ó lo que es más creíble, la Escritura, por excelencia suya, habla separadamente de él; pues nos relaciona también con toda exactitud su reino, cuyo principio, cabeza y corte era la nobilísima ciudad de Babilonia y las que con ella se refieren, ya sean ciudades, ya sean provincias. Respecto á lo que dice que de aquella tierra, esto es, de la tierra de Sennaar, perteneciente al reino de Nemrod, salió Asur, y que edificó á Nínive y otras ciudades, esto sucedió mucho después, lo cual, dice de paso la Escritura con esta ocasión, por la nobleza del reino de los Asirios, que maravillosamente dilató y acrecentó Nino, hijo de Belo, fundador de la gran ciudad de Nínive, de quien ésta tomó su nombre, de modo que de Nino se llamó Nínive. Asur, de quien tomaron el nombre los Asirios, no fué uno de los hijos de Cam, hijo segundo de Noé; sino uno de los hijos de Sem, que fué el hijo mayor de Noé. De aquí resulta que de la estirpe de Sem descendían los que después poseyeron el reino de aquel gigante, y allí fundaron otras ciudades; y la primera de ellas de Nino se llamó Nínive. Desde aquí vuelve al otro hijo de Cam, que se llamaba Mesrain, y dice los que engendró, no como quien refiere cada persona de por sí, sino siete naciones, y de la sexta, como un sexto hijo, refiere que salió la nación que se llama de Philistim, por donde vienen á ser ocho. Desde aquí vuelve nuevamente á Canaam, en cuya persona maldijo Noé á su padre Cam, y nombra once que engendró. Después, habiendo referido algunas ciudades, dice á qué fin y término llegaron. Y así, incluyendo en la cuenta hijos

y nietos, refiere treinta y uno que nacieron de la estirpe de Cam.

Resta ahora referir los hijos de Sem, el mayor de los hijos de Noé, porque á él llega de grado en grado la relación de estas generaciones, que comenzó por el menor. Pero donde principia á relacionar los hijos de Sem está bastante obscuro, por lo que es indispensable declararlo, é importa mucho para el objeto que nos proponemos, porque dice así (1): «Y también al mismo Sem, que fué padre de todos sus hijos y hermano mayor de Japhet, le nació Heber»: el orden y construcción de las palabras latinas es éste: y al mismo Sem también le nació Heber, el cual Sem es el padre de todos sus hijos. Así que, quiso dar á entender que Sem era patriarca de todos los que ha de referir que descendieron de su linaje, ya sean hijos, nietos ó biznietos, y los que de ellos en adelante nacieron, pues no hemos de entender que á este Heber le engendró Sem, sino que es el quinto en la lista y catálogo de sus descendientes, porque, Sem entre otros hijos, tuvo á Arphaxat, Arphaxat á Cainan, Cainan á Sala, y Sala á Heber. No en vano, pues, le nombra el primero en la generación que desciende de Sem, y le antepuso también á los hijos, siendo él el quinto nieto, sino porque es verdad lo que se dice que de él se llamaron así los Hebreos como Hebereos, aunque podría haber también otra opinión, que de Abraham parezca que se llaman así como Ebraheos; pero efectivamente, lo cierto es que de Heber se llamaron Hebereos, y después, quitando una letra, Hebreos, cuya lengua hebrea pudo alcanzar solamente el pueblo de Israel, en quien la Ciudad de Dios anduvo peregrinando en los Santos, y en todos fué

(1) *Génesis, cap. X. Et Sem natus est etiam ipsi patri omnium filiorum Heber, fratri Japhet mayori.*

misteriosamente figurada. Por este motivo se nombran primeramente seis hijos de Sem; y después, de uno de ellos nacieron cuatro nietos suyos, y asimismo otro hijo suyo engendró otro nieto, de quien asimismo nació otro biznieto y después otro tataranieto, que es Heber; y Heber engendró dos hijos, el uno llamado Phalec, que significa el que divide. Después, prosiguiendo la Escritura y dando la razón de este nombre, dice (1): «Porque en su tiempo se dividió la tierra», y lo que quiere decir esta expresión, después se verá.

Otro que nació de Heber engendró doce hijos, con los cuales vienen á ser todos descendientes de Sem veinte y siete: así que, todos los sucesores de los tres hijos de Noé, es á saber, quince de Japhet, treinta y uno de Cam y veinte y siete de Sem, vienen á sumar setenta y tres. Después prosigue el sagrado texto diciendo (2): «Estos son los hijos de Sem, según sus familias y lenguas en sus respectivas tierras y naciones». Y asimismo de todos dice (3): «Estas son las tribus ó familias de los hijos de Noé según los pueblos y naciones, estos fueron los que dividieron las gentes en la tierra después del Diluvio», de donde se colige que entonces hubo setenta y tres, ó por mejor decir (como después lo manifestaremos) setenta y dos, no hombres, sino naciones, porque habiendo referido antes los hijos de Japhet, concluyó así (4): «De éstos nacieron los que dividieron y poblaron las islas de las gentes en la tierra, cada uno

(1) *Génesis, cap. X. Quia in diebus ejus divisa es terra.*

(2) *Id., cap. X. Hi filii Sem in tribubus suis secundum linguas suas, in regionibus suis, et in gentibus suis.*

(3) *Id., cap. X. Hæ tribus filiorum Noe, secundum generationes eorum, et secundum gentes eorum. Ab his dispersæ sunt insulæ gentium super terram post Diluvium.*

(4) *Id., cap. X. Ex his segregatæ sunt insulæ gentium in terra sua, unusquisque secundum linguam suam in tribubus suis.*

según su lengua, familia y nación». Y en los hijos de Cam, en otro lugar refiere con más claridad las naciones, como lo indiqué arriba (1): «Mesrain enjendró á los que se dicen Ludiim», y á este modo los demás, hasta siete naciones; y habiéndolas contado todas, concluyendo su relación, dice (2): «Estos son los hijos de Cam en sus familias, según sus lenguas, en sus regiones y naciones». Por esta causa dejo de referir muchos hijos de otros, porque conforme nacían se iban mezclando con otras gentes, y ellos no bastaron á constituir por sí solos una nación. ¿Pues qué otro motivo hay para que habiendo contado ocho hijos de Japhet, refiera que de los dos solamente nacieron hijos, y nombrando cuatro hijos de Cam, refiere únicamente los que nacieron de los tres, y nombrando seis hijos de Sem, pone solamente la descendencia de los dos? ¿Acaso los demás no tuvieron hijos? De ningún modo debe creerse tal cosa, sino que como no hicieron nación ó gente distinta, no merecieron que hiciera mención de ellos, porque conforme nacían se iban enlazando y mezclando con otras naciones.

CAPÍTULO IV

De la diversidad de las lenguas, y del principio de Babilonia

Refiriendo el historiador que estas naciones vivían cada una con su lengua, con todo, retrocede á la época en que todos usaban de un mismo idioma, y luego prin-

(1) *Génesis*, cap. X. *Mesrain genuit eos, qui dicuntur Ludiim.*

(2) *Id.*, cap. X. *Hi filii Cham in tribubus suis, secundum linguas suas in regionibus suis, et in gentibus suis.*

cipia á declarar lo que sucedió, por cuyo motivo nació la diversidad de las lenguas (1): «No se hablaba, dice, en toda la tierra sino una lengua, y sucedió que caminando desde la parte oriental hallaron un campo en tierra de Senaar, y poblaron allí, y se dijeron unos á otros: hagamos adobes, y los coceremos al fuego, y sirvióles el ladrillo de piedra y el betún de argamasa, y dijeron: venid pues, y edifiquemos una ciudad y una torre, cuyo capitel llegue hasta el cielo, y sirva para celebrar nuestro nombre antes que nos derramemos y distribuyamos por todo el ámbito de la tierra. Bajó el Señor á ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres, y dijo el Señor: «ved aquí que el pueblo es uno, y no usan sino de un idioma todos ellos, y han dado ya en este desatino, y no desistirán de lo comenzado hasta que salgan con su intento: venid, bajemos y confundamos allí su lengua, de forma que no se entiendan unos á otros»: Esparciólos, pues, Dios desde allí por toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad y la torre; la cual por este motivo se llamó Confusión,

(1) *Génesis, cap. II. Et erat omnis terra labium unum, et vox una omnibus. Et factum est, cum moverent ipsi ab Oriente, invenerunt campum in terra Sennaar, et habitaverunt ibi. Et dixit homo proximo suo; venite, faciamus lateres, et coquamus illos igni. Et facti sunt illis lateres in lapidem, et bitumen illis erat lutum, et dixerunt: venite, ædificemus nobismetipsis civitatem et turrim, cujus caput eat usque ad cælum, et faciamus nobis nomen, antequam dispergamur in faciem omnis terræ. Et descendit Dominus videre civitatem et turrim, quam ædificaverunt filii hominum. Et dixit Dominus. Ecce genus unum, et labium unum omnium, et hoc inchoaverunt facere, et nunc non deficiet ex illis omnia, quæ conati fuerint facere, Venite, et descendentes confundamus ibi linguam eorum, ut non audiat unusquisque vocem proximi sui. Et dispersit eos Dominus inde super faciem omnis terræ, et cessaverunt ædificantes civitatem, et turrim; Propterea hoc appellatum est nomen illud Confusio, quia ibi confundit Dominus labium omnis terræ, et inde dispersit illos Dominus Deus super faciem omnis terræ.*

porque allí confundió Dios la lengua que se hablaba en toda la tierra, y desde allí los derramó Dios por toda ella». Esta ciudad que se llamó Confusión, es la Babilonia, cuyo admirable edificio celebran también los historiadores gentiles, porque Babilonia quiere decir confusión. Y se infiere que el gigante Nemrod fué el que la fundó, por lo que arriba insinuó de paso, donde, hablando de él el sagrado texto, dice (1): «El principio de su reino fué Babilonia», esto es, para que fuese reino y cabeza de las demás ciudades, donde, como Metrópoli, estuviese la corte del rey; aunque no llegó á ser tan grande y majestuosa como lo había trazado la arrogancia y soberbia de los impíos; porque pretendieron una elevación excesiva, á la cual llama la Escritura hasta el cielo, ya fuese ésta la de una sola torre, que principalmente entre otras fabricaban, ó la de todas las torres, significadas por el número singular, así como se dice soldado y se entienden mil soldados, y la rana y la langosta, porque así llama la Escritura á la multitud de ranas y langostas, en las plagas que Moisés hizo descender sobre los egipcios. ¿Y qué podía hacer la humana y vana presunción? Por más que levantara la altura de aquella máquina hasta el cielo contra Dios, aunque sobrepujara sobre todas las montañas, y aunque traspasara la región de este aire nebuloso. ¿Qué podía, en efecto, dañar ó impedir á Dios cualquiera alteza, por grande que fuera, espiritual ó corporal? La humildad sí que es la que abre el camino seguro y verdadero para el cielo, levantando el corazón á Dios, y no contra Dios; como la Escritura llamó á este gigante cazador contra el Señor, lo cual entendiendo algunos engañados por la palabra griega que es ambigua, tradujeron, no contra el Señor, sino ante el Señor, porque *enastion* significa lo

(1) *Génesis*, cap. X. *Initium regni ejus fuit Babylon.*

uno y lo otro, ante y contra: en atención á que esta misma palabra se halla en el real profeta (1): «lloremos ante el Señor que nos crió», y la misma en el libro de Job (2), donde dice: «has rebosado tu furia contra Dios»: así pues, se debe entender aquel gigante cazador contra Dios. ¿Y qué significa este nombre cazador sino un engañador, opresor y consumidor de los animales terrestres? Levantaba, pues, él y su pueblo la torre contra Dios, con que se nos significa la impía y maligna soberbia, y con razón se castiga la mala intención, aún cuando no pudo. ¿Cuál fué el género del castigo? Como el dominio y señorío del que manda consiste en la lengua, en ella fué condenada la soberbia, para que no fuese entendido de los hombres cuando los ordenaba algo, porque él no quiso entender y obedecer al mandamiento de Dios. Así se deshizo aquella conspiración, dejando y desamparando cada uno aquel á quien no entendía, y juntándose sólo con aquel con quien podía hablar; y por medio de las lenguas se dividieron las gentes, y se esparcieron y derramaron por el mundo como á Dios le pareció conducente, quien lo hizo así por modos ocultos, secretos é incomprensibles para nosotros.

CAPÍTULO V

Cómo descendió el Señor á confundir la lengua de los que edificaban la torre.

Y dice la Sagrada Escritura (3): «descendió el Señor á ver la ciudad y torre que edificaban los hijos de los hombres»; esto es, no los hijos de Dios, sino aquella

(1) Salmo 94. *Et ploremus ante Dominum, qui feci nos.*

(2) Job., cap. XV. *In furorem erupisti contra Dominum.*

(3) Génesis, cap. XI. *Et descendit Dominus videre civitatem, et turrim, quam edificaverunt filii hominum.*

sociedad y congregación que vivía según el hombre, á la cual llamamos ciudad terrena. Dios no se mueve localmente, porque siempre en todas partes se halla todo, pero se dice que baja cuando practica alguna acción en la tierra que, siendo por maravilla fuera del curso ordinario de la naturaleza, nos muestra en cierto modo su presencia. Ni por ver las cosas ocularmente aprende ó se instruye temporalmente el que jamás puede ignorar nada, sino que se dice que ve y conoce en tiempo lo que hace que se vea y conozca: así que, no se veía aquella ciudad de la manera que hizo Dios que se viese cuando manifestó cuánto le desagradaba. Aunque también puede entenderse que bajó Dios á aquella ciudad porque descendieron sus ángeles en quienes habita: de manera que lo que añade (1): «y dijo el Señor, ved aquí que todo el linaje humano es una nación, y no usan sino de una lengua todos ellos»: y lo que después prosigue diciendo: (2) «venid pues, descendamos y confundamos allí su lengua»: sea una recapitulación que explique cómo se hizo lo que dijo de que bajó el Señor; porque si había ya bajado, ¿qué quiere decir, «venid pues, descendamos y confundamos allí su lengua» (lo cual se entiende que lo dijo á los ángeles), si no bajaba en éstos el que estaba en los ángeles que descendían? Y adviértase que no dice venid, bajemos, y confundid, sino confundamos allí su lengua, manifestándonos que de tal manera obra por medio de sus ministros, que también ellos son cooperadores de Dios, como lo dice el apóstol (3): «somos cooperarios de Dios».

(1) *Génesis*, cap. II. *Et dixit Dominus Deus: Ecce genus unum, et labium unum omnibus, etc.*

(2) *Génesis*, cap. II. *Venite, et descendentes confundamus ibi linguam eorum.*

(3) San Pablo, I ep. á los Corint., cap. III. *Dei enim sumus cooperarii.*

CAPÍTULO VI

Cómo se ha de entender que habla Dios á los ángeles.

Pudiérase también entender de los ángeles aquella expresión cuando crió Dios al hombre en que dice: «hagamos al hombre» (1) porque no dijo, haré; mas porque añade: «a nuestra imagen y semejanza» (2): no es lícito creer que fué criado el hombre á imagen de los ángeles, ó que es una misma imagen la de los ángeles y la de Dios, y por eso se entiende bien allí la pluralidad de la Trinidad. Con todo, porque esta Trinidad es un solo Dios, aun cuando dijo hagamos, dice: «é hizo Dios al hombre á su semejanza (3)»: y no dijo hicieron los dioses, ó á imagen y semejanza de los dioses. Pudiéramos también aquí entender la misma Trinidad, como si el Padre dijera al Hijo y al Espíritu Santo: «venid, bajemos, y confundamos allí su lengua» si hubiera algún obstáculo que nos prohibiera poder referirlo á los ángeles, á los cuales cuadra el venir á Dios con movimientos santos, esto es, con pensamientos piadosos, con los que ellos consultan la incommutable verdad como ley eterna en aquella su corte soberana. Porque ellos mismos no son la verdad para sí, sino que participan de la verdad increada; á ésta se acercan como á fuente de la vida, para que lo que tienen de sí mismos lo reciban de ella, y por eso es estable su movimiento, con que se dice

(1) *Génesis*, cap. I. *Faciamus hominem*. En esta expresión opinan San Agustín y San Hilario que se da á entender, como en conceptos abstractos, el misterio de la beatísima Trinidad.

(2) *Génesis*, cap. I. *Ad imaginem nostram*.

(3) *Génesis*, cap. I. *Et fecit Deus hominem ad imaginem Dei*.

que vienen los que no se apartan de donde están. Ni tampoco habla Dios con los ángeles como nosotros hablamos unos con otros, ó con Dios ó con los ángeles, ó los mismos ángeles con nosotros, ó por medio de ellos Dios con nosotros, sino con un modo inefable suyo, aunque éste nos le declara á nuestro modo, porque la palabra soberana de Dios que precede á su obra, es la razón inmutable de aquella su operación, cuya palabra no tiene sonido que haga estruendo ó ruido, ó que pase, sino una virtud que eternamente permanece y que obra temporalmente: con ésta habla á los santos ángeles; pero á nosotros que estamos lejos y como desterrados, de otra manera. Y cuando nosotros también venimos á sentir con el oído interior alguna especie semejante á este lenguaje, entonces nos acercamos á los ángeles. Así, pues, no siempre he de dar razón en esta obra del lenguaje de Dios, porque la verdad inmutable, ó por sí misma inefablemente habla al espíritu de la criatura racional, ó habla por alguna criatura mudable, ó por vía de imágenes espirituales á nuestro espíritu, ó por voces corporales al sentido; pues aquello que dice (1): «ya han dado en esto, y no desistirán de lo comenzado hasta que salgan con ello»: no lo dice afirmando, sino como preguntando, como suelen explicarse los que amenazan, como dijo Virgilio (2): «¿no se aprestarán las armas, no saldrá en su seguimiento toda la ciudad?» De esta manera debe entenderse, como si dijera: ¿acaso no desistirán de todo lo que han comenzado á hacer? Pero si lo decimos así, no se expresa y declara la persona que amenaza; y para los que son tardos de ingenio, añadimos la palabra *acaso*, diciendo *acaso no*, porque no po-

(1) *Génesis*, cap. II. *Et nunc non deficient ex illis omnia, quæ conati fuerint facere.*

(2) *Virg.*, libro IV. *Enéida*. *¿Non arma expedient, totaque ex urbe sequentur?* Son expresiones de Dido.

demos escribir la voz como la pronuncia el que habla. De aquellos tres hombres, hijos de Noé, comenzó á haber por el mundo setenta y tres, ó como lo manifestará la razón, setenta y dos naciones y otros tantos idiomas, los cuales, creciendo y multiplicándose llenaron y poblaron hasta las islas, aunque se aumentó mucho más el número de las gentes que el de las lenguas; porque hasta en África conocemos muchas y diferentes gentes bárbaras que viven bajo una misma lengua; y habiendo crecido los hombres y multiplicándose el linaje humano, ¿quién duda que pudieron pasar en navíos á poblar las islas?

CAPITULO VII

Si las islas, aun las muy apartadas y desviadas de tierra firme, alcanzaron todo género de animales, del número de los que se salvaron en el arca del Diluvio.

Pero se ofrece una duda, y es: ¿cómo de toda aquella especie de animales, que no son domésticos ni están sometidos á la educación y cuidado del hombre; ni nacen, como las ranas, de la tierra, sino que se propagan y multiplican con la conjunción de macho y hembra, cual los lobos y otros de esta clase, cómo después del Diluvio, en el cual perecieron todos los que no se hallaron en el arca, se pudieron hallar también en las islas, si no se multiplicaran más que de aquellos cuya especie, macho y hembra, se conservó en el arca? Bien podemos creer que pudieron pasar á las islas nadando, aunque solamente á las más próximas; pero hay algunas tan distantes y apartadas de tierra firme, que parece imposible que ninguna bestia pudiese llegar á ellas

á nado; y si los hombres las pasaron en su compañía, y de esta manera hicieron que las hubiese donde ellos vivían, no es increíble que pudo ser por el deseo y afición á la caza, aunque no se debe negar que pudieron pasar por mandato ó permiso divino, por ministerio de los ángeles. Aunque si en las islas á donde no pudieron pasar nacieron de la tierra, según el origen primero, cuando dijo Dios (1): «produzca la tierra animales vivientes»: mas claramente se advierte que, no tanto por conservar los animales como por causa del Sacramento y misterio de la Iglesia, que había de ser compuesta de toda clase de naciones, hubo en el arca todos los géneros de animales.

CAPÍTULO VIII

Si descienden de Adán, ó de los hijos de Noé, cierta especie de hombres monstruosos que hay.

También se pregunta si debemos asentir á que cierto género de hombres monstruosos, como refieren las historias de los gentiles, descienden de los hijos de Noé, ó de aquel único hombre de quien estos procedieron también, como son algunos que aseguran tienen un sólo ojo en medio de la frente; otros que tienen los pies vueltos hacia las pantorrillas; otros que tienen ambas naturalezas de hombre y mujer, y que el pecho derecho le tienen de hombre y el siniestro de mujer, y que ejerciendo promiscuamente uno y otro acto carnal de hombre y mujer, engendran y paren; otros que no tienen boca, y que viven sólo con el aliento que reciben

(1) *Génesis*, cap. I. *Producat terra animam vivam.*

por las narices; otros que no son mayores que un codo, á quienes los griegos por el codo llaman pigmeos; y que en algunas partes conciben las mujeres de cinco años, y que no viven más que ocho. Asimismo afirman que hay una nación en que no tienen más que una pierna, y que no doblan la rodilla, y son de admirable velocidad, á los cuales llaman sciopodas, porque en el estío, á la hora de siesta, se echan boca arriba y se cubren con la sombra del pie; otros que, careciendo de pescuezo, tienen los ojos en los hombros, y todos los demás géneros de hombres ó casi hombres que se hallan en la plaza marítima de Cartago pintados á lo mosaico, como copiados de los libros más curiosos de las historias. ¿Qué diré de los cinocéfalos, cuyas cabezas de perro, y el mismo ladrido, manifiestan que son más bestias que hombres? Y aunque no es necesario creer que existen todas estas especies de hombres, que señalan, con todo, cualquiera hombre nacido en cualquier paraje, esto es, que fuere animal racional mortal, por más extraordinaria que sea su forma ó color del cuerpo ó movimiento, sonido ó voz, cualquiera virtud, cualquiera parte ó cualquiera calidad de naturaleza que tenga, no puede dudar todo el que fuese fiel cristiano que descende y trae su origen de aquel primer hombre; sin embargo, se deja ver lo que la naturaleza ha producido en muchos, y lo que por ser tan raro nos causa admiración.

La razón que se da de los monstruosos partos humanos que acaecen entre nosotros, esa misma puede darse de algunas gentes monstruosas; porque Dios es el criador de todas las cosas; Él sabe dónde y cuándo conviene ó convino criar algún ser, y sabe con qué conveniencia ó diversidad de partes ha de componer la hermosura de este universo; pero el que no puede alcanzarlo todo, oféndese en viendo una sola parte, como si fuese falsead, por ignorar la correspondencia y conveniencia

que tiene y á qué fin se refiere. Aquí vemos que nacen algunos hombres con más de cinco dedos en las manos y en los pies, y aunque ésta es una diferencia más ligera que aquélla, con todo, Dios nos libre que haya alguno tan idiota que piense que erró el Criador en el número de los dedos del hombre, aunque no sepa por qué lo hizo. Así, aunque acontezca haber mayor diversidad, el Señor sabe lo que hace, y sus obras, ninguno, con justa razón, puede reprender. En la ciudad de Hipona hay un hombre que tiene los pies en forma de luna, y en cada uno de ellos sólo dos dedos, y de la misma manera las manos. Si hubiera algún pueblo dotado de esta imperfección, le numerarían entre las historias curiosas y admirables. Pregunto, pues: ¿negaremos por esto que desciende este hombre de aquel que crió Dios primeramente? Los andróginos, que llamamos también hermafroditos, aunque son muy raros, no es difícil hallarlos. En ellos se observa uno y otro sexo, de modo que se ignora de cuál de los dos deban tomar su nombre; con todo, ha prevalecido la costumbre y modo de hablar, y lo toman del mejor, esto es, del masculino; porque ninguno los llamó jamás andróginas ó hermafroditas. No hace mucho, porque fué en nuestro tiempo, que hacia la parte Oriental de nuestra África nació un hombre con los miembros superiores doblados y los inferiores sencillos: pues tenía dos cabezas, dos pechos y cuatro manos, un vientre y dos pies, como un hombre solo, y vivió tantos años, que por la fama acudían muchos á verle. ¿Quién bastará á referir todos los partos humanos tan desemejantes y diferentes de aquellos de quienes seguramente nacieron? Así como no puede negarse que descienden éstos de aquel hombre primero, así también cualesquiera gentes que cuentan que se han descaminado en cierto modo con la diversidad de sus cuerpos del usado curso de la naturaleza, que los

más ó casi todos suelen tener, si es que les comprende la definición de los animales racionales y mortales, debemos confesar que traen su origen y descendencia de aquel primer hombre, aunque sea verdad lo que nos refieren de la variedad de aquellas naciones y de la diversidad tan grande que tienen entre sí y con nosotros. Porque aun á los monos, micos y esfinges, si no supiéramos que no eran hombres, sino bestias, pudieran estos historiadores, llevados de la vanagloria de su curiosidad, venderlos sin pagar alcabala de su vanidad, como si fueran alguna naciones de hombres; pero si es verdad que son hombres estos de quienes se escriben aquellas maravillas, ¿quién sabe si quiso Dios criar también algunas gentes así, para que cuando viésemos estos monstruos que nacen entre nosotros de los hombres, no imaginásemos que erró su sabiduría, que es de cuyas manos sale la fábrica de la naturaleza humana, como el arte de algún artífice menos perfecto? Así que no nos debía parecer absurdo que como en cada nación hay algunos hombres monstruosos, así generalmente en todo el linaje humano haya algunas gentes y naciones monstruosas; por lo cual, para concluir con tiento y cautamente esta cuestion, ó lo que nos escriben de algunas naciones no es cierto, ó si lo es, no son hombres, ó si son hombres, sin duda que son y descenden de Adán.

CAPÍTULO IX

Si es creíble que la parte inferior de la tierra que está opuesta á la que nosotros habitamos tenga antípodas.

Lo que como patraña nos cuentan que también hay antípodas, esto es, que hay hombres de la otra parte de

la tierra donde el sol nace, cuando se pone respecto de nosotros, que pisan lo opuesto de nuestros pies, de ningún modo se debe creer, porque no lo afirman por haberlo aprendido por relación de alguna historia, sino que con la conjetura del discurso lo sospechan. Porque como la tierra está suspensa dentro de la convexidad del cielo, y un mismo lugar es para el mundo el ínfimo y el medio, por eso piensan que la otra parte de la tierra que está debajo de nosotros no puede dejar de estar poblada de hombres; y no reparan que aunque se crea ó se demuestre con alguna razón que el mundo es de figura circular y redonda, con todo, no se sigue que también por aquella parte ha de estar desnuda la tierra de la congregación y masa de las aguas, y aunque esté desnuda y descubierta, tampoco es necesario que esté poblada de hombres, supuesto que de ningún modo hace mención de esto la Escritura, que da fe y acredita las cosas pasadas que nos han referido; porque lo que ella nos dijo se cumple infaliblemente, y demasiado absurdo parece decir que pudieron navegar y llegar los hombres pasando el inmenso piélago del Océano de esta parte á aquélla, para que también allá los descendientes de aquel primer hombre viniesen á multiplicar el linaje humano. Busquemos, pues, entre aquellos pueblos, que se dividieron en setenta y dos naciones y en otros tantos idiomas, la Ciudad de Dios, que anda peregrinando en la tierra, la cual hemos continuado y traído hasta el Diluvio y el arca, y hemos manifestado que duró y perseveró en los hijos de Noé por sus bendiciones, principalmente en el mayor, que se llamó Sem, porque la bendición de Japhet fué que viniese á habitar en las casas de su mismo hermano.

CAPÍTULO X

De la generación de Sem, en cuya descendencia, la lista y orden de la Ciudad de Dios se endereza á Abraham.

Deber nuestro es conservar en la memoria la sucesión de las generaciones que descienden del mismo Sem, para que nos vaya manifestando después del Diluvio la Ciudad de Dios, como nos la indicaba antes del Diluvio la sucesión de las generaciones que descendían de aquel que se llamó Seth. Por esta razón, la Sagrada Escritura, después de habernos mostrado que la ciudad terrena estaba en Babilonia, esto es, en la confusión, vuelve recapitulando al patriarca Sem, y principian desde él las generaciones hasta Abraham, contando también el número de los años en que cada uno engendró el hijo que pertenece á esta sucesión y los que vivió, donde realmente hallamos lo que anteriormente prometí, acerca de por qué se dijo de los hijos de Heber el nombre sólo de Phalec (1), porque en sus días se dividió la tierra. ¿Pues cómo hemos de entender que se dividió la tierra sino con la diversidad de lenguas? Omitidos los demás hijos de Sem que no pertenecen al asunto, sólo se insertan aquí en el catálogo y sucesión de las generaciones aquellos por cuyo medio podemos llegar á Abraham, como se ponían antes del Diluvio aquellos por los cuales podíamos llegar á Noé en las generaciones que descienden de aquel hijo de Adán, que se llamó Seth. Da principio de este modo al catálogo de las sucesiones (2): «Estas son las generaciones de Sem:

(1) *Génesis*, cap. II.

(2) *Génesis*, cap. II. *Et generationes Sem. Sem filius Noe centum erat annorum, cum genuit Arphaxat, secundo anno post Di-*

Sem, hijo de Noé, era de cien años cuando engendró á Arphaxat, el segundo año después del Diluvio; y vivió Sem, después que procreó á Arphaxat, quinientos años, y engendró hijos é hijas, y murió.» Y así prosigue lo demás, diciendo el año de su vida en que engendró cada uno al hijo que pertenece á la lista y sucesión de estas generaciones que llegan á Abraham, y cuántos años vivió después, advirtiendo que el tal procreó hijos é hijas, para que entendamos la causa por que pudieron dilatarse tanto los pueblos, á efecto de que, preocupados ó alucinados con los pocos que nos numera, no nos aturdamos como niños, imaginando cómo ó por qué medio del linaje de Sem se pudieron llenar y poblar tan inmensos espacios de tierra, tan dilatados reinos, y especialmente el de los asirios, donde Nino, aquel domador de todos los pueblos orientales, reinó con suma prosperidad, dejando á sus descendientes un reino estable y amplio en extremo, que duró por mucho tiempo. Pero nosotros, por no detenernos más de lo que exige la necesidad, sólo pondremos en la serie de las generaciones, no los años que cada uno vivió, sino el año de su vida en que engendró al hijo, para que podamos deducir el número de los años transcurridos desde el Diluvio hasta Abraham, y para que además de las cosas en que nos es fuerza detenernos, toquemos las demás brevemente y de paso. Así que, el segundo año después del Diluvio, Sem, siendo de cien años, engendró á Arphaxat, y Arphaxat, siendo de ciento treinta y cinco, procreó á Cainán, quien de ciento y treinta tuvo á Sala; y este Sala tenía los mismos años cuando engendró á Heber; y Heber tenía ciento treinta y cuatro cuando procreó á Phalech, en cuyos días se dividió la

luyum. Et vixit Sem postquam genuit Arphaxat, quingentos annos, et genuit filios, et filias, et mortuus est.

tierra. El mismo Phalech vivió ciento y treinta años, y engendró á Ragau; y éste ciento treinta y dos, y engendró á Seruch; y éste ciento y treinta, y engendró á Nacor; y Nacor setenta y nueve, y procreó á Thara; y Thara setenta, y engendró á Abrahán, á quien Dios después, mudándole el nombre le llamó Abraham; suman, pues, los años desde el Diluvio hasta Abraham mil setenta y dos, según la edición vulgata, esto es, de los Setenta Intérpretes, aunque en los libros hebreos dicen que se hallan muchos menos, de los cuales, ó no dan razón alguna ó la dan muy obscura y difícil.

Cuando indagamos y buscamos entre aquellas setenta y dos naciones la Ciudad de Dios, no podemos afirmar que en aquel tiempo en que todos eran de un labio, esto es, cuando todos hablaban un mismo idioma, ya el linaje humano se había enajenado y apartado del culto y reverencia debida al verdadero Dios, de modo que la verdadera religión hubiese quedado solamente en estas generaciones que descienden del tronco de Sem por Arphaxat hasta llegar á Abraham: aunque desde la arrogante idea de edificar la torre hasta el Cielo, con que se nos significa la impía altivez y arrogancia, se nos descubrió y manifestó la ciudad terrena, esto es, la sociedad y congregación de los impíos. Así que, si no fué antes, ó si estuvo escondida, ó si permanecieron ambas, es á saber, la Ciudad de Dios, en los hijos de Noé que él bendijo, y en sus descendientes y la terrena en aquél que él maldijo y en sus descendientes, entre quienes también naciese aquel gigante cazador contra el Señor, no es fácil de averiguar, porque acaso lo que verdaderamente es más creíble, también entre los hijos de los benditos, aun antes que se comenzase á fundar Babilonia, hubo ya quien ofendiese y despreciase á Dios, y entre los hijos de Cam quien le adorase y tributase culto; con todo, debemos creer que de

los unos y de los otros nunca faltaron buenos y malos en la tierra: pues cuando dice el real Profeta (1): «Todos han declinado de su obligación, todos se han vuelto abominables; no hay uno solo que obre bien»: en ambos salmos donde se hallan estas expresiones, se leen también éstas (2): «¿Acaso no sentirán mi ira y mi omnipotencia todos los que obran y ejecutan maldades, y los que devoran á mi pueblo como si fuese pan?» Luego asimismo había entonces pueblo de Dios. Lo que dice «no hay ni uno solo que haga bien», se entiende de los hijos de los hombres, y no para los hijos de Dios; pues antes había dicho (3): «miró Dios desde el Cielo sobre los hijos de los hombres para ver si había alguno que conociese á Dios y procurase guardar sus mandamientos». Y después añade todo lo necesario para darnos á entender que todos los hijos de los hombres, esto es, los que pertenecen á la ciudad que vive según el hombre, y no según Dios, son los malos.

CAPÍTULO XI

Que la primera lengua que usaron los hombres fué la que después de Hebré se llamó hebrea, en cuya familia perseveró cuando se hizo la división de las lenguas.

Así como cuando todos usaban de un solo idioma no por eso faltaron hijos pestilenciales (porque también

(1) Salmo 13. *Omnes declinaverunt, simul inutiles facti sunt, non est qui faciat bonum, non est usque ad unum.*

(2) Salmo 52. *Nonne cognoscent omnes, qui operantur iniquitatem, qui devorant plebem meam in cibo panis?*

(3) Salmo 52. *Deus de caelo prospexit super filios hominum, ut videret, si est intelligens, aut requirens Deum.*

antes del Diluvio había una sola lengua), y, con todo, merecieron perecer todos ellos con el Diluvio, á excepción de una sola familia, la del justo Noé, así cuando Dios castigó las gentes por los méritos de su arrogante impiedad, con la diversidad de lenguas, las dividió y esparció por la tierra. Y cuando la ciudad de los impíos adquirió el nombre de confusión, esto es, se llamó Babilonia, no faltó la casa de Heber, donde se quedó y conservó la lengua que todos usaban antes. Así, pues, como lo referí arriba, comenzando la Escritura á contar los hijos de Sem, de los cuales cada uno de ellos procreó su nación, el primero que cuenta es Heber, siendo su tercer nieto, esto es, siendo el quinto que desciende de él. Porque en la familia de éste quedó esta lengua (habiéndose dividido las demás naciones en otras lenguas, cuyo idioma, con razón se cree que fué común al principio al humano linaje), es por lo que en adelante se llamó hebrea; pues entonces fue necesario distinguirla con nombre propio de las demás lenguas, así como las demás se llamaron también con sus nombres propios; porque cuando sólo había una, no se llamaba sino lengua humana, ó lenguaje, con el cual hablaba todo el linaje humano. Pero dirá alguno: ¿si en los días de Phalec, hijo de Heber, se dividió la tierra por las lenguas, esto es, por los hombres que entonces había en la tierra, se debió llamar de su nombre la lengua que era antes común de todos. Es de saber, sin embargo, que el mismo Heber puso por eso este nombre á su hijo, y le llamó Phalech, que quiere decir división, porque nació cuando se dividió la tierra por las lenguas, esto es, en su mismo tiempo; de manera que su nombre equivalga á la frase *in diebus ejus divisa est terra*: «en sus días se dividió la tierra»; porque si no viviera Heber todavía cuando se multiplicaron las lenguas, no se llamara de su nombre la lengua, que pudo perma-

necer en su casa y familia. Por eso debe creerse que fué la primera común, pues en pena y castigo del pecado sucedió aquella multiplicación y mudanza de idiomas, y sin duda que no debió de comprender este castigo al pueblo de Dios. Tampoco Abraham, que tuvo esta lengua, no la pudo dejar á todos sus hijos, sino sólo á aquellos que, nacidos y propagados por Jacob, haciendo más insigne y notable con su aumento y multiplicación el pueblo de Dios, pudieron alcanzar á tener las promesas de Dios y la estirpe y linaje de Cristo. Ni tampoco el mismo Heber dejó esta lengua á toda su descendencia, sino sólo á aquella cuyas generaciones llegan á Abraham. Por lo cual, aunque no se declare con toda evidencia que hubo algún linaje de gente piadosa y temerosa de Dios cuando los impíos fabricaban y fundaban á Babilonia, no fué esta obscuridad para defraudar la intención de los que la buscaban, sino para ejercitarla, porque leyendo que al principio hubo un solo idioma común á todos, y que de todos los hijos de Sem se celebra y se nos recomienda Heber, aunque fué el quinto que nació después de él, y viendo que se llama hebrea la lengua que conservó la autoridad de los Patriarcas y Profetas, no sólo en su trato y comunicación, sino también en las sagradas letras, sin duda que cuando se pregunta en la división de lenguas dónde pudo quedar la que antes era común á todos, supuesto que es presumible que allí donde ella permaneció sin duda no alcanzó el castigo que sucedió con la mudanza de ellas, ¿qué otra cosa se nos ofrece sino que quedó en la familia y nación de éste, de quien tomó su nombre, y que esto no fué pequeño indicio de la justicia de esta gente, pues castigando Dios las demás con la mutación de las lenguas, no alcanzó á ésta dicho castigo? Pero todavía cabe dudar de cómo Heber y su hijo Phalech pudieron cada uno constituir y propagar su peculiar

nación, si en ambos quedó una misma lengua. Efectivamente, una sola es la nación hebrea, la que descende desde Heber hasta Abraham, y la que por él sucesivamente prosigue hasta que creció y se hizo fuerte y numeroso el pueblo de Israel. ¿Cómo, pues, todos los hijos referidos de los tres hijos de Noé hicieron cada uno su nación, y Heber y Phalech no hicieron las suyas? Lo más probable en este particular es que el gigante Nemrod estableció igualmente su nación, aunque por causa de la excelencia de su reino y de su cuerpo le nombra separadamente por más grandeza; de forma que queda el número de las setenta y dos naciones y lenguas. Y habla la Escritura de Phalech, no porque propagase una nación (porque esta es la misma nación hebrea, y la misma su lengua), sino por el tiempo notable en que nació; porque entonces se dividió la tierra. Tampoco nos debe sorprender, cómo pudo el gigante Nemrod llegar á la edad en que se fundó la ciudad de Babilonia, se hizo la confusión de las lenguas y con ella la división de las gentes; pues aunque Heber sea el sexto después de Noé y Nemrod el cuarto, pudieron concurrir en aquel tiempo; porque este suceso acaeció cuando gozaban de una vida lóngeva, siendo pocas las generaciones, ó cuando nacían más tarde en tiempo que había menos generaciones, ó más temprano en tiempo que había más. Sin duda debemos entender que cuando se dividió la tierra, no sólo habían ya nacido los demás hijos de los hijos de Noé, los que se refieren por padres y cabezas de las naciones, sino que contaban tantos años y tenían tan numerosas familias, que merecieron llamarse naciones. Y no debemos imaginar que nacieron por el orden que los señala la Escritura; porque siendo así, los doce hijos de Jectan, que era otro hijo de Heber, hermano de Phalech, ¿cómo pudieron formar naciones si entendemos que nació Jectan después de

su hermano Phalech, por nombrarle el sagrado texto después de él, supuesto que al tiempo que nació Phalech, se dividió la tierra? Por eso debemos entender que aunque le nombró primero nació mucho después de su hermano Jectan, cuyos doce hijos tenían ya tan dilatadas familias que pudieron dividirse por sus propias lenguas; porque así pudo referirle primero, siendo en edad postrero, como refirió primero entre los descendientes de los tres hijos de Noé los hijos de Japhet, que era el menor de ellos, y luego los hijos de Cam, que era el mediano, y á lo último los hijos de Sem, que era el primero y mayor de todos. Los nombres de estas naciones en algunas regiones permanecieron, de suerte que aun en la actualidad se advierte de dónde se derivaron; como de Asur los asirios, y de Héber los hebreos, y parte con el tiempo y antigüedad se han mudado, de conformidad que hombres doctísimos, escudriñando y examinando las historias de más ancianidad, apenas han podido descubrir el origen y descendencia que de éstos traen, no digo todas las naciones, sino ésta ó la otra. Pues de lo que dicen que los egipcios descienden de un hijo de Cam, que se llamó Mesraín, no hay expresión que aluda ó corresponda con el nombre original; así como ni en los etiopes, que defienden que pertenecen á un hijo de Cam, que se llamó Chus. Y si todo se considerare, hallaremos que son más los nombres que se han mudado que los que han permanecido.

CAPÍTULO XII

De la suspensión de tiempo que hace la Escritura en Abraham, de quien prosigue nuevo catálogo, continuando la santa sucesión.

Observemos ahora los progresos de la ciudad de Dios desde aquella suspensión de tiempo que hace la Sagrada Escritura en el padre de Abraham, desde donde empezamos á tener más clara noticia de ella, y donde hallamos más exactas y evidentes las divinas promesas, las que ahora vemos que se cumplen en Cristo. Según la noticia que tenemos de las sagradas letras, Abraham nació en la región de los caldeos, tierra que pertenecía al reino de los asirios. En aquella sazón, y ya entre los caldeos, como entre los demás pueblos, prevalecían impías supersticiones; de forma que sólo en la casa de Tharé, de quien nació Abraham, se conservaba el culto y adoración de un solo Dios verdadero, y, según es presumible, la lengua hebrea, aunque dicha casa, según se dice por relación de Jesús Nave, sirvió á los ídolos en Mesopotamia. Mezcláronse todos los demás de la estirpe de Heber paulatinamente con otras naciones ó idiomas; por lo cual, así como por el Diluvio universal quedó únicamente intacta la casa de Noé para la restauración del linaje humano, así en el Diluvio de las supersticiones que hubo por el universo quedó sola la casa de Tharé, en la que se conservó la planta y fundación de la ciudad de Dios. Finalmente, así como la Escritura numera las generaciones anteriores hasta Noé juntamente con el número de los años, declara la causa del Diluvio, y primero que Dios comenzase á tratar con Noé la fábrica del arca, dice: «estas son las generaciones de Noé» (1):

(1) *Genesis, cap. X Hæ sunt generationes Noe.*

así también aquí, habiendo contado las generaciones que descienden de aquel que se llamó Sem, hijo de Noé, hasta Abraham, pone un notable párrafo, diciendo (1): «estas son las generaciones de Tharé: Thara engendró á Abraham, Nacor y Aram: Aram engendró á Lot, y murió Aram delante de su padre en la tierra que nació, en la provincia de los caldeos, y Abraham y Nachor tomaron en matrimonio sus respectivas mujeres; la de Abraham se llamaba Sara, y la de Nachor Melcha, hija de Aram: este Aram fué padre de Melcha, y de su hermana Jesca»; la cual Jesca se entiende ser la misma Sara, mujer de Abraham.

CAPÍTULO XIII

Qué razón hay para que en la emigración de Thara, cuando de Caldea pasó á Mesopotamia, no se haga mención de su hijo Nachor.

Después refiere la Escritura cómo Tharé con los suyos desamparó la tierra de los caldeos, vino á Mesopotamia, vivió en Charra, y no hace mención de un hijo suyo que se llamaba Nachor, como si se le hubiera dejado y no le trajera consigo; porque dice así: «y tomó Thara á su hijo Abraham, y á Lot, hijo de Aram, hijo de su hijo, y á su nuera Sara, mujer de Abraham, su hijo, los sacó de la provincia de los caldeos, los trajo á

(1) *Génesis*, cap. XI. *Hæ sunt generationes Thare. Thara genuit Abraham, et Nachor, et Aram, et Aram genuit Loth: et mortuus est Aram coram Thara patre suo in terra quæ natus est in regione chaldeorum: et sumpserunt Abraham et Nachor sibi uxores, nomen mulieris Abraham Sara et nomen mulieris Nachor Melcha, filia Aram: iste Aram pater Melchæ fuit, et pater Iesca.*

la tierra de Canaam, vino á Charram, y habitó allí» (1); donde vemos que no hace referencia de Nachor ni de su mujer Melcha. Sin embargo, hallamos después cuando envió Abraham á un criado suyo á buscar una mujer para su hijo Isaac, que dice así la Escritura (2): «tomó el criado diez camellos de los de su Señor, llevando consigo de todos los bienes y hacienda de su Señor, y vino á Mesopotamia, á la ciudad donde moraba Nachor.» Con esta autoridad y otros testimonios de la sagrada historia se demuestra que Nachor, hermano de Abraham, salió también de la provincia de los caldeos y fijó su asiento y habitación en Mesopotamia, donde había vivido Abraham con su padre. ¿Y por qué motivo no hizo mención de él la Escritura, cuando Thara desde los caldeos se pasó á vivir á Mesopotamia, donde no sólo hace mención de Abraham su hijo, sino también de Sara su nuera, y de Lot su nieto, que los llevó consigo? ¿Sería acaso porque había dejado la piedad y religión de su padre y hermano, acomodándose á la superstición de los caldeos, y después, ó porque se arrepintió, ó porque fué perseguido por tener sospechas de él, también se fué de allí? Porque en el libro intitulado Judith, preguntando Holofernes, enemigo de los israelitas, qué gente era aquella con quien era indispensable pelear, Achior, capitán general de los amonitas, le respondió de esta manera: «Oiga mi Señor la relación que hará este su siervo sobre este particular, porque le diré la verdad de lo que pasa acerca de este pueblo que ha-

(1) *Génesis*, cap. II. *Et sumpsit Thara Abraham filium suum, et Lot, filium Aram. filium filii sui, et Sarai nurum suum uxorem Abrahæ filii sui, et duxit illos de regione Chaldeorum in terram Chanaam, et venit in Charnam, et habitavit ibi.*

(2) *Génesis*, cap. XXIV. *Et accepit puer decem camellos de camellis Domini sui: et de omnibus bonis Domini sui secum, et exurgens profectus est in Messopotamiam in civitatem Nachor.*

bita aquí cerca en estas montañas, y no hallará mentira alguna en lo que este su siervo le dirá. Este pueblo descende de los caldeos, y primero habitó en Mesopotamia, porque no quiso seguir los dioses de sus padres, los que adoraban en la tierra de los caldeos, sino que declinó del camino de sus padres, y adoró á Dios del cielo que ellos conocían, y así los echaron y desterraron de la presencia de sus dioses, y se vinieron huyendo á Mesopotamia, y vivieron allí mucho hasta que les dijo su Dios que se saliesen de aquella su habitación, se fuesen á tierra de Canaam, y viviesen allí»: y todo lo demás que cuenta allí el amonita Achior: de cuyo testimonio consta que la casa de Thara padeció persecución de los caldeos por la verdadera religión con que ellos adoraban á un solo Dios verdadero.

CAPÍTULO XIV

De los años de Thara, quien acabó su vida en Charra.

Muerto Thara en Mesopotamia, donde dicen que vivió doscientos y cinco años, principian ya á manifestarse las promesas que hizo Dios á Abraham, lo cual insinúa la Escritura de esta manera (1): «y fueron todos los días de Thara en Charra doscientos y cinco años y murió en Charra». Pero no hemos de entender que vivió allí todos estos años, sino porque los días de su vida, que fueron doscientos y cinco años, los cumplió allí. De otra suerte no supiéramos los años que vivió Thara, pues no se lee á cuántos años de su vida vino á Cha-

(1) *Génesis, cap. II. Et fuerunt omnes dies Tharæ in Charra quinque et ducenti anni, et mortuus est in Charra.*

rra, y sería un absurdo pensar que en el catálogo de estas generaciones (donde con mucha exactitud refieren los años que cada uno vivió) solamente no se hubiese hecho memoria de los años que éste vivió. El pasar en silencio los años de algunos que nombra la misma Escritura, es porque no están en este catálogo, donde se va continuando la cuenta de los tiempos con la muerte de los padres y la sucesión de los hijos, y este orden y serie de sucesiones que principia en Adán hasta Noé y desde éste se extiende hasta Abraham, no contiene uno solo sin numerar los años respectivos de su vida.

CAPÍTULO XV

Del tiempo de la promesa hecha á Abraham, por la cual, conforme al divino mandato, salió de Charra.

Y lo que después de referida la muerte de Thara, padre de Abraham, dice la Escritura: «dijo Dios á Abraham: sal de tu tierra de entre tus parientes y de la casa de tu padre, etc.», no porque siga este orden en el texto del libro, debemos presumir que el mismo sigue en el tiempo de los sucesos, porque si fuese así sería la cuestión insoluble, pues después de estas palabras de Dios dichas á Abraham, dice la Escritura así (1): «y salió Abraham como se lo ordenó el Señor, llevando en su compañía á Lot, y era Abraham de setenta y cinco años cuando salió de Charra». ¿Cómo puede ser esto verdad si después de la muerte de su padre

(1) *Génesis*, cap. XII. *Et exiit Abraham, quemadmodum locutus est ei Dominus, et abiit cum illo Lot. Abraham autem erat quinque et septuaginta annorum cum exiit de Charra.*

salió de Charra? Porque siendo Thara de setenta años, como se nos dice arriba, procreó á Abraham, á cuyo número, añadiendo setenta y cinco años que cumplía Abraham cuando salió de Charra, hacen ciento cuarenta y cinco años; luego de esta edad era Thara cuando salió Abraham de aquella ciudad de Mesopotamia; porque andaba en los setenta y cinco de su edad, y por eso su padre, que le había engendrado á los setenta de la suya, hacía, como hemos dicho, ciento cuarenta y cinco años. No salió, pues, de allí después de la muerte de su padre, esto es, después de los doscientos y cinco años que vivió su padre, sino que el año en que partió del citado pueblo, porque era el setenta y cinco de su edad y su padre le engendró á los setenta años de su vida, debió ser el año 145, y así debe entenderse que la Escritura á su modo retrocedió al tiempo que había ya pasado en aquella relación, así como antes contó los hijos de los hijos de Noé que estaban repartidos en sus respectivas naciones y lenguas, y después, como si esto se siguiera según el orden de los tiempos, dice (1): «en toda tierra no había sino un labio y una voz en todos». ¿Cómo, pues, estaban ya distribuídos por sus naciones é idiomas si todos no usaban más de uno, sino porque recapitulando ó reuniendo especies retrocedió la relación á lo que ya había sucedido? Así también dice aquí la Sagrada Escritura: «y fueron los días de Tharé en Charra doscientos y cinco años, y murió Tharé en Charra»; después volviendo, á lo que dijo por concluir antes lo que había principiado de Thara, prosigue: «y dijo el Señor á Abraham, sal de tu tierra, etc.». Consiguientemente á estas expresiones de Dios, continúa: «salió Abraham, como se lo dijo el Señor, se fué con él Lot, y

(1) *Génesis*, cap. II. *Et erat omnis terræ labium unum, et vox una omnibus.*

Abraham tenía setenta y cinco años cuando salió de Charra». Sucedió, pues, esto cuando su padre andaba en los ciento cuarenta y cinco años de su edad, porque entonces fué el setenta y cinco de la suya. Resuélvese también esta duda de otra forma: que los setenta y cinco años de Abraham cuando salió de Charra se cuenten desde el tiempo en que le libertó Dios del fuego de los caldeos, y no desde el año en que nació; como si fuera más á propósito entendieramos que nació entonces. San Esteban, en los hechos apostólicos refiriendo esto, dice: «el sumo Dios de la gloria apareció á nuestro padre Abraham estando en Mesopotamia antes que habitase en Charra, y le dijo: sal de tu tierra y de entre tus parientes y de la casa de tu padre, y ven á la tierra que yo te mostraré». Conforme á estas palabras de San Esteban, no habló Dios á Abraham después de la muerte de su padre, el cual sin duda murió en Charra, donde vivió también en su compañía su mismo hijo, sino antes que viviese en la misma ciudad, aunque estando ya en Mesopotamia; luego ya había salido de los caldeos. Lo que continúa diciendo San Esteban: «entonces Abraham salió de la tierra de los caldeos y habitó en Charra», no manifiesta que lo hizo después que le habló Dios (porque no se salió de la tierra de los caldeos después de aquellas palabras de Dios, supuesto que dice que le habló Dios en Mesopotamia), sino que aquél entonces pertenece á todo aquel tiempo y comprende todo lo que hubo desde que salió de los caldeos y vivió en Charra, y asimismo lo que sigue: «y de allí, después que murió su padre, le puso en esta tierra en que ahora habitáis vosotros y vuestros padres». No, dice, después que murió su padre, salió de Charra, sino de allí, después que murió su padre, le puso aquí. Por este motivo debe entenderse que habló Dios á Abraham estando en Mesopotamia antes que habitase en Charra, y que

llegó á Charra con su padre guardando consigo el precepto de Dios, de donde salió á los setenta y cinco años de su edad y á los ciento cuarenta y cinco de la de su padre; y el fijar su asiento en la tierra de Canaam y no haber partido de Charra dice que sucedió después de la muerte de su padre, porque ya era difunto cuando compró la heredad, cuyo poseedor y Señor comenzó á ser en aquel país como hacienda propia suya; y lo que le dijo Dios estando ya en Mesopotamia, esto es, habiendo ya salido de la tierra de los caldeos: «sal de tu tierra y de entre tus parientes y de la casa de tu padre», quiere decir, no que sacase de allí el cuerpo, lo cual ya lo había practicado, sino que desarraigase de allí el alma; porque no había salido de allí con el corazón si tenía todavía esperanza y deseo de volver, cuya confianza y deseo se debía coartar y atajar mediante el mandato y favor de Dios y la obediencia de Abraham. Y realmente no es increíble que Abraham, después que vino Nachor en seguimiento de su padre, cumplió el precepto de Dios; de forma que entonces partió de Charra con Sara, su mujer, y con Lot, hijo de su hermano.

CAPÍTULO XVI

Del orden y calidad de las promesas que hizo Dios á Abraham.

Procedamos ya á reflexionar atentamente las promesas que hizo Dios á Abraham, porque en estas se principiaron á manifestar más al descubierto los oráculos y promesas indefectibles de nuestro gran Dios, esto es, las de Dios verdadero sobre el pueblo de los santos escogidos, que es el pueblo que vaticinó la autoridad pro-

fética; la primera de estas dice (1): «dijo Dios á Abraham, sal de tu tierra y de entre tus parientes, y de la casa de tu padre, y ve á la tierra [que te manifestaré, te constituiré padre de muchas gentes, te echaré mi bendición, engrandeceré tu nombre, serás bendito, daré mi bendición á los que te bendijeren y mi maldición á los que te maldijeren, y en ti serán benditas todas las tribus y familias de la tierra]. Debe advertirse que prometió Dios á Abraham dos cosas en este raciocinio, la una que su descendencia había de poseer la tierra de Canaan, lo cual se significa donde dice: «ve á la tierra que te manifestaré, y haré que crezcas y te propagues en muchas naciones»: la otra, que es mucho más plausible é interesante, se entiende, no de la descendencia carnal, sino espiritual, por la cual no es solamente padre de la nación israelita, sino de todas las gentes que siguen é imitan el ejemplo de su fe, lo cual se empezó á prometer por estas palabras: «y en ti serán benditas todas las tribus ó familias de la tierra». Eusebio entiende que esta promesa se le hizo á Abraham á los setenta y cinco años de su edad, como que inmediatamente que Dios se la hizo, salió Abraham de Charra, pues no puede contradecirse á la Escritura (2), que dice: «Abraham era de setenta y cinco años cuando salió de Charra»: es así que esta promesa se hizo en este año, luego ya vivía Abraham con su padre en Charra; porque no pudiera salir de allí si no habitase allí mismo:

(1) *Génesis*, cap. XII. *Et dixit Dominus ad Abraham: exi de terra tua. et de cognatione tua, et de domo patris tui, et vade in terram, quam tibi demonstrabero. et faciam te in gentem magnam, et benedicam te et magnificabo nomen tuum, et eris benedictus, et benedicam benedicentes te, et maledicam maledicentes te, et benedicentur in te omnes tribus terræ.*

(2) *Génesis*, cap. XII. *Abraham erat quinque, et septuaginta annorum cum exiit de Charra.*

acaso contradice esto al testimonio de San Esteban, que dice (1): «que el Dios de la gloria se apareció á nuestro padre Abraham cuando estaba en Mesopotamia, antes que habitase en Charra»; pero ha de entenderse que en un mismo año sucedió todo esto, es á saber, la divina promesa antes de vivir Abraham en Charra, su morada en este pueblo y su partida de él; no sólo porque Eusebio en sus crónicas cuenta y manifiesta desde el año de esta promesa, que al cabo de cuatrocientos y treinta años fué la salida de Egipto del pueblo de Dios cuando se les dió la ley, sino también porque esto mismo lo expresa el apóstol San Pablo.

CAPÍTULO XVII

De los tres famosos reinos de los gentiles, el uno de los cuales. que era el de los asirios, florecia ya en tiempo de Abraham.

En aquel tiempo florecían ya tres monarquías de los gentiles, en las cuales la ciudad de los hijos de la tierra, esto es, la congregación de los hombres que viven según el hombre vivía, con pompa y grandeza, es á saber, el reino de los sicionios, el de los egipcios y el de los asirios, aunque el de éstos era mucho más rico y poderoso; porque el rey Nino, hijo de Belo, había sujetado y sojuzgado, á excepción de la India, todas las naciones de Asia. Llamo Asia, no aquella parte que es una provincia de Asia la mayor, sino aquella que se llama toda la Asia, la que algunos pusieron por una de

(1) Actor. Apost., cap. VII. *Deus gloriae apparuit Abraham patri nostro cum esset in Messopotamia, priusquam habitaret in Charra.*

las partes del mundo, y los mas por la tercera, de modo que sean todas Asia, Europa y Africa, con la cual no dividieron y repartieron igualmente la tierra, porque esta parte que se llama Asia llega desde el Mediodía por el Oriente hasta el Septentrión; y Europa desde el Septentrión hasta el Occidente; y consecutivamente Africa desde el Occidente hasta el Mediodía; de lo cual resulta que las dos tienen la mitad del orbe, Europa y Africa, y la otra mitad sola Asia. Pero á Europa y Africa hicieron dos partes, porque entre la una y la otra entra del Océano todo lo que de las aguas se engolfa por entre las sierras, y nos forman este grande mar. Por lo que si dividiesen el orbe en dos partes en Oriente y Occidente, el Asia tendrá la una, y Europa y Africa la otra. Uno de los tres reinos que entonces florecían, es á saber, el de los sicionios, no estaba sometido á los asirios, mediante á hallarse en Europa; pero el de los egipcios, ¿cómo no había de estarles sujeto, si tenían subyugada á su imperio toda el Asia, á excepción, según dicen, de la India? En Asiria prevaleció el imperio y dominio de la ciudad impía, cuya cabeza era Babilonia, nombre muy acomodado á esta ciudad terrena, porque Babilonia es lo mismo que confusión. En ella reinaba Nino después de la muerte de su padre Belo, que fué el primero que allí reinó sesenta y cinco años, y su hijo Niño, que, muerto el padre, sucedió en el reino, reinó cincuenta y dos años, y corría el año 43 de su reinado quando nació Abraham, que sería el año de 1200 poco más ó menos antes de la fundación de Roma, que fué como otra segunda Babilonia en el Occidente.

CAPÍTULO XVIII

De cómo habló segunda vez Dios á Abraham y le prometió que á su descendencia daría la tierra de Canaam.

Habiendo salido Abraham de Charra á los setenta y cinco años de edad, y ciento cuarenta y cinco de la de su padre, acompañado de Lot, hijo de su hermano, y de Sara, su mujer, partió para la tierra de Canaam y llegó hasta Sichem, donde nuevamente recibió el divino oráculo, sobre el cual dice así la Escritura (1): «apareciósele el Señor á Abraham, y le dijo: á tu descendencia daré esta tierra»: no le promete aquí aquella sucesión por la que se hizo padre y progenitor de todas las naciones, sino sola aquella por la que es padre únicamente de la nación israelita; y esta descendencia fué la que poseyó la insinuada tierra de Canaam.

CAPÍTULO XIX

De cómo el Señor conservó indemne el honor de Sara en Egipto, habiendo dicho Abraham que no era su mujer, sino su hermana.

Después, habiendo edificado allí un altar é invocado al Señor, partió de allí Abraham y habitó hacia el desierto, de donde, obligado por el hambre, se pasó á Egipto, donde dijo que su mujer era su hermana, sin incurrir en mentira, porque también lo era por ser su pa-

(1) *Génesis*, cap. XII. *Et apparuit Dominus Abrahæ, et dixit illi, semini tuo dabo terram hanc.*

riente; así como Lot, con un mismo parentesco, siendo hijo de su hermano, se llamaba su hermano. Calló, pues, que era su mujer, y no lo negó, dejando en manos de Dios la defensa y conservación del honor de su esposa, y previniéndose como hombre contra las humanas asechanzas, porque si no se guardaba del riesgo todo lo que podía guardarse, fuera más tentar á Dios que esperar en su Divina Majestad; sobre lo cual dijimos lo bastante perorando contra las calumnias del maniqueo Fausto. Por último, sucedió lo que presumió Abraham del Señor, pues Faraón, rey de Egipto, que la había tomado por su esposa, siendo por ello gravemente afligido, la restituyó á su marido; en cuya acción por ningún pretexto debemos creer que la quitó su honor, siendo verosímil que esto no se lo permitió Dios á Faraón, por las grandes aflicciones y males con que fatigó su espíritu y naturaleza.

CAPÍTULO XX

Cómo se apartaron Lot y Abraham, lo cual hicieron, salva su caridad.

Habiendo vuelto Abraham de Egipto al lugar de donde partió se separó de Lot, hijo de su hermano, en sana paz, amor y concordia, retirándose éste á la tierra de los sodomitas; pues como se habían enriquecido, comenzaron á tener muchos pastores para la custodia y cuidado de sus ganados, y por las contiendas que éstos suscitaban mutua y continuamente, tomaron tío y sobrino tan saludable medio, con que excusaron la contenciosa discordia de sus familias, mediante á que de estos débiles principios pudieran, según la inestabilidad

de las cosas humanas, levantarse y originarse entre ellos grandes pesares. Y así Abraham por evitarlos dijo á Lot: «no haya diferencias ni controversias entre mis pastores y los tuyos, ya que somos deudos y hermanos; ¿Acaso no tienes á tu voluntad y disposición toda la tierra? Separémonos; si tú fueres al extremo siniestro, yo me dirigiré al diestro; y si tu á éste, yo á aquél» (1): de cuyo ejemplo acaso se originó entre los hombres la costumbre pacífica que se observa siempre que han de partir alguna heredad, que el mayor divida y el menor elija.

CAPÍTULO XXI

De la tercera promesa que hizo Dios á Abraham, en que le promete á él y á su descendencia para siempre la tierra de Canaam.

Habiéndose apartado y viviendo cada uno de por sí Abraham y Lot, obligados, más por mantener en paz y buena armonía su familia que por algún deslíz ó atentado capaz de suscitar discordias, y morando Abraham en tierra de Canaam y Lot en Sodoma, tercera vez volvió Dios á hablar á Abraham, y le dijo (2): «levanta los

(1) *Gènesis, cap. XIII. Non sit rixa inter me, et te, et inter pastores meos, et pastores tuos, quia homines nos fratres sumus. ¿Nonne ecce tota terra ante te est? discede á me, si tu in sinistram, ego in dexteram, vel si in dexteram, ego in sinistram.*

(2) *Gènesis, cap. XIII. Respiciens oculis tuis vide á loco in quo nunc tu es, ad aquilonem, et africanum, et orientem et mare, quia omnem terram quam tu vides, tibi dabo, et semini tuo usque in sæculum, et faciam semen tuum, tanquam arenam terræ; si potest aliquis dinumerare arenam terræ, et semen tuum annumerabitur. Surgens, perambula terram in longitudinem ejus, et in latitudinem, quia tibi dabo eam.*

ojos y mira desde el lugar donde estás ahora al Norte y Mediodía, al Oriente y al Mar, que toda la tierra que ves te la he de dar á ti y á tu descendencia hasta el fin de los siglos para siempre, y haré que tu descendencia sea como la arena de la tierra. Si es posible que alguno numere la arena de la tierra, también podrá contar tu descendencia. Levántate, pues, y pásate por toda la tierra cuan larga y ancha es, y toma la posesión de ella, porque á ti te la he de dar». Tampoco en esta promesa se descubre claramente si se comprende en ella la en que le hizo Dios padre y cabeza de todas las naciones; pues puede parecer que pertenece á esto lo que dice: «y haré que sea tu descendencia como la arena de la tierra», lo cual se dice por un modo de hablar que los griegos llaman hipérbole, que es una manera de hablar metafórica y no propia, y de todos los que entienden la Escritura, ninguno duda que suele usar de este modo de hablar, así como de los demás tropos y figuras. Este tropo, es decir, esta manera de hablar, se usa cuando lo que se dice es mucho más que lo que con aquella expresión se significa; porque ¿quién no advierte cuán sin comparación es mayor el número de la arena que el número que puede haber de todos los hombres, desde el mismo Adán hasta el fin del mundo? ¿Cuánto más, pues, será mayor que los descendientes de Abraham, no sólo los que pertenecen á la nación israelita, sino también los que hay y ha de haber según la imitación de su fe en todo el orbe de la tierra, en todas las naciones? La cual descendencia, en comparación de la multitud de los impíos, verdaderamente se halla en pocos, aunque estos pocos hagan también innumerable su multitud, como nos significó la hipérbole de la arena de la tierra. Aunque realmente esta multitud que prometió Dios á Abraham, no es innumerable para Dios, sino para los hombres, porque para Dios tampoco lo son las arenas de la

tierra. Y así, por cuanto no solamente la nación israelítica, sino toda la descendencia de Abraham, donde está expresa la promesa de muchos hijos, no según la carne, sino según el espíritu, se compara más congruamente á la multitud de arena, podemos entender aquí que prometió Dios lo uno y lo otro; y por eso dijimos que no parece evidente y demostrativo, porque aun el crecido número de aquella sola nación que, según la carne, desciende de Abraham por su nieto Jacob, creció tanto que casi llenó todas las partes del mundo, por lo que pudo ser asimismo comparada hiperbólicamente á la inmensidad de la arena, pues ésta sola es también multitud innumerable para el hombre, por lo menos ninguno duda que sólo significó la tierra llamada Canaam. Pero lo que dice: «te la daré á ti y á tu descendencia hasta el fin del siglo», pueden ponerlo en duda algunos, si hasta el fin del siglo lo entienden para siempre eternamente; mas si hasta el fin del siglo lo toman, como fielmente lo sostenemos, que el principio del futuro siglo principia del fin de este presente, nada les hará dificultad, porque aunque á los israelitas los hayan echado de Jerusalén, con todo, perseveran en otras ciudades de la tierra de Canaam y perseverarán hasta el fin, y habitando en toda aquella tierra los cristianos, también ellos son descendencia de Abraham.

CAPÍTULO XXII

De cómo Abraham venció los enemigos de los sodomitas cuando libró á Lot que le llevaban preso, y cómo le bendijo el sacerdote Melchisedech.

Luego que Abraham recibió esta divina promesa, partió de allí y quedóse en otra población de la misma

tierra, esto es, cerca del encinar de Mambré, que está en Chebrón. Habiendo después los enemigos acometido á los de Sodoma, trayendo cinco reyes guerra contra cuatro, y siendo vencidos los de Sodoma y llevando también preso entre ellos á Lot, le libró Abraham, habiendo sacado de su casa y llevado en su compañía para aquella empresa trescientos diez y ocho hombres. Y saliendo victorioso, recobró todo el ganado de los sodomitas y no quiso tomar cosa alguna de los despojos, ofreciéndoselos el rey para quien había alcanzado la victoria; con todo, le bendijo entonces Melchisedech, que era sacerdote de Dios excelso, de quien en la epístola que se intitula *A los hebreos*, que la mayor parte de los escritores dicen ser del apóstol San Pablo, aunque otros lo niegan, se escriben muchas y notables singularidades. En aquella población se nos descubrió y significó la primera vez el sacrificio que en la actualidad los cristianos ofrecen á Dios en todo el orbe habitado, y se verifica lo que mucho después de este suceso dice el real profeta (1) hablando de Jesucristo, que estaba aun por venir en carne: «tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melchisedech»; es á saber, no según el orden de Aarón, cuyo orden había de acabarse, descubriéndose los ocultos arcanos y misterios que se encubrían bajo de aquellas formas significativas.

(1) Salmo 119. *Tu es Sacerdos in æternum secundum ordinem Melchisedech.*

CAPÍTULO XXIII

Cómo habló Dios á Abraham y le prometió que habia de multiplicarse su descendencia como la multitud de las estrellas, lo cual creyó fué justificado aun estando todavía sin circuncidar.

Entonces también habló Dios á Abraham en una visión, y como le ofreciese su protección y extraordinarias mercedes y Abraham estuviese solícito y deseoso de tener sucesión, le dijo que un cierto Eliezer, criado de su casa, había de ser su heredero, y al momento le prometió Dios heredero, no al criado de su casa, sino á otro que había de nacer del mismo Abraham, y otra vez vuelve á prometerle innumerable descendencia, no ya como las arenas de la tierra, sino como las estrellas del cielo, en lo que me parece que le prometió la descendencia, heredera de la felicidad celestial; pues por lo que respecta á la multitud, ¿qué son las estrellas del cielo para con la arena de la tierra? Sino es que alguno diga que también esta comparación se acomodó entonces en cuanto á que tampoco pueden contarse las estrellas; y, efectivamente, es creíble que no pueden verse todas, mediante á que cuanta es más sutil la vista de uno, tantas más alcanza á ver, y así, aun á los que ven con más perspicacia, con razón se sospecha que se les ocultan algunas además de aquellas que en la otra parte del orbe, distante por un dilatado espacio de nosotros, dicen que nacen y se ponen. Finalmente, todos los que se glorían que han comprendido y escrito el número de todas las estrellas, como Arato, Eudoso y otros, todos estos quedan en el concepto de ilusos y desacreditados con la irrefragable autoridad de las sagradas letras en el *Génesis*. Aquí es donde hallamos

aquella sentencia, de la cual hace mención el apóstol recomendándonos y encareciéndonos la divina gracia (1): «que creyó Abraham á Dios y que se le reputó por justificación» para que no se enaltezca la circuncisión y se rehuse admitir á la fe de Cristo á las naciones incircuncisas; pues cuando esto acaeció y se reputó por justificación la fe de Abraham, aun no se había circuncidado.

CAPÍTULO XXIV

De la significación del sacrificio que mandó Dios que le ofreciese Abraham, habiendo éste pedido al Señor que le enseñase lo que creía.

Hablándole Dios en la misma aparición, también le dijo (2): «Yo soy el Dios que te saqué de la región de los caldeos para darte esta tierra, de la cual seas el heredero»; pero preguntando Abraham, cómo sabría que había de ser su heredero, le dijo Dios (3): «toma una

(1) San Pablo, ep. á los Rom., cap. IV. *Credidit Abraham Deo. et repugnatum est illi ad justitiam.*

(2) Génesis, cap. XV. *Ego Deus, qui te eduxi de regione Chaldaeorum, ut darem tibi terram hanc, ut haeres ejus sis.*

(3) Génesis, cap. XV. *Accipe mihi juvencam trimam, et capram trimam, et arietem trimum, et turturem, et columbam; accepit autem ille hæc omnia, et divisit illa media, et posuit ea contra faciem alterum alteri. Aves autem non divisit, et descenderunt aves super corpora, quæ divisa erant, ei concedit illis Abraham. Circa Solis autem occasum pavor irruiit super Abraham, et ecce timor tenebrosus magnus incidit ei, et dictum est ad Abraham: sciendo, scias, quia peregrinum erit semen tuum in terra non propria, et in servitutem redigent eos, et affigent eos quadringentis annis; gentem autem, cui servierint, judicabo ego; post hæc verò exhibunt huc cum suppellectili multa: tu autem ibis ad patres tuos cum pace nutritus in*

vaca de tres años, una cabra de tres años y un carnero de tres años, una tórtola y una paloma: tomó pues Abraham todas estas cosas, y las partió, dividió por medio y las colocó enfrente unas de otras; pero no dividió las aves. Y bajaron (como dice la Escritura) las aves sobre aquellos cuerpos divididos, y sentóse con ellas Abraham, y estando ya para ponerse el sol, acometió á Abraham un gran pavor, le cubrió de un temor tenebroso y grande, y oyó que le dijeron: «ten por cierto que tus descendientes han de peregrinar en tierra ajena, que los han de poner en servidumbre y los han de afligir cuatrocientos años; pero á la nación que ellos sirvieren, yo la juzgaré y castigaré. Después de esto volverán acá con mucha hacienda: pero tú irás con tus padres en paz, habiendo pasado buena vejez, y á la cuarta generación volarán acá, porque aun no se han cumplido hasta ahora los pecados de los amorreos». Habiéndose puesto ya el sol, se hizo una llama, y he aquí un horno humeando, y unas llamaradas que discurrieron y pasaron por aquellas partes divididas por medio. En aquel día dispuso Dios su testamento y pactó con Abraham, diciendo: «yo daré esta tierra á tus descendientes desde el río de Egipto hasta el gran río Eufrates, es á saber, los ceneos, ceneceos, cedmoneos, cetheos, pherezeos, raphain, los amorreos, cananeos, eteos, gerheseos y jebuseos». Todo esto sucedió en visión, y

senecta bona: quarta veró generatione convertent se huc: nondum enim impleta sunt peccata Amorrhæorum usque adhuc. Cum autem jam Sol erat ad occasum, facta est flamma, et ecce fornax fumibunda, et lampades ignis, quæ pertransierunt per media divisa illa. In die illa disposuit Dominus Deus testamentum ad Abraham, dicens: semini tuo dabo terram hanc, à flumine Ægypti usque ad flumen magnum Euphratem, Cinaeos, et Cenezaeos, et Cedmonaeos, et Hethaeos, et Pherezaeos, et Raphaim, et Amorrhæos, et Chananaeos, et Hevaeos, et Gergesaeos, et Jebusaeos.

querer particularmente tratar de raíz de cada cosa, sería muy largo y excedería la intención y propósito de esta obra: así que, lo que basta es, que debemos saber que después que dijo la Escritura que creyó Abraham á Dios, y que se le reputó por justificación, no se desdijo, ni faltó á esta fe cuando dijo: «¿Señor, cuyo es el dominio, cómo he de saber que seré su heredero? (1): porque le había prometido la posesión y herencia de aquella tierra; pues no dice, cómo lo he de saber, como si todavía no lo creyese, sino cómo lo he de saber, para que á lo que había creído le acomodase alguna semejanza con que se pudiese conocer el cómo había de ser. Así como no es desconfianza lo que dijo la Virgen María (2): «¿De que manera se hará esto, si yo no conozco varón?» Porque estaba cierta de que había de ser, preguntaba el modo cómo se había de hacer, y preguntando esto la dijo el ángel (3): «sobrevendrá en ti el Espíritu Santo, y te hará sombra y amparo la virtud del Altísimo». En efecto; aquí dió también Dios á Abraham el modo y semejanza en la vaca, en la cabra, en el carnero y en las dos aves, tórtola y paloma, para que supiese que conforme á estos había de ser lo que él no dudaba que había de ser. Ya, pues, por la vaca quisiese significar el pueblo puesto debajo del yugo de la ley; por la cabra que el mismo pueblo había de ser pecador, y por el carnero que el mismo pueblo también había de reinar (cuyos animales se dicen de tres años, porque siendo tres los períodos más insignes y notables de los tiempos, es á saber, desde Adán hasta Noé,

(1) *Génesis*, cap. XV. *Dominator Domine, secundum quid ciam. quod hæres ejus ero.*

(2) San Lucas, cap. I. *¿Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?*

(3) San Lucas, cap. I. *Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi.*

desde Noé hasta Abraham, y desde éste hasta David, el primero que, reprobado Saúl, fué establecido por voluntad del Señor en el reino de la nación israelita, en este tercer orden y catálogo que comprende desde Abraham hasta David, como quien anda en la tercera edad, llegó á su juventud aquel pueblo), ya signifiquen estas cosas algún otro misterio con más conveniencia, con todo, de ningún modo dudo que en lo que añadió de la tórtola y de la paloma fueron figuras y significaciones espirituales, y que por lo mismo dice la Escritura: «que no dividió las aves», porque los carnales son los que se dividen entre sí; pero los espirituales de ninguna manera, ya se desvíen y retiren del trato y comercio negocio de los hombres, como la tórtola, ya vivan entre ellos, como la paloma. Sin embargo, una y otra ave es simple y nada perjudicial, significándonos también que en el pueblo israelita, á quien había de darse aquella tierra, los hijos de promisión habían de ser individuos, ó sin división, y que, heredando el reino, habían de permanecer en la eterna felicidad; y las aves que bajaban sobre los cuerpos que estaban divididos, no significan cosa buena, sino los espíritus de este aire, que andan en busca de cierto pasto suyo de la división de los carnales; y que se sentó con ellos Abraham, significa que también entre las divisiones de los carnales han de perseverar hasta el fin del siglo los verdaderos fieles: y que al ponerse el sol ocupó á Abraham un pavor y un temor tenebroso y particular, significa que al fin de este siglo ha de haber grande turbación y tribulación de los fieles, de la cual dice el Señor en el Evangelio: «que habrá entonces una extraordinaria tribulación, cual no la hubo desde el principio». Y lo que dice á Abraham: ten por positivo é indudable que tus descendientes han de peregrinar en tierra ajena, y que los han de poner en servidumbre, y los han afigir cuatrocientos años,

es clarísima profecía del pueblo de Israel que había de venir á servir en Egipto. No porque había de cumplir cuatrocientos años en esta servidumbre, afligiéndolos los egipcios; sino que había de suceder esto en los cuatrocientos años. Porque así como la Escritura dice de Tharé, padre de Abrahám (1): «fueron los días de Thara en Charra doscientos y cinco años»; no porque allí los hizo todos, sino porque allí los cumplió: así también aquí interpuso: servirán, y los molestarán cuatrocientos años. Porque este número se cumplió en aquella aflicción, y no porque todo se pasó en ella. Y dice cuatrocientos años por la plenitud del número, aunque sean algo más, ya se cuenten desde este tiempo en que Dios prometió á Abraham estas felicidades, ya desde que nació Isaac, por la descendencia de Abraham, de quien se profetizan todos estos sucesos; porque se cuentan, como dijimos arriba, desde el año 75 de Abraham cuando le hizo Dios la primera promesa, hasta la salida de Israel de Egipto, cuatrocientos treinta años de los cuales hace mención el apóstol de este modo (2): «á esta promesa y pacto, que hizo y juró Dios á Abraham, que llamo yo testamento, no le puede derogar ó hacer írrito é inválido la ley que se promulgó cuatrocientos treinta años después del pacto y testamento». Así, pues, estos cuatrocientos treinta años se podían llamar cuatrocientos, porque no son muchos más, cuanto más habiendo ya corrido algunos de este número cuando Abraham vió y oyó estas maravillas en visión, ó cuando, teniendo ya cien años, hubo á su hijo Isaac, veinte y cinco años después de la primera promesa,

(1) San Pablo, ep. á los gálatas, cap. III. *Et fuerunt dies fuerunt dies Tharæ in Charra quinque et ducenti anni.*

(2) San Pablo, eod. loc. *Hoc autem dico testamentum confirmatum à Deo, quæ post quadringentos et triginta annos facta est lex, non infirmat ad evacuandam promissionem.*

quedando ya de estos cuatrocientos treinta, cuatrocientos cinco, á los cuales quiso Dios llamar cuatrocientos. Lo demás que sigue en las palabras proféticas de Dios, nadie dudará que pertenecen al pueblo israelita, y lo que se añade: «habiéndose puesto ya el sol, formóse una llama, y he aquí un horno humeando, y unas llamas de fuego que discurrieron por aquellas medias partes divididas», significa que al fin del siglo han de ser juzgados y castigados los carnales con fuego. Porque así como se nos significa la aflicción de la ciudad de Dios, que se espera bajo el poder del Ante Cristo, que ha de ser la mayor que jamás ha habido, así como se nos significa, digo, esta aflicción con el tenebroso temor de Abraham cerca de ponerse el sol, esto es, acercándose ya el fin del siglo, así en la postura del sol, esto es, en el mismo fin, ya se nos significa con este fuego el día del juicio; que divide los carnales que se han de salvar por el fuego, y los que se han de condenar al fuego. Después el testamento y promesa que Dios hace á Abraham, propiamente manifiesta la tierra de Canaam y nombra en ella once naciones desde el río de Egipto hasta el gran río Eufrates: no desde el grande río de Egipto, esto es, desde el Nilo, sino desde el pequeño que divide á Egipto y Palestina, donde está la ciudad de Rhinocorura.

CAPÍTULO XXV

De Agar, esclava de Sara, la cual la misma Sara quiso que fuese concubina de Abraham.

Desde aquí ya se siguen los tiempos de los hijos de Abraham, el uno habido en la sierva Agar, y el otro

en Sara libre, de quienes hablamos ya en el libro anterior; y por lo respectivo á lo que sucedió, no hay motivo para echar la culpa á Abraham por haber tomado esta concubina, porque se valió de ella para procrear hijos y no para saciar el apetito carnal, ni por agraviar á su esposa, sino por obedecerla, quien creyó que fuese consuelo de su esterilidad, si al vientre fecundo de su esclava, ya que naturalmente no podía, voluntariamente le hiciese suyo, y con aquel privilegio ó derecho que dice el Apóstol (1), «que el varón no es señor de su cuerpo, sino su mujer», se aprovechase la mujer del cuerpo de su marido para concebir y parir por otra, lo que no podía por sí misma. No hay en este acto deseo lascivo ni torpeza carnal: la mujer entrega á su marido la esclava por tener hijos, por lo mismo la recibe el marido: ambos pretenden, no el deleite culpable, sino el fruto de la naturaleza; finalmente, cuando la esclava preñada se ensoberbeció contra su señora porque era estéril, como la culpa de este desacato, con la sospecha y celos de mujer, la atribuyese Sara antes á su marido que á otra causa, también aquí mostró Abraham que no fué amador esclavo, sino procreador libre, y que en Agar guardó el honor y decoro á Sara, no satisfaciendo á su propio apetito, sino cumpliendo la voluntad de su esposa; que la admitió, y no la pidió; que entró á ella, y no se quedó con ella; que la puso en cinta, y con todo no la amó, pues la dijo (2): «Vés ahí á tu esclava, en tu poder está; haz de ella lo que te pareciere». Así pues, es varón que útilmente usa de las mujeres; de la suya con templanza, de la esclava por obediencia, y de ninguna con intemperancia.

(1) San Pablo, II ep. ad Corinth., cap. VII. *Similiter et vir non habet potestatem corporis sui, sed mulier.*

(2) Génesis, cap. XVI. *Ecce ancilla tua in manibus tuis, utere ea quomodo tibi placuerit.*

CAPITULO XXVI

Dios promete á Abraham, siendo él anciano y Sara estéril, un hijo de ella, y le hace padre y cabeza de las gentes, y la fe de la promesa la confirma y sella con el Sacramento de la Circuncisión.

Después nació Ismael de Agar, en el cual pudo sospechar Abraham que se cumplió lo que Dios le había prometido cuando, tratando de adoptar á uno de los criados de su casa, le dijo el Señor: «no será este criado tu heredero, sino uno que saldrá de tus entrañas será tu heredero» (1). Para que no imaginase que esta promesa se había cumplido en el hijo que había tenido en la esclava; siendo ya de noventa y nueve años, se le apareció el Señor, y le dijo (2): «Yo soy Dios, procura

(1) *Genesis*, cap. XV. *Non erit haeres tuus hic, sed qui exiet de te, ille erit hæc tuus.*

(2) *Id.*, cap. XVII. *Ego sum Deus, place in conspectu meo, et esto sine querela, et ponam testamentum meum inter me, et inter te, et implebo te valde: et procidit Abraham in faciem suam, et locutus est illi Deus, dicens: et ecce ego testamentum meum tecum, et eris pater multitudinis gentium, et non appellabitur adhuc nomen tuum Abram, sed erit nomen tuum Abraham, quia patrem multarum gentium postui te, et augebo te valde, et ponam te in gentes, et Reges ex te eribunt, et statuam testamentum meum inter me, et te, et inter semen tuum post te, generationes eorum in testamentum æternum, ut sim tibi Deus, et semini tuo post te: et dabo tibi, et semini tuo post te terram in qua incolam es, omnem terram Chanaam in possessionem æternam, et ero illis Deus: et dixit Deus ad Abraham: tu autem testamentum meum conservabis inter me, et vos, et inter semen tuum post te in generationes suas. Et hoc est testamentum meum, quod conservabis inter me, et vos, et inter semen tuum post te in generationes suas. Circumcidetur omne vestrum masculinum, et circumcidemini in carne præputii vestri, et erit in signum testamenti inter me, et vos, et puer octo dierum circumcidetur, vestrum omne masculinum in progenies vestras. Vernaculus, et empitilius ab omni filio alienigena, qui non est de semine tuo, circum-*

ser agradable en mi acatamiento, vivir irrepreensible y pondré mi testamento y pacto entre yo y tú y te multiplicaré extraordinariamente. Postróse Abraham con el rostro hacia la tierra, y le habló el Señor, diciendo: «Ven aquí, que yo hago mi pacto contigo, y serás padre y cabeza de muchas gentes, y no será ya más tu nombre Abrán, sino que te llamarás Abraham, porque te he constituido padre de muchas naciones, te multiplicaré grandemente; te haré jefe y cabeza de las naciones, y procederán de tí reyes; haré mi pacto entre yo y tú, y entre tu descendencia después de ti por sus generaciones con pacto eterno que seré tu Dios; y de tus descendientes después de ti, y te daré á ti y á tus sucesores después de ti esta tierra en que vives ahora peregrino, es á saber, toda la tierra de Canaam en posesión perpetua, y seré el Dios de ellos. Y dijo Dios á Abraham: y tú guardarás mi pacto, y tu descendencia después de ti por sus generaciones; y este es el pacto que habéis de guardar entre yó y vosotros, y entre tu

cisione circumcidetur, vernaculus domus tuæ, et emptitius, et erit: testamentum meum in carne vestra in testamento æterno, et masculus, qui non fuerit circumcisus carne præputii sui octavo die, interibit anima illa de genere ejus, quia testamentum meum dissipabit: et dixit ad Abraham: Sarai, uxor tua non appellabitur nomen ejus ultra Sarai, sed Sara erit nomen ejus: benedicam autem illam, et dabo tibi ex ea filium, et benedicam illum, et erit in nationes, et Regis gentium ex eo erunt: et proeidit Abraham super faciem suam, et risit: et dixit in animo suo, dicens: si mihi centum anno habenti nascetur filius? etsi Sara annorum nonaginta pariet? Dixit autem Abraham ad Deum: Ismael hic vivat in conspectu tuo: dixit autem Deus ad Abraham: Ita, ecce Sara usor tua pariet tibi filium, et vocabis nomen ejus Isaac, et statuam testamentum meum ad illum in testamentum æternum, et ero illi Deus, et semini ejus post illum: de Ismael autem ecce audivi te: ecce benedixi eum, et amplificabo et multiplicabo illum valde: duodecim gentes generabit, et dabo illum in gentem magnam: testamentum autem meum statuam ad Isaac, quem pariet tibi Sara in tempore hoc ad annum sequentem.

descendencia después de ti por sus generaciones. Se circuncidará cualquiera varón que hubiere entre vosotros, y os circuncidaréis en la carne de vuestro prepucio, y servirá en señal del pacto que hay entre yo y vosotros. Todo infante que tuviere en vuestras generaciones ocho días, circuncídese, ya sea nacido en casa, ó esclavo comprado de cualquiera extraño, aunque no sea de tu sangre, se circuncidará, y estará la señal de mi pacto en vuestra carne en convención perpetua. Y el alma del infante que no estuviere circuncidado en la carne de su prepucio al octavo día, será excluído de su pueblo, porque no guardó mi pacto. Y dijo Dios á Abraham: Sarai, tu mujer, no se ha de llamar de aquí adelante Sarai, sino Sara. Yo la echaré mi bendición, y te daré en ella un hijo, y será cabeza de muchas naciones, y descenderán de él reyes, caudillos y jefes de naciones. Postróse Abraham con el rostro hacia la tierra, rióse, y dijo en su corazón: ¡qué siendo yo de cien años he de tener hijo, y siendo Sara de noventa ha de parir! Y dijo Abraham á Dios: vivá, Señor, este Ismael, de manera que agrade en tu acatamiento, y dijo Dios á Abraham: bien está, ved aquí que Sara, tu mujer, te parirá un hijo; le llamarás Isaac; confirmaré mi pacto con él; será pacto eterno, seré su Dios, y de su descendencia después de él; y por lo tocante á Ismael, he oído tu petición: ved aquí que yo le he echado mi bendición y le he de multiplicar grandemente: engendrará y producirá doce naciones, y le haré cabeza de una grande nación; pero mi pacto le he de confirmar con Isaac, que es el que te ha de parir Sara dentro de un año». Aquí están más claras las promesas de la vocación de los gentiles en Isaac, esto es, en el hijo de la promisión en que se nos significa la gracia y no la naturaleza, porque promete Dios un hijo de un anciano y de una vieja estéril; pues aunque el curso natural de la

generación sea también obra de Dios, donde se halla evidente la operación de Dios, estando la naturaleza viciada, inerte y en inacción, allí con más claridad se echa de ver la gracia. Y porque esto había de venir á ser, no por generación, sino por regeneración, por eso ahora lo manda Dios, é impone la circuncisión, cuando le promete el hijo en Sara. Y el mandar que todos se circunciden, no sólo los hijos, sino también los esclavos nacidos en casa y los comprados, manifiesta que á todos se extiende esta gracia; porque ¿qué otra cosa significa la circuncisión que una renovación de la naturaleza ya desechada con la senectud? Y el octavo día, ¿qué otra cosa nos significa que á Cristo, quien al fin de la semana, esto es, después del sábado, resucitó? Múdanse también los nombres de los padres, todo suena novedad, y en el Viejo Testamento se entiende que está figurado el Nuevo; porque ¿qué es lo que se dice Testamento Viejo sino como una cubierta y ocultación misteriosa del Nuevo? Y ¿qué otra cosa es el que se dice Nuevo sino una manifestación y descubrimiento del Viejo? La risa de Abraham es una alegría del que se muestra agradecido, y no irrisión ó burla de quien se manifiesta desconfiado, y asimismo las palabras que dijo en su corazón: ¡que de cien años he de tener hijo, y que de noventa ha de parir Sara! No son de quien duda, sino de quien se admira. Y si alguno dudase de lo que dice: «y te daré á ti y á tus descendientes después de ti esta tierra en que vives ahora», es á saber, toda la tierra de Canaam en posesión perpetua, como se entiende que se cumplió, ó se espera que se cumplirá mediante á que ninguna posesión terrena puede ser eterna, entienda y sepa que perpetuo ó eterno interpretan los nuestros lo que los griegos llaman *aeonión*, que se deriva de siglo? porque aeón en griego quiere decir siglo. Los latinos no se han atrevido á llamar á estó secular, por no dar

en otro sentido sumamente distinto, porque muchas cosas se llaman seculares que se hacen en este siglo, de modo que pasan en bien breve tiempo; pero lo que llaman *aeonión*, ó no tiene fin, ó llega hasta el fin de este siglo.

CAPÍTULO XXVII

Del infante, cuya ánima parece si no se circuncida al octavo día porque quebrantó el pacto de Dios.

Asimismo puede ser dudoso, como debe entenderse, lo que dice de que el infante que no se circuncidare en la carne de su prepucio perecerá aquella alma de su pueblo, porque no guardó mi pacto y testamento, ya que en esto no tiene culpa el niño, cuya alma, dice, que ha de perecer, ni tampoco él, quien no observó el testamento y pacto de Dios, sino sus padres, que no le quisieron circuncidar, á no ser que también los niños, no según la propiedad de su vida, sino según el origen común del linaje humano, todos hayan quebrantado el testamento y pacto de Dios en aquel uno «en quien todos pecaron» (1), porque son muchos los que se llaman testamentos ó pactos de Dios, además de aquellos dos grandes, el Viejo y el Nuevo, como puede observarlo cualquiera en la Sagrada Escritura. El primer testamento y pacto que se efectuó con el primer hombre, sin duda fué aquel (2) «el día que comieseis del fruto del árbol vedado moriréis de muerte»; y así se escribe en el Eclesiástico (3): «que toda la carne se envejece y con-

(1) San Pablo, ep. ad Rom, cap. V. *In quo omnes peccaverunt.*

(2) *Génesis*, cap. II. *Qua die ederitis, morte moriemini.*

(3) *Ecclesiast. et. Numér.*, cap. XVIII. *Omnis caro, sicut ves-*

sume como se-gasta y deshace un vestido, porque corre el testamento y pacto desde el principio del mundo, que mueran de muerte los que quebrantaren los mandamientos de Dios». Habiendo después promulgado Dios la ley con más claridad, y diciendo el apóstol (1) «que donde no hay ley tampoco hay prevaricación», ¿cómo será cierto lo que dice el real profeta (2) «que á todos los pecadores de la tierra los tiene por prevaricadores», sino porque los que se hallan aprisionados en las cadenas de algún pecado, todos son reos y culpados de haber prevaricado y sido infractores de alguna ley?» Por lo cual, aunque los niños, como lo persuade la verdadera fe, nacen, no propiamente, sino originalmente pecadores, y por eso confesamos que tienen necesidad de que les dispensen la singular gracia de la remisión de los pecados, sin duda que por el extremo que son pecadores los conocemos también por infractores de la ley promulgada en el Paraíso, de forma que es verdad lo uno y lo otro que expresa la Escritura (3): «á todos los pecadores de la tierra tuve por prevaricadores, y donde no hay ley tampoco hay prevaricación.» Y por cuanto la circuncisión fué signo demostrativo de la regeneración, no sin causa la regeneración perderá al niño por causa del pecado original con que se violó el primer testamento y pacto de Dios, si la regeneración no le libertara y eximiera de la pena. Deben, pues, entenderse estas autoridades de las sagradas letras, como si dijera: «El alma del que no fuere reengendrado pere-

tis veterascet: testamentum est á sæculo morte mori eos, qui transgrediuntur præcepta Dei.

(1) San Pablo, ep. ad Rom., cap. VIII. *Ubi autem non est lex, nec prævaricatio.*

(2) Salmo 118. *Prævaricatores æstimavi omnes peccatores terræ.*

(3) Salmo 118 et San Pablo, ep. ad Rom., cap. VIII.

cerá de entre su pueblo, porque infringió mi testamento y pacto», supuesto que con todos pecó él en Adán; porque si dijera: «porque quebrantó este mi pacto», no nos forzara á entenderlo sino de esta circuncisión; pero como no declaró qué pacto violó el niño, nos queda libertad para entender que lo dijo por aquel pacto cuya infracción puede comprender al niño; y si alguno opinare que no se dijo sino por esta circuncisión, porque en ella el niño quebrantó el pacto de Dios, no circuncidándose, busque algún particular modo de hablar con que, sin absurdo, pueda entenderse que por eso se quebrantó el testamento y pacto. Pues aun cuando él no le violó, se quebrantó en él; y aun de este modo es de advertir, que el alma del niño incircunciso no peca justamente por alguna negligencia ó descuido propio que haya habido en él, sino por la obligación del pecado original.

CAPÍTULO XXVIII

De la mudanza de los nombres de Abraham y de Sara, y cómo no pudiendo engendrar por la esterilidad de la una y la mucha edad de ambos, alcanzaron el beneficio de la fecundidad.

Hecha esta promesa tan grande y tan clara á Abraham, cuando dijo Dios expresamente: «te he hecho padre y cabeza de muchas gentes, y te multiplicaré grandemente; haré que salgan de ti muchas naciones y muchos reyes (cuya promesa vemos ahora que se cumple en Cristo)» de allí adelante, aquellos casados, marido y mujer, no los llama la Escritura como se llamaban antes, Abrán y Sarai, sino como nosotros los hemos llamado desde el principio, y así los llaman todos,

Abraham y Sara. De haber mudado el nombre á Abraham se da la razón, porque dice: «haré que seas padre de muchas gentes.» Esto hemos de entender que significa Abraham; pero Abrán, como antes se llamaba, quiere decir padre excelso. No se pone la razón de la mutación del nombre de Sara aunque, según dicen los que escribieron las interpretaciones de los nombres de la Sagrada Escritura, Sarai quiere decir princesa mía, y Sara virtud; y así se dice en la carta de San Pablo (1) á los hebreos: «Sara, por la fe, recibió virtud para concebir». Ambos eran ancianos, como lo dice la Escritura; pero ella, estéril ó infecunda, porque no tenía ya menstruación, y por tanto no podía ya parir, aunque no fuera estéril; porque si la mujer tiene ya edad algo mayor, pero aún padece los meses, puede concebir de un joven, pero no de un anciano, aunque el anciano aún puede procrear, pero ha de ser en mujer moza; así como Abraham, después de muerta Sara, pudo haber hijos en Cethura, porque la halló en edad florida y vigorosa. Esta es la maravilla que encarece el apóstol, y por eso dice que estaba ya muerto el cuerpo de Abraham, porque no en cualquiera mujer que tuviese edad para concebir podía él engendrar en aquella edad; pues para algún efecto debemos entender que estaba muerto su cuerpo, aunque no para todo acto, porque si ya estuviese totalmente inhábil, ya no sería cuerpo viejo de algún vivo, sino esqueleto de algún muerto. También suele resolverse esta cuestión, de cómo hubo después Abraham hijos en Cethura, diciendo que el don de procrear que le concedió el Señor, también se le conservó después de muerta su esposa; y por eso me parece más adaptable la solución que hemos seguido acer-

(1) San Pablo, ep. ad Hæbreos, cap. II. *Fide, et ipsa Sara virtutem accepit ad emissionem seminis.*

ca de esta duda, pues aunque un anciano de cien años de los que viven en nuestro tiempo no puede engendrar en mujer alguna, no obstante, podían hacerlo los de aquella época, porque la vida era entonces tan larga, que cien años no hacían al hombre decrepito.

CAPÍTULO XXIX

De los tres hombres ó ángeles, en quienes se manifiesta que se apareció el Señor á Abraham junto al encinar de Mambré.

Asimismo se apareció Dios á Abraham junto al encinar de Mambré en persona de tres varones, de quienes no hay duda que fueron ángeles, aunque hay algunos que imaginan haber sido uno de ellos nuestro Señor Jesucristo, de quien, dicen, que antes de vestirse de nuestra carne mortal era visible. Puede, ciertamente, Dios, que es naturaleza invisible, incorpórea é inmutable, aparecer á los ojos mortales sin mutación alguna suya, no por sí mismo, sino en figura de alguna de sus criaturas. ¿Qué cosa hay que no esté sujeta y subordinada á este gran Dios? Pero si dicen que algunos de estos tres fué Cristo, porque, habiendo visto tres, habló en singular con el Señor, pues dice la Escritura (1): «y he aquí tres varones se acercaron á él, y viéndolos, salió corriendo á recibirlos desde la puerta de su tabernáculo, é inclinándose hacia la tierra, dijo: Señor, si he hallado gracia en tu acatamiento, etc.», ¿por qué no advierten que dos de ellos habían ido á destruir á los sodomitas, estando todavía Abraham hablando con el

(1) *Génesis*, cap. XVIII. *Et ecce tres viri stabant super eum, et videns, procurruit obviam illis ab ostio tabernaculi sui: et adoravit super terram, et dixit: Domine, si inveni gratiam ante te, etc.*

uno, y llamándole Señor, é intercediendo para que no destruyese en Sodoma al justo juntamente con el pecador; que á los otros dos los recibió Lot, y que asimismo en el razonamiento que tuvo con ellos, siendo dos, los llamó en singular Señor? Porque (1) habiéndoles dicho en plural: «venid, Señor, y serviros de la casa de vuestro siervo», y lo demás que allí dice. Sin embargo, leemos después (2): «y tomaron los ángeles de la mano á Lot, á su mujer y á sus dos hijos, porque el Señor le quería perdonar, y luego que le sacaron de la ciudad, le dijeron: huye y libra tu vida; no vuelvas la cabeza ni mires atrás, y no pares en esta región; acógete al monte y ponte en salvo por que no perezcas. Y Lot les dijo: suplicote, Señor, ya que tu siervo ha hallado misericordia en tu acatamiento...» con lo demás que se sigue. Después, á continuación de estas expresiones, le respondió el Señor asimismo en número singular estando en los dos ángeles, diciendo: «He oído tu petición y uso contigo de misericordia» (3). Es, pues, mucho más creíble, que Abraham en los tres, y Lot en los dos, reconocieron al Señor con quien hablaban en persona singular, aun cuando imaginaban que eran hombres, porque no por otra causa los recibieron y hospedaron sino para servirles como á mortales, y que

(1) *Génesis*, cap. XIX. *Ecce Domini, declinate in domum pueri vestri.*

(2) *Génesis*, cap. XIX. *Et tenuerunt angeli manum ejus, et manum uxoris ejus, et manus duarum filiarum ejus, et quod Dominus parceret illi: et factum est mox, ut eduxerunt illum foras, dixerunt: salvam fac animam tuam, ne respexeris, retro, nec steteris in tota regione, in monte salvum te fac, ne quando comprehendaris. Dixit autem Lot ad illos: oro Domine, quia invenit puer tuus misericordiam ante te.*

(3) *Génesis*, cap. XIX. *Ecce miseratus sum faciem tuam.* (Véanse con cuidado, para la inteligencia de estos textos, los capítulos XVIII y XIX del *Génesis*.)

tenían necesidad del humano refugio. Con todo, había ciertamente alguna cualidad en ellos, con la cual eran tan excelentes y notables, aunque en semejanza de hombres, que los que los hospedaban no podían dudar que en ellos estaba el Señor, como suele estar en los profetas; y por eso, en repetidas ocasiones, les hablaban en plural, llamándoles Señores, y algunas veces en singular, hablando con el Señor en ellos. Sin embargo, dice expresamente la Escritura que eran ángeles, no sólo en el libro del *Génesis*, donde se refiere esta historia, sino también San Pablo en su carta á los hebreos, donde elogiando la hospitalidad, dice (1): «que por este motivo algunos, ignorándolo, hospedaron á los ángeles». Prometiéndole, pues, nuevamente á Abraham aquellos tres varones un hijo en Sara, dice la divina promesa asimismo de esta forma, hablando con Abraham (2): «Nacerá de él una nación grande y dilatada, y serán benditas en él todas las gentes de la tierra». Aquí también se le prometen aquellas dos cosas, brevísima y plenísimamente: la gente de Israel, según la carne, y todas las demás naciones, según la fe.

CAPÍTULO XXX

De cómo libró Dios á Lot de Sodoma, y asoló á los sodomitas con fuego del cielo.

Después de esta promesa, habiendo Dios librado á Lot de Sodoma, bajó del cielo una lluvia de fuego, y convirtió en cenizas y pavesas toda la región de aque-

(1) San Pablo, ep. á los hebreos, cap. XIII. *Per hanc etiam quidam nescientes, hospitio receperunt angelos.*

(2) *Génesis*, cap. XVIII, v. 18. *Erit in gentem magnam, et multam, et benedicentur in eo omnes gentes terræ.*

lla abominable ciudad, donde eran tan comunes y lícitos los estuproos de los hombres con los hombres, como otros crímenes á que suelen dar permiso las leyes, aunque el castigo de éstos fué una figura ó representación del futuro juicio de Dios. ¿Qué quiere decir si no el prohibir á los que libertaban los ángeles, mirar á la espalda, sino que no hemos de volver con el ánimo y el corazón á la vida pasada que dejamos cuando nos reengendramos por la gracia, si solicitamos librarnos del último juicio? La mujer de Lot, en el mismo lugar que miró hacia atrás, allí quedó convertida en estatua de sal, dejando á los fieles para que aprendan á preservarse y guardarse de igual fracaso. A poco tiempo sucedió á Abraham en Gerára con Abimelech, rey de aquella ciudad, lo mismo que en Egipto, cuando Faraón le tomó á Sara su esposa. Se la volvió Abimelech sin haberla tocado de modo alguno; también increpando el rey á Abraham porque le había ocultado que era su esposa, diciéndole que era su hermana, contestó Abraham al cargo diciéndole, entre otras cosas (1): «Realmente es hermana mia de parte de padre, mas no de la de madre», porque por parte de su padre era hermana de Abraham, uniéndoles tan inmediato parentesco; y fué tan hermosa que aun en aquella edad pudo ser deseada y apreciada.

CAPÍTULO XXXI

Del nacimiento de Isaac, según la promesa de Dios.

Después de esto le nació á Abraham, según la promesa de Dios, un hijo de Sara, á quien llamó Isaac, que

(1) *Génesis*, cap. XX. *El enim vere soror mea est de patre sed non de matre.* (Véase con atención este capítulo en la Escritura).

quiere decir risa, porque se rió el padre, admirándose de alegría, cuando se lo prometió Dios, y asimismo se rió su madre cuando en otra ocasión se lo ofrecieron aquellos tres mancebos, dudando de contento, aunque se lo zahirió y reprendió el ángel, porque aquella risa, aunque fué también de gozo, sin embargo, no fué efecto de una fe y esperanza íntegra, por lo que después el mismo ángel la confirmó en la fe, de donde tomó su nombre el niño. Y que aquella risa no fué burlarse de él, ó escarnio, sino celebrar su interior alegría y contento, lo manifestó Sara en que apenas nació Isaac cuando le puso aquel nombre, porque dijo (1): «me ha hecho reir el Señor, y cualquiera que lo oyere se reirá y alegrará conmigo». A muy poco tiempo echan de la casa á la esclava con su hijo, cuya acción significa, según el apóstol (2), los dos testamentos, el Viejo y el Nuevo, donde Sara nos representa la figura de la Jerusalén celestial, esto es, de la Ciudad de Dios.

CAPÍTULO XXXII

De la fe y obediencia de Abraham, con que fué probado, queriendo sacrificar á su hijo, y de la muerte de Sara.

Entre otras cosas, que sería larga digresión relacionarlas todas, tiente Dios á Abraham, pidiéndole (3) que le ofrezca en sacrificio á su querido hijo Isaac, para que quedase probada su santa obediencia, y se mani-

(1) *Génesis*, cap. XI. *Risum mihi fecit Deus, quicumque enim audierit, congaudebit mihi.*

(2) San Pablo, ep. á los gálatas, cap. IV.

(3) *Génesis*, cap. XXII. (Véase todo lo que dice el sagrado texto en este capítulo, y lo que ya tenemos referido.)

festase á los ojos del mundo, no á los de Dios, que no había motivo para ofrecer esta inocente víctima, porque no hemos de culpar y tener por malas todas las tentaciones, sino que debemos estimar y agradecer la que sirve de prueba. Por lo general el corazón del hombre no puede tener de otra forma noticia de sí mismo si no le dijera y declarara sus fuerzas, examinándole y preguntándole en cierto modo la tentación, no con palabras, sino con la misma experiencia; y si en tal caso reconoce la merced de Dios, entonces es santo, entonces se establece y apoya con la firmeza y fortaleza de la gracia, y no se deja hinchar con la vanidad de la arrogancia. Nunca, sin duda, creyó Abraham que gustaba Dios de víctimas humanas; pero instando el mandato del Señor, se debe obedecer y no replicar. Con todo, Abraham es digno de elogio, pues habiendo de sacrificar á su hijo, creyó que resucitaría, porque le había dicho Dios, al no querer cumplir la voluntad de su esposa Sara sobre desterrar de su casa á la esclava y á su hijo (1): «por Isaac has de tener la descendencia», y, sin embargo, en el mismo lugar prosigue diciendo (2): «y al hijo de esta esclava le haré que sea padre y cabeza de una gran nación, porque es tu hijo». ¿Cómó, pues, dice que por Isaac ha de tener la descendencia, llamando Dios también á Ismael su hijo y descendencia? Declarando el apóstol, que quiere decir, por Isaac has de tener tu descendencia, dice (3): «que no los que son hijos de Abraham, según la carne, son los hijos de Dios, sino los que son hijos y herederos de la divina promesa, los cuales se reputan por descendientes y verdaderos hijos

(1) *Génesis*, cap. XXI. *In Isaac vocabitur tibi semen.*

(2) *Génesis*, cap. XXI. *Et filium ancillæ hujus in magnam gentem faciam. quia semem tuum est.*

(3) San Pablo, ep. á los romanos, cap. IX. *Non qui filii carnis, hi filii Dei, sed filii repromissionis deputantur in semen.*

de Abraham», y por eso los hijos de promisión, para que sean descendientes de Abraham, son los que proceden de Isaac, esto es, se congregan y unen en Cristo llamándolos la gracia. Teniendo, pues, esta promesa por infalible y cierta el piadoso y religioso padre, y observando que por este hijo, á quien Dios mandaba sacrificar, se había de cumplir necesariamente esta promesa, no dudó que podía volvérselo vivo después de haberle sacrificado quien se le pudo dar, estando naturalmente inhabilitado para la procreación; y de este modo se entiende y expone expresamente en la carta de San Pablo á los hebreos (1): «Insigne, dice, fué la fe que precedió en Abraham que, siendo tentado en Isaac, ofreció á su unigénito, en quien le había hecho Dios sus promesas, y por quien le había dicho: la descendencia que procederá de Isaac será la tuya, en quien he de cumplir mi promesa, sabiendo que, aun de entre los muertos, podía resucitarle Dios.» Y por eso añadió (2): «que ésta fué igualmente la causa por qué Abraham tomó á este su hijo por figura y semejanza». ¿Y de quién sino de aquel de quien dice el mismo apóstol (3): «que no perdonó á su propio hijo, sino que le entregó por la redención de todos nosotros». Por eso también Isaac llevó, como el Señor, su cruz, la leña á cuestras, sobre la cual le habían de poner en el lugar del sacrificio; finalmente, porque no convino que muriese Isaac (4) después que ordenó Dios á su padre que no le quitase la

(1) San Pablo, ep. á los hebreos, cap. II. *Fide præcessit Abram, en Isaac tentatus, et unicum obtulit, qui promissiones suscepit, ad quem dictum est: In Isaac vocabitur tibi semem, cogitans: quia ex mortuis excitare potest Deus.*

(2) San Pablo, ep. á los hebreos, cap. II. *Pro hoc etiam eum et in similitudinem adduxit.*

(3) San Pablo, ep. á los romanos, cap. VIII. *Qui proprio filio sus non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum.*

(4) *Genesis, cap. XXII.*

vida, ¿qué quiere significar aquel carnero que, habiéndole sacrificado, con la figura de su sangre se cumplió el sacrificio? Pues cuando le vió Abraham estaba asido y enzarzado con los cuernos en una mata: ¿á quién, pues, figuraba éste sino á Cristo nuestro Señor, que antes de ser sacrificado le coronaron los judíos con espinas? Pero dejemos eso y oigamos lo que nos dice el ángel (1): «Y echó Abraham mano al cuchillo para sacrificar á su hijo, y llamóle el ángel del Señor, y le dijo: «Abraham»; y éste respondió: «Vedme aquí, Señor, ¿qué es lo que mandas?» Y le dijo: «No descargues tu mano sobre ese joven, ni le hagas daño, porque ahora he conocido que temes á tu Dios, puesto que por mi amor no has perdonado á tu querido hijo». Ahora he conocido, quiere decir, ahora he hecho que conozcan lo que Dios no ignoraba. Después, habiendo sacrificado en lugar de su hijo Isaac al carnero, nombró Abraham, según dice la Escritura, á aquel lugar, «el Señor ve», como dicen actualmente los hombres, «el monte en que el Señor apareció (2)». Así como dijo: «ahora he conocido», por decir hecho que conozcan, así también aquí «el Señor vió», debe entenderse el Señor apareció, esto es, hizo que le viesen (3). «Y llamó segunda vez el ángel del Señor á

(1) *Génesis*, cap. XXII. *Et extendit Abraham manum suam sumere machæram ut occideret filium suum: et vocavit illum angelus Domini de cælo, et dixit: Abraham: ille autem dixit: ecce ego: et dixit, ne injicias manum tuam super puerum, neque facias illi quidquam, nunc enim scivi, quia times Deum tuum, et non peperciste filio tuo dilecto propter me.*

(2) *Génesis*, cap. XXII. *Dominus vidit, ut dicant hodie: in monte Dominus apparuit.*

(3) *Génesis*, cap. XXII. *Et vocavit angelus Domini Abraham secundo de cælo dicens: per me metipsum juravi, dicit Dominus, propter quod fecisti verbum hoc, et non pepercisti filio tuo dilecto propter me, nisi benedicens, benedicam te, et multiplicans multiplicabo semen tuum sicut stellas cæli, et tanquam arenam, quæ est juxta labrum maris: et*

Abraham desde el cielo, diciendo: «Por mí mismo he jurado, dice el Señor, porque hiciste esta acción, y por mi amor no perdonaste á tu querido hijo, cierta é infaliblemente te echaré mi bendición y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está á la lengua del mar; y tu descendencia poseerá las ciudades de sus enemigos, y todas las naciones de la tierra serán benditas en tu descendencia porque obedeciste á mi voz.» De este modo, después del sacrificio que fué figura de Cristo, confirmó Dios también con juramento aquella promesa de la vocación de los gentiles en la descendencia de Abraham, pues en muchas ocasiones lo había prometido, pero jamás lo había jurado. ¿Y qué es el juramento de Dios verdadero, y que dice siempre verdad, sino una confirmación de la promesa, y una especial reprehensión de nuestra infidelidad y credulidad? Después de esto murió Sara á los ciento veintisiete años de su edad, y á los ciento treinta y siete de su marido, porque la llevaba diez años, como lo dijo el mismo patriarca cuando Dios le ofreció un hijo en ella (1): «¡que siendo ya de cien años, he de tener un hijo, y siendo Sara de noventa ha de parir!» Compró Abraham una heredad en que sepultó á su mujer (2) y entonces, según la relación de San Esteban (3), fijó su residencia en aquella tierra porque comenzó á tener en ella posesiones heredadas por la muerte de su padre, quien, según conjeturas probables, falleció dos años antes.

cæreditate possidebit semen tuum civitates adversariorum suorum, et benedicentur in semine tuo omnes gentes terræ, quia abaudisti vocem meam.

(1) *Génesis, cap. XVII. Si mihi annorum centum nascetur filius, et si Sara annorum nonaginta pariet!*

(2) *Génesis, cap. XXIII.* (Véase todo este capítulo en la Escritura).

(3) *Act. Apóstol, cap. VII.*

CAPITULO XXXIII

De Rebeca, nieta de Nachor, con quien se casó Isaac.

Después de esto, siendo Isaac ya de cuarenta años se casó con Rebeca, nieta de su tío Nachor, es á saber, á los ciento y cuarenta años de la edad de su padre, tres años después de muerta su madre. Y cuando para casarse con ella envió su padre á Mesopotamia un criado suyo, ¿qué otra cosa nos quiso significar cuando á este criado le dijo Abraham (1): «llega tu mano á mi muslo y júrame por el Señor Dios del cielo y por el Señor de la tierra, que no tomarás ni recibirás por mujer para mi hijo Isaac á ninguna de las hijas de los Cananeos», sino que el Señor Dios del cielo y de la tierra había de venir hecho hombre, descendiendo de aquel tronco y de aquel muslo? ¿Acaso son pequeños estos indicios de la verdad profetizada que vemos cumplida en Jesucristo?

CAPÍTULO XXXIV

Qué significación tiene el que Abraham, después de la muerte de Sara, se casó con Cethura.

¿Y qué quiere significar que Abraham, después de la muerte de Sara contrajo matrimonio con Cethura? (2) Lo que por ningún motivo debemos sospechar que fué efecto de incontinencia, especialmente en una edad avanzada cual era la suya, y en una santidad de fe y

(1) *Génesis*, cap. XXIV. *Pone manum tuam sub femore meo, et adjurabo te per Dominum Deum cæli, et Dominum terræ. ut non assumas filio meo Isaac uxorem de filiabus Chananeorum.*

(2) *Génesis*, cap. XV.

virtudes como eran las que ilustraban á este patriarca. ¿Acaso pretendía todavía tener hijos teniendo ya por el inefable testimonio de la divina promesa una multitud tan dilatada de hijos por la estirpe de Isaac (1), significados en las estrellas del cielo y en la arena de la tierra? Pero si Agar é Ismael (2), según la doctrina del apóstol de las gentes San Pablo, nos significaron propiamente á los hombres carnales del Antiguo Testamento, ¿por qué causa Cethura y sus hijos no han de significar y representar del mismo modo los carnales que imaginan pertenecer al Nuevo Testamento? A las dos las llama la Escritura mujeres y concubinas de Abraham; pero á Sara jamás la llamó concubina, sino solamente mujer, en atención á que aun cuando Sara concedió á su esposo para el efecto de la procreación el uso conyugal de su esclava Agar, dice el sagrado texto (3): «Tomó Sara, mujer de Abraham á Agar, esclava suya, natural de Egipto, á los diez años que había que vivía Abraham en la tierra de Canaam, y se la dió á Abraham, su esposo, por mujer»; y de Cethura, que la tomó en matrimonio después del fallecimiento de Sara, dice así (4): «Volvió Abraham á casarse otra vez con una mujer llamada Cethura»; y ved aquí cómo ambas se llaman mujeres y ambas se halla que fueron concubinas, porque añade después la Escritura (5): «que dió Abraham

(1) *Génesis*, cap. XV.

(2) *Génesis*, cap. IV.

(3) *Génesis*, cap. XVI. *Et apprehendit Sara uxor Abraham Agar Egiptiam uncillam suam, post decem annos, quam habitaberat Abraham in terra Chanaam, et dedit eam Abraham viro suo uxorem.*

(4) *Génesis*, cap. XXV. *Adjiciens autem Abraham, sumpsit uxorem, cui nomen erat Cethura.*

(5) *Génesis*, cap. XXV. *Dedit autem Abraham omnem censum suum Isaac filio suo, et filiis concubinarum suarum dedit Abraham dationes, et dimisit eos ab Isaac filio, adhuc se vivo, ad orientem in terram orientis.*

toda su hacienda raíz á Isaac su hijo, y á los hijos de sus concubinas les repartió una porción de los bienes muebles, separándolos de su hijo Isaac aun viviendo él, y enviándolos hacia la tierra oriental». Así que los hijos de las concubinas tienen algunos bienes, pero no heredan el reino prometido ni los herejes, ni los judíos carnales, porque á excepción de Isaac, no hay otro heredero (1): «ni los que descienden de Abraham, según la carne, son los hijos de Dios, sino los que son hijos y herederos de la divina promesa, esos mismos tiene Dios por descendientes y verdaderos hijos de Abraham, de quienes dice la Escritura, «la descendencia que procederá de Isaac, esa será la tuya en quien he de cumplir mi promesa». En verdad no hallo razón para que Cethura, con quien casó después del fallecimiento de su mujer, se llame concubina, si no es por este misterio; pero el que no quisiere tomarlo bajo esta significación, no por eso calumnie á Abraham. ¿Y quién podrá saber si Dios previó esto con su divina presciencia contra las herejías que habían de suscitarse respecto de las segundas nupcias, para que en el padre y cabeza de muchas naciones, casándose segunda vez después de la muerte de su mujer, se nos manifestase con toda evidencia que no era pecado? *Et mortuus est Abraham cum esset annorum centum septuaginta quinque.* «Murió, pues, Abraham siendo de ciento setenta y cinco años», y dejó, según este cálculo, á su hijo Isaac en la edad de setenta y cinco años, supuesto que le hubo en la de ciento.

(1) *Génesis*, cap. XXI, y San Pablo, ep. á los Rom., cap. IX. *Et non qui filii carnis, hi filii Dei, sed filii promissionis deputantur in semine, de quo dictum est: in Isaac vocabitur tibi semen.*

CAPÍTULO XXXV

Qué nos significó el Espíritu Santo en los gemelos estando aun encerrados en el vientre de su madre.

Vemos ya desde ahora cómo van discurriendo los tiempos de la Ciudad de Dios por los descendientes de Abraham, desde el primer año de la vida de Isaac hasta los sesenta en que tuvo hijos; es digno de nuestra admiración que, suplicando este santo patriarca á Dios le concediese sucesión en su esposa, que era estéril, y condescendiendo el Señor á su petición, y, por consiguiente, habiendo concebido Rebeca (1), los gemelos luchaban entre sí estando aun encerrados en el vientre de su madre, y teniendo ella un grande pesar por esta novedad, preguntó al Señor la causa de ello, quien le respondió (2): «dos naciones traes en tu vientre y dos pueblos se dividirán de tus entrañas, el uno vencerá al otro y el mayor servirá al menor»; en cuyo vaticinio quiere el apóstol San Pablo (3) que se nos dé á entender un gran documento sobre la gracia, porque antes que naciesen ni practicasen acción buena ni mala sin tener méritos algunos recomendables, eligió Dios al menor reprobando al mayor, siendo iguales en el pecado original y sin tener ninguno de ellos pecado propio. No nos permite ahora el instituto, orden y objeto de esta obra alargarnos en este punto, especialmente habiendo raciocinado sobre él lo bastante en otros libros. Aquellas palabras, donde dice: «el mayor servirá al

(1) Génesis, cap. XXV.

(2) Génesis, cap. XXV. *Duæ gentes in utero tuo sunt, et duo populi de ventre tuo separabuntur, et populus populum superabit, et major serviet minori.*

(3) San Pablo, ep. á los Rom., cap. IX.

menor», casi ninguno de nuestros santos doctores las han entendido de otra forma, sino que el mayor pueblo de los judíos había de servir al pueblo menor de los cristianos, y en realidad de verdad, aunque puede parecer que se cumplió esto en la nación de los idumeos, la cual descendía del mayor que tuvo dos nombres (porque se llamaba Esaú y Edóm, de donde se dijeron los idumeos), mediante á que transcurrido algún tiempo había de ser vencida por el pueblo que descendía del menor, esto es, del pueblo de Israel, á quien había de estar sujeta, sin embargo, con más justa causa se cree que á algún objeto de mayor entidad se enderezó esta profecía, que dice, que el un pueblo vencerá al otro y el mayor servirá al menor. ¿Y qué es esto sino lo que vemos claramente que se verifica en los judíos y los cristianos?

CAPÍTULO XXXVI

De la profecía y bendición que recibió Isaac, del mismo modo que su padre, la cual fué por respeto de los méritos y caridad del mismo padre.

Recibió también Isaac una profecía como la había recibido en diferentes ocasiones su padre, de la cual dice así la Escritura (1): «sucedió en la tierra una ham-

(1) *Génesis, cap. XXVI. Facta est autem fames super terram, præter famem, quæ prius facta est in tempore Abrahæ. Abiit autem Isaac ad Abimelech regem Philistinorum in Gerara: apparuit autem illi Dominus, et dixit: noli descendere in Egiptum, habita autem in terra, quam tibi dixero, et incole in terra hac, et ero tecum, et benedicam te. Tibi enim et semini tuo dabo omnem terram hanc, et statuam juramentum meum, quod juravi Abrahæ patri tuo, et multiplicabo semen tuum, tanquam stellas cæli, et dabo semini tuo omnem terram hanc, et benedicentur in semine tuo omnes gentes te-*

bre, además de la que sobrevino en tiempo de Abraham, y se transfirió Isaac á Gerara, donde gobernaba Abimelec, rey de los filisteos, y apareciéndosele el Señor, le dijo: «no descendas á Egipto, però habita en la tierra que yo te señalaré; vive en esta tierra; yo estaré contigo y te echaré mi bendición, porque á ti y á tus descendientes tengo de dar toda esta tierra y cumpliré el juramento que hice á tu padre Abraham, multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, les daré toda esta tierra y serán benditas en tu descendencia todas las naciones de la tierra, porque obedeció Abraham á mi voz, observó mis preceptos, mis mandatos mis justificaciones y mis leyes». Este patriarca ni tuvo otra mujer ni concubina alguna, sino que se contentó con la descendencia que tuvo en los dos gemelos que de un parto le dió á luz su esposa. También receló que la hermosura de ésta padeciese algún peligro viviendo entre extraños, é hizo lo que su padre, publicando que era su hermana y ocultando el que era su mujer, la que era asimismo parienta suya de parte de su padre y de su madre; pero, sin embargo, quedó intacta y libre de la liviandad de los extraños, sabido ya que era su mujer. No debemos sin embargo preferirle y anteponerle á su padre porque no conoció á otra que á su mujer propia; y sin duda los méritos de la fe, obediencia y sumisión de su padre fueron tanto mayores, que dice Dios que, por respeto á él, hace á Isaac los beneficios que le dispensa. «Serán benditas, dice, en tu descendencia todas las naciones de la tierra, porque obedeció Abraham á mi voz y guardó mis preceptos, mis mandatos, mis justificaciones y mis leyes; y en otra profecía: «Yo,

rra, pro eo quod obaudivit Abraham pater tuus vocem meam, et custodivit præcepta mea, et mandata mea, et justificationes meas, et legitima mea.

dice, soy (1) Dios de Abraham, tu padre, no temas, porque yo estaré contigo; te he echado mi bendición y multiplicaré tu descendencia por respeto y afecto á tu padre Abraham», para que entendamos lo primero cuán castamente hizo Abraham lo que á los impuros y lascivos que pretenden justificar sus liviandades con la autoridad de las sagradas letras creen que lo practicó por efecto de algún apetito torpe; lo segundo para que también sepamos cómo hemos de comparar las personas entre sí, no por alguna cualidad ó prenda singular que cada uno tenga particularmente, sino que en cada uno debemos considerarlo y ponderarlo todo; porque puede suceder que uno tenga en su vida y costumbres cierta gracia en que se aventaje á otro y que ésta sea mucho más excelente que aquella en que el otro le excede. Y así, aunque con sano y cuerdo juicio, se prefiera la continencia al matrimonio, sin embargo, es mejor el hombre fiel casado que el infiel continente; porque éste no sólo es digno de menor elogio porque se contiene no creyendo, sino también es mucho más digno de reprehensión y vituperio porque no cree siendo continente. Supongamos á ambos fieles y buenos; aun así seguramente es mejor el casado fiel y obediente á Dios que el continente de menos fe ó incrédulo y menos obediente; pero si en las demás cualidades son iguales, ¿quién duda preferir el continente al casado?

(1) *Génesis*, cap. XXVI. *Ego sum Deus Abraham patris tui, noli timere, tecum enim sum, et benedixi te, et multiplicabo semen tuum propter Abraham patrem tuum.*

CAPÍTULO XXXVII

De lo que se figura místicamente en Esaú y Jacob.

Los dos hijos de Isaac, Esaú y Jacob, igualmente iban creciendo; pero la primogenitura del mayor se transfiere en el menor por pacto y convención que hubo entre ellos, porque al mayor le acometió un desordenado apetito de comer lentejas, que el menor había condimentado para sí, y por ellas vendió á su hermano, con intervención de juramento, su derecho de primogenitura: en cuyo ejemplo se nos enseña y advierte cómo puede ser uno culpable en la comida, no por la diferencia del manjar, sino por la demasiada ansia y antojo de él. Llega á la vejez Isaac, y con ella pierde la vista; quiere bendecir á su hijo mayor, y en lugar de él, ignorándolo, bendice al menor; quien porque su hermano mayor era belloso, acomodándose unas pieles de cabrito, como quien se carga y lleva pecados ajenos, se sometió y dejó tocar de las manos de su padre. Esta cautela de Jacob, para que no creyésemos que era fraudulenta y engañosa y no dejásemos de buscar en ella el misterio de un célebre arcano, nos la advirtió ya arriba la Escritura, diciendo (1): «Que Esaú era muy aficionado á la caza y á estar en el campo, y Jacob hombre sencillo, amigo de vivir en la casa», esto es, según el sentir de algunos doctores, sin fraude ni malicia. Pero aunque se diga sin engaño ó sencillo, ó mejor dicho, sin ficción, que en griego se dice *aplastos*, ¿cual es el engaño que cometió en tomar este hombre la bendición sin dolo? ¿Qué engaño ó cautela hay en este

(1) *Génesis*, cap. XXV. *Erat Esau homo sciens venerari, aggressis; Jacob autem homo simplex habitans domum.*

hombre sencillo? ¿Qué ficción en este, que no miente, sino un profundo misterio de la misma verdad? Veamos cuál es la bendición (1). «¡Oh! cómo el olor de mi hijo, dice, es como el olor y fragancia que echa de sí un campo cultivado, á quien Dios hizo fértil y alegre; déte, pues, Dios del rocío del Cielo, y de la fertilidad de la tierra abundancia de trigo y de vino: sírvante las gentes, adórente los príncipes, seas Señor de tu hermano, y adórente los hijos de tu padre, sea maldito el que te maldijere, y bendito el que te bendijere». Así, pues, la bendición de Jacob es la predicación de Jesucristo á todas las gentes. Esto es lo que se hizo, esto es lo que se realiza. La ley y la profecía están en Isaac; y también por boca de los judíos bendice la ley á Jesucristo, aunque ellos no lo saben, porque no saben ó entienden la ley. Llénase el mundo como un campo del olor y fragancia del nombre de Cristo, su bendición es del rocío del Cielo, esto es, de la lluvia y riego de la palabra divina, y de la abundancia y fertilidad de la tierra, esto es, de la congregación de las gentes y naciones; suya es la frugalidad y muchedumbre del trigo y del vino, esto es, la muchedumbre que va juntando y recogiendo el trigo y el vino en el adorable Sacramento de su Santísimo Cuerpo y Sangre; él es á quien sirven las gentes, á quien adoran los príncipes; él es el Señor de su hermano, porque su pueblo domina á los judíos; él es á quien veneran y tributan cultos los hijos de su Padre, esto es, los hijos de Abraham según la fe, porque también él es hijo de Abraham se-

(1) *Génesis*, cap. XXVII. *Ecce odor filii mei tanquam odor agri pleni, quem benedixit Dominus, et det tibi Deus de rore cæli, de ubertate terræ, et multitudinem frumenti, et vini, et serviant tibi gentes, et adorent te Principes, et fiat Dominus fratis tui, et adorabunt te filii patris tui. Qui maledixerit te, maledictus; et qui benedixerit te, benedictus.*

gún la carne; el que le maldijere es maldito, y quien le bendijere bendito. Digo, que á este nuestro Señor Jesucristo, los mismos judíos, aunque errados, sin embargo, mientras cantan y blasonan la ley y los Profetas le bendicen, esto es, verdaderamente le proclaman, imaginando que bendicen á otro, á quien por equivocación ó engaño esperan. Ved aquí que volviendo el mayor por la bendición prometida, se pasma Isaac, y advirtiéndole que había bendecido á uno por otro, se admira, y pregunta quién es aquel á quien bendijo: con todo, no se queja de haber sido engañado, al contrario, habiéndose revelado en su interior este misterio tan grande, excusa y ataja la indignación y enojo, y confirma la bendición (1): «¿Quién es, dice, el que fué á caza, me la trajo, me la intrujo aquí, y comí de todo antes que tú vinieses, y le bendije, y quedará bendito?» ¿Quién no aguardaría aquí una maldición de un hombre enojado si no se hiciera todo por inspiración divina, y no por traza humana? ¡Oh, sucesos; pero sucesos encaminados con espíritu profético en la tierra, mas por orden del Cielo; manejados por los hombres, pero guiados por el Divino Espíritu! Si quisiéramos examinar cada palabra de por sí, está todo tan lleno de misterios, que fuera necesario escribir muchos libros; pero habiendo de poner modo y tasa con moderación á esta obra, es fuerza que caminemos á otros asuntos.

(1) *Génesis*, cap. XXVII. *Quis ergo venatus est mihi venationem, et intulit mihi, et manducavi ab omnibus, antequam tu venires, et benedixi eum, et sis benedictus?*

CAPÍTULO XXXVIII

De cómo enviaron sus padres á Jacob á Mesopotamia para que se casase allí, y de la visión que vió soñando en el camino, y de sus cuatro mujeres, habiendo pedido no más de una.

Envían sus padres á Jacob á Mesopotamia para que allí contraiga matrimonio; las palabras que le dice el padre son estas (1): «Mira hijo, que no te cases con ninguna de las hijas de los Cananeos; anda, y ve á Mesopotamia á casa de Batuel tu abuelo, padre de tu madre, y allí tomarás por mujer á alguna de las hijas de Laban, tu tío, hermano de tu madre; y ruego á mi Dios que te eche su bendición, y te acreciente y multiplique, y seas cabeza y caudillo de las gentes, y te dé la bendición de tu padre Abraham á ti y á tu descendencia después de ti, para que heredes y poseas la tierra en que vives, la cual prometió Dios á Abraham». Aquí ya vemos distinta y separada la descendencia de Jacob de la otra descendencia de Isaac, que principia en Esaú. Porque cuando dijo Dios (2): «en Isaac has de tener la descendencia que te he prometido», que es la que pertenece á la Ciudad de Dios; entonces hizo allí distinción y separación de la otra descendencia de Abraham, por el hijo de la esclava, y de la que había de ir después por los hijos de Cethura; pero todavía estaba aquí

(1) *Génesis*, cap. XXVIII. *Non accipies uxorem ex filiabus Chananæorum: surgens fuge in Mesopotamiam in Domum Bathuel patris matris tuæ, et sume tibi inde uxorem de filiabus Laban fratris matris tuæ, Deus benedicat te, et augea te, et multiplicet te, et eris incongregationes gentium, et det tibi benedictionem Abraham patris tui tibi, et semini tuo pos te ut hæres fias terræ incolatus tui, quam dedit Deus Abraham.*

(2) *Génesis*, cap. XXI. et S. Paul. ep. ad Rom., cap. IX. *In Isaac vocabitur tibi semen.*

en duda en los dos gemelos hijos de Isaac, si aquella bendición pertenecía á ambos, ó al uno de ellos, y si al uno á cuál; lo que se declara y especifica aquí bendiciendo su padre proféticamente á Jacob, y diciéndole que sea cabeza y caudillo de las gentes, y que le dé Dios la bendición de su padre Abraham. Caminando, pues, Jacob á Mesopotamia, tuvo una revelación en sueños, la cual refiere así la Escritura (1): «Partiendo, pues, Jacob de Bersabé, que significa fuente ó pozo del juramento, caminó para Charrá, y llegando casualmente á cierto lugar, queriendo descansar después de ponerse el sol, tomó una de las piedras que había allí, y acomodándola debajo de su cabeza, durmió en aquel lugar, y soñó y vió una escalera fijada en la tierra, cuya punta se elevaba hasta tocar en el Cielo, que los ángeles de Dios subían y bajaban por ella, que el Señor estaba apoyado sobre ella, y le dijo: Yo soy Dios de tu padre Abraham, y Dios de Isaac: no temas; la tierra en que duermes te la he de dar á ti y á tu descendencia, y

(1) *Génesis, cap. XXVIII. Et exiit Jacob à Puteo Jurationis, et profectus est in Charram, et devenit in lucum, et dormivit ibi: occiderat enim sol: et sumpsit ex lapidibus loci, et posuit ad caput suum, et dormivit in loco illo, et somniavit. Et ecce scala stabilita super terram, cuyos caput pertingebat ad cælum: et angeli Dei ascendebant, et descendebant per illam: et Dominus incubebat super eam: et dixit: Ego sum Deus Abraham patris tui, Et Deus Isaac, noli timere: terram, in qua tu dormis super eam, tibi dabo illam, et semini tuo, et erit semen tuum sicut arena terræ, et dilatabitur super mare, et in africanum, et in aquilonem, et ad orientem; et benedicentur in te omnes tribus terræ, te in semine tuo: et ecce ego sum tecum, custodiens te in omni via, quacunque ibis, et reducam te in terram hanc, quia non te derelinquam donec faciam omnian, quæ tecum loquutus sum: et surrexit Jacob de somno suo, et dixit: quia Dominus est in loco hoc, ego autem nesciebam: et timuit, et dixit: quam terribili est locus hic, non est hic nisi domus Dei, et hæc porta est cæli. Et surrexit Jacob, et sumpsit lapidem, quem supposuit sibi ad caput, statuit illum in titulum, et superfudit oleum in cacumen ejus, et vocavit nomen loci illius domus Dei.*

será tu posteridad tan dilatada y numerosa como la arena de la tierra, y se extenderá hacia el mar occidental, hacia el Oriente, al Septentrión y al Mediodía; y en ti y en tu descendencia vendrán á ser benditas todas las tribus y familias de la tierra. Advierte que yo estaré contigo, te guardaré por cualquier parte que vayas, te volveré á esta tierra, y no te desampararé hasta que cumpla todo lo que te he prometido. Y despertando Jacob de su sueño, dijo: el Señor está en este lugar, y yo lo ignoraba, y temeroso añadió: cuán terrible es este lugar, no hay aquí más que la casa de Dios y la puerta del Cielo. Levantóse Jacob, y tomó el canto que había tenido por cabecera, levantóle, y le fijó como padrón para perpetua memoria de los siglos venideros; derramó aceite sobre él, y puso por nombre á aquel lugar Bethel, ó casa de Dios». Estas expresiones encierran una profecía, y no debemos entender que, como idólatra, derramó aquí el aceite Jacob sobre la piedra, consagrándola como si fuese Dios, porque ni adoró á la piedra, ni la ofreció sacrificio, sino que así como el nombre de Cristo se deriva de crisma, esto es, de la unción, sin duda figuró aquí algún misterio que pertenece á este grande Sacramento. Y esta escalera parece que es la que nos trae á la memoria el mismo Salvador en el Evangelio, donde habiendo dicho de Nathanael: «ved aquí al verdadero Israelita, en quien no hay fraude ni engaño»; porque Israel, que es el mismo Jacob, es el que vió esta visión, y añade: «con toda verdad os digo, que habéis de ver abrirse el Cielo, subir y bajar los ángeles de Dios sobre el hijo del hombre».

Caminó, pues, Jacob á Mesopotamia para casarse allí. Y refiere la Escritura cómo sucedió el llegar á tener cuatro mujeres (1), en quienes tuvo doce hijos y

(1) *Génesis*, cap. XIX.

una hija, sin haber deseado ilícitamente á ninguna de ellas, porque vino con intención de casarse con una; pero como le supusieron una por otra, tampoco desechó aquella con quien, ignorándolo, había dormido, por no parecer que la dejaban burlada, y siendo en tiempo que ninguna ley le prohibía el tener muchas mujeres por causa de la propagación y multiplicación de los hombres, vino á recibir también por mujer á aquella á quien solamente había dado palabra y fe del futuro matrimonio, la cual, siendo estéril, dió á su marido una esclava suya para tener hijos en ella; é imitando esto, su hermana mayor, aunque ya había concebido y parido, hizo otro tanto, porque deseaba tener muchos hijos. No se lee, pues, que pidiese Jacob sino una, ni conoció carnalmente á muchas, sino con el fin de procrear hijos, guardando su respectivo privilegio al matrimonio, de conformidad que aun esto no lo hubiese hecho si sus mujeres que tenían legítima potestad sobre el cuerpo de su marido, no se lo rogaran.

CAPÍTULO XXXIX

Qué razón hubo para que se llamase también Israel.

Tuvo Jacob en sus cuatro mujeres doce hijos y una hija; después entró en Egipto, porque su hijo José, habiendo sido vendido por sus envidiosos hermanos y conducido á Egipto, llegó á conseguir aquí grande elevación y dignidad. Llamábase Jacob, como dije poco antes, por otro nombre Israel, de cuyo nombre se llamó más comúnmente el pueblo que descendió de él, el cual se lo puso el ángel cuando luchó con él en el camino,

al tiempo de regresar de Mesopotamia, y aquel ángel fué ciertamente figura de Cristo; porque el haber prevalecido Jacob contra él, que fué, sin duda, queriéndolo él, por figurar el misterio, significa la pasión de Cristo, donde, al parecer, prevalecieron contra él los judíos, y con todo, alcanzó la bendición del mismo ángel que había vencido. La imposición de este nombre fué, pues, su bendición, porque Israel quiere decir el que ve á Dios, lo cual vendrá á ser al fin el premio de todos los santos. Y el mismo ángel le tocó ó hirió en lo más ancho del muslo, y de esta manera le dejó cojo; así que, un mismo Jacob, era el bendito y el cojo: bendito, en los que del mismo pueblo creyeron en Cristo, y cojo, en los infieles que no creyeron; porque lo ancho del muslo es la multitud y multiplicación de su descendencia, y más son los que hay en dicha descendencia, de quienes proféticamente dice la Escritura (1) «que cojean y yerran, separándose de sus caminos y sendas».

CAPÍTULO XL

Cómo dice la Escritura que Jacob entró en Egipto con setenta y cinco personas, si muchos de los que refiere nacieron después que él entró.

Refiere la Escritura (2) que entraron en Egipto, en compañía de Jacob, setenta y cinco personas, incluso él y sus hijos, en cuyo número se refieren solamente dos mujeres, la una hija, y la otra nieta; pero considerado atentamente, no parece que hubo tanto número

(1) Salmo 17. *Et claudicaverunt à semitis tuis.*

(2) *Génesis*, cap. XLVI.

en la familia de Jacob el día ó el año que entró en Egipto, porque en él se cuentan también los biznietos de José, que no pudieron haber nacido entonces, porque en aquella ocasión tenía Jacob ciento y treinta años, y su hijo José treinta y nueve, quien contando que se casó con la hija de Putifar á los treinta ó más años, ¿cómo pudo en nueve años tener biznietos de los hijos que hubo en aquella mujer? Así que, no teniendo hijos Efraín ni Manasés, hijos de José, pues cuando entró Jacob en Egipto los halló de menos de nueve años, ¿cómo se numeran no sólo los hijos, sino también sus nietos en las setenta y cinco personas que entraron entonces en Egipto con Jacob? Porque ponen allí á Machir, hijo de Manasés, nieto de José, y al hijo del mismo Machir, esto es, á Galaad, nieto de Manasés, biznieto de José (1). Allí se halla también otro que procreó Efraín, el otro hijo de José, es á saber, Utalaán, nieto de José; y allí estaba también Bareth, hijo de este Utalaán, es decir, nieto de Efraín, biznieto de José, los cuales por ninguna razón pudieron haber nacido cuando vino Jacob á Egipto y halló á sus nietos, los hijos de José, abuelos de estos niños, de menos de nueve años. Pero realmente, la entrada de Jacob en Egipto, cuando refiere la Escritura que entró con setenta y cinco personas, no es un día ó un año, sino todo el tiempo que vivió José, por quien sucedió que tuviesen entrada en aquella tierra; porque del mismo José habla así el sagrado texto (2); «habitó José en Egipto, sus hermanos y toda la casa de su padre; vivió ciento y diez años, y vió José los hijos de Efraín hasta la tercera generación»; éste es su tercer

(1) Génesis, cap. L.

(2) Génesis, cap. L. *Et habitavit Joseph in Egipto, ipse, et fratres ejus, et omnis cohabitatio patris ejus, et vixit annos centum et pecem, et vidit Joseph filios Ephraim, usque in tertiam generationem.*

nieto por Efraín, porque tercera generación llama al hijo, nieto y biznieto. Después prosigue diciendo (1): «y los hijos de Machir, hijo de José, nacieron sobre las rodillas de José»; y éste es el mismo nieto de Manasés, biznieto de José, aunque le nombra en plural, como acostumbra la Escritura, que á una hija de Jacob llama también hijas, así como en el idioma latino suelen decir *liberi* en plural á los hijos, aunque no haya más que uno. Así, pues, cuando se celebra la felicidad de José porque pudo ver sus biznietos, de ninguna conformidad debemos entender que eran nacidos á los treinta y nueve años de su bisabuelo José, cuando vino á visitarle á Egipto su padre Jacob. Lo que engaña á los que miran esto con menos atención, es lo que dice la Sagrada Escritura (2): «Estos son los nombres de los hijos de Israel que entraron en Egipto juntamente con Jacob, su padre»; y como se cuentan setenta y cinco personas, lo dice, no porque fueran con Jacob todas ellas cuando él entró en Egipto, sino, como ya insinué, porque por el tiempo de su entrada se toma todo el que vivió José, por quien parece que fué á aquella tierra.

CAPÍTULO XLI

De la bendición que echó á su hijo Judas.

Así que si por causa del pueblo cristiano, donde la Ciudad de Dios anda peregrinando en la tierra, buscá-

(1) *Génesis*, cap. L. *Et filii Machir, filii Manasse nati sunt super femora Joseph.*

(2) *Génesis*, cap. XLVI. *Hæc autem nomina filiorum Israel, qui intraverunt in Egiptum simul cum Jacob patre suo.*

semos la genealogía, según la carne, de nuestro Señor Jesucristo en los hijos de Abraham, dejados á un lado los de las concubinas, se nos presenta Isaac; si en los hijos de Isaac, omitido Esaú, que también se llama Edóm, se nos ofrece Jacob, que se llama igualmente Israel; si en los del mismo Israel, dejados los demás, se nos ofrece Judas, porque de la tribu de Judá nació Cristo; y así, queriendo ya Israel morir en Egipto bendiciendo á sus hijos, veamos cómo proféticamente bendijo á Judas: «¡Oh Judas! dice, á ti te alabarán tus hermanos; tus manos prevalecerán sobre la cerviz de tus enemigos; á ti te adorarán los hijos de tu padre; como un león cachorro será Judas. Subiste, hijo mío, del renuevo, te recostaste y dormiste como león y como cachorro de león. ¿Quién le despertará? No faltará príncipe de Judá ni caudillo de su linaje hasta que vengan todos los sucesos que le están guardados; y él será el que aguardarán las gentes, el que atará su pollino á la vid, y con un cilicio el pollino de su burra; lavará en vino su vestidura, y en la sangre de la uva su manto; rubicundos serán sus ojos por el vino, y sus dientes más blancos que la leche» (1). Este vaticinio le tengo ya declarado, disputando contra el maniqueo Fausto, y juzgo que es bastante, según está clara la verdad de esta profecía, en la que asimismo se presagió la muerte de Cristo en la palabra dormir, y la potestad y la ninguna necesidad que tuvo de sufrir muerte tan afren-

(1) *Génesis, cap. XLIX. Juda, te laudabunt fratres tuis: manus tuæ super dorsum inimicorum tuorum, adorabunt te filii patris tui. Catulus leonis Juda: ex germinatione, fili mi, ascendisti: recumbens, dormisti ut leo, et ut catulus leonis; quis suscitavit eum? Non deficiet princeps ex Juda, et dux de femoribus ejus, donec veniant, quæ reposita sunt ei: et ipse erit expectatio gentium; alligans ad vitem pullum suum, et cilicio pullum asinæ suæ. Lavabit in vino stolam suam, et in sanguine uvæ amictum suum: Fulvi oculi ejus à vino, et dentes candidiores lacte.*

tosa en el nombre de león, cuya potestad la declara el mismo Salvador en el Evangelio, donde dice: «Tengo potestad de dejar mi alma, y potestad tengo para volverla á tomar; nadie me la quita, sino que yo voluntariamente la dejo y la vuelvo á tomar». De esta manera bramó el león; de esta manera cumplió lo que dijo, porque á esta potestad pertenece lo que sigue de su resurrección (1): «¿Quién le despertará?» Esto es, ninguno de los hombres, sino él mismo que dijo de su cuerpo: «Destruid este templo que veis, y en tres días le volveré á levantar». Y el género de muerte, esto es, la muerte de cruz, en una palabra, se entiende donde dice: «subiste»; y lo que añade: «te recostaste y dormiste», lo declara el Evangelista, cuando dice: «que inclinando la cabeza dió su espíritu», ó á lo menos se nos manifiesta é indica su sepultura donde se recostó cuando durmió, y de donde ningún hombre le resucitó, así como los profetas resucitaron á algunos, ó como el mismo Señor lo practicó con otros, sino que él mismo, desde allí, se levantó como de un sueño; y aquella su vestidura que lava en vino, esto es, que la limpia de los pecados con su sangre, cuyo misterio y efectos sobrenaturales de esta sangre conocen los bautizados, y por eso añade: «y en la sangre de la uva su manto». ¿Qué manto y qué vestidura es esta sino la Iglesia? Y los ojos encendidos y rubicundos del vino, ¿qué son sino sus hombres espirituales embriagados con la bebida de su cáliz? de quien dice el real profeta (2): «Tu cáliz que embriaga, ¡cuán hermoso y agradable es!» y sus dientes más blancos que la leche, la cual beben, según el apóstol, los pequeñuelos, es á saber, las palabras con que se sustentan los pequeñuelos que no son idóneos para

(1) Joann., cap. X. *Quis suscitavit eum?*

(2) Salmo. *Et calix tuus inebrians, quam praeclarus est!*

gustar de manjar más sólido. Así que en él es en quien estaban depositadas y guardadas las promesas de Judas; y hasta que llegó el tiempo en que se habían de cumplir, nunca faltaron de aquel tronco y linaje príncipes, esto es, reyes de Israel, y él es la expectativa de las gentes, lo cual más fácilmente puede verse por los ojos que declararlo con palabras.

CAPÍTULO XLII

De los hijos de Joseph, á quien bendijo Jacob cruzando proféticamente sus manos.

Y así como los dos hijos de Isaac, Esaú y Jacob, nos figuraron dos pueblos, en los judíos y en los cristianos, aunque por lo respectivo á la propagación de la carne, ni los judíos descendieron de Esaú, sino los idumeos, ni la nación cristiana descendió de Jacob, sino los judíos; pues para este efecto solamente valió la figura, en cuanto dice la Escritura que el mayor servirá al menor; así sucedió también en los dos hijos de Joseph, en atención á que el mayor fué figura de los judíos, y el menor de los cristianos: á quienes, bendiciéndolos Jacob, puso su mano derecha sobre el menor que tenía á su izquierda, y la izquierda sobre el mayor que tenía á la diestra. Pareciéndole pesada y contraria al destino esta acción de Jacob á Joseph, advirtió á su padre, como corrigiendo su error y manifestándole cuál de ellos era el mayor: sin embargo, Jacob no quiso mudar las manos, sino dijo (1): «bien lo sé, hijo, bien lo sé, y

(1) Salmo 21. *Scio filii, scio; et hic erit in populum, et hic exaltabitur, sed frater ejus junior major illo erit, et semen ejus erit in multitudinem gentium.*

aunque también éste ha de crecer en pueblo, y será ensalzado: su hermano menor ha de ser mayor que él, y su descendencia vendrá á multiplicarse y componer una infinidad de naciones». Del mismo modo muestran aquí estos dos aquellas promesas, porque aquel crecerá en pueblo, y este en muchedumbre de gentes. ¿Qué cosa más evidente que el incluirse en estas dos promesas el pueblo de Israel y el orbe de la tierra en la descendencia de Abraham, aquel según la carne y este según la fe?

CAPÍTULO XLIII

De los tiempos de Moisés, de Josué y de los jueces, y después de los reyes, entre los cuales, aunque Saúl es el primero, David, por el sacramento y mérito, es tenido por el principal.

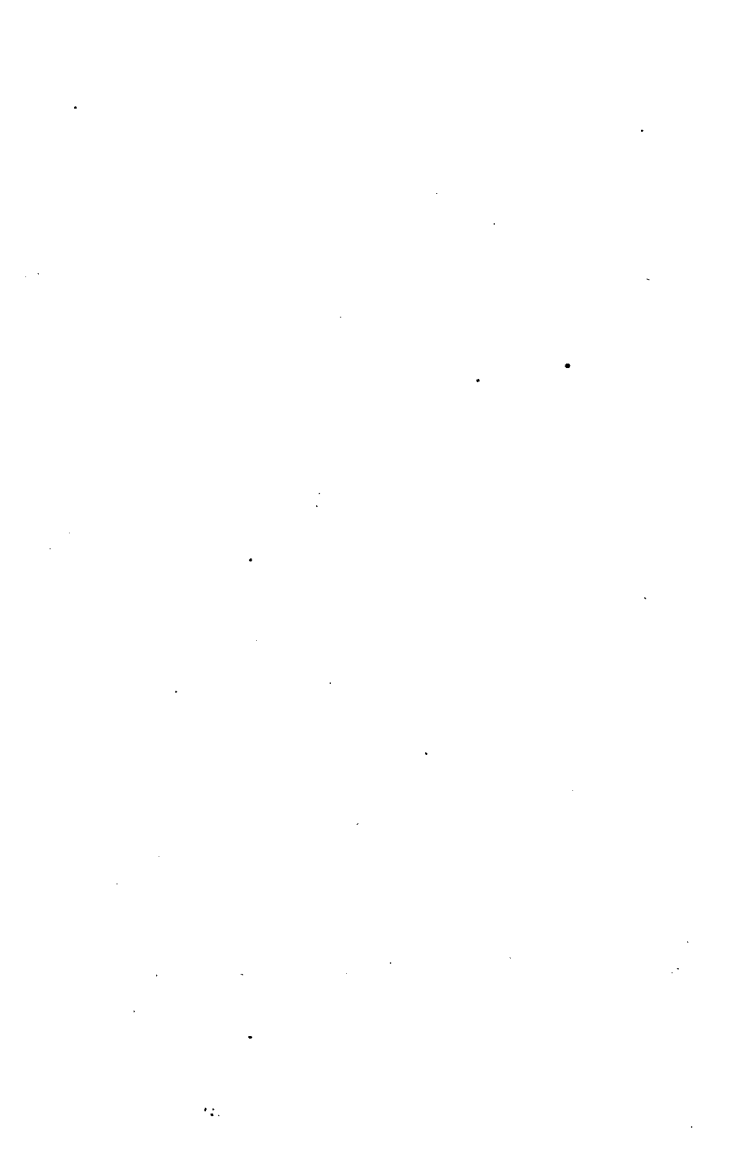
Muerto Jacob, y muerto también Joseph en los ciento cuarenta y cuatro años siguientes que transcurrieron hasta que salieron de Egipto, creció maravillosamente aquella gente aún oprimida con tantas persecuciones, que llegaron hasta matarles los hijos que les nacían varones, teniendo miedo los egipcios, admirados de ver el acrecentamiento y multiplicación de aquel pueblo. Entonces á Moisés, habiendo escapado por industria de sus padres de las manos de los que impiamente quitaban la vida á los niños, le criaron en la casa del rey, disponiendo Dios por él grandes parentescos, y siendo adoptado por la hija de Faraón, que así se llamaban en Egipto todos los reyes: llegó á ser tan excelente y heroico, que sacó aquella nación, que prodigiosamente se había multiplicado, del durísimo y gravísimo yugo de

la servidumbre que allí padecía, ó por mejor decir, la sacó Dios por su medio, como se lo había prometido á Abraham. Porque primero refieren que huyó de allí á la tierra de Madián, pues por defender á un israelita mató un egipcio, y del miedo que concibió por este hecho, huyó: después, enviándole Dios con la correspondiente potestad, y auxiliado del Divino Espíritu, venció á los magos de Faraón que se le opusieron. Entonces hizo venir sobre los egipcios aquellas diez tan famosas plagas, porque no querían dar libertad al pueblo de Dios, convirtiéndoles el agua en sangre, enviéndoles ranas, cinifes y moscas, mortandad en su ganado, llagas, granizo, langostas, tinieblas y muerte de los primogénitos: finalmente, viéndose quebrantados los egipcios con tantas y tan ruinosas plagas, libertaron ya en fin á los israelitas y, persiguiéndolos por el mar Bermejo, vinieron á perecer, porque á los que se marchaban se les abrió el mar, y les proporcionó paso franco, y á los que los perseguían, volviendo á juntarse las aguas, los sumergió en su seno. Después, por tiempo de cuarenta años anduvo el pueblo de Dios peregrinando por el desierto bajo la dirección de su caudillo Moisés, cuando dedicaron el tabernáculo del testimonio, donde servían á Dios con sacrificios que significaban las cosas futuras, es á saber, después de haber recibido la ley en el monte con grande terror y espanto: porque daba fe y testimonio de ella, y la confirmaba Dios con la mayor evidencia por medio de maravillosas señales y voces; lo que sucedió luego que salieron de Egipto, y empezó el pueblo á vivir en el desierto cincuenta días después de haber celebrado la Pascua con la inmolación y sacrificio del Cordero, que es figura de Jesucristo, anunciándonos que, por su pasión y muerte, había de pasar de este mundo á su padre (porque Pascua en el idioma hebreo significa paso ó tránsito). Cuando ya fué reve-

lado el Nuevo Testamento, después de sacrificado Cristo, nuestra Pascua consiste en que, al quincuagésimo día descendió del Cielo el Espíritu Santo, llamado en el Evangelio dedo de Dios, para recordarnos el hecho que primero precedió en figura, porque también refieren que las tablas de la ley se escribieron con el dedo de Dios.

Muerto Moisés, gobernó aquel pueblo Jesús Nave y le introdujo en la tierra de promisión, la dividió y repartió al pueblo. Por estos dos maravillosos caudillos y capitanes se administró también con extraordinaria prosperidad la guerra, manifestándole Dios que les concedía aquellas victorias, no tanto por los méritos del pueblo hebreo como por los pecados de las naciones que conquistaban. Después de estos caudillos, estando ya el pueblo establecido en la tierra de promisión, sucedieron en el gobierno los Jueces, para que se le fuese verificando á Abraham la primera promesa de una nación, esto es, de la hebrea, y de la posesión de la tierra de Canaán, aun no de todas las gentes, y de todo el orbe de la tierra, lo cual había de cumplir la venida de Cristo en carne mortal; y no las observaciones y ceremonias de la ley antigua, sino la fe del Evangelio era quien debía dar cumplimiento á este vaticinio: lo cual figuró en que introdujo al pueblo en la tierra de promisión, no Moisés, que recibió la ley para el pueblo en el monte Sina, sino Jesús, llamado así porque Dios le ordenó mudar el nombre que antes tenía. En tiempo de los jueces, según la disposición de los pecados del pueblo y la misericordia de Dios, tuvieron á veces prósperos, y á veces adversos los sucesos de la guerra. En seguida de estos vinieron los tiempos de los reyes, entre quienes el primero que reinó fué Saúl, al cual, reprobado, roto, vencido y humillado en una batalla, y desechada su casa y descendencia para que de ella no procediesen ya reyes, sucedió en el reino

David; cuyo hijo se llamó principalmente Cristo, donde se hizo una pausa, y en cierto modo principió la juventud del pueblo de Dios, conforme á lo cual corrió como una sola adolescencia desde Abraham hasta esta de David, porque no en vano el evangelista San Mateo nos refirió de esta forma las generaciones, y este primer intervalo, es á saber, desde Abraham hasta David, nos le distribuyó en catorce generaciones, mediante á que en la adolescencia empieza el hombre á ser idóneo para la generación, por cuyo motivo el catálogo de las generaciones comenzó desde Abraham, á quien también destinó Dios para padre de muchas naciones cuando le mudó el nombre. Así que, antes de Abraham, según esto, fué como una puericia y niñez del pueblo de Dios, esto es, desde Noé hasta el mismo Abraham, y por eso se halló asimismo entonces la primera lengua, esto es, la hebrea, porque desde la pubertad principia el hombre á hablar después de la infancia, la cual se llamó así porque no puede hablar. Cuya edad, que es la primera, la consume y sepulta el olvido, no de otro modo que del mismo que consumió á la primera edad del linaje humano el Diluvio: porque ¿quién hay que se acuerde de su infancia? Por esta razón en el discurso de esta Ciudad de Dios, así como el libro anterior contiene una edad, la primera, así éste comprende dos, la segunda y la tercera; y en ésta por la vaca de tres años, la cabra de tres años y el carnero de tres años, se impuso el yugo de la ley y se descubrió la abundancia de los pecados, y tuvo su principio el reino terrenal, donde no faltaron algunos hombres puros, cuyo sacramento y misterio se figuró en la tórtola y en la paloma.



LIBRO DÉCIMOSÉPTIMO

CAPÍTULO I

En que se trata de los tiempos en que florecieron los profetas .

Las promesas que Dios hizo á Abraham, á cuya descendencia sabemos que pertenecen por la divina palabra, no sólo la nación israelita, según la carne, sino también todas las naciones, según la fe, como se van cumpliendo exactamente, lo ha manifestado el discurso que va haciendo la Ciudad de Dios, conforme al orden de los tiempos. Y por cuanto en el libro precedente llegamos hasta el reino de David, comenzaremos á proseguir desde él la relación de todos los sucesos que parecieren bastantes al objeto de esta obra, con lo demás que se sigue. Todo el tiempo transcurrido desde que el Santo Samuel principió á profetizar y consecutivamente, hasta que el pueblo de Israel fué conducido cautivo á Babilonia, y asimismo hasta que, según la profecía del Santo Jeremías, regresados á su tierra los israelitas al cabo de setenta años, se restauró la casa del Señor, todo esto es en tiempo de los profetas. Pues aunque al mismo patriarca Noé, en cuyos días pereció toda la tierra con el Diluvio universal, y otros antes y después, hasta la época en que comenzó á haber reyes en el pueblo de Dios, por algunas acciones que practicaron, ó como quiera, significaron ó dijeron que pertenecen

á la Ciudad de Dios y al reino de los Cielos, con mucha razón los podemos llamar Profetas, mayormente si observamos que algunos de ellos se llamaron así expresamente, como Abraham y Moisés; con todo, llamóse especialmente tiempo de los profetas desde que principió á profetizar Samuel, quien ungió por rey, según el orden de Dios, primeramente á Saúl y, reprobado éste, al mismo David, para que de su descendencia fuesen sucediendo los demás mientras conviniese. Si intentase yo referir todo lo que los profetas han vaticinado de Cristo, entretanto que la Ciudad de Dios, muriendo en los miembros que morían, y naciendo en los que sucedían, ha ido discurriendo por estos tiempos, sería nunca acabar; lo primero porque la Sagrada Escritura, aunque parece que mientras nos va exponiendo con orden los reyes, sus acciones, empresas y sucesos, se ocupa en referir como un historiador exacto las proezas y operaciones buenas y malas de estos; no obstante, si auxiliados de la gracia del Espíritu Santo la consideramos y examinamos, la hallaremos más atenta, ó á lo menos, empeñada en anunciarnos, no sólo los sucesos futuros, sino en referirnos los pasados y el intentar hallar este inexcrutable arcano escudriñando, y averiguarle disputando. ¿Qué operación tan molesta y penosa sería, y cuántos volúmenes no exigiría? Bien lo conocen los que medianamente quieren reflexionarlo. Lo segundo, porque las mismas cosas en que no hay duda que son proféticas, son tantas de Cristo y del reino de los Cielos, que es la Ciudad de Dios, que para declararlo circunstanciadamente sería necesario formar un tratado más extenso de lo que exige la pequeñez de esta obra. Por lo cual, si estuviere en mi arbitrio, moderaré la pluma y el estilo, de modo que, para cumplir con esta obra, siendo la voluntad de Dios, ni diga una sola expresión que sobre, ni deje de decir lo que sea preciso.

CAPÍTULO II

En qué tiempo se cumplió la divina promesa sobre la posesión de la tierra de Canaán, la cual tomó también el pueblo de Israel, según la carne.

Dijimos en el libro anterior que en las promesas que desde el principio hizo Dios á Abraham, le prometió dos cosas, es á saber: la una, que su descendencia había de poseer la tierra de Canaán, lo cual le significó, donde dice la Escritura (1): «marcha á la tierra, que yo te manifestaré, y haré que crezcas y procrees una numerosa nación»: y la otra, que es mucho más célebre, no de la descendencia carnal, sino de la espiritual, por la cual viene á ser padre, no de una sola nación israelita, sino de todas las gentes que siguen é imitan las huellas de su fe, lo cual se le prometió con estas palabras: «y serán benditas en tí todas las familias de la tierra». En seguida manifestamos con la autoridad de otros muchos testimonios, cómo le hizo Dios estas dos promesas. Estaba, pues, en la tierra de promisión la descendencia y posteridad de Abraham, esto es, el pueblo de Israel, según la carne, y allí, después de haber elegido reyes, había comenzado á reinar, habiéndose cumplido ya en su mayor parte las promesas que hizo Dios sobre este pueblo, no solo las hechas á los tres patriarcas, Abraham, Isaac y Jacob, y otras cualesquiera en tiempo de éstos, sino también las que hizo por el mismo Moisés, por cuyo ministerio sacó al citado pueblo de la servidumbre de Egipto, y por quien descubrió y manifestó en su tiempo todas las cosas pasadas, cuando conducía el pueblo por el desierto.

(1) *Génesis*, cap. XII.

Porque no se acabó de cumplir la divina promesa sobre la tierra de Canaán, donde aquel pueblo había de reinar desde el río de Egipto hasta el grande Eufrates (1), con lo que hizo aquel ínclito capitán Jesús Nave, que introdujo al pueblo de Israel en la tierra de promisión y, conquistando aquellas naciones, la repartió, como Dios lo había ordenado (2) á las doce tribus, y murió, ni después de él, en todo el tiempo de los Jueces se acabó de cumplir, y ya no se profetizaba que había de suceder, sino que esperaban que se cumpliese; pero se verificó en tiempo de David y Salomón, su hijo, cuyo reino se extendió y dilató tanto, cuanto Dios se lo había prometido; porque sojuzgaron á todos aquellos, y los hicieron sus tributarios; así que, estaba ya la descendencia de Abraham en tiempo de estos reyes en la tierra de promisión, según la carne; esto es, en tierra de Canaán, de manera que ya no faltaba circunstancia para acabarse de cumplir la promesa terrena que Dios les había hecho, sino que permaneciese en la misma tierra la nación hebrea en cuanto á la prosperidad temporal por la sucesión de sus descendientes, sin mudanza ni turbación de su quietud y estado, hasta el fin y término de este siglo mortal, si fuese obediente á las leyes y mandatos de su Dios y Señor. Mas por cuanto sabía Dios que no lo habían de cumplir, los castigó asimismo con penas temporales para ejercitar á sus pocos siervos fieles que había entre ellos, y advertir á los que en adelante había de haber en todas las naciones; á las cuales convenía avisar por éstas, mediante á que en ellas había de cumplir la otra promesa, revelando y manifestando el Nuevo Testamento de la Encarnación de Jesucristo.

(1) Josué, cap. I.

(2) Josué, cap. XXIV. (Véase este capítulo en la Escritura.)

CAPÍTULO III

De las tres significaciones que tenían las profecías de los profetas, las cuales unas veces se refieren á la Jerusalén terrena, otras á la celestial, y otras á las dos.

Así como aquellos divinos oráculos, y otras cualesquiera señales ó dichos proféticos que se hicieron hasta aquí en la Sagrada Escritura á Abraham, Isaac y Jacob, así también las demás profecías que hubo en adelante desde este tiempo de los reyes, parte pertenecen á los hijos carnales de Abraham y parte á aquella su descendencia en quien se bendicen todas las naciones que son coherederas de Cristo, por el Nuevo Testamento, para alcanzar y poseer la vida eterna y el reino de los cielos. Parte pertenecen á la esclava «que pare esclavos» (1), esto es, á la terrena Jerusalén, «que sirve con sus hijos» (2), y parte á la libre, que es la Ciudad de Dios, esto es, á la verdadera Jerusalén eterna en los cielos, cuyos hijos, que son los hombres que viven según Dios, son peregrinos en la tierra. Con todo, hay algunas profecías en ellas que se entiende pertenecen á ambas, á la esclava propiamente, y á la libre por figura, y de tres maneras son las profecías de los profetas: unas pertenecen á la terrena Jerusalén, otras á la celestial, y algunas á las dos. Soy de sentir que es necesario probar con ejemplos lo que digo. Envió Dios al profeta Nathan con el encargo de reprender á David un enorme pecado que había cometido, é intimarle los males que le habían de sobrevenir. Esta y otras tales profecías, cuando algún hombre se hacía digno de merecerlas, ya

(1) San Pablo, ep. á los gálatas, cap. IV. *Quae in servitute generat.*

(2) Idem. Ap. eod. loc. *quae servit cum filiis suis.*

fuese públicamente, esto es, para la salud y utilidad pública, ya fuese en particular, para el propio provecho de cada uno, con que les daba Dios noticia exacta de algún suceso futuro para bien de la vida temporal, ¿quién duda que pertenecían á la ciudad terrena? Pero cuando dice la Escritura (1): «vendrá día, dice el Señor, en que sentaré un nuevo pacto y testamento con la casa de Israel y con la casa de Judá, no según el pacto que puse con sus padres el día que les tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; y porque ellos no permanecieron en la observancia de mi pacto, también yo los desprecié; y este será, dice el Señor, el pacto que pondré y sentaré en la casa de Israel; después de aquellos días, dice el Señor, les plantaré mi ley en sus entrañas, y la escribiré en su corazón, miraré por ellos, seré su Dios y ellos serán mi pueblo». Sin duda que aquí vaticina Jeremías la celestial y soberana Jerusalén, cuyo premio es el mismo Dios, y el sumo bien de ella, y todo su bien y felicidad es tener propicio á este Señor y el ser suyo (2). Y á las dos pertenece también esto mismo, supuesto que á Jerusalén llama Ciudad de Dios, y en ella profetiza que ha de venir á estar la casa de Dios, cuyo vaticinio parece que se cumple cuando el rey Salomón edificó aquel suntuosísimo templo; porque todo esto sucedió literalmente en la Jerusalén terrena, y fué figura ó representación de la Jerusalén celestial. Esta especie de profecía, que está como compuesta y mezclada de lo uno y de lo otro en los libros canónicos del Antiguo Testamento, donde se contiene la relación de los sucesos acaecidos, vale mucho y ha ejercitado y ejercita extraordinariamente los ingenios de los que escudriñan y meditan en la Sagrada Escritura, á efecto de que

(1) Jeremías, cap. XXXI.

(2) Lib. III, *Regum*, cap. VI.

lo que leemos que se dijo y cumplió á la letra en la descendencia de Abraham, según la carne, también en la descendencia de Abraham, según la fe, busquemos lo que nos enseña alegóricamente que ha de cumplirse; en tanto grado, que algunos han opinado que no hay cosa alguna en aquellos libros, ó profetizada y sucedida, ó sucedida, aunque no profetizada, que no nos insinúe algún misterio que haya de referirse alegóricamente á la Ciudad eterna de Dios y á sus hijos, que son peregrinos en esta vida. Pero si esto es cierto, los oráculos y profecías de los profetas, ó, por mejor decir, de todos los libros que llamamos Viejo Testamento, serán en dos maneras, y no en tres, mediante á que no habrá allí objeto que pertenezca solamente á la Jerusalén terrena, si todo lo que allí se dice y verifica de ella, ó por causa de ella, significa algún arcano que alegóricamente haya de referirse también á la celestial Jerusalén, sino que habrá solas dos especies de profecías, la una que pertenezca á la Jerusalén libre, y la otra á las dos. Pero yo soy de dictamen que, así como proceden errados los que imaginan que los sucesos acaecidos relacionados en estos libros no nos significan más que haber así sucedido, me parecen muy atrevidos los que suponen cuanto se contiene en estos libros sagrados está envuelto en alegorías. Por eso quise mejor decir que las profecías eran de tres maneras, y no de dos; porque esto es lo que pienso, aunque no culpo ó reprendo á los que pudieren, de cualquier suceso que acaeciese, sacar alguna inteligencia y sentido espiritual, con tal que primeramente se observe la verdad de la historia; porque lo que efectivamente se dice, de forma que en ninguna manera puede convenir á las cosas que ha hecho, ó haya de hacer Dios á los hombres, ¿qué cristiano habrá que dude que es hablar en vano? ¿Y quién habrá que esto no lo refiera al sentido

espiritual, si puede, ó que no confiese que lo debe referir el que puede?

CAPÍTULO IV

De cómo se figuró la mudanza del reino de Israel y del sacerdocio, y de lo que antes de este suceso profetizó la madre de Samuel, representando la persona de la Iglesia.

El discurso y progresos de la Ciudad de Dios, luego que llegaron los tiempos de los reyes, cuando David, habiendo Dios reprobado á Saul, alcanzó el reino, de forma que en lo sucesivo sus descendientes por una dilatada sucesión reinaron en la terrena Jerusalén, nos dió una figura representativa con lo que sucedió, significándonos y comunicándonos (lo que no debe pasarse en silencio) la mutación de las cosas futuras, en cuanto á los dos Testamentos, Viejo y Nuevo, cuando se llegó á mudar el sacerdocio y el reino por el sacerdote y rey nuevo y eterno, que es Cristo Jesús. Porque reprobando al sacerdote Helí, y substituído en el servicio y ministerio de Dios por Samuel, que juntamente ejerció el oficio de sacerdote y de juez, y desechando á Saul, y establecido David en el reino, figuraron y representaron lo que digo. También la misma madre de Samuel, llamada Ana, que primero fué estéril y después se vió alegre con la fecundidad que Dios la concedió, no parece que vaticina otra cosa, cuando llena de contento dió al Señor las gracias, al tiempo que le vuelve el mismo niño ya criado y destetado, con la misma devoción que se lo había ofrecido, porque dice así (1): «Confirmóse

(1) Lib I, *Regum*, cap. XVI.

mi corazón en el Señor; mi fortaleza y gloria sea ensalzada en mi Dios; dilatóse mi boca sobre mis enemigos, me he alegrado en tu salud; porque no hay santo como el Señor, y no hay justo como nuestro Dios, y no hay otro que tú que sea santo. No queráis gloriaros, y no queráis hablar soberbias, ni salgan arrogancias de vuestra boca, porque Dios es el Señor de las ciencias, y Dios el que dispone sus invenciones y trazas. Debilitó el arco de los poderosos, y á los flacos armó de virtud y fortaleza; á los que estaban llenos y cargados de pan los debilitó, y los hambrientos los enalteció; pues la que era estéril parió siete, y la que tenía muchos hijos se volvió estéril; el Señor es el que mortifica y vivifica, el que lleva á los infiernos y vuelve á sacar de allí; el Señor hace al pobre y al rico; Él le humilla y le ensalza; levanta del polvo de la tierra al pobre, y del estiércol al necesitado para colocarle entre los grandes y poderosos de su pueblo, y darle la posesión del trono de la gloria; el que cumple y provee el voto al que se le ofrece, y bendice los años del justo, porque no hay hombre que de suyo sea poderoso; el Señor debilitará á sus enemigos; el Señor es Santo, no se jacta ni glorie el prudente con su prudencia, no se lisonjee el poderoso en su potencia, y no se gloríe el rico en sus riquezas, y solamente pueda lisonjearse el que se gloria de entender y conocer al Señor, y de hacer juicio y justicia en medio de la tierra: el Señor subió á los cielos y volvió: Él juzgará toda la extensión de la tierra, porque es justo, y es el que da virtud á nuestros reyes, y Él ensalzará la gloria de su Cristo».

¿Acaso puede presumirse que estas palabras son de una mujercilla que se alegra y regocija por el hijo que Dios le había dado? ¿Es posible que el entendimiento humano sea tan opuesto á la luz de la verdad, que no advierta que lo expresado en este vaticinio traspasa la

capacidad de una mujer? Pues el que con los mismos sucesos que comenzaron ya á cumplirse en esta peregrinación de la tierra se mueve, como conviene, ¿por ventura no echa de ver, no ve y conoce que por medio de esta mujer, cuyo nombre de Ana también significa su gracia, habló así la misma religión cristiana, la misma Ciudad de Dios, cuyo rey y fundador es Cristo, que habló la misma gracia de Dios con espíritu profético; de cuya gracia despojará á los soberbios para que caigan, y con ella llenará á los humildes para que se levanten, que es lo que principalmente se ha celebrado en este cántico? A no ser que alguno diga acaso que nada profetizó esta mujer, sino que sólo alabó á Dios, celebrándole con alegría por el hijo que le concedió, condescendiendo á sus peticiones y oraciones. ¿Qué quiere decir aquella expresión: debilitó el arco de los poderosos, y armó de virtud y fortaleza á los flacos; á los que estaban surtidos de pan los dejó vacíos, y á los hambrientos, satisfechos, porque la que era estéril parió siete, y la que tenía muchos hijos se volvió estéril? ¿Acaso parió ella siete aunque había sido estéril? Sólo tenía uno cuando decía esto; pero ni aun después parió siete ó seis, con los cuales fuese el séptimo el mismo Samuel, sino tres varones y dos hembras. Además, no habiendo todavía rey en aquel pueblo, lo que puso al fin, «el que dará virtud á nuestros reyes, y ensalzará la gloria de su Cristo», ¿por qué lo decía, si no profetizaba?

Diga, pues, la iglesia de Cristo, la ciudad del grande rey, llena de gracia, fecunda de hijos, diga cuánto tiempo ha que reconoce que se vaticinó de ella por la boca de esta devota madre: «Se ha confirmado mi corazón en el Señor; mi fortaleza y gloria se ha ensalzado en mi Dios». Verdaderamente se confirmó su corazón, y verdaderamente se ensalzó su gloria, porque no fué en 'sí,

sino en el Señor su Dios. Dilatóse mi boca sobre mis enemigos, mediante á que la palabra de Dios en las angustias y conflictos no está ligada ni oprimida ni aún en los predicadores atados y presos. «Me he alegrado, dice, con tu salud.» Este es Cristo Jesús, Salvador y eterna salud, á quien el anciano Simeón, tomándole en sus brazos siendo niño, como se lee en el Evangelio, y reconociéndole por grande: «ahora, dice, dejaréis Señor á vuestro siervo en paz, porque vieron ya mis ojos vuestra salud». Diga, pues, la Iglesia «me he alegrado con tu salud, porque no hay santo como el Señor, y no hay justo como nuestro Dios»; santo que santifica, y justo, que justifica. «No hay santo fuera de ti, porque nadie lo es, ni llega á serlo sino por ti». Finalmente, prosigue, «no queráis gloriaros, y no queráis hablar palabras vanas y soberbias, ni salgan arrogancias de vuestra boca, porque Dios es el Señor de las ciencias, y nadie sabe lo que él sabe, porque (1) el que juzga que es algo, siendo nada, él mismo se alucina y engaña». Esto, dice, hablando con los enemigos de la Ciudad de Dios, que pertenecen á la Babilonia, que presumen de su virtud y se glorían en sí, y no en el Señor, entre quienes comprende también á los israelitas carnales, ciudadanos terrenos de la terrena Jerusualén, los cuales, como dice el Apóstol (2), «no sabiendo la justicia de Dios, esto es, la que da Dios á los hombres, que es el solo justo, y el que justifica, y queriendo vendernos la suya» (3), esto es, como si ellos se la hubiesen alcanzado de suyo y no se la hubiese dado el Señor, «no se sujetan á la justicia de Dios» (4). En efecto, como sober-

(1) San Pablo, ep. á los gálatas, cap. VI. *Qui putat se aliquid esse, cum nihil sit, se ipsum seducit.*

(2) Id. Ap., loc. cit. *Ignorantes Dei justitiam.*

(3) Id., ep. á los Rom., cap. X. *Et suam volentes constituere.*

(4) Id., Ap., loc. cit. *Justitiæ Dei, non sunt subjecti.*

bios y presuntuosos, piensan satisfacer y agradar á Dios con lo suyo, y no con lo de Dios, que es Dios de las ciencias, y por lo mismo testigo de las conciencias, donde ve los pensamientos y proyectos de los hombres, que son vanos cuando son de los hombres, y no proceden del Señor. «El que dispone, dice, sus invenciones y trazas». ¿Qué invenciones sino las de que se humillen los soberbios y se levanten los humildes? ¿Porque, sino, estas invenciones y trazas? Prosigue diciendo: «Debilitó el arco de los poderosos, y armó á los flacos de virtud y fortalezas». Debilitó el arco, esto es, la intención de los que á sí propios se imaginan tan poderosos, que sin la gracia y favor de Dios, con sola la suficiencia humana, creen que pueden cumplirse los mandamientos divinos; y armó de virtud á los que dicen en su corazón (1). «Tened Señor, misericordia de mí, porque soy flaco y débil».

«A los que estaban llenos de pan, dice, los debilitó, y á los hambrientos los enaltecíó.» ¿A quiénes debemos entender por los llenos de pan, sino á estos mismos casi poderosos, esto es, á los israelitas (2), á quienes comunicó y confió Dios sus oráculos y Escrituras». Pero en este pueblo los hijos de la esclava se debilitaron, con cuya palabra se declara bien, cómo de mayores se hicieron menores, porque aun en los mismos panes, esto es, en los divinos oráculos, en la Divina Escritura, la cual entonces recibieron entre todas las naciones, sólo los israelitas saben cosas terrenas. Pero las gentes á quienes Dios no dió aquella ley, despues que por el Nuevo Testamento alcanzaron aquellos oráculos y Escrituras, teniendo mucha hambre, los enaltecíó ó elevó sobre la tierra, porque en ellas no supieron cosas terre-

(1) Salmo. 6. *Miserere mei Domine, quoniam infirmus sum.*

(2) San Pablo, ep. á los Rom., cap. III. *Quibus credita sunt eloquia Dei.*

nas, sino celestiales, y, como si le preguntaran la causa por qué sucedió esto, dice: «la estéril parió siete, y la que tenía mucha sucesión se esterilizó». Aquí se descubre todo lo que se profetizaba á los que tienen noticia del número septenario, con que se nos significó la perfección y unión de la Iglesia universal: y por esto el apóstol San Juan (1) escribió á siete Iglesias, manifestando en ello que escribía á la plenitud de una, esto es, á la Iglesia universal, y antes de esto, Salomón, figurando lo mismo en los proverbios (2): «la sabiduría, dice, edificó una casa para sí, y la apoyó sobre siete columnas». En todas las gentes era estéril la Ciudad de Dios antes que saliese á luz este parto, con que la vemos ya en el estado de fecundidad. Vemos también á la que tenía muchos hijos, á la terrena Jerusalén, ya extenuada y estéril, porque todos los que había en ella, hijos de la libre, eran su fortaleza y virtud; pero ahora, como es letra y no es espíritu, perdida la virtud, ha decaído y enflaquecido.

El Señor es el que mortifica y vivifica: mortificó á la que tenía muchos hijos, y vivificó á la estéril, que parió siete. Aunque más cómodamente puede entenderse que vivifica á los mismos que había mortificado, porque parece que repitiendo tales expresiones, añade: «condúcelos á los infiernos, y vuélvelos á sacar de allí»: pues á los que dice el Apóstol (3): «si habeis muerto con Cristo, agenciad y buscad las cosas del cielo, donde Cristo está sentado á la diestra de Dios Padre»: sin duda que saludablemente los mortifica el Señor, á quienes

(1) Apocal., cap. I.

(2) Proverb., cap. IX. *Sapientia ædificavit sibi domum, et suffulsit columnas septem.*

(3) San Pablo, ep. á los Colosens., cap. III. *Si mortui estis cum Christo, quæ sursum sunt, quærite, ubi Christus est in dextera Dei sedens.*

persuade el mismo Apóstol, diciéndoles (1): «cuidad meditat en las cosas celestiales, y no en las terrenas», para que ellos sean los que hambrientos fueron elevados sobre la tierra, «porque estáis muertos» dice (2): «ved aquí como saludable y útilmente mortifica Dios»; «despues prosigue: y «vuestra vida está escondida con Cristo en Dios» (3). Ved aquí, cómo los vivifica Dios. ¿Pero acaso llevó á estos mismos á los infiernos, y los volvió á sacar? Estas dos cosas, sin que haya controversia entre los fieles cristianos, las vemos cumplidas antes que en otro alguno en el que es nuestra cabeza, con quien dijo el Apóstol, «que estaba escondida nuestra vida en Dios, porque (4) el que no perdonó á su propio hijo, que le entregó por la redención de todos», sin duda que le mortificó de esta manera. Y porque le resucitó de entre los muertos, por eso de nuevo le vivificó; y porque en el profeta, dice el mismo: «no dejarás á mi alma en los infiernos» (5): por eso á este mismo le llamó y le sacó de los infiernos. Con esta su pobreza hemos enriquecido, porque «el Señor es el que hace al pobre y al rico»; y para que sepamos lo que es esto, oigamos lo que sigue: «y él le humilla y ensalza», pues sin duda los soberbios son á los que humilla, y los humildes á los que ensalza. Porque lo que en otro lugar dice la Escritura (6): «que Dios resiste á los soberbios, y á los humildes da gracia»: esto mismo es todo lo que contiene el cántico de esta mujer, cuyo nombre

(1) San Pablo, ep. á los Colosens., cap. III. *Quæ sursum sunt sapite, nou quæ super terram.*

(2) Id., Ap., loc. cit. *Mortui enim estis.*

(3) Id., Ap., loc. cit. *Et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo.*

(4) Id., Ap., loc. cit.

(5) Id., Ap., loc. cit.

(6) San Pablo, ep. á los Colos., cap. III.

significa su gracia. Lo que añade: «levanta de la tierra al pobre» de ninguno lo entiendo mejor que de aquel que por nosotros se hizo pobre, siendo rico, para que con su indignicia, como poco ha insinuamos, nos hiciéramos ricos: porque á éste levantó de la tierra tan presto, que su cuerpo no sintió corrupción, ni tampoco le defraudó. Lo que sigue: «y levanta del estiércol al necesitado»: en atención á que necesitado es lo mismo que pobre, y el estiércol de donde le levantó, congruamente se entiende de los judíos que le persiguieron, y entre ellos San Pablo cuando perseguía la Iglesia, el cual dice (1): «Lo que hasta ahora tuve por lucro é interés, eso mismo por Cristo lo estimo por daño y pérdida, y no sólo por perjuicio y pérdida, sino que lo tengo por estiércol, á cambio de ganar á Cristo». Así que de la tierra fué levantado sobre todos los ricos aquel pobre, y de aquel estiércol fué ensalzado sobre todos los hacendados aquel necesitado, para sentarse con los poderosos de su pueblo, con quienes hablando, dice (2): «Os sentaréis sobre las doce sillas», y les dará la posesión del trono de la gloria; porque le dijeron aquellos poderosos (3): «ved aquí que nosotros lo dejamos todo, y te hemos seguido».

Este voto hicieron aquellos poderosos; pero pregunto, ¿por dónde les vino esta felicidad, sino por aquél de quien aquí inmediatamente dice: «el que cumple y provee del voto al que se le ofrece?» Porque de otra manera también ellos fueran de aquellos poderosos «cuyo arco él debilitó; el que da, dice, el voto al que se le ofrece», pues ninguno ofreciera cosa alguna de que hubiera hecho voto al Señor, si no recibiese del mismo Señor lo que había de ofrecer. Prosigue: «y bendijo los

(1) San Pablo, ep. á los Colosens. cap. III.

(2) Id., Ap., loc. cit.

(3) Id., Ap., loc. cit.

años del justo», es á saber, para que viva con aquél eternamente y sin fin, de quien el Espiritu Santo dice (1): «que sus años no desfallecerán», porque allí se están y permanecen, pero acá pasan, ó, por mejor decir, perecen, porque antes que vengan no son, y cuando hayan venido no serán, pues el llegar y fenecer, todo es uno. De estas dos cosas, esto es, que da el voto al que se le ofrece y bendice los años del justo, una es la que hacemos, y otra es la que recibimos; pero esta segunda no se recibe por mano de Dios, sino se hace la primera con el auxilio de Dios, porque no hay hombre que sin Dios de suyo sea poderoso. «El Señor debilitará á sus enemigos», es á saber, á los que envidian y resisten al hombre que ofrece su voto, para que no pueda cumplir el voto que ofreció. Puede también entenderse (porque la palabra griega es ambigua), sus enemigos, los enemigos del Señor; pues cuando el Señor nos comenzare á poseer, sin duda el enemigo que era nuestro se hace enemigo suyo, y le vencemos nosotros, aunque no con nuestras propias fuerzas, porque no hay hombre que de suyo sea poderoso. Así que, «el Señor debilitará á sus enemigos, el Señor santo», para que le venzan los santos, á quienes el Señor santo de los santos hizo santos.

Y por eso «no se gloríe el prudente con su prudencia, y no se lisonjee el poderoso con su potencia; y no se gloríe el rico con sus riquezas, sino gloríese el que se gloria en entender y conocer al Señor, y en hacer juicio y justicia en medio de la tierra». No poco entiende y conoce al Señor el que comprende y sabe que igualmente este don se lo da el Señor para que le entienda y conozca (2). «¿Qué tienes, dice el apóstol, que no lo hayas re-

(1) San Pablo, ep. á los Colosens, cap. III.

(2) San Pablo, I ep. á los Corint., cap. IV.

cibido? Y si lo has recibido «¿de qué te glorías, como si no lo hubieras recibido», esto es, como si de tu cosecha tuvieras aquello por lo que te glorías? El que vive bien, ese es el que hace juicio y justicia; y vive bien el que obedece al mandato; y el fin del precepto, esto es, á lo que se refiere el mandamiento (1), «es la caridad de corazón puro, de buena conciencia y fe no fingida»: y esta caridad, como dice el apóstol San Juan, «procede de Dios»; luego el hacer juicio y justicia procede de Dios. ¿Pero qué quiere decir en medio de la tierra? ¿Acaso no están obligados á hacer juicio y justicia los que habitan en los últimos fines de la tierra? ¿Quién hay que tal diga? ¿Para qué, pues, añadió, «en medio de la tierra?» Que si no lo añadiera, y solo dijera: en hacer juicio y justicia, mejor comprendiera este precepto á los unos y á los otros, esto es, á los mediterráneos y á los marítimos; más porque ninguno pensara que después de esta vida, que se pasa en el cuerpo mortal, nos quedaba tiempo para hacer juicio y justicia, la que no hizo mientras estuvo en el cuerpo, y que de esta manera podia escapar del juicio divino, me parece que dijo en medio de la tierra, como si dijera, entretanto que uno vive en este cuerpo. Porque en esta vida cada uno trae consigo su tierra, la cual recibe la tierra común al morir el hombre, para volverla cuando resucitare. Por tanto, en medio de la tierra, esto es, en tanto que nuestra alma está encerrada en el cuerpo terreno, es necesario que hagamos juicio y justicia, para que nos utilice después (2), «cuando recibiere cada uno, según las obras que hubiere hecho en el cuerpo, ó bien ó mal». Porque allí el apóstol por el cuerpo entendió el tiempo en que uno vivió en el cuerpo; pues si uno con maligna

(1) San Pablo, I ep. á los Corint., cap. IV.

(2) San Pablo, I ep. á los Corint., cap. IV.

intención y perverso ánimo blasfema, aunque no lo obre con ningún miembro de su cuerpo, no por eso dejará de ser culpado porque aquello no lo hizo con algún movimiento de cuerpo, supuesto que lo hizo en aquel tiempo en que trajo el cuerpo. De esta manera puede también entenderse congruamente aquella expresión del Real Profeta: «Dios, nuestro Rey, ante los siglos obró la salud en medio de la tierra»: de forma, que nuestro Señor. Jesucristo se entienda por nuestro Dios, que es ante todos los siglos, porque él hizo los siglos, y obró nuestra salud en medio de la tierra cuando «encarnó el Verbo, y habitó en el cuerpo terreno». Después de haber profetizado en estas palabras de Ana, cómo se debe gloriar el que se gloria, es á saber, no en sí, sino en el Señor, por causa de la retribución y premio que ha de verificarse en el día del Juicio, dice: «el Señor subió á los cielos, y tronó; él juzgará los fines de la tierra, porque es justo». Totalmente guardó el orden de la confesión de los fieles cristianos, porque Cristo nuestro Señor subió á los cielos, y de allí ha de venir á juzgar los vivos y los muertos. «Porque ¿quién subió á los cielos, como dice el apóstol, sino el que descendió primero á estas partes inferiores de la tierra? El que descendió es el que subió sobre todos los cielos para dar cumplimiento exacto á todas las profecías» (1). Así, pues, tronó por sus nubes, por las que, al subir, las llenó del Espíritu Santo, de las cuales por medio del profeta Isaías (2) amenaza á la esclava Jerusalén, esto es á su ingrata viña, que no lloverá sobre ella. Y «Él juzgará los últimos fines de la tierra», es como si dijera: también juzgará los fines de la tierra; porque no dejará de juzgar las otras partes el que ciertamente ha de juzgar á todos los hombres.

(1) San Pablo, I ep. á los Corint., cap. IV.

(2) Isaías, cap. V.

Pero mejor se entenderán los extremos de la tierra por los extremos ó postrimerías del hombre, mediante á que no serán juzgadas las cosas que en el medio y discurso del tiempo se mudan, mejorando ó empeorando, sino en los extremos que fuere hallado el que ha de ser juzgado. Y así, dice la Escritura (1): «que el que perseverase hasta el fin, éste se salvará». El que con perseverancia hicie-re juicio y justicia en medio de la tierra, no se condenará cuando se juzgaren los extremos de la tierra. «Él da, dice, virtud á nuestros reyes para no condenarlos cuando viniere á juzgar». Concédeles virtud, con la cual, como reyes, rijan y gobiernen la carne, y puedan vencer el mundo, en virtud de aquel que por ellos derramó su sangre y ensalzará la gloria de su Cristo. ¿Pero cómo Cristo ha de ensalzar la gloria de su Cristo? Porque como dijo antes: el Señor subió á los Cielos y se entendió por nuestro Señor Jesucristo Él mismo, ¿cómo dice aquí, ensalzará la gloria de su Cristo, que es Cristo? ¿Acaso es que ensalzará la gloria de cualquiera de sus siervos fieles, como la misma Ana lo dice en el exordio de este cántico, que su gloria la ensalzó su Dios? Porque á todos los que están ungidos con su unción y crisma, muy bien podemos llamarlos Cristos, todos los cuales, sin embargo, haciendo un cuerpo con su cabeza, son un Cristo. Esto profetizó Ana, madre de aquel tan santo y tan celebrado Samuel; en el cual se nos representó entonces la mudanza del antiguo sacerdocio, y se cumplió ahora, que se volvió estéril la que tenia muchos hijos, para que tuviera en Cristo nuevo sacerdocio la estéril, que parió siete.

(1) San Mateo, cap. X.

CAPÍTULO V

De las cosas que un hombre de Dios dijo proféticamente á Helí, significando cómo había de quitarse el sacerdocio que se había instituido según Aarón.

Por esto con mayor claridad lo dice un hombre de Dios, á quien el mismo Dios envió al sacerdote Helí, cuyo nombre, aunque se calla, no obstante, por su oficio y ministerio se deja entender que es profeta, porque dice la Escritura (1): «Y vino un hombre de Dios á Helí, y le dijo: esto dice el Señor, yo me descubrí y manifesté á la casa de tu padre cuando entraban en Egipto sirviendo en la casa de Faraón, y elegí la casa de tu padre entre todas las familias de Israel para que me sirviesen y ministrasen en el sacerdocio, subiesen á mi altar, me ofreciesen incienso y vistiesen el efod, y señalé para la comida y sustento de la casa de tu padre parte de todos los sacrificios de los hijos de Israel, que se hacen con fuego. Pero porque has hollado y despreciado mi incienso y mi sacrificio, y honraste más á tus hijos que á mí por comer las primicias de todos los sacrificios que el pueblo de Israel ofreció en mi acatamiento, por ello dice el Señor Dios de Israel, yo dije y tenía propuesto que tu casa y la casa de tu padre anduviesen delante de mí para siempre, y ahora, dice el Señor, no ha de ser así, sino á los que me honraren los he de honrar y á los que me despreciaren los he de depreciar. Mira que ha de venir día en que he de extirpar y asolar tu descendencia y la descendencia de la casa de tu padre, y no verás jamás anciano alguno de los tuyos en mi casa, y estirparé el varón de los tuyos de

(1) Lib. I, Reg., cap. II.

mi altar para que desfallezcan sus ojos y se deshaga su espíritu, y los que quedaren de tu casa morirán á cuchillo y te servirá de señal lo que sucederá á tus dos hijos Ophni y Finees, que morirán en un día. Y yo me proveeré de un sacerdote fiel que me sirva en todo conforme á mi corazón y mi alma, y le edificaré una casa fiel y andará siempre en la presencia de mi Cristo, y sucederá que el que hubiere quedado de tu casa vendrá á adorarle por un óbolo de plata, diciendo: acomódame en alguna parte de tu sacerdocio para que pueda sustentarme».

No hay testimonio igual á esta profecía, donde tan claramente se profetiza la mutación del antiguo sacerdocio sin que pueda decirse que se cumplió en Samuel. Pues aunque es positivo que Samuel no era de otra tribu, sino de la que estaba señalada para el servicio del Señor en el santuario y en el altar, con todo, no era de la estirpe de los hijos de Aarón, cuya descendencia estaba designada para que de ella se escogiesen los sacerdotes; por lo cual podemos decir aquí que hubo una sombra y figura de la misma mutación que había de haber con la venida de Jesucristo. Y la misma profecía en el hecho, no en las palabras, propiamente pertenecía al Viejo Testamento y figuradamente al Nuevo, significándonos en el hecho lo que de palabra dijo el profeta al sacerdote Helí; porque después hallamos que hubo sacerdotes del linaje de Aarón, como fueron Sadoch y Abiathar en tiempo de David, y después otros, antes que llegase el tiempo en que convenía que sucediesen por medio de Jesucristo todas estas cosas que con tanta anticipación estaban profetizadas acerca de mudarse el sacerdocio. ¿Quién, al mirar con ojos fieles todo esto, podrá menos de decir que todo está ya cumplido? Ya no tienen los judíos tabernáculo ni templo alguno, ni altar ni sacrificio, y, por consiguiente, ningún sacerdote

que, según la ley de Dios, fuese de la estirpe y descendencia de Aarón; lo cual se refirió igualmente aquí, diciendo el profeta: «Esto dice el Señor Dios de Israel. Yo tenía determinado que tu casa y la casa de tu padre anduviesen perpetuamente delante de mí; pero ahora, dice el Señor, no será así, sino que á los que me honraren los honraré y á los que me despreciaren los despreciaré». Con decir la casa de su padre es claro que no habla del padre próximo é inmediato, sino de aquel Aarón á quien primero instituyeron y ordenaron sacerdote, de cuya descendencia fuesen consecutivamente los demás, como lo manifiesta lo que dice arriba: «Me descubrí y manifesté, dice, á la casa de tu padre cuando estaba en la tierra de Egipto sirviendo en casa de Faraón, y entre todas las tribus y familias de Israel escogí la casa de tu padre para que me sirviese en el sacerdocio». ¿Quién era el padre de éste, en la servidumbre de Egipto, que al ser librados de aquel insoportable yugo fué elevado al sacerdocio, sino Aarón? De la descendencia de éste, dice en este lugar, que había de ser de la que no hubiese más sacerdotes; lo cual vemos ya verificado. Abra los ojos la fe, que las cosas están bien próximas y palpables; ellas se ven y se tocan y ellas mismas se ofrecen á la vista é inspección, aun de los que no las quieren ver. «Mira, dice, que vendrá día en que extirparé y destruiré tu descendencia y la descendencia de la casa de tu padre, y no se verá jamás anciano alguno de los tuyos en mi casa, y extirparé de mi altar el varón de los tuyos para que desfallezcan sus ojos y se carcoma su espíritu». Ved aquí que los días que señala en aquella profecía ya han llegado; no hay ya sacerdote alguno, según el orden de Aarón, y si hay alguno en la actualidad de su linaje, advirtiendo que en todo el orbe habitado florece el sacrificio incruento que ofrecen los cristianos, y asimismo despo-

jado de aquel honor y dignidad tan preeminente, desfallecen sus ojos, carcómese su espíritu y se consume de tristeza.

Lo que sigue después propiamente pertenece á la casa de este Helí, á quien se le presagiaban estos sucesos, «y los que restaren de tu casa morirán al golpe del cuchillo, y te servirá de señal lo que sucederá á tus dos hijos, Ophni y Finees, que morirán en un día». Este fué el signo dado de la mutación del sacerdocio de la casa de Helí, con el cual se nos significó que se había de mudar el sacerdocio de la casa de Aarón; porque la muerte de los hijos de aquél significó la muerte, no de los hombres, sino la del mismo sacerdocio en la familia de Aarón. Pero lo que sigue luego ya pertenece á aquel sacerdote, cuya figura, sucediendo á éste, fué Samuel; y así, lo que continúa se dice de Jesucristo, verdadero sacerdote del nuevo Testamento: «y yo me proveeré de un sacerdote fiel que me servirá en todo conforme á mi corazón y voluntad, y le edificaré una casa fiel». Esta es la eterna y soberana Jerusalén, y «andaré, dice, siempre en la presencia de mi Cristo», es decir, conversará y vivirá, como arriba insinuó de la casa de Aarón, «yo dije y tenía ideado que tu casa y la de tu padre anduviese delante de mí para siempre»; pero lo que dice andaré en la presencia de mi Cristo, se debe entender de la misma casa y no del sacerdote, que es el mismo Cristo, mediador y salvador; así, pues, su casa caminará delante de él. También puede entenderse él andaré (que en latín la palabra *transibit* significa pasará) de la muerte á la vida, todos los días que dura esta mortalidad hasta la consumación de los siglos. Lo que dice Dios «me sirva en todo conforme á mi corazón y á mi alma», no hemos de juzgarlo en el sentido de que Dios tiene alma, siendo este gran Señor criador de las almas, sino que se dice esto de Dios, no propiamente, sino por

metáfora, así como se dicen pies, manos y otros miembros del cuerpo. Y para que, según esta doctrina, no creamos que el hombre en esta figura exterior del cuerpo le crió Dios á su semejanza, se añaden asimismo las alas, las cuales no tiene el hombre, y se dicen particularmente de Dios (1): «ampárame debajo de la sombra de tus alas», á efecto de que entendamos que esto se dice de aquella inefable naturaleza, no con lenguaje propio, sino metafórico.

Lo que añade «y será así, que el que hubiere quedado de tu casa vendrá á adorarle», no se dice propiamente de la casa de Helí, sino de la de Aarón, de la cual, hasta la venida de Cristo, hubo hombres de cuyo linaje aún hasta el presente no faltan; porque de la casa de Helí ya había dicho arriba: «y todos los que restaron de tu casa morirán á cuchillo». ¿Cómo pudo decirse aquí con verdad, «y será así, que el que hubiere quedado de tu casa vendrá á adorarle», si es cierto que no ha de escapar nadie del rigor del cuchillo, sino porque quiso que se entendiese que pertenecen al linaje y descendencia, y no de cualquiera, sino de todo aquel sacerdocio, según el orden de Aarón? Luego existen reliquias predestinadas, de quien dijo el otro profeta (2): «que las reliquias se salvarán», conforme á lo cual, añade el apóstol (3): «así también ahora se salvan las reliquias, según la elección de la gracia», esto es, restan aún muchos judíos escogidos por la divina gracia que se salvan; pues muy bien se entiende que es de estas tales reliquias, aquel de quien dice: «el que hubiere quedado de tu casa, sin duda que cree en Cristo»;

(1) Salmo 16. *Sub umbra alarum tuarum protege me.*

(2) Isaías, cap. XX, y San Pablo, ep. á los romanos, cap. IX. *Reliquiæ salvæ fient.*

(3) Salmo 11. *Sic ergo et in hoc tempore reliquiæ per electionem gratiæ, salvæ factæ sunt.*

como en tiempo de los apóstoles, muchos de la misma nación, y aun ahora no faltan, aunque muy raros, que crean, cumpliéndose en ellos lo que este hombre de Dios, prosiguiendo su vaticinio, añade: «vendrá á adorarle por un óbolo de plata»; ¿á quién ha de adorar sino á aquel Sumo Sacerdote, que es también Dios? Porque en aquel sacerdocio, según el orden de Aarón, no venían los hombres al templo ó al altar de Dios á adorar al sacerdote. ¿Qué significa lo de un óbolo de plata, sino la brevedad de la palabra de la fe, de quien refiere el apóstol que dice la Escritura (1): «que el Señor consumará y abreviará su palabra y doctrina en la tierra». Y que por la plata se entiende la palabra ó divina doctrina, nos lo muestra el salmista, donde dice: (2): «que la palabra de Dios es palabra pura y casta, es plata acendrada y acrisolada al fuego». ¿Qué es lo que dice el que viene á adorar al sacerdote Dios y al sacerdote que es Dios? Acomódame en una parte de tu sacerdocio para que coma y me sustente de pan. No quiero que me coloquen y pongan en el honor y dignidad de mis padres, porque ya no existe tal dignidad; acomódame en una parte de tu sacerdocio (3): «porque prefiero ser uno de los más abatidos en la casa del Señor», contentándome con ser miembro de tu sacerdocio. Entiende aquí por el sacerdocio el mismo pueblo, cuyo sacerdote es el medianero de Dios y de los hombres, el hombre Dios Cristo Jesús. Y á este pueblo llama el apóstol San Pedro: «pueblo santo y sacerdocio real», aunque algunos hayan interpretado *de tu sacrificio* y no *de tu sa-*

(1) Isaias, cap. X, v. 23, y San Pablo, ep. á los romanos, capítulo IX. *Verbum consumans, et brevians faciet Dominus super terram.*

(2) Salmo 2. *Eloquia Domini, eloquia casta, argentum igne examinatum.*

(3) Salmo 85. *Elegi enim abjectus esse in domo Domini.*

cerdocio, lo cual, sin embargo, significa el mismo pueblo cristiano. Así dice San Pablo (1): «que un pan y un cuerpo somos muchos en Cristo»; y en otro lugar (2): «procurad, dice, que vuestros cuerpos sean un sacrificio y hostia viva»; y añadiendo después, *mamducare panem*, para que coma y me sustente de pan. elegantemente declara el mismo género de sacrificio, porque dice el mismo sacerdote: «que el pan que nos ha de dar es su carne por la salud del mundo». Este es el sacrificio, no según el orden de Aarón, sino según el orden de Melchisedech. Advierta el lector y entiéndalo así. Breve es la confesión, y saludablemente humilde, en que dice: «acomódame en una parte de tu sacerdocio porque coma y me sustente de pan». Este pan es el óbolo de plata, lo uno porque es breve, y lo otro porque es palabra del Señor, que habita en el corazón de los creyentes. Y porque dijo arriba que había dado á la casa de Aarón, para que se sustentase, las víctimas del Viejo Testamento, donde dice: «y dí á la casa de tu padre, para que comiese de todos los sacrificios de los hijos de Israel, que se hacen con fuego»; pues tales fueron los sacrificios de los judíos, dice aquí, *manducare panem*, esto es, para que coma y me sustente de pan, que es en el Nuevo Testamento el sacrificio de los cristianos.

(1) San Pablo, I, ep. á los Corint., cap. X. *Unus panis, unum corpus multi sumus in Christo.*

(2) San Pablo, ep. á los romanos, cap. X. *Exhibeatis corpora vestra hostiam vivam.*

CAPÍTULO VI

Del sacerdocio y reino judaico, los cuales, aunque se dice, fundados y establecidos para siempre, no subsisten, para que entendamos que son otros los eternos que se prometen.

Habiéndose profetizado entonces todos estos futuros acaecimientos con tanto misterio, énfasis ú obscuridad, al presente se ven y manifiestan con la mayor claridad. Sin embargo, no en vano podrá alguno dudar y decir: «¿Cómo creemos que ha de suceder todo lo que en los libros sagrados está anunciado, que efectivamente se verificará, si esto mismo que dice allí Dios: tu casa y la de tu padre andarán delante de mí para siempre, no pudo tener efecto?» Porque vemos mudado aquel sacerdocio, y que lo que se prometió á aquella casa, no esperamos que haya de cumplirse jamás, pues el que sucede á éste, que advertimos reprobado y mudado, es el mismo que se anuncia ha de ser el eterno. El que así raciocina, no entiende ó no advierte que hasta el mismo sacerdote, según el orden de Aarón, fué como una sombra del sacerdocio, que había de ser eterno; y cuando se le prometió la eternidad, no se le prometió á la misma sombra y figura, sino á lo que en ella se designaba y figuraba; y porque no se entendiese que la misma sombra había de permanecer, convino que se vaticinase igualmente su transformación. De igual modo el reino de Saúl, que, efectivamente, fué reprobado y desechado, era una sombra del futuro reino que había de conservarse en la eternidad, mediante á que el óleo santo con que fué ungido, y el crisma, de donde se dijo y llamó Cristo, se debe tomar místicamente, y entender que es un grande misterio, el cual reverenció tanto en Saúl el mismo David, que de terror le palpité el

corazón cuando habiéndose ocultado en una tenebrosa y oscura cueva, donde por acaso el mismo Saúl entró forzado de necesidad natural, le cortó sin que lo sintiese, por detrás, un girón de su manto, para tener con qué probar cómo le había perdonado graciosamente la vida pudiéndole matar, y con esta heroica acción arrancar de su rencoroso corazón la sospecha por la cual, imaginando que el santo David era su enemigo, le perseguía tan cruelmente. Así que, por no ser culpado en un tan grande misterio, violado en Saúl, sólo por haber tocado con aquel intento la vestidura de Saúl, temió, como lo dice la Escritura (1): «escrupulizó David haber cortado el borde del manto de Saúl». Y á los soldados que estaban con él, y le persuadían que ya que Dios había puesto á Saúl en sus manos le matase, les dijo (2): «No quiera Dios que yo cometa semejante crimen contra mi Señor, el ungido del Señor, ni que ponga las manos en él, porque éste es el ungido del Señor». Con cuyas expresiones se manifiesta claramente que tenía tanto respeto y reverencia á lo que era sombra de lo futuro, no por la sombra, sino por lo que por ella se figuraba. Así también, las palabras que dijo Samuel á Saúl (3): «porque no observaste la orden que por mí te envió el Señor, que si la observaras, sin duda estableciera el Señor tu reino sobre Israel para siempre, ya tu reino no permanecerá en ti, y buscará el Señor una persona conforme á su corazón, á quien mandará que reine sobre su pueblo, porque no guardaste lo que te mandó el Señor», no se deben entender como si Dios hubiera mudado su idea y propuéstose que Saúl reinara para siempre, y que después no quiso cumplir lo prometido, mediante

(1) Lib. I. Reg., cap. XXIV. *Et percussit cor David super eum, quia abstulit pinnulam clamidis ejus.*

(2) Lib. I. Reg., cap. XXIV.

(3) Lib. I. Reg., capitulos XIII y XV.

á que pecó, porque no ignoraba que había de pecar, sino que había dispuesto su reino para que fuese figura representativa del reino eterno; por eso añadió: «ya tu reino no permanecerá en ti»; luego permaneció y permanecerá el que en él se significó, pero no aquél, porque no había de reinar Saúl para siempre ni sus descendientes, de forma que, á lo menos por los descendientes, sucediéndose unos á otros, se cumpliese lo que dice, *para siempre*: «Y buscará el Señor, añade, persona», significando á David ó al mismo medianero del Nuevo Testamento, el cual se figuraba igualmente en el crisma con que fué ungido el mismo David y sus descendientes. No busca Dios al hombre, como si ignorara dónde ha de hallarle, sino que habla por medio del hombre al modo natural de los mortales; y hablando así nos busca, no sólo á Dios Padre, sino también al mismo su unigénito Hijo, «que vino á buscar lo que se había perdido». Eramos ya tan conocidos, que en el mismo Cristo nos había ya escogido Dios antes de la creación del mundo. Dijo, pues: «buscará para sí»; como si dijera: «Aquel que sabe Dios, y supo que era ya suyo, manifestará y mostrará á otros que es su amigo y familiar», pues en el idioma latino, este verbo *quero* admite preposición, y se dice *acquiro*, cuya significación es bien patente, aunque también, sin el aditamento de la preposición, se entienda que *querere* significa adquirir, por lo cual, el luerio se llama igualmente *questus*.

CAPÍTULO VII

De la división del reino de Israel, con que se figura la división perpetua que hay entre el espiritual Israel y el Israel carnal.

Reincidió Saúl en el pecado de inobediencia, y volvió á decirle Samuel de parte del Señor (1): «Porque despreciaste la palabra del Señor, te menospreció el Señor para que no seas rey de Israel». Y en otra ocasión, confesando Saúl este mismo pecado, pidiendo perdón por él, y rogando á Samuel que volviese á su lado para aplacar á Dios (2): «no volveré, dice, contigo; pues porque despreciaste el mandato del Señor, te ha desechado á ti el Señor para que no reines sobre Israel: y volviendo Samuel el rostro para marcharse, le asió Saúl de la punta del manto, y se lo rompió, y díjole Samuel: Hoy ha roto y quitado el Señor el reino de Israel de tu mano, y le dará á tu prójimo, que es mejor que tú, y se dividirá Israel en dos, y no volverá atrás el Señor, ni se arrepentirá de lo determinado, porque no es como los hombres, que se arrepienten y que amenazan y no perseveran». Este, á quien dice, que le ha de despreciar el Señor, para que no sea rey sobre Israel, y que ha quitado de su mano el reino de Israel, reinó cuarenta años, es á saber, otro tanto como el mismo David, y cuando le amenazaban con este infortunio, comenzaba á reinar. Pero la amenaza significa que no había de venir á reinar ninguno de sus descendientes, y para que entendamos y miremos á la descendencia de David, de la cual vino á nacer, según la carne, el media-

(1) Lib. I., Reg., cap. XV.

(2) Lib. I., Reg., cap. XV.

nero de Dios y de los hombres, el hombre Cristo, Jesús. No dice la Escritura, como se lee en muchos originales latinos: *dirupit Dominus regnum Israel de manu, tua*, sino que, como yo lo he puesto, se halla en los griegos: *dirupit Dominus regnum ab Israel de manu tua* de suerte que esto se entienda, *de tu mano y poder, que es de Israel*. Así, pues, Saúl representaba la persona de Israel, cuyo pueblo había de perder el reino, habiendo de reinar Jesucristo nuestro Señor, no carnal; sino espiritualmente por el Nuevo Testamento. Y cuando dice: «este reino lo daré á tu prójimo», refiérese al parentesco de la carne, porque, según la carne, Cristo descende de Israel, de donde descendía también Saúl. Lo que añade *bono super te, bueno sobre ti*, aunque puede entenderse, *mejor que tú*, y así lo han interpretado algunos; mejor se toma de esta manera: *que es bueno sobre ti*; que porque aquel es bueno, sea y esté sobre ti; conforme á la expresión del real profeta (1): «hasta que ponga á todos tus enemigos debajo de tus pies»: entre los cuales comprende asimismo á Israel, á quien, porque fué su perseguidor, le quitó Cristo el reino. Había allí también otro Israel, sin dolo, como grano de trigo entre paja; porque sin duda de allí eran los apóstoles, de allí tantos mártires, entre los cuales el primero fué San Estéban; de allí tantas iglesias, que refiere el apóstol San Pablo (2) que, con su conversión, engrandecieron á Dios.

No dudo que debe entenderse de este modo, lo que se dice: *et dividetur Israel in duo*, y se dividirá Israel en dos, es á saber, en Israel enemigo de Cristo y en Israel que sigue á Cristo, en Israel que pertenece á la esclava y en el que pertenece á la libre; porque estos dos géneros, primero estaban juntos, cuando Abraham se

(1) Salmo 109. *Donec ponam omnes inimicos tuos sub pedibus tuis.*

(2) San Pablo, ep. á los gálatas, cap. I.

juntara todavía con la esclava, hasta que la estéril, que se había hecho fecunda por la gracia de Cristo, dió voces (1), «echa á la esclava y á su hijo». Es verdad, que por el pecado de Salomón sabemos que, reinando su hijo Roboán, Israel se dividió en dos partes, y perseveró así, teniendo cada una sus reyes, hasta que los caldeos, con terrible estrago, arruinaron y trasladaron toda la población de aquella tierra. Pero esto ¿qué tiene que ver con Saúl? Si amenazara con algunos de tales infortunios, antes debiera amenazar al mismo David, cuyo hijo era Salomón. Finalmente, ahora toda la nación hebrea no está dividida entre sí, sino que indifereentemente los hebreos, conformes en un mismo error, están esparcidos por la tierra. Y aquella división con que Dios, en la persona de Saúl, que representaba la figura de aquel reino y pueblo, amenazó al mismo reino y pueblo, se nos significó que había de ser eterna é indudable, según las palabras siguientes: «y no volverá atrás ni se arrepentirá, porque no es como el hombre, que se arrepiente, que amenaza y no persevera», esto es, el hombre amenaza y no persevera; pero no Dios, que no se arrepiente como el hombre; porque cuando leemos (2), que se arrepiente, se nos significa la mudanza de las cosas, quedando inmutable la presciencia divina. Así que, donde dice que no se arrepiente, se entiende que no se muda, y por estas palabras vemos que pronunció Dios una sentencia totalmente irrevocable sobre la división del pueblo de Israel, y del todo perpetua; pues todos los que han pasado, ó pasan, ó pasarán de allí á Cristo, no eran de allí según la presciencia de Dios, aunque lo fuesen según una misma naturaleza del linaje humano. Y efectivamente, todos los israeli-

(1) *Génesis*, cap. XXI. *Ejice ancillam, et filium ejus.*

(2) *Génesis*, cap. VI.

tas que se convierten, y siguen á Cristo, y perseveran en él, nunca estarán con los israelitas que perseveran en ser sus enemigos hasta el fin de esta vida, sino que perseverarán perpetuamente en la división que aquí nos vaticina; porque solamente sirve el Testamento Viejo del monte Sina, que engendra los hijos siervos (1), en cuanto da testimonio al Testamento Nuevo; en atención á que de otra manera, entre tanto que leen á Moisés, les queda el velo (2) puesto sobre sus corazones. Pero conforme se vayan convirtiendo y pasando á Cristo se les irá quitando el velo, porque la misma intención de los que pasan es la que se muda del Viejo al Nuevo Testamento; de manera que ninguno pretenda ya recibir la felicidad carnal, sino la espiritual. Por tanto, el mismo grande profeta Samuel, antes que ungiere por rey á Saúl, cuando clamó al Señor por Israel y le oyó, y estando ofreciendo el holocausto, vinieron los extranjeros á presentar la batalla al pueblo de Dios, y tronó Dios sobre ellos, y los confundió y cayeron delante de Israel, y fueron vencidos, tomó entonces una piedra y la colgó entre la nueva y vieja Maspha poniéndola por nombre Abenecer, que quiere decir, piedra del «auxilio», y dijo: *usque huc adjuvit nos Dominus*, «hasta aquí nos ayudó el Señor». Maspha, interpretado, significa contención. Y aquella piedra del auxilio es la mediación del Salvador, porque debe pasarse de la vieja Maspha á la nueva, esto es, de la intención con que se esperaba en el reino carnal, á la intención con que, por el Nuevo Testamento, se espera en el reino de los Cielos la verdadera bienaventuranza espiritual; y por cuanto no hay objeto más apreciable que éste, hasta aquí, esto es, hasta su consecución, nos ayuda Dios.

(1) San Pablo, ep. á los gálatas, cap. IV.

(2) San Pablo, I, ep. ad Corinth., cap. III.

CAPÍTULO VIII

De las promesas que hizo Dios á David en su hijo, las cuales no se cumplieron en Salomón, sino plenamente en Cristo.

Considero que me resta manifestar ahora, siguiendo la serie del asunto que vamos tratando, que fué lo que Dios prometió al mismo David; que sucedió á Saúl en el reino, con cuya mutación se nos prefiguró la final mudanza, á la cual se endereza todo cuanto nos ha dicho y dejado el Espíritu Santo. Habiendo disfrutado David de muchos sucesos prósperos, se propuso la idea de construir una suntuosa casa á Dios, es á saber, aquel templo tan rico y celebrado que después fabricó su hijo Salomón. Teniendo, pues, este pensamiento, mandó Dios al profeta Nathan que se presentase al rey, y le diese un mensaje de su parte, en el cual, habiendo dicho Dios que el mismo David le había de edificar casa, y que en tanto tiempo no había ordenado á ninguno de su pueblo que le construyese casa de cedro (1): «ahora, dice, dirás á mi siervo David: Dios todopoderoso, dice así: yo te escogí y saqué de entre el ganado, para que fueses capitán y cabeza de mi pueblo Israel; me hallé contigo en todas las partes que anduviste, desterré de tu presencia todos tus enemigos, y te di nombre y fama, como á los mas celebrados de la tierra. Pondré y señalaré también lugar á Israel mi pueblo, y le estableceré para que habite de por sí, de manera que no se turbe ni se inquiete más. Los pecadores no le afligirán más, como acostumbraban antes, desde el día que establecí jueces sobre mi pueblo Israel; te daré reposo de todos tus enemigos, y te anunciará el Señor

(1) Lib. II. Reg., cap. VII, et lib. I., Paralip. cap. XVII.

cómo le has de edificar la casa. Y cuando se cumplieren tus días, y tu durmieres con tus padres, yo levantaré, después de muerto tú, á tu hijo salido de tus entrañas, y estableceré su reino. Este será el que edificará casa á mi nombre, y yo confirmaré el trono de su reino para siempre jamás. Yo le seré como padre, y él me será á mi como hijo mío, y cuando ejecutare alguna operación mala le castigaré con el azote de los hombres; mas no por eso apartaré de él mi misericordia, como la aparté de los que aparté mi rostro. Y su casa será fiel, y su reino permanecerá para siempre delante de mí, y su trono permanecerá estable y firme para siempre».

El que imagina que una promesa tan específica y grandiosa como ésta se cumplió en Salomón, procede muy errado, pues atribuye lo que dice, «este será el que me edificará casa», á que Salomón fué el que edificó aquel famoso templo; y no reflexiona en lo que después dice: «y su casa será fiel, y su reino permanecerá para siempre delante de mí». Considere, pues, y mire la casa de Salomón llena de mujeres é idólatras que adoraban dioses falsos, y al mismo rey, que solía ser tan sabio, seducido y engañado por ellas, abatido y sumergido en el tenebroso caos de la misma idolatría, y no se atreva á imaginar que Dios, ó pudo ser mentiroso en esta promesa, ó no pudo penetrar con su divina presciencia que Salomón y su casa habían de incurrir en este dezliz. Ni de aquí debemos tomar ocasión para reparar en esto, aun cuando no viéramos cumplir esta promesa en Cristo Señor nuestro, que nació de la descendencia y linaje de David, según la carne, para que no andemos vanamente y sin utilidad buscando algún otro, como lo practican los judíos carnales, porque hasta éstos están tan ajenos de entender, que este hijo que aquí ven escrito, que le promete Dios al rey David, fuese Salomón, que

aun después de habérsenos manifestado con tanta evidencia el prometido, con admirable y extraordinaria ceguedad dicen que todavía aguardan otro. Es positivo que también en Salomón se representó cierta semejanza y figura de lo futuro, en cuanto edificó el templo, y tuvo paz conforme al significado de su nombre (porque Salomón quiere decir pacífico), y á los principios de su reinado procedió con cordura, y sus operaciones fueron dignas de grandes elogios. En su persona, como sombra de lo futuro, figuraba á Cristo Señor nuestro; más no era Cristo. Y así la Escritura dice de él ciertas cosas, como si de él se hubieran profetizado, porque vaticinando la Sagrada Escritura los sucesos que se han efectuado, en cierto modo nos dibuja en él una figura de lo venidero; pues además de los sagrados libros, donde se relaciona que reinó también, el Salmo 71 se intitula de su mismo nombre; donde se insinúan tantos presagios, que de ningún modo pueden convenirle, y si sólo á nuestro Señor Jesucristo, á quien con toda congruencia se acomodan, mostrando que en Salomón se nos delineó originalmente la figura del Salvador, y en Cristo se nos representó la misma verdad. Bien claros están los términos y límites en que se incluyó el reino de Salomón, y, sin embargo, se dice en el Salmo, omitiendo otras particularidades en él contenidas (1): «que su reino y dominio se dilataría de mar á mar, y desde el río hasta los términos y fines del orbe de la tierra»: todo lo cual notamos que va verificándose en Cristo; porque desde el río comenzó á reinar, bautizado por San Juan, y mostrado por éste á los discípulos, quienes le llamaron, no solo Maestro, sino también Señor. No principió á reinar Salomón, en vida de su padre David, lo cual á ninguno de los reyes de Israel ocurrió, sino

(1) Salmo 71.

para que nos constase que no es á él á quien se refiere esta profecía, que habla con su padre, diciendo: y cuando se cumplieren tus días y durmieres con tus padres, yo levantaré después de ti á tu hijo salido de tus entrañas, y estableceré su reino». En lo que sigue: «éste es el que edificará casa», puede entenderse que fué profetizado por Salomón, y lo que ha precedido: «cuando se cumplieren tus días y durmieres con tus padres, levantaré después de ti á tu hijo», debemos entender que se refiere á otro ser pacífico, del cual se vaticina que había de venir á levantar el trono real, no antes, como éste, sino después de la muerte de David. Por mucho tiempo que mediase entre David y Cristo, y así convenía que sucediese, fué prometido después de la muerte del rey David, y edificó casa al Señor, no de madera y piedras, sino de hombres, como con el mayor júbilo y contento vemos ahora que la va construyendo. Hablando de esta casa, es decir, los fieles de Cristo, dice el apóstol (1): «Vosotros sois el templo que Dios santificó».

CAPÍTULO IX

Que en el Salmo 88 se halla otra profecía de Cristo semejante á la que en los libros de los reyes promete Dios por medio del profeta Nathan.

En el Salmo 88, cuyo título es (2), «Instrucción para Ethan; israelita», se refieren las promesas que Dios hizo al rey David, donde se dicen algunas cosas semejantes á las que se hallan en el libro de los reyes, como

(1) San Pablo, I ep. á los Corint., cap. III.

(2) Salmo 88. *Intellectus ipsi Ætham Israel.*

es (1): «Yo prometí y juré á mi siervo David, que para siempre confirmaré y estableceré tu descendencia»: y también lo que sigue (2): «Entonces hablaste en visión y en espíritu á tus hijos y profetas, y les dijiste: yo puse mi favor sobre el poderoso, y levanté á mi escogido de en medio de mi pueblo; hallé á mi siervo David y le ungi con mi santo óleo, porque mi mano le ha de ayudar, y mi brazo le ha de confirmar. El enemigo no podrá causarle daño alguno, ni los malos y pecadores podrán ofenderle. Yo destruiré delante de él á sus enemigos, y ahuyentaré á los que le aborrecen. Mi verdad y misericordia será con él, y en mi nombre se ensalzará y entronizará el cuerpo y fortaleza de David: pondré su mano y poderío en el mar, y en los ríos su diestra y potencia. El me invocará, tú eres mi Padre, mi Dios, y el protector de mi salud. Yo le haré primogénito, y le ensaltaré sobre los reyes de la tierra. Para siempre jamás guardaré con él mi misericordia, y mi pacto y testamento se lo cumpliré fiel é inviolablemente. Haré que su descendencia sea perpetua, y su trono perpetuo, mientras durasen los cielos»: todo lo cual se entiende de nuestro Señor Jesucristo, el cual se comprende congruamente bajo el nombre de David por la forma de siervo, que el mismo Mediador tomó de la descendencia de David, naciendo de la virgen María. Y prosigue, hablando de los pecados de sus hijos, ciertas cosas que se semejan á lo que se dice en los libros de los reyes, y persuaden que se entiendan de Salomón. Porque en el libro de los reyes, dice (3): «Y si este tu hijo pecare, le castigaré con la vara y azote de los hombres, y con los golpes de los hijos de los hombres; pero no apartaré de él mi misericordia», significando por los toques ó golpes las pla-

(1) Salmo 88.

(2) Salmo 88.

(3) Lib. II, Reg., cap. VII.

gas y azotes de la corrección y del castigo. Conforme á esto, dice en otro lugar (1): «No toquéis á mis Cristos y ungidos», lo cual ¿qué otra cosa quiere decir sino que no les hagáis mal, no les ofendáis? En el Salmo 88, como tratando de David, por expresarse allí con cierta semejanza alusiva á esto, dice (2): «Si dejasen sus hijos mi ley, y no observaren mis mandamientos; si profanaren mis sanciones y traspasaren mis preceptos, visitaré y castigaré con vara sus maldades, y con azotes sus delitos, pero no apartaré de él mi misericordia y pacto». No dijo de ellos, aunque hablaba de sus hijos, y no de él; dijo de él, porque, bien considerado, quiere decir lo mismo; mediante á que era imposible hallar pecado alguno en el mismo Cristo, que es cabeza de la Iglesia, para que fuera necesario que Dios le castigara con azotes y correcciones humanas, guardando su pacto y misericordia, sino en su cuerpo y miembros, que es su pueblo. Por eso dice en el libro de los reyes *iniquitas ejus*, su pecado, y en el salmo *filiorum ejus*, de sus hijos, para que entendamos que en cierto modo se dice de él lo que se dice de su cuerpo; por lo cual el mismo Señor, desde el Cielo, persiguiendo Pablo á su cuerpo, que son sus fieles, Saulo, Saulo, dice, ¿por qué me persigues? Después prosiguió el salmista (3): «Y no quebrantaré mi fe y verdad, ni profanaré ó mudaré mi testamento y promesa, ni retractaré lo que he dicho por esta boca. Una vez lo prometí y juré por mi santidad que no engañará á David», esto es, no ha de faltar á David mi promesa; porque suele hablar así la Escritura. Y en lo que no le ha de mentir, y lo ha de cumplir, añade (4): «Su descendencia permanecerá para

(1) Salmo 104. *Ne tetigeritis Christos meos.*

(2) Salmo 88.

(3) Salmo 88.

(4) Salmo 88.

siempre, y su trono y majestad en mi presencia florecerá eternamente como el sol, y como la luna perfecta siempre, que en el Cielo son testigos fidelísimos».

CAPÍTULO X

Cómo sucedió en el reino de la Jerusalén terrena diferentemente de lo que prometió Dios para que entiendésemos que la verdad y cumplimiento de la promesa pertenecía á la gloria de otro rey y de otro reino.

A consecuencia de unos fundamentos tan sólidos, en que estriba una promesa tan singular é interesante á la humana naturaleza, á efecto de que no creyésemos que se habían verificado en Salomón, como si le excluyera, y de él no hiciese mención para semejante asunto, dice (1): «tú, Señor, le desechaste y le aniquilaste», porque esto fué lo que sucedió al reino de Salomón en sus descendientes, hasta venir al deplorable estado de quedar destruída y asolada la misma terrena Jerusalén, que era la cabeza y silla de su reino, y especialmente hasta no quedar piedra sobre piedra del templo que construyó con tanto esmero el mismo Salomón. Mas para que no juzgásemos que así lo dispuso Dios, quebrantando su palabra y promesa, luego añade y dice: *distulisti Christum tuum*, «tú Señor, dilataste enviarnos á tu Cristo», luego no es Salomón; ni aún el mismo David, si se difirió la venida del Cristo del Señor; pues aunque se llamaban cristos, y ungidos del Señor todos los reyes consagrados con la mística unción y crisma, no sólo desde el rey David en adelante, sino también

(1) Salmo 88.

desde Saúl, que fué el primero á quien ungieron por rey de aquel pueblo, porque el mismo David le llama Cristo del Señor, sin embargo, uno era el verdadero Cristo, cuya figura representaban aquéllos con su unción profética, el cual, según la opinión de los que imaginaban que habia de entenderse de David ó de Salomón, tardaba mucho y dilataba su venida, aunque según los altos é impenetrables decretos del Señor, se iba aprestando para venir á su tiempo. Y en el ínterin que se difiere su venida, lo que sucedió en el reino de la terrena Jerusalén, donde aguardaban que había de reinar, prosiguiendo este mismo Salmo, lo declara el real profeta, diciendo (1): «Diste por tierra con el testamento y promesa que hiciste á tu siervo, profanaste en la tierra su santuario y templo, destruiste todos tus setos y vallados, é hiciste que estuviese encogido y medroso dentro de los reparos y defensas. Le fobaron y saquearon todos los pasajeros, viniendo á ser el oprobio y escarnio de sus vecinos, y llenaste de gozo y alegría á todos sus contrarios. Le quitaste el auxilio que solías dar á su espada, y no le acudiste y favoreciste en la guerra. Le desterraste de sus purificaciones, y diste por tierra con su trono. Diminuiste los días que prometiste á su reino, y le has llenado de confusión». Todo esto pasó en la Jerusalén esclava, donde reinaron también algunos hijos de la libre, poseyendo aquel reino con dispensación temporal, y el reino de la celestial Jerusalén (2), cuyos hijos eran, con verdadera fe, esperando en el verdadero Cristo. Y como sobrevinieron tales desgracias sobre aquel reino, lo declara la historia para quien quisiere leerlo.

(1) Salmo 88.

(2) San Pablo, ep. á los gálatas, cap. IV.

CAPÍTULO XI

De la substancia del pueblo de Dios, la cual está, y se halla por la sucesión de la carne en Cristo. quien fué solo el que tuvo potestad de sacar libre su alma de los infiernos.

Después de haber vaticinado estos futuros sucesos, vuelve el profeta á hacer oración á Dios, y aun la misma oración es profética (1). «¿Hasta cuando, Señor, nos vuelves hasta el fin?» entiéndese *faciem tuam*, nos vuelves tu rostro, como dice en otra parte (2): «¿Hasta cuándo me vuelves tu rostro?» Esta es la razón porque aquí algunos libros no escriben *avertis*, vuelves, sino *avertis, volverás*, aunque se puede entender *avertis misericordiam tuam*, vuelves tu misericordia, la que prometiste á David. Y lo que dice, *in finem*, ¿qué otra cosa es sino hasta el fin? Por cuyo fin deben entenderse los tiempos últimos, cuando aquella nación ha de venir á creer tambien en Jesucristo, antes del cual fin habían de suceder las calamidades que arriba lloran: por las cuales prosigue aquí diciendo: *¿exardescet sicut ignis ira tua? Memento quæ est mea substantia.* «¿Acaso ha de arder como fuego tu ira é indignación? Acuérdate de mi substancia». Ninguna cosa se entiende aquí mejor que el mismo Jesús, que es la substancia de su pueblo, de quien tomó su naturaleza carnal, *non enim vanè constituisti omnes filios hominum*: «porque no en vano, dice» criaste á todos los hijos de los hombres»: pues si no fuera un hijo del hombre la substancia de Israel, por el cual hijo del hombre se salvarán muchos hijos de los hombres, sin duda que en vano fueran criados todos los hi-

(1) Salmo 88.

(2) Salmo 12.

jos de los hombres. Y ahora, aunque toda la naturaleza humana, por el pecado del primer hombre, haya caído de la verdad en la vanidad, por lo cual dice otro Salmo (1): «que se ha transformado y hecho el hombre semejante á la vanidad, y que pasan sus días como una sombra», con todo, no sin motivo crió Dios todos los hijos de los hombres, porque lo uno libra á muchos de la vanidad por el medianero, que es Jesucristo Nuestro Señor, y lo otro los que previó que no habían de libertarse ni salvarse, los crió para la utilidad de los que se habían de salvar, y para poder comparar las dos Ciudades, cotejándolas con su contrario. Así que, no los crió vanamente si consideramos el hermoso y arreglado orden y disposición que Dios tiene puesto en todas las criaturas racionales. Después sigue: *¿quis est homo, qui vivit, et non videbit mortem, eruet animam suam de manu inferi?* «¿cuál es el hombre que ha de vivir y no ha de ver la muerte, y ha de sacar su alma del poder del infierno?» ¿Quién es este, sino aquella substancia de Israel, del linaje y descendencia de David, Jesucristo Nuestro Señor, de quien dice el Apóstol (2): «que habiendo resucitado de los muertos, ya no morirá más, y la muerte no tendrá ya más dominio sobre él?» Porque de tal suerte vive, y no verá mas la muerte, que efectivamente, una vez murió, pero sacó y libró ya su alma de la mano y potestad del infierno, pues descendió á los infiernos para librar y soltar de aquellas prisiones á algunos pecadores. La sacó y libertó con aquel poder de que hizo mención en el Evangelio (3): «poder tengo para despedir mi alma, y poder tengo para volverla á tomar».

(1) Salmo 143.

(2) San Pablo, ep. á los Rom., cap. VI.

(3) San Juan, cap. X.

CAPÍTULO XII

A qué persona debe entenderse que pertenece la petición de las promesas de que hace mención en el Salmo cuando dice: ¿dónde están, Señor, tus antiguas misericordias?

Pero de todo lo demás que insinúa este Salmo, donde se lee (1): «¿Dónde están, Señor, aquellas tus antiguas misericordias y promesas que juraste á David por tu verdad? Acuérdate, Señor, del oprobio que padecen tus siervos que llevé en mi seno de mano de muchas naciones. ¿Con qué nos zahirieron tus enemigos, Señor? ¿Nos zahirieron con la mudanza de tu Cristo?» Con razón se puede dudar si dice esto en persona de aquellos israelitas que deseaban se cumpliese la promesa que hizo Dios á David, ó si se dice en persona de los cristianos, que son israelitas, no según la carne, sino según el espíritu; porque esto se dijo ó escribió en tiempo de Ethan, de cuyo nombre se intituló este Salmo; en aquel mismo tiempo fué el reino de David, y conforme á esta explicación, no diría: ¿Dónde están aquellas tus antiguas misericordias, las que prometiste y juraste á David por tu verdad? si el profeta no transformara en sí la persona de los que habían de venir al mundo mucho después, respecto de quienes pudiese ser antiguo este tiempo en que se hizo tal promesa al rey David. Puede entenderse que muchos gentiles, cuando perseguían á los cristianos, les zaherían con ignominia la pasión de Cristo, á la cual la Sagrada Escritura llama *commutationem*, mudanza, porque muriendo se mudó é hizo inmortal. Puédese también tomar porque se les haya zaherido á los israelitas la mudanza de Cristo, es á saber,

(1) Salmo 88.

porque entendiendo y esperando ellos que había de ser de su facción, vino á ser de los gentiles, y esto se lo echan en rostro al presente muchas naciones que creyeron en él por el Nuevo Testamento, quedándose ellos en su senectud, de forma que por eso diga: «acuérdate, Señor, del oprobio de tus siervos», porque también ellos después de este oprobio, no olvidándolos el Señor, sino teniendo misericordia de ellos, han de venir á creer en él. Pero el sentido que expuse primero parece más á propósito y conveniente, porque á los enemigos de Cristo, á quien aquí se increpa que los ha dejado Cristo pasándose á los gentiles, incongruamente se les acomodan estas palabras: «acuérdate, Señor, del oprobio de tus siervos», pues tales judíos no es razón que se llamen siervos de Dios, sino que estas palabras cuadran á los que, cuando padecían por el nombre de Cristo grave opresión de persecuciones, se pudieron acordar de que la promesa que hizo Dios á la descendencia de David era el reino de los cielos, y que por deseo de él, dicen, no desesperando, sino pidiendo, buscando y llamando á la puerta. «¿Dónde están, Señor, aquellas tus antiguas misericordias que prometiste y juraste á David por tu verdad? Acuérdate, Señor, del oprobio de tus siervos que llevé en mi seno de mano de muchas gentes», esto es, que sufrí con paciencia en mi corazón. ¿Con qué nos zahirieron tus enemigos, Señor? Nos zahirieron con la mudanza de tu Cristo, teniendo por cierto que aquella no fué mudanza ó conmutación, sino consumación. ¿Y qué quiere decir acuérdate, Señor? sino que tengas misericordia y nos des por esta humildad, que hemos sufrido con paciencia, la altura y grandeza que prometiste y juraste á David por tu verdad? Pero si queremos acomodar estas palabras á los judíos, «aquellos siervos de Dios» ¿pudieron decir semejantes razones los que, después de expugnada y rendida la Je-

rusalén terrena antes de nacer nuestro Señor Jesucristo en carne humana, fueron llevados cautivos, los cuales entendían, como se debía entender, la mudanza de Cristo, es á saber, que debían esperar y aguardar fielmente por él, no la terrena y carnal felicidad, cual fué la que asomó en los pocos años del rey Salomón, sino la celestial y espiritual, la cual, ignorándola entonces los infieles, cuando se alegraban, se mofaban de ver al pueblo de Dios cautivo? ¿Qué otra cosa les zaherían que la mudanza del Cristo, aunque zaherían á los que la entendían los que no la sabían? Por eso la conclusión de este Salmo (1): «la bendición del Señor para siempre amén, amén», muy bien cuadra generalmente á todo el pueblo de Dios que pertenece á la celestial Jerusalén, ya sean aquellos que estaban encubiertos en el Viejo Testamento antes de revelárenos el Nuevo, ya sea á estos que manifiestamente se ve que después de revelado el Nuevo Testamento, pertenecen á Cristo. Porque la bendición que nos ha de dar el Señor en el hijo prometido de la descendencia de David, no se debe esperar por corto espacio de tiempo, cual la hubo en los días de Salomón, sino para siempre, de la cual con infalible esperanza, dicen, *fat, fat*, amén, amén; que la repetición de esta palabra es continuación de esta esperanza. Entendiendo, pues, este misterio David, dice en el segundo libro de los reyes, de donde pasamos á este Salmo (2): «Has prometido la casa de tu siervo para largo tiempo»; y poco después añade (3). «Principia, pues, Señor, y echa la bendición á la casa de tu siervo para siempre, etc.», porque entonces estaba próximo á tener un hijo, de quien procedería su descendencia hasta Cristo, por quien había de ser eterna su casa, porque tam-

(1) Salmo 88.

(2) Lib. III, Reg., cap. VII.

(3) Id. lib. y cap.

bién casa de Dios es casa de David con respecto al linaje de David, é igualmente casa de Dios por el templo de Dios fabricado de hombres y no de piedras, donde habite para siempre el pueblo con Dios y en su Dios, y Dios en el pueblo y en su pueblo, de forma que Dios esté llenando á su pueblo y el pueblo lleno de su Dios, cuando Dios (1): «será todas las cosas en todos», y él mismo será el premio en la paz, como es la fortaleza en la guerra. Por eso, habiendo dicho en las palabras de Nathan: *et enuntiabit tibi Dominus, quoniam domum edificabis ipsi*: «y te advierte el Señor que le has de edificar una casa», dijo después David: *quoniam tu Dominus omnipotens, Deus Israel, revelasti aurem servi tui, dicens: domum edificabo tibi*: «porque tú, Señor Todopoderoso, Dios de Israel, revelaste al oído de tu siervo, diciendo que yo te había de edificar una casa», porque también nosotros vamos construyendo esta casa viviendo bien, y ayudándonos Dios para que vivamos bien, pues (2) «si el Señor no edificar la casa, en vano se cansan los que la edifican». Cuando llegare el tiempo de la última dedicatoria de esta casa, entonces será lo que aquí dijo el Señor por medio de Nathan: «estableceré y señalaré también lugar á Israel mi pueblo y le plantaré para que habite y viva por sí (3), de manera que no se turbe ni inquiete más, ni los pecadores le afligirán más, como acostumbraban antes, desde el día que puse jueces sobre mi pueblo Israel».

(1) San Pablo, I ep. á los Corinth., cap. XV.

(2) Salmo 126.

(3) Lib. I, Regum., cap. VII. (Véase la Escritura con reflexión.)

CAPÍTULO XIII

Si esta paz que promete Dios á David puede pensarse que se cumplió en los tiempos que corrieron reinando Salomón.

Cualquiera que espera en este siglo y en esta tierra una felicidad tan grande como ésta, opina con particular necesidad. ¿Acaso habrá alguno que piense que se cumplió esta promesa con la paz de que gozó el rey Salomón? Porque aquella paz la celebra con singular elogio la Sagrada Escritura por la sombra de lo que había de ser; pero á esta sospecha advertidamente ocurrió la Escritura, cuando habiendo dicho (1): «ni los pecadores le afligirán más»; luego añade: «como solían antes del día que puse jueces sobre mi pueblo Israel». Porque antes de haber reyes acostumbraba haber jueces en aquel pueblo desde que entró en la tierra de promisión. Y sin duda que le humillaba el hijo de la iniquidad, esto es, le molestaba el enemigo gentil y extranjero por algunos intervalos de tiempos en que leemos que á veces hubo paz, en otras guerra, y notamos que allí la paz duró más que en los tiempos de Salomón, que reinó cuarenta años, mediante á que en tiempo de uno de los jueces, llamado Aod, hubo ochenta años de paz. Así que por ningún motivo debemos creer que esta promesa aludía á los tiempos de Salomón, y, por consiguiente, mucho menos los de cualquiera otro rey, pues ninguno de ellos reinó en tanta paz como él, ni jamás aquella nación tuvo el reino de suerte que no estuviese con cuidado y temerosa de venir á manos de sus enemigos. Porque en una mutabilidad é inconstancia tan grande como es la de las cosas humanas, ningún pueblo ha

(1) Lib. II, Reg., cap. VII.

habido jamás á quien el cielo haya concedido tanta seguridad que no estuviese con recelo y miedo, en esta vida, de los acontecimientos y maquinaciones de sus enemigos. Luego el lugar que promete aquí para vivir en él con tanta paz y seguridad es eterno, y se debe á los eternos en la madre Jerusalén la libre, en donde verdaderamente será el pueblo de Israel, esto es, estará viendo á Dios, porque esto quiere decir Israel. Y con deseo de este premio debemos vivir santamente esperando en esta trabajosa peregrinación.

CAPÍTULO XIV

Del estudio de David en componer Salmos.

Discurriendo por el orden de sus tiempos la Ciudad de Dios, primeramente reinó David en la que era sombra de lo que había de ser en lo sucesivo, esto es, en la terrena Jerusalén. Fué David varón muy diestro, y aficionado á componer canciones, y dado al eco y armonía de la música, no llevado del gusto común y vulgar, sino penetrado de una intención y ánimo devoto y fiel, pues con ella sirvió á su Dios, que es el verdadero Dios, figurando místicamente con la música un arcano grande y excelente, pues la consonancia concertada y moderada de diferentes voces nos representa la unión de una ciudad bien ordenada y regida, enlazada entre sí con una concorde variedad. En efecto; casi toda su profecía se encuentra en los Salmos, y contiene ciento cincuenta el libro que llamamos de los Salmos, aunque algunos dicen que sólo compuso David los que tienen el título de su nombre. Otros hay que piensan que no son suyos sino los que se intitulan *Ipsius David*, del mis-

mo David, y que los que tienen en el título *Ipsi David*, al mismo David, los compusieron otros y los apropiaron á su persona; pero esta opinión queda refutada por lo que el Salvador dice en el Evangelio, que el mismo David dijo en espíritu que Cristo era su Señor, porque el Salmo 109 principia así (1): «Dijo el Señor á mi Señor: siéntate á mi diestra hasta que ponga á tus enemigos como tarima debajo de tus pies». Sin embargo, este Salmo no tiene en el exergo *Ipsius David*, del mismo David, sino *Ipsi David*, al mismo David, como otros muchos. Me parece más probable lo que sostienen otros, y es, que todos los ciento cincuenta Salmos los compuso David, y que á algunos les puso nombres de otros, que figuraban y significaban alguna cosa que hacía á su intento, y que los demás no quiso que tuviesen por título nombre de ninguno, según le inspiró el Señor la disposición de esta variedad interpolada de inexcruetables arcanos, aunque oculta, pero no sin misterio. Ni menos debe movernos á no prestar asenso á esta opinión el ver que en aquel libro en algunos Salmos hallamos los nombres de varios profetas que fueron muy posteriores á David, y que lo que en ellos se dice parece que lo dicen ellos; porque bien pudo el espíritu profético, cuando vaticinaba el rey David, revelar también los nombres de estos profetas que había de haber en lo futuro, para que proféticamente se cantase algún asunto que cuadraba y convenía á la persona de ellos, así como reveló Dios á un profeta el nombre del rey Josías, que había de venir á nacer y reinar al cabo de más de trescientos años después, cuyo profeta presagió también las operaciones que este rey había de practicar.

(1) Salmo 109.

CAPÍTULO XV

Si todas las profecias que hay en los Salmos de Cristo y de su Iglesia las debemos poner y acomodar en el texto y discurso de esta obra.

Presumo que ya me están aguardando para que en este lugar declare qué es lo que David profetizó en los Salmos de nuestro Señor Jesucristo ó de su Iglesia; pero si no satisfago en este particular, como parece que lo pide el deseo de los lectores, aunque ya lo he ejecutado en otro libro, es por impedirlo la mucha materia que falta; porque no puedo relatarlo todo por no ser prolijo, y recelo que cuando haya escogido algún asunto, á muchos doctos que tienen la bastante noticia en este punto les parezca que he omitido lo más necesario. Fuera de que el testimonio y autoridad que se alega debe tomar su vigor y firmeza del contexto de todo el Salmo, de forma que á lo menos en él no haya cosa que lo contradiga, cuando todo sea en su favor, para que no se crea que á modo de centones vamos recogiendo versos á propósito para lo que queramos, como suele hacerse de un poema famoso, el cual se sabe que se escribió, no al intento de aquel asunto, sino de otro bien distinto. Para poder manifestarlo en cualquier Salmo sería necesario examinarlo todo, y cuán penosa y prolija sería esta operación lo indican bastante los libros que yo y otros han escrito sobre ellos. Lea, pues, éstos el que quisiere y pudiere y hallará cuántas y cuán grandes maravillas haya profetizado de Cristo y de su Iglesia el rey y profeta David, es á saber, del rey y de la Ciudad qué este rey fundó.

CAPÍTULO XVI

De las cosas que clara ó figuradamente se dicen en el Salmo 44 que pertenecen á Cristo y á su Iglesia.

Por cuanto por más propias y claras que sean las palabras que profetizan algún misterio, es necesario que vayan mezcladas también con las trópicas y figurativas, las cuales particularmente, por causa de los rudos, ofrecen á los doctos un negocio muy trabajoso para explicarlas; con todo, hay algunas que, al primer aspecto, manifiestan á Cristo y á su Iglesia, aunque restan entre ellas algunas cosas menos inteligibles para explicarlas despacio, como es aquello en el mismo libro de los Salmos (1): «salió de mi corazón una buena palabra (una canción famosa), y como cosa mía va dirigida al rey; mi lengua no es más que la pluma en mano de un escribiente que escribe con velocidad. Hermoso eres ¡oh Rey! sobre todos los hijos de los hombres. La gracia se derramó por tus labios, y por eso te echó Dios su bendición para siempre. ¡Oh, poderosísimo Señor! Ciñe la espada al lado, encima del muslo, muestra tu hermosura, donaire, majestad y gloria; acomete, camina con prosperidad y reina conforme á la verdad, mansedumbre y justicia. Y con esto, tu poderosa diestra te llevará maravillosamente al fin de tus empresas. Tus flechas agudas, poderosísimo Señor, penetrarán las entrañas de los reyes tus enemigos, los pueblos y naciones se rendirán á tus pies. ¡Oh Dios! Tu real silla es eterna, la vara y cetro de su reino es vara de justicia y rectitud. Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad. Por eso te ungió Dios, tu Dios, con óleo de la alegría y del Es-

(1) Salmo 44.

píritu Santo con más abundancia que á los otros que participan tu nombre y se llaman Cristos y Reyes como tú. Todos tus vestidos derraman de sí suavísimo olor de mirra, ambar y canela, escogidas de los palacios y templos de marfil, con los cuales te dan gusto y honor las castas hijas de los reyes, deseando honrarte y glorificarte». ¿Quién habrá tan estúpido é ignorante que no entienda que habla de Cristo, á quien predicamos y en quien creemos, viendo cómo se le llama Dios, cuya silla real es para siempre, y ungido de Dios, es decir, como unge Dios, no con unción y crisma visible, sino espiritual é inteligible? Porque, ¿quién hay tan rudo en esta religión, ó quién puede hacerse tan sordo á la foma que de ella corre por toda la redondez de la tierra, que no sepa que se llamó Cristo, de crisma, esto es, de la unción? Conocido el Rey Cristo ó ungido, lo que aquí designa por metáforas y figuras, de cómo es hermoso sobre todos los hijos de los hombres, con una hermosura tanto más digna de ser amada y admirada cuanto es menos corpórea, y cuál sea su espada, cuáles las flechas y lo demás que inserta, no propia, sino metafóricamente, sujeto ya, y debajo del dominio de este Señor, que reina por su verdad, mansedumbre y justicia, indáguese y examínese despacio.

Vuélvase después los ojos á su Iglesia, esposa de un grande esposo, unida con él con un desposorio espiritual y con un amor divino, de la cual habla en los versos siguientes (1): «Pusiste á la Reina á tu diestra, vestida de ricos paños de oro, labrados con varias y diferentes labores. Oye, hija, y mira; inclina tus oídos y no te acuerdes ya más de tu pueblo, ni de la casa de tu padre, porque el rey se aficionará de tu hermosura, porque él es el Señor tu Dios, y los hijos de Tiro le han

(1) Salmo 43.

de adorar y ofrecer dones, y los ricos del pueblo harán sus ruegos delante de tu rostro. Toda la gloria de la hija del Rey es intrínseca y está vestida de oro recamado; detrás de ella traerán las vírgenes al Rey, las conducirán ¡oh Rey! á ti sus parientes, las traerán alegres y regocijadas, las traerán al templo del Rey. En lugar de tus padres te nacerán, Señor, hijos, y tú los harás príncipes de toda la tierra, y ellos se acordarán de tu nombre en las futuras perpetuas generaciones, por lo que los pueblos y las naciones te confesarán y celebrarán públicamente para siempre en todos los siglos de los siglos». No creo que habrá alguno tan poco cuerdo que presuma que celebra y nos pinta aquí una mujercilla; describe la esposa de aquel de quien dijo: tu real silla es eterna, el cetro y vara de tu reino es vara de justicia y rectitud. Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad, por eso te ungió Dios, tu Dios, con el óleo de alegría con más abundancia que á los otros que participan de tu nombre, y se llaman Cristos como tú, es á saber, ungió con más abundancia á Cristo que á los cristianos, porque éstos son los que participan de él, y de la unión y concordia que éstos tienen en todas las naciones resulta esta Reina, á quien en otro Salmo llama *Civitas Regis magni*, Ciudad del grande Rey; y ésta, tomada en sentido espiritual, es Sión, que quiere decir especulación; porque especula y contempla el sumo bien del siglo futuro, pues allá es donde endereza toda su intención. Esta es también espiritualmente la Jerusalén de quien hemos ya dicho grandes particularidades, cuya contraria es la ciudad del demonio, á la cual dicen Babilonia, que significa confusión. Aunque de dicha Babilonia se desembaraza y exime esta Reina en todas las naciones y gentes por la regeneración, y de la servidumbre de un rey perverso pasa á un Rey sumamente bueno, esto es, del demonio pasa á Cristo. Por eso la

dice: «no te acuerdes ya más de tu pueblo ni de la casa de tu padre». De esta ciudad impía son los israelitas, que lo son por sola la carne, y no por la fe, enemigos asimismo de este gran Rey y de su Reina. Porque habiendo venido á ellos Cristo, y habiéndole muerto ellos, antes se hizo Rey de los otros israelitas, que no vió mientras vivió en la tierra en carne mortal. Y así proféticamente en otro Salmo dice este nuestro Rey: *Erues me de contradictionibus populi, constitues me in caput gentium. Populus, quem non cognobi, servivit mihi, in auditu auris obedibit mihi*: «me has de librar, Señor, de la contradicción y rebelión del pueblo, y me has de hacer cabeza y príncipe de las gentes. El pueblo y nación que yo no vi se sujetó á mi servicio y oyendo mi nombre y Evangelio, me rindió su obediencia». Este es el pueblo de los gentiles, que no visitó Cristo con su presencia corporal, el cual, no obstante, por haberlo predicado, cree en él, de manera que con razón se dijo de dicho pueblo en el Salmo que, en oyendo su nombre y doctrina, luego le dió la obediencia, porque *fides ex auditu est*, la fe nace del oído. Este pueblo, añadido á los israelitas verdaderos, que son los israelitas, no según la carne, sino también según la fe, es la Ciudad de Dios, la cual produjo también al mismo Cristo, según la carne, cuando se hallaba en aquellos israelitas. Porque de éstos descendía la Virgen María, en la cual, para hacerse hombre, tomó Cristo carne. De esta Ciudad dice otro Salmo: *mater Sion dicet homo, et homo factus est in ea, et ipse fundavit eam Altissimus*: «el hombre llama á Sión madre por haber nacido en ella, y el Altísimo la fundó». ¿Y quién es este Altísimo sino Dios? Por consiguiente, nuestro Señor Jesucristo Dios, antes que en esta Ciudad por medio de María se hiciese hombre, él mismo la había fundado en los patriarcas y profetas. Así que, habiéndose anunciado proféticamente tanto

tiempo antes esta Reina que es la Ciudad de Dios, vemos ya cumplido el anuncio *pro patribus tuis nati sunt tibi filii, constitues eos principes super omnem terram*, «en lugar de sus padres le habían nacido hijos, á quienes constituiría por cabezas y príncipes de toda la tierra» (porque ya por todo el ámbito de la tierra se hallan hijos de ésta colocados por príncipes y jefes de diferentes pueblos, mediante á que los pueblos que concurren á ella la confiesan con confesión de alabanza eterna para siempre jamás). Sin duda que todo cuanto aquí se nos dice con tanto énfasis y obscuridad, bajo de metáforas y figuras, como quiera que se entienda, es necesario que se refiera y se acomode á estas cosas, que son sumamente claras y manifiestas.

CAPÍTULO XVII

De las cosas que en el Salmo 109 pertenecen al sacerdocio de Cristo y de las que en el 21 tocan á su pasión.

En el otro Salmo expresamente llama á Cristo, sacerdote, como aquí Rey (1). «Dijo el Señor á mi Señor: siéntate á mi diestra hasta tanto que ponga á tus enemigos como tarima de tus pies». El sentarse Cristo á la diestra de Dios Padre, lo creemos, no lo vemos, y el poner igualmente á sus enemigos como tarima de sus pies, aun no lo vemos. Esto lo veremos al fin; ahora verdaderamente lo creemos; después lo veremos. Pero lo que sigue (2), «desde Sión extenderá y dilatará el Señor la vara y cetro de tu potencia y reinarás en medio de tus enemigos» está tan claro, que el que lo niega, lo niega,

(1) Salmo 109.

(2) Salmo id.

no sólo infiel y miserablemente, sino también con descaro. Porque hasta los mismos enemigos confiesan que desde Sión se extendió y esparció la ley de Cristo, que nosotros llamamos Evangelio, y esta es la que reconocemos por vara de su potencia, y que reina en medio de enemigos. Estos mismos, entre quienes reina, lo confiesan bramando y crugiendo los dientes y consumiéndose de envidia, sin que puedan cosa alguna contra ella. Lo que poco después continúa (1): «Juró el Señor y no se arrepentirá de ello»; nos significa que ha de ser infalible é inmutable esto que añade, diciendo (2): «Tú eres sacerdote para siempre, según la orden de Melchisedech». Y supuesto que ya no existe vestigio del sacerdocio y sacrificio, según el orden de Aarón, y por todo el orbe se ofrece bajo el sacerdocio de Cristo lo mismo que ofreció Melchisedech cuando bendijo á Abraham, ¿quién hay que pueda poner duda por quién se explicará así? A estas cosas, que son claras y manifiestas, se reducen y refieren las que se describen con alguna obscuridad en el Salmo, las cuales ya explicamos en los sermones que hicimos al pueblo, cómo se deben entender bien. Asimismo en aquel lugar donde Cristo declara en profecía la humildad de su pasión, dice (3): «traspasaron y clavaron mis manos y mis piés, me cortaron todos mis huesos, y ellos, reflexionando en mi deplorable estado, gustaron de verme así»; con cuyas palabras sin duda nos significó su cuerpo, tendido en la cruz clavado de piés y manos, horadadas y traspasadas con los clavos, presentando así un espectáculo doloroso á cuantos le contemplaban y miraban. Y aun más, añade (4): «dividieron entre sí mis vestidos y so-

(1) Salmo 109.

(2) Salmo id.

(3) Salmo 21.

(4) Salmo id.

bre mi túnica echaron suertes»; cuya profecía, del modo que se cumplió, lo dice la historia evangélica. Entonces se dejan entender también las demás maravillas que allí se expresan con menos claridad cuando convienen y concuerdan con las que con tanta claridad se nos han manifestado, principalmente porque las que todavía no han pasado, no sólo las creemos, sino que presentes, las vemos. Así como se leen en el mismo Salmo tanto-tiempo antes profetizadas, así las vemos ya presentes y que se cumplen por todo el mundo; porque en el mismo Salmo, poco después dice (1): «Se acordarán y convertirán al Señor todos los confines de la tierra, se postrarán en su acatamiento y te adorarán todas las familias de las gentes, porque el Señor es el reino y él ha de tener el dominio y señorío sobre todas las naciones».

CAPÍTULO XVIII

De los Salmos 3, 40, 15 y 67, donde se profetiza la muerte y resurrección del Señor.

También hallamos en los Salmos la profecía de la resurrección del Señor; porque ¿qué otra cosa es lo que se canta en nombre de Cristo en el Salmo 3: «Yo dormí, tomé el sueño y me levanté, porque el Señor me recibió y amparó?» ¿Acaso hay alguno que pretenda ser tan ignorante que se persuada que nos quiso el profeta vender como por un admirable arcano, que se durmió y se levantó, si este sueño no fuera la muerte y el despertar no fuera la resurrección; la cual convino que, por este

(1) Salmo 21.

término, se profetizara de Cristo? Porque aun en el Salmo 40 se nos declara este vaticinio más expresamente, donde en nombre del Medianero, según su costumbre, se nos refieren como sucesos pasados los que se profetizan que han de suceder; porque los que habían de suceder en la predestinación y presciencia de Dios ya eran como hechos, porque eran ciertos é infalibles (1): «Mis enemigos, dice, me echaban maldiciones diciendo: ¿Cuándo le llegará la muerte y perecerá su nombre? Si alguno venía á visitarme me hablaba fingidamente é iba recogiendo en su corazón falsedades y mentiras, y al salir fuera las comunicaba con otros que me tenían la misma voluntad. Todos mis enemigos hacían conventículos, murmuraban de mí y trazaban contra mí todo el mal que podían. En una cosa bien injusta é inicua resolvieron contra mí. ¿Por ventura el que duerme no podrá levantarse?» Verdaderamente que estas palabras están de tal forma descubiertas, que parece no ha querido decir otra cosa que si dijera: ¿Acaso el que muere no podrá revivir y resucitar? Porque las palabras precedentes nos muestran que sus enemigos le maquinaron y trazaron la muerte, y que esto se ejecutó por medio de aquel que entraba á verle y visitarle y salía á venderle. ¿Habrá alguno á cuya imaginación no se presente que este es Judas, que de discípulo se transformó en traidor? Porque habían de poner por obra lo que maquinaban, quiero decir, que le habían de crucificar y quitar afrentosamente la vida, para manifestar que con su vana malicia en vano darían la muerte al que había de resucitar, añadió este versículo, como si dijera: ¿Qué hacéis, necios? Toda vuestra iniquidad vendrá á parar en mi sueño en que yo me duerma. ¿Acaso el que duerme no podrá levantarse? Y, sin embargo, en los versos

(1) Salmo 44.

siguientes nos hace ver que tan execrable crimen no había de quedar sin el merecido castigo, diciendo (1): «Y aquel que era mi amigo en quien yo confiaba, el que comía mi pan á mi mesa, levantó contra mí su planta»; esto es, me holló y pisó; «pero (2) tú, Señor, dice, ten misericordia de mí y resucítame, y yo les daré su pago». ¿Quién hay que pueda ya negar este vaticinio viendo á los judíos después de la pasión y resurrección de Cristo, expulsos y desarraigados totalmente de su asiento con el rigor y estragos de la guerra? Porque habiéndole muerto, resucitó, y en el ínterin les dió una instrucción y corrección temporal, además de la que reserva á los que no se enmendaren, cuando vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos. El mismo Jesucristo, Señor nuestro, declarando á los apóstoles el traidor que le vendía á pesar del bocado de pan que le daba, refirió también este verso del mismo Salmo, y dijo que se cumplió en él (3). «El que comía mi pan conmigo á mi mesa, levantó sobre mí el carcañal». Lo que dice (4): «en quien tenía puesta mi confianza», no corresponde á la cabeza, sino al cuerpo; mediante á que no dejaba de conocerle el mismo Salvador, pues poco antes había dicho de él: «uno de vosotros es diablo calumniador y traidor»; pero suele transferir á su persona, atribuir lo que es propio de sus miembros, porque cabeza y cuerpo es un solo Jesucristo, y de aquí la expresión del Evangelio: «cuando tuve hambre me diste de comer». Aclarándola más, dice: «Cuando esto hiciste con uno de los más ínfimos de los míos, conmigo lo hiciste». Dijo, pues, de sí que confió y esperó lo que esperaban y confiaban de Judas sus discípulos cuando le admitió

(1) Salmo 40.

(2) Salmo id.

(3) Salmo id.

(4) Salmo id.

en el número de los apóstoles. El Cristo que esperan los judíos no creen que ha de morir, y por eso el que nos anunciaron la ley y los profetas no imaginan que es el nuestro, sino el suyo, de quien dan á entender que no puede padecer muerte y pasión, y así con maravillosa vanidad y ceguera pretenden que estas palabras citadas por nosotros no significan muerte y resurrección, sino sueño y estar despierto. Sin embargo, con toda claridad lo dice asimismo el Salmo 15: «Porque está Dios á mi diestra, se ha regocijado mi corazón y se ha alegrado mi lengua, y fuera de esto, cuando dejare por un momento el alma, también mi carne descansará en esperanza, porque no dejarás á mi alma en el infierno ni consentirás que tu santo vea la corrupción». ¿Quién podía decir que había descansado su carne con aquella esperanza, de manera que, no dejando á su alma en el infierno, sino volviendo luego al cuerpo, vino á revivir, porque no se corrompiera como suelen corromperse los cuerpos muertos, sino que él resucitó al tercer día? Lo cual sin duda no puede decirse del real profeta David, pues también clama el Salmo 67, diciendo: «Nuestro Dios es Dios, cuyo cargo es salvarnos, y del Señor son las salidas de la muerte». ¿Con qué mayor claridad nos lo pudo decir? Porque Dios que nos salva es Jesús, que quiere decir Salvador ó que da salud; pues la razón de este nombre se nos dió cuando antes que naciese de la Virgen, dijo el ángel (1): «Parirás un hijo y le llamarás Jesús, porque él ha de salvar á su pueblo y lo ha de libertar de sus pecados». Y porque en remisión de estos pecados se había de derramar su sangre, no convino sin duda que tuviese otras salidas de esta vida que las de la muerte. Por eso cuando dijo: «nuestro Dios es Dios, cuyo cargo es salvarnos», añadió:

(1) San Lucas, cap. I.

«y del Señor son las salidas de la muerte, para manifestarnos que, muriendo, nos había de salvar». Admira que diga *y del Señor*, como si dijera: tal es la vida de los mortales, que ni aun el mismo Señor salió de ella de otra manera que por la muerte.

CAPÍTULO XIX

Del Salmo 68, donde se declara la pertinaz incredulidad de los judíos.

Pero como los judíos no quieren creer de ningún modo los testimonios tan manifiestos é incontrastables de esta profecía, aun después de haberse cumplido los vaticinios con efectos y pruebas tan claras y ciertas, sin duda se cumple en ellos lo que se escribe en el Salmo siguiente, porque diciéndose en él proféticamente en persona de Cristo ciertas particularidades que pertenecen á su pasión, se refiere aquello mismo que se verificó en el Evangelio (1): «Me dieron á comer hiel, y en aquella terrible sed que padecí me dieron á beber vinagre». A consecuencia de estos banquetes y de unos manjares de esta calidad, como si los hubiera ya recibido, añade (2): «Conviértaseles su mesa en trampa, en retribución y tropiezo; ciéguense sus ojos de forma que no vean; encorva y humilla, Señor, siempre sus lomos». Esto lo dice no deseándolo, sino que lo anuncia, profetizando, en cierto modo como si lo deseara. ¿Y qué maravilla es que no vean cosas tan manifiestas los que tienen los ojos en tinieblas y ciegos para que no

(1) San Mateo, cap. XXVII.

(2) Salmo 68.

puedan ver? ¿Qué extraño es que no los alce al cielo una nación, que para estar prontos é inclinados á la tierra, tiene siempre encorvadas sus espaldas? Pues por estas palabras, que se toman metafóricamente del cuerpo, se nos denotan los vicios del alma. Baste esta doctrina acerca de los Salmos, esto es, de lo respectivo á la profecía del rey David, para que haya alguna medida en la exposición de este punto y no sea demasiado prolijo; y perdonen los lectores que lo saben ya, y no se quejen si viesen ó imaginaren que he omitido otras particularidades que pudiera acaso alegar como más firmes y sólidas.

CAPÍTULO XX

Del reino y méritos de David y de su hijo Salomón, y de la profecía que pertenece á Cristo y se halla así en los libros que andan con los que él escribió, como en los que no hay duda que son suyos.

Reinó David en la terrena Jerusalén y fué hijo de la celestial Jerusalén, tan elogiado por el irrefragable testimonio de las sagradas letras, y que con tanta piedad, religión y devoción confesó y satisfizo sus culpas por medio de la verdadera y saludable operación de la penitencia, que, sin duda, podemos numerarle entre aquellos de quienes dice él mismo: «Felices y bienaventurados aquellos cuyas culpas están perdonadas y cuyos pecados están cubiertos y olvidados (1). Después de éste, reinó sobre todo el mismo pueblo su hijo Salomón, quien, como insinuamos arriba, principió á reinar en vida de su padre. Habiendo sido buenos y loables

(1) Salmo 81.

sus principios, sus fines llegaron á ser malos, porque las prosperidades, que suelen dar en qué entender á los más sabios, le dañaron mucho más que lo que le aprovechó su sabiduría, que en la actualidad, y en lo sucesivo es y será memorable y famosa, y entonces fué muy célebre y alabada por todo el mundo. También está averiguado que Salomón profetizó en sus libros, de los cuales tres están admitidos por canónicos, á saber: los *Proverbios*, el *Eclesiastes* y el *Cántico de los Cánticos*; los otros dos, el de la *Sabiduría* y el *Eclesiástico*, por la semejanza del estilo, comúnmente se atribuyen también á Salomón. Y aunque no dudan los más doctos que no son suyos, con todo, los ha recibido desde los tiempos más remotos por canónicos, especialmente la Iglesia Occidental; y en el uno de ellos, que se intitula *La Sabiduría de Salomón*, expresamente está profetizada la pasión de Cristo, haciendo mención de los impíos que le mataron, y diciendo (1): «Oprimamos al justo porque es desabrido para nosotros, y contradice lo que hacemos, y nos da en rostro con los pecados de la ley; divulga y manifiesta las culpas y desórdenes de nuestra vida; jáctase de que tiene noticia y ciencia de Dios, y llámase Hijo de Dios. Se ha hecho descubridor y reprensor de nuestros pensamientos, y no le pueden ya ver ni sufrir nuestros ojos, porque su modo de vivir es diferente del de los otros, y muy otro su instituto; nos tiene en opinión de falsos y adulterinos, y huye de nuestros caminos como de inmundicias; aventaja los extremos y fines de los justos, y gloriase que tiene padre Dios. Veamos si es verdad lo que dice, probemos á ver el suceso que tienen sus cosas, y sabremos en qué para su fin, porque si es verdadero hijo de Dios, le ayudará y libertará de los contrarios. Probémosle con de-

(1) Sap., cap. II.

nuestos y tormentos para ver su modestia y mansedumbre y experimentar su paciencia; condenémosle á una muerte infame é ignominiosa, porque de sus palabras colegiremos lo que él es». Esto fué lo que imaginaron ellos, y erraron, porque los cegó su malicia. En el *Eclesiástico* nos anuncia la fe de las gentes de este modo: «Ten misericordia de nosotros, Señor Dios de todo lo criado, é infunde tu temor sobre todas las gentes. Levanta tu mano sobre las naciones infieles y observen tu poder, para que así como fuiste santificado en nosotros, viéndolo ellos, así viéndolo nosotros seas engradecido en ellos y te conozcan, así como nosotros te hemos conocido, porque no hay otro Dios sino tú, Señor». (1) Esta profecía, que está concebida bajo la fórmula de desear y rogar, la vemos cumplida por Jesucristo, aunque lo que no se halla en el Canon de los judíos, no parece que se alega con tanta autoridad y firmeza contra los contradictores.

En los otros tres libros que consta son de Salomon, y los judíos los tienen por canónicos, si quisiéremos mostrar que lo que en ellos se halla semejante ó alusivo á esto pertenece á Cristo y á su Iglesia, requeriría un examen circunstanciado, prolijo y penoso, en el cual, si nos detuviésemos, nos haría ser más largos de lo que conviene. Sin embargo, lo que dicen los judíos en los Proverbios (2): «Escondamos en la tierra injustamente al varón justo, traguémosle vivo, como lo hace el infierno, y desterremos de la tierra su memoria; tomemos posesión de su preciosa heredad»: no está tan enfático y obscuro, que sin trabajar mucho en exponerlo, no pueda entenderse de Cristo y de su heredad, que es la Iglesia. Porque alusivo á esto mismo es lo que nos

(1) *Eclesiast.*, cap. XII.

(2) *Proverbios*, cap. I.

muestra el mismo Señor Jesucristo en una parábola del Evangelio, en la que decían los inicuos labradores: «Este es el heredero, venid, quitémosle la vida y vendrá á ser nuestra la heredad.» Y asimismo aquella expresión del mismo libro, que hemos apuntado ya otra vez, hablando de la estéril que parió siete, los que la oyen leer y saben que Cristo es la sabiduría de Dios, no suelen entenderlo sino de Cristo y de su Iglesia (1): «La sabiduría edificó su casa, y la apoyó sobre siete columnas; sacrificó sus víctimas, echó su vino en la taza. Envió sus criados á llamar y convidar con una famosa embajada, á beber de su taza, diciendo: el que fuere ignorante lléguese á mí, y á los faltos de sentido dijo: venid y comed de mis panes, y bebed del vino que os he prèvenido». Aquí sin duda reconocemos que la sabiduría de Dios, esto es, que el Verbo, tan eterno como el Padre, edificó en las entrañas de la Virgen su casa, que es su cuerpo humano, y que á éste, como á cabeza, le añadió y acomodó como miembros su Iglesia, sacrificando en ella las víctimas de los mártires, y disponiendo la mesa con pan y vino, donde se nos descubre también el sacerdocio, según el orden y semejanza de Melchisedech, llamando y convidando á los faltos de entendimiento y de sentido, porque, como dice el apóstol (2): «Escogió Dios lo más flaco para confundir lo fuerte»: y á estos flacos, sin embargo, les dice lo que sigue (3): «Dejad de ser necios para que viváis, y buscad la prudencia para que poseáis la vida». Y el participar de su mesa es lo mismo que comenzar á tener vida; porque hasta en otro libro, llamado el *Eclesiastes*, donde dice (4): «No tiene otro bien el hombre sino lo que co-

(1) Proverbios, cap. IX.

(2) San Pablo, I ep. á los Corint., cap. I.

(3) San Pablo, idem, id.

(4) *Eclesiast.*, cap. I.

miere y bebiere»: ¿qué cosa más creíble podemos entender que nos dice, sino lo que pertenece á la participación y comunicación de esta mesa que nos pone el mismo sacerdote, medianero del Nuevo Testamento, según el orden de Melchisedech, con los platos de su cuerpo y sangre? Porque este sacrificio sucedió en lugar de aquellos sacrificios del Viejo Testamento que se ofrecían é inmolaban en sombra y significacion de lo futuro; por lo cual echamos de ver, que lo que dice el Mediador en el Salmo 39 lo dice proféticamente (1): «No quisistes ya servirte más de sacrificios y ofrendas, y por eso me hiciste y formaste cuerpo»; porque en lugar de todos aquellos sus sacrificios y ofrendas, se ofrece ya su cuerpo y se suministra, y da á los que participan de él. En lo que el *Eclesiastes* dice del comer y beber, lo cual nos lo repite muchas veces y encarecidamente nos lo recomienda, bastante nos muestra que no habla de los manjares del gusto de la carne; aquello que dice (2), «Mas vale ir á la casa donde lloran, que donde beben»: y poco despues (3): «El corazón de los sabios se halla en la casa donde lloran, y el corazón de los necios é ignorantes en la casa donde comen y beben.» Pero lo que me parece más digno de referir en este libro es aquello que pertenece á las dos Ciudades, á la del demonio y á la de Cristo, y á sus dos príncipes, Jesucristo y el demonio (4): ¡Ay de ti, dice, oh tierra donde el rey es joven, y donde los príncipes andan en banquetes desde la mañana: y bienaventurada la tierra cuyo rey es hijo de nobles y generosos, y cuyos príncipes comen á su tiempo para alentar y no quedar confusos!» Joven llamó al

(1) Salmo 39.

(2) *Eclesiast.*, cap. VII.

(3) *Eclesiast.*, id.

(4) *Eclesiast.*, cap. X.

demonio por su ignorancia, por la soberbia, temeridad y disolución, y por los demás vicios de que suele abundar este siglo; y á Cristo, hijo de nobles y generosos, esto es, de los santos patriarcas que pertenecen á la Ciudad libre, de quienes desciende, según la carne. Los príncipes de la otra ciudad comen y andan en banquetes de mañana, esto es, antes de la hora conveniente, porque no aguardan la felicidad oportuna del siglo futuro, que es la verdadera, queriendo ser bienaventurados luego de presente con el aplauso de este siglo. Pero los que son príncipes de la Ciudad de Cristo aguardan con paciencia el tiempo de la verdadera bienaventuranza, y esto, dice, para alentar y no quedar confusos, porque no les sale vana su esperanza, de la cual dice el apóstol (1): que á ninguno deja confuso», y el Salmo (2): «todos los que tuvieron puesta en Dios su esperanza, no se engañarán». El libro de los Cantares, ¿qué es sino un espiritual deleite de las almas en el desposorio del rey y reina de aquella Ciudad, que es Cristo y su Iglesia? Pero este deleite está envuelto debajo de la corteza y la cubierta de alegorías, para que se desee con más fervor, se vea con más complacencia y se nos muestre el esposo, de quien dice en los mismos cantares (3): «que la misma bondad y santidad está enamorada de él», y para que veamos á la esposa, á quien llama (4) «mi amor y regalo». Muchas cosas paso en silencio por dirigirme ya al fin de esta obra.

(1) San Pablo, ep. á los Romanos, cap. V.

(2) Salmo 24.

(3) Cantic., cap. V, Numer., cap. IV. *Æquitas dilexit me.*

(4) Cantic., cap. VII., Numer., cap. VI. *Charitas in deliciis tuis.*

CAPÍTULO XXI

De los reyes que hubo después de Salomón, así en Judá como en Israel.

Los demás reyes de los hebreos que sucedieron después de Salomón, apenas se halla profetizasen, por ciertos enigmas de algunas particularidades, que dijeron ó hicieron cosa que pertenezca á Cristo y á su Iglesia, así en Judá como en Israel: porque así se llamaron las dos partes de aquel pueblo, después que por la culpa de Salomón, en tiempo de su hijo Roboán, que sucedió á su padre en el reino, se dividió por justo juicio y castigo de Dios. Las tribus que siguieron á Jeroboán, criado de Salomón, y le alzaron por rey en Samaria, propiamente se llamaban Israel; aunque este nombre era general á todo aquel pueblo. Y las otras dos tribus, la de Judá y Benjamín, las cuales, por particular afecto á David, y porque no se desarraigase totalmente de su casa y linaje el reino, quedaron sujetas á la Ciudad de Jerusalén, y se llamaron Judá, porque Judá era la tribu de donde descendía David; y la otra tribu de Benjamín, como dije, pertenecía al mismo reino, de donde fué Saúl el rey, ántes de David. Pero estas dos tribus juntas, según insinué, se llamaban Judá, y con este nombre se distinguían de Israel, que se denominaban propiamente las diez tribus, y tenían su rey. La tribu de Leví, como era la sacerdotal y estaba designada al culto y servicio de Dios, y no al de los reyes, era la décimatercia; porque Joseph, que fué uno de los doce hijos de Israel, no constituyó una sola tribu, como los demás, cada uno la suya, sino dos, la de Efraín y la de Manasés. A pesar de esto, la tribu de Leví pertenecía más al reino de Jerusalén por estar allí el templo de Dios, á

quien servía. Dividido el pueblo, el primero que reinó en Jerusalén fué Roboán, rey de Judá, hijo de Salomón; y en Samaria Jeroboán, rey de Israel, criado que fué de Salomón. Y queriendo Roboán hacer guerra á la otra parcialidad, que se había apartado de su obediencia, como á rebelde, mandó Dios al pueblo que no peleasen contra sus hermanos, diciéndole por su profeta que él había hecho aquello; de donde se advirtió que en esta disposición no hubo pecado alguno, ó del rey de Israel, ó del pueblo, sino que se cumplió la voluntad y justo juicio de Dios, lo que sabido por la una y la otra parte vivieron en paz, porque la división que se hizo no era de la religión, sino del reino.

CAPÍTULO XXII

Cómo Jeroboán profanó el pueblo que tenía á su cargo con el pecado de la idolatría.

Sin embargo, Jeroboán, rey de Israel, no creyendo, con ánimo impío, á Dios, á quien por experiencia había hallado propicio y verdadero en haberle prometido y dado el reino, temió que, acudiendo sus vasallos al templo de Dios, existente en Jerusalén, donde conforme á la Divina ley había de presentarse toda aquella nación para ofrecer los sacrificios, se los sonsacasen, y volviesen á rendir vasallaje y obediencia á los hijos de David, como á descendencia real, para impedirlo estableció la idolatría en su reino, engañando con impiedad nefanda al pueblo de Dios y obligándole, como lo estaba él, al culto y reverencia de los ídolos. Mas no por eso dejó Dios de reprender por sus profetas, no solo á este rey, sino también á los que le sucedieron é

imitaron su impiedad, y al mismo pueblo: porque entre ellos florecieron aquellos grandes y famosos profetas que obraron tan portentosas maravillas y milagros, Elías, y Eliseo su discípulo. Y diciendo Elías: *Domine, Prophetas tuos occiderunt, et ego relictus sum solu, et quaerunt animam meam*, «Señor, han muerto á tus profetas, han derribado tus altares, yo he quedado solo, y andan buscando ocasiones para quitarme la vida»; le respondió Dios: *illic esse septem millia virorum, qui non curaverunt genua ante Baal*, «que aun había entre ellos siete mil personas que no se habían arrodillado delante de Baal».

CAPÍTULO XXIII

De la variedad del estado de uno y otro reino de los hebreos, hasta que en diferentes tiempos á ambos pueblos los llevaron cautivos, volviendo después Judá á su reino, que fué el último que vino á poder de los romanos.

Tampoco en el reino de Judá, que pertenece á Jerusalén, en los tiempos de los reyes que se fueron sucediendo, faltaron profetas, según que tuvo por conveniente Dios enviarlos, ó para anunciarles lo que les estaba bien, ó reprenderles sus pecados, ó encomendarles la justicia. Porque asimismo en este reino, aunque mucho menos que en Israel, hubo reyes que ofendieron gravemente á Dios con sus enormes crímenes, y que fueron castigados con moderados azotes juntamente con el pueblo; y sin duda no son pequeños los méritos que se celebran de los reyes que fueron píos y temerosos de Dios. Pero en Israel los reyes, cual más, cual menos, todos los hallamos malos y reprobados. Una y otra parte, según que lo ordenaba ó permitía la Provi-

dencia Divina, ó se engrandecía con las prosperidades, ó la oprimían las adversidades, viéndose afligida, no sólo con guerras extrañas, sino entre sí con las civiles, para que por algunas causas que lo motivaban se manifestase la misericordia de Dios, ó su ira, hasta que, creciendo su indignación, toda aquella nación no sólo fué destruida en su tierra por las armas de los caldeos, sino que la mayor parte fue llevada prisionera y transferida á la tierra de los asirios, primeramente la parte que se llamaba Israel, dividida en diez tribus, y después también la que se llama Judá, destruída y asolada Jerusalén y su famoso templo, en cuya tierra estuvo cautiva setenta años: pasados los cuales, dejándolos salir de allí, restauraron el templo que les habían destruído, y aunque muchos de ellos vivían en las tierras de extranjeros é infieles, con todo, desde entonces para adelante no tuvieron el reino repartido en dos porciones, y en cada una sus diferentes reyes, sino que en Jerusalén tenían todos una sola cabeza, y acudían al templo de Dios establecido allí, en señalados tiempos, todos los de todas aquellas provincias, en donde quiera que estaban, y de donde quiera que podían: aunque tampoco entonces les faltaron enemigos de las otras naciones, ni quien procurase conquistarlos; porque Cristo Señor Nuestro, cuando nació, los halló ya tributarios de los romanos.

CAPÍTULO XXIV

De los profetas, así de los últimos que hubo entre los judíos, como de los que menciona la historia Evangélica cerca del tiempo del nacimiento del Señor.

En todo aquel tiempo, desde que regresaron de Babilonia, despues de Maiachías, Ageo y Zacarías, que pro-

fetizaron entonces, y Esdras, no tuvieron profetas hasta la venida del Salvador, sino otro Zacarías, padre de San Juan, é Isabel su esposa, próximo ya el nacimiento de Cristo; y después de nacido, el anciano Simeón, Ana la viuda, ya muy vieja, y al mismo San Juan, que fué el último de todos, el cual, siendo joven, anunció á Cristo ya mozo, no como futuro, sino que sin conocerle le mostró y enseñó con el conocimiento divino que tenía de profeta, por lo cual dijo el mismo Señor: *Lex, et Prophetæ, usque ad Joannem*, «la Ley y los profetas hasta Juan». Y aunque de las profecías de estos cinco tenemos noticia exacta por el Evangelio, donde hallamos asimismo referido que la misma Virgen María, madre del Señor, profetizó antes de Juan, con todo, estos vaticinios de estos cinco varones santos no los admiten los judíos, digo, los reprobos; pero los admitió un crecídísimo número de ellos, que creyeron en la fe Evangélica. Y en éstos verdaderamente se dividió Israel en dos, con aquella división que por el profeta Samuel se le anunció al rey Saúl que era inmutable. Malachías, Ageo, Zacarías y Esdras son, pues, los últimos á quienes aun los judíos réprobos tienen recibidos en su canon: porque asimismo se halla lo que éstos escribieron, como lo de los otros que profetizaron entre la grande muchedumbre del pueblo, aunque fueron muy pocos los que nos escribieron asunto alguno que mereciese autoridad canónica. De lo que éstos vaticinaron tocante á Cristo y á su Iglesia me parece decir lo preciso en esta obra: lo que haremos con más comodidad, con el favor del Señor, en el libro siguiente, para que en este, que es tan extenso, no aglomeremos ya más materias.

ÍNDICE

LIBRO DÉCIMOTERCIO

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO I.—De la caída del primer hombre, por quien heredamos el ser mortales.....	5
CAP. II.—De la muerte que puede sufrir el alma, libre del cuerpo, y de aquella á que está sujeta el alma unida al cuerpo.....	6
CAP. III.—Si la muerte, que por el pecado de los primeros hombres se comunicó á todos los hombres, es también en los santos pena del pecado.....	8
CAP. IV.—Por qué á los que están absueltos del pecado por la gracia de la regeneración, no los absuelven de la muerte, esto es, de la pena del pecado.....	10
CAP. V.—Que así como los pecadores usan mal de la ley, que es buena, así los justos usan bien de la muerte, que es mala.....	12
CAP. VI.—Del mal de la muerte general, con que se divide la sociedad del alma y del cuerpo.....	13
CAP. VII.—De la muerte que padecen por la confesión de Jesucristo los que no están bautizados.....	14
CAP. VIII.—Que en los santos, la primera muerte que padecieron por la verdad fué absolución de la segunda muerte.....	16
CAP. IX.—Si el tiempo de la muerte en que pierden los que mueren el sentido de la vida, se ha de decir que está en los muertos.....	17

	<u>Páginas.</u>
CAP. X.—Si la vida de los mortales debe llamarse mejor muerte que vida.....	18
CAP. XI.—Si puede uno juntamente estar vivo y muerto.	20
CAP. XII.—Con cuál especie de muerte amenazó Dios á los primeros hombres, si quebrantasen su mandamiento.....	24
CAP. XIII.—Cuál fué el primer castigo dela culpa de los primeros hombres.....	25
CAP. XIV.—De las cualidades con que crió Dios al hombre, y en la <u>desventura</u> que cayó por el albedrio de su voluntad.....	26
CAP. XV.—Que pecando Adán, primero dejó él á Dios que Dios le dejase á él, y que la primera muerte del alma fué el haberse apartado de Dios.....	26
CAP. XVI.—De los filósofos que opinan que la separación del alma y del cuerpo no es por pena ó castigo del pecado de desobediencia.....	28
CAP. XVII.—Contra los que dicen que los cuerpos terrenos no pueden hacerse incorruptibles y eternos....	31
CAP. XVIII.—De los cuerpos terrenos que dicen los filósofos que no pueden estar en los cielos, porque á lo que es terreno, su peso natural lo llama y atrae á la tierra.....	34
CAP. XIX.—Contra la doctrina de los que no creen que fueran inmortales los primeros hombres si no pecaran.....	36
CAP. XX.—Que los cuerpos de los santos que descansan ahora con esperanza, se han de venir á reparar con mejor calidad que la que tuvieron los de los primeros hombres antes del pecado.....	39
CAP. XXI.—De cómo el Paraíso donde estuvieron los primeros bombres, se puede bien entender que nos figura y significa alguna cosa espiritual, salva la verdad de lo que la historia refiere del lugar corporal.	41
CAP. XXII.—Que los cuerpos de los santos, después de la resurrección, serán espirituales de manera que no se convierta la carne en espíritu.....	43
CAP. XXIII.—Qué es lo que debemos entender por el cuerpo animal y por el cuerpo espiritual, y quiénes son los que mueren en Adán y quiénes los que se vivifican en Cristo.....	44
CAP. XXIV.—Cómo debe entenderse aquel soplo de	

Dios con que hizo al primer hombre alma viviente, ó aquel de Cristo nuestro Señor, cuando dijo: tomad el Espiritu Santo.....	50
--	----

LIBRO DÉCIMOCUARTO

CAPÍTULO I.—Que por la inobediencia del primer hombre todos cayeran en la eternidad de la segunda muerte, si la gracia de Dios no librara á muchos.....	61
CAP. II.—Que el vivir según la carne, debemos entenderlo no sólo de los vicios del cuerpo, sino también de los del alma.....	62
CAP. III.—Que la causa del pecado provino del alma y no de la carne, y que la corrupción que heredamos del pecado no es pecado, sino pena.....	65
CAP. IV.—¿Qué es vivir según el hombre ó vivir según Dios?.....	69
CAP. V.—Que aunque es más tolerable la opinión de los platónicos que la de los maniqueos sobre la naturaleza del cuerpo y del alma, con todo, también aquellos son reprobados, porque las causas de los vicios las atribuyen á la naturaleza de la carne.....	72
CAP. VI.—De la calidad de la humana voluntad, según la cual las pasiones del alma vienen á ser ó malas ó buenas.....	74
CAP. VII.—Que el amor y dirección indiferentemente se halla en la Sagrada Escritura en buena y en mala parte.....	75
CAP. VIII.—De las tres perturbaciones ó pasiones que quieren los estoicos que se hallen en el ánimo del sabio, excepto el dolor ó la tristeza, lo cual no debe admitirse ó sentir la virtud del ánimo.....	78
CAP. IX.—De las perturbaciones del ánimo, cuyas afecciones los justos las tienen rectas en su vida.....	83
CAP. X.—Si es creíble que los primeros hombres en el Paraiso, antes que pecaran, no sintieron pasión ó perturbación alguna.....	91
CAP. XI.—De la caída del primer hombre, en quien crió Dios buena la naturaleza, y que no la pudo reparar sino su autor.....	93

	Páginas.
CAP. XII.—De la calidad del primer pecado que comió el hombre.....	97
CAP. XIII.—Que en el pecado de Adán para hacer la mala obra precedió mala voluntad.....	93
CAP. XIV.—Cómo la soberbia de la transgresión fué peor que la misma transgresión.....	102
CAP. XV.—De la justa paga que recibieron los primeros hombres por su inobediencia.....	103
CAP. XVI.—De la malicia del apetito, que en latín se llama <i>libido</i> , cuyo nombre, aunque cuadre á muchos vicios propiamente, se atribuye á los movimientos torpes y deshonestos del cuerpo.....	106
CAP. XVII.—De la desnudez de los primeros hombres y de cómo, después que pecaron, les pareció torpe y vergonzosa.....	105
CAP. XVIII.—Del pudor de la cópula, no sólo la vulgar, sino también la conyugal.....	110
CAP. XIX.—Los impulsos de la ira y de la liviandad se mueven tan viciosamente, que es necesario, para moderarlos, el freno de la razón.....	111
CAP. XX.—De la vanísima torpeza de los cínicos.....	112
CAP. XXI.—De la bendición que echó Dios al hombre antes del pecado para que creciese y se multiplicara, no destruida por la prevaricación, y de cómo adquirió el hombre el apetito sensual.....	114
CAP. XXII.—De cómo Dios ordenó y bendijo la cópula del matrimonio.....	115
CAP. XXIII.—Si Adán y Eva hubiesen tenido hijos en el Paraíso, en el caso de no pecar.....	117
CAP. XXIV.—Que si perseveraran los hombres en el Paraíso inocentes y con el mérito de la obediencia, usarán de los órganos genitales para la procreación de los hijos como de todos los demás, al albedrío de la voluntad.....	120
CAP. XXV.—De la verdadera bienaventuranza, la cual no se consigue en la vida temporal.....	122
CAP. XXVI.—Que se debe creer que la felicidad de los que vivían en el Paraíso pudo cumplir el débito de la generación sin el apetito vergonzoso.....	124
CAP. XXVII.—De los pecadores, así ángeles como hombres, cuya perversidad no perturba á la Providencia divina.....	126

CAP. XXVIII.—De la calidad de las dos ciudades, terrena y celestial.....	128
--	-----

LIBRO DÉCIMOQUINTO

CAPÍTULO I.—De dos géneros de hombres que caminan á diferentes fines.....	131
CAP. II.—De los hijos de la carne, y de los hijos de promisión.....	134
CAP. III.—De la esterilidad de Sara, á la cual hizo fecunda la divina gracia.....	137
CAP. IV.—De la guerra ó paz que tiene la ciudad terrena.....	138
CAP. V.—El primer autor y fundador de la ciudad terrena fué fratricida.....	140
CAP. VI.—De los achaques que padecen también en la peregrinación de esta vida por la pena del pecado los ciudadanos de la Ciudad de Dios, de los cuales se libran y sanan curándolos Dios.....	142
CAP. VII.—De la causa y pertinacia del pecado de Caín, y de que no fué bastante á hacerle desistir de la maldad que había concebido el hablarle Dios.....	144
CAP. VIII.—Qué razón hubo para que Caín fundase ciudad al principio del linaje humano.....	150
CAP. IX.—De la vida larga que tuvieron los hombres antes del Diluvio, y de cómo era mayor la estatura de los cuerpos humanos.....	153
CAP. X.—De la diferencia que parece haber en el número de los años entre los libros hebreos y los nuestros.....	155
CAP. XI.—De los años de Matusalén, cuya edad parece que excede del Diluvio catorce años.....	157
CAP. XII.—De la opinión de los que no creen que los hombres del primer siglo fueron de tan larga vida como se escribe.....	159
CAP. XIII.—Si en la cuenta de los años debemos seguir mejor la autoridad de los hebreos que la de los setenta intérpretes.....	161
CAP. XIV.—Que los años duraban el mismo espacio de tiempo que ahora en los primeros siglos.....	163
CAP. XV.—Si es creíble que los hombres del primer si-	

	<u>Páginas.</u>
glo no conocieron mujer hasta la edad en que se dice que engendraron hijos.....	168
CAP. XVI.—Del derecho de los matrimonios y de cómo los primeros fueron diferentes de los que después se usaron.....	172
CAP. XVII.—De los dos padres y jefes que nacieron de un padre.....	173
CAP. XVIII.—Qué es lo que se nos significó en Abel, Seth y Enós, que parezca pertenece á Cristo y á su cuerpo, esto es, á su Iglesia.....	178
CAP. XIX.—De la significación que figura la traslación de Enoch.....	180
CAP. XX.—De cómo la sucesión de Caín termina en ocho generaciones, comenzando desde Adán, y en los sucesores del mismo padre Adán, Noé es el décimo..	181
CAP. XXI.—La Escritura refiere de distinto modo las generaciones de Caín y de Seth.....	187
CAP. XXII.—De la caída de los hijos de Dios porque se aficionaron á las mujeres extranjeras, por lo que todos, exceptuadas ocho personas, merecieron perecer en el Diluvio.....	190
CAP. XXIII.—Si es creíble que los ángeles, siendo de substancia espiritual, se enamoraron de la hermosura de las mujeres, se casaron con ellas y de ellos nacieron los gigantes.....	192
CAP. XXIV.—Cómo se debe entender que á los que habían de perecer con el Diluvio, les dijo el Señor: «Serán sus días ciento y veinte años.».....	198
CAP. XXV.—Que la ira y enojo de Dios no perturba su inmutable tranquilidad.....	200
CAP. XXVI.—Que el arca que mandó hacer Dios á Noé, en todo significa á Cristo y á su Iglesia.....	201
CAP. XXVII.—Del arca y del Diluvio, y de que no debe creerse á los que admiten sólo la historia sin significación alguna alegórica, ni á los que defienden sólo las alegorías, desechando la verdad de la historia...	203

LIBRO DÉCIMOSEXTO

CAPÍTULO I.—Si después del Diluvio, desde Noé hasta Abraham, se hallan algunas familias que viviesen según Dios.....	209
--	-----

CAP. II.—Qué es lo que se figuró proféticamente en los hijos de Noé.....	210
CAP. III.—De las generaciones de los tres hijos de Noé.	215
CAP. IV.—De la diversidad de las lenguas, y del principio de Babilonia.....	219
CAP. V.—Cómo descendió el Señor á confundir la lengua de los que edificaban la torre.....	222
CAP. VI.—Cómo se ha de entender que habla Dios á los ángeles.....	224
CAP. VII.—Si las islas, aun las muy apartadas y desviadas de tierra firme, alcanzaron todo género de animales, del número de los que se salvaron en el arca del Diluvio.....	226
CAP. VIII.—Si descienden de Adán, ó de los hijos de Noé, cierta especie de hombres monstruosos que hay.....	227
CAP. IX.—Si es creíble que la parte inferior de la tierra, que está opuesta á la que nosotros habitamos, tenga antípodas.....	230
CAP. X.—De la generación de Sem, en cuya descendencia, la lista y orden de la Ciudad de Dios se endereza á Abraham.....	232
CAP. XI.—Que la primera lengua que usaron los hombres fué la que despnes de Heber se llamó hebrea, en cuya familia perseveró cuando se hizo la división de las lenguas.....	235
CAP. XII.—De la suspensión de tiempo que hace la Escritura en Abraham, de quien prosigue nuevo catálogo, continuando la santa sucesión.....	240
CAP. XIII.—Qué razón hay para que en la emigración de Thara, cuando de Caldea pasó á Mesopotamia, no se haga mención de su hijo Nachor.....	241
CAP. XIV.—De los años de Thara, quien acabó su vida en Charra.....	243
CAP. XV.—Del tiempo de la promesa hecha á Abraham, por la cual, conforme al divino mandato, salió de Charra.....	244
CAP. XVI.—Del orden y calidad de las promesas que hizo Dios á Abraham.....	247
CAP. XVII.—De los tres famosos reinos de los gentiles, el uno de los cuales, que era el de los Asirios, florecía ya en tiempo de Abraham.....	249

	<u>Páginas.</u>
CAP. XVIII.—De cómo habló segunda vez Dios á Abraham y le prometió que á su descendencia daría la tierra de Canaam.....	251
CAP. XIX.—De cómo el Señor conservó indemne el honor de Sara en Egipto, habiendo dicho Abraham que no era su mujer, sino su hermana.....	251
CAP. XX.—Cómo se apartaron Lot y Abraham, lo cual hicieron, salva su caridad.....	252
CAP. XXI.—De la tercera promesa que hizo Dios á Abraham, en que le promete á él y á su descendencia para siempre la tierra de Canaam.....	253
CAP. XXII.—De cómo Abraham venció los enemigos de los sodomitas cuando libró á Lot, que le llevaban preso, y cómo le bendijo el sacerdote Melchisedech..	255
CAP. XXIII.—Cómo habló Dios á Abraham y le prometió que había de multiplicarse su descendencia como la multitud de las estrellas, lo cual creyó fué justificado aun estando todavía sin circuncidar.....	257
CAP. XXIV.—De la significación del sacrificio que mandó Dios que le ofreciese Abraham, habiendo éste pedido al Señor que le enseñase lo que creía.....	258
CAP. XXV.—De Agar, esclava de Sara, la cual la misma Sara quiso que fuese concubina de Abraham.....	263
CAP. XXVI.—Dios promete á Abraham, siendo él anciano y Sara estéril, un hijo de ella, y le hace padre y cabeza de las gentes, y la fe de la promesa la confirma y sella con el Sacramento de la Circuncisión..	265
CAP. XXVII.—Del infante, cuya ánima perece si no se circuncida al octavo día porque quebrantó el pacto de Dios.....	269
CAP. XXVIII.—De la mudanza de los nombres de Abraham y de Sara, y cómo no pudiendo engendrar por la esterilidad de la una y la mucha edad de ambos, alcanzaron el beneficio de la fecundidad.....	271
CAP. XXIX.—De los tres hombres ó ángeles, en quienes se manifiesta que se apareció el Señor á Abraham junto al encinar de Mambré.....	273
CAP. XXX.—De cómo libró Dios á Lot de Sodoma, y asoló á los sodomitas con fuego del cielo.....	275
CAP. XXXI.—Del nacimiento de Isaac, según la promesa de Dios.....	276
CAP. XXXII.—De la fe y obediencia de Abraham, con	

que fué probado, queriendo sacrificar á su hijo, y de la muerte de Sara.....	277
CAP. XXXIII.—De Rebeca, nieta de Nachor, con quien se casó Isaac.....	282
CAP. XXXIV.—Qué significación tiene el que Abraham, después de la muerte de Sara, se casó con Cethura..	282
CAP. XXXV.—Qué nos significó el Espíritu Santo en los gemelos estando aun encerrados en el vientre de su madre.....	285
CAP. XXXVI.—De la profecía y bendición que recibió Isaac, del mismo modo que su padre, la cual fué por respeto de los méritos y caridad del mismo padre....	286
CAP. XXXVII.—De lo que se figura místicamente en Esaú y Jacob.....	289
CAP. XXXVIII.—De cómo enviaron sus padres á Jacob á Mesopotamia para que se casase allí, y de la visión que vió soñando en el camino, y de sus cuatro mujeres, habiendo pedido no más de una.....	292
CAP. XXXIX.—Qué razón hubo para que se llamase también Israel.....	295
CAP. XL.—Cómo dice la Escritura que Jacob entró en Egipto con setenta y cinco personas, si muchos de los que refiere nacieron después que él entró.....	296
CAP. XLI.—De la bendición que echó á su hijo Judas..	298
CAP. XLII.—De los hijos de Joseph, á quien bendijo Jacob cruzando proféticamente sus manos.....	301
CAP. XLIII.—De los tiempos de Moisés, de Josué y de los jueces, y después de los reyes, entre los cuales, aunque Saúl es el primero, David, por el sacramento y mérito, es tenido por el principal.....	302

LIBRO DÉCIMOSÉPTIMO

CAP. I.—En que se trata de los tiempos en que florecieron los profetas.....	307
CAP. II.—En qué tiempo se cumplió la divina promesa sobre la posesión de la tierra de Canaán, la cual tomó también el pueblo de Israel, según la carne.....	309
CAP. III.—De las tres significaciones que tenían las prop.	

fecias de los profetas, las cuales unas veces se refieren á la Jerusalén terrena, otras á la celestial, y otras á las dos.....	311
CAP. IV.—De cómo se figuró la mudanza del reino de Israel y del sacerdocio, y de lo que antes de este suceso profetizó la madre de Samuel, representando la persona de la Iglesia.....	314
CAP. V.—De las cosas que un hombre de Dios dijo proféticamente á Heli, significando cómo habia de quitarse el sacerdocio que se habia instituido según Aarón.....	326
CAP. VI.—Del sacerdocio y reino judaico, los cuales, aunque se diga fundados y establecidos para siempre, no subsisten, para que entendamos que son otros los eternos que se prometen.....	333
CAP. VII.—De la división del reino de Israel, con que se figura la división perpetua que hay entre el espiritual Israel y el Israel carnal.....	336
CAP. VIII.—De las promesas que hizo Dios á David en su hijo, las cuales no se cumplieron en Salomón, sino plenamente en Cristo.....	340
CAP. IX.—Que en el Salmo 88 se halla otra profecía de Cristo semejante á la que en los libros de los reyes promete Dios por medio del profeta Nathan.....	343
CAP. X.—Cómo sucedió en el reino de la Jerusalén terrena diferentemente de lo que prometió Dios para que entendiésemos que la verdad y cumplimiento de la promesa pertenecía á la gloria de otro rey y de otro reino.....	346
CAP. XI.—De la substancia del pueblo de Dios, la cual está, y se halla por la sucesión de la carne en Cristo, quien fué solo el que tuvo potestad de sacar libre su alma de los infiernos.....	348
CAP. XII.—A qué persona debe entenderse que pertenece la petición de las promesas de que hace mención en el Salmo cuando dice: ¿dónde están, Señor, tus antiguas misericordias?.....	350
CAP. XIII.—Si esta paz que promete Dios á David puede pensarse que se cumplió en los tiempos que corrieron reinando Salomón.....	354
CAP. XIV.—Del estudio de David en componer Salmos.	355
CAP. XV.—Si todas las profecias que hay en los Salmos	

de Cristo y de su Iglesia las debemos poner y acomodar en el texto y discurso de esta obra.....	357
CAP. XVI.—De las cosas que clara ó figuradamente se dicen en el Salmo 44 que pertenecen á Cristo y á su Iglesia.....	358
CAP. XVII.—De las cosas que en el Salmo 109 pertenecen al sacerdocio de Cristo y de las que en el 21 tocan á su pasión.....	362
CAP. XVIII.—De los Salmos 3, 40, 15 y 67, donde se profetiza la muerte y resurrección del Señor.....	364
CAP. XIX.—Del Salmo 68, donde se declara la pertinaz incredulidad de los judíos.....	368
CAP. XX.—Del reino y méritos de David y de su hijo Salomón, y de la profecía que pertenece á Cristo y se halla así en los libros que andan con los que él escribió, como en los que no hay duda que son suyos...	369
CAP. XXI.—De los reyes que hubo después de Salomón, así en Judá como en Israel.....	375
CAP. XXII.—Cómo Jeroboán profanó el pueblo que tenía á su cargo con el pecado de la idolatría.....	376
CAP. XXIII.—De la variedad del estado de uno y otro reino de los hebreos hasta que en diferentes tiempos á ambos pueblos los llevaron cautivos, volviendo después Judá á su reino, que fué el último que vino á poder de los romanos.....	377
CAP. XXIV.—De los profetas, así de los últimos que hubo entre los judíos, como de los que menciona la historia Evangélica cerca del tiempo del nacimiento del Señor.....	378

